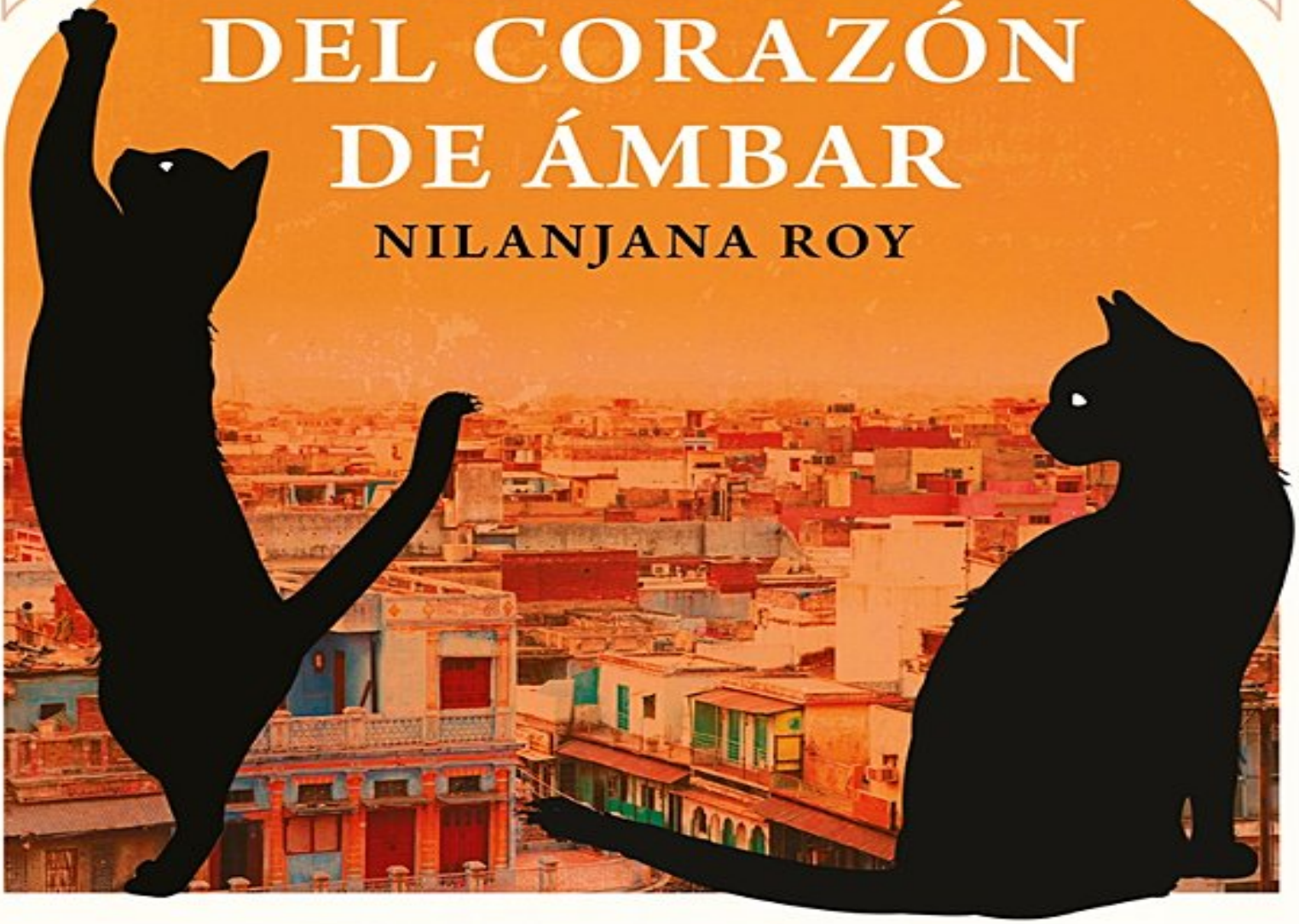
«Si disfrutaste de
La vida de Pi, te encantará.»
THE BOOKSELLER



LOS GATOS DEL CORAZÓN DE ÁMBAR

NILANJANA ROY



NOVELA

NEWTON COMPTON EDITORES

Newton Compton Editores

Título original: *The Wildings*

© 2012, Nilanjana Roy
© 2025, de la traducción por Isabel de Miquel Serra
© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: octubre de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11 3.º 1.ª Izq., Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87575-39-7
Código IBIC: FA
DL: B 11.118-2025

Diseño de cubierta: © Kelly Hill
Imágenes de cubierta: © Getty Images, © Shutterstock y © Dreamstime
Diseño de interiores: David Pablo
Composición y conversión a formato digital: www.brioworkx.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Nilanjana Roy

Los gatos del corazón de ámbar

Traducción de Isabel de Miquel



Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

Para Mara, la gata más adorable,
y para Devangshu, el mejor de los Piesgrandes,
sin el cual no habría habido ni gatos ni libro.

Sueña el mundo como es en realidad.
Un mundo en el que todos los gatos
son reyes y reinas de la creación.

NEIL GAIMAN

1

Una nueva llegada



El barrio de Nizamuddin dormía cuando se oyeron las primeras llamadas, en las horas negrísimas que preceden la aurora. Eran tan débiles que solo las percibieron los murciélagos que trazaban sus vuelos solitarios entre el canal y el *dargah*, el antiguo santuario sufí alrededor del cual se apiñaban las casas de paredes de ladrillo de la colonia. Un murciélago chilló inquieto cuando el eco de esas llamadas asustadas resonó en su cabeza: «Está oscuro. Quiero a mi mamá. ¿Por qué gruñen los perros? ¿Por qué no dices nada? Aquí todo está oscuro».

Luego no hubo nada más y el murciélago no tardó en olvidar lo que había oído. Apenas el cielo empezó a teñirse de un blanco nacarado, se colgó adormilado cabeza abajo en las ruinas junto al *baoli* –uno de los pocos pozos escalonados de Delhi que aún se alimentan de las profundidades de un manantial subterráneo– y soñó que se encontraba en un lugar oscuro y cerrado y que estaba indefenso ante los depredadores que lo acechaban.

Las siguientes llamadas no llegaron hasta mucho más tarde, cuando ya había pasado el monzón. Agitaron el aire en calma y sobresaltaron a un milano negro que hacía vuelos de reconocimiento sobre el gran parque al oeste de Nizamuddin. «¡Mara tiene miedo, déjame en el suelo! ¿Dónde está mi madre? ¿Quién eres? ¿Por qué me coges? ¡No quiero salir del tubo de desagüe! ¡Estás asustando a Mara, asqueroso Piesgrandes!». Colmillo sacudió la cabeza y encogió las alas, lo que le obligó a efectuar un peligroso vuelo rasante sobre

los tejados mientras intentaba librarse de la sensación de que un gato maullaba junto a él en las alturas; era un maullido suave, pero bastaba para mover las delicadas plumas que cubrían el oído interno del milano. Por unos instantes se sintió desconcertado, hasta que su aguda visión le permitió avizorar un bandicut y empezó la caza de verdad. Una vez hubo conseguido su presa, el milano negro olvidó el extraño encuentro.

Después, el comunicante guardó silencio. A esa hora no había perros ni gatos en la zona y el único animal de Nizamuddin que oyó las segundas llamadas fue un ratoncito pardo que se sentó sobre los cuartos traseros y miró inquieto a su alrededor. Tras comprobar que no había gatos a la vista, ni jóvenes ni adultos, continuó su camino.

Los días transcurrieron apaciblemente. Era la mejor época del año para los habitantes de Nizamuddin y de las demás colonias de Delhi. El verano había quedado atrás y la fiesta de Diwali, la fiesta anual de luces con sus amenazadores fuegos y sus ruidos atronadores, estaba muy lejos. El calor había pasado y los gatos de Nizamuddin podían cazar de nuevo.

A Beraal le alegraba que el aire hubiera cambiado. Se había pasado la mayor parte del verano en el *baoli* y en el estacionamiento abandonado, donde los gatos encontraban refugio entre montañas de caucho. Aquel año el calor había sido muy intenso; las hojas de los flamboyanes se marchitaron, se secaron las flores rojas de las ceibas y la joven gata encontró a faltar las correrías de otros años. Mientras se estiraba, bostezaba y sacudía las patas delanteras, se dijo que tal vez había llegado el momento de hacer una excursión a la tumba de Humayun para ver qué hacían los gatos de allí.

A esas horas el parque era un lugar bullicioso: los jóvenes Piesgrandes del barrio gritaban y discutían mientras jugaban su partido de críquet y los milanos mantenían su propia discusión en las copas de los árboles, muy por encima del verde césped. Beraal se dirigió tranquilamente al establo en medio de las casas de los Piesgrandes y se subió al muro semiderruido de ladrillos para hacer sus abluciones, más largas que las que solían hacer los demás

felinos; Beraal tenía un pelaje blanquinegro, largo y sedoso, que se rizaba suavemente en las patas cuando estaba limpio, pero que era un polo de atracción para las hojas secas, el polvo y todo tipo de suciedad.

Instalada en lo alto del muro, se lamía con aplicación una pegajosa telaraña que se le había quedado enganchada en la pata cuando el aire a su alrededor pareció titilar y rasgarse. «¡Eeeeh! –gritó una vocecita directamente en su oreja–. ¡Mara está inquieta! ¡Mara está sola con los Piesgrandes, que dan miedo y no paran de hablar! ¡No me gusta que me cojan y me pongan panza arriba!».

Beraal estuvo en un tris de perder el equilibrio y tuvo que dar una voltereta para recuperar su posición en lo alto del muro, una maniobra que no estaba a la altura de su dignidad. Con los ojos destellantes de indignación, los bigotes tiesos y la cola esponjada hasta duplicar su tamaño, recorrió el muro de un lado a otro en busca de un gato que no aparecía por ninguna parte. Ni siquiera prestó atención al ratoncito pardo que había salido asustado de su madriguera. Aquel susurro que el ratón, llamado Jethro, oyera hacía casi una luna sonaba en esta ocasión mucho más fuerte, más alto.

Sin hacer caso de los parloteos del ratón, Beraal movió las sedosas orejas. Aquella voz había sonado tan cerca… ¿no estaría en el árbol *neem*? ¿O en el suelo, junto a las vacas? Pero no, no había nada. La gata se sintió realmente confusa.

Se puso en tensión al oír crujir las hojas de la enredadera y se tranquilizó cuando vio que se trataba de Hulo, que saltó del árbol *neem* a lo alto del muro.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó sin más preámbulos.

–De modo que tú también lo has oído –dijo Beraal lentamente.

A modo de respuesta, Hulo agitó levemente la despeinada cola.

–Seguro que todos los machos y las hembras de Nizamuddin están preguntándose de dónde ha salido eso… Todavía me tiemblan los bigotes.

–Yo creía que me hablaba directamente a mí, Hulo –comentó Beraal.

–Lo mismo pensé yo. No recuerdo a ningún gato que emitiera a un volumen tan alto en nuestro territorio. Ni a ningún otro animal.

–Ni más allá de nuestro territorio.

Beraal notó un cosquilleo en los bigotes, señal de que los demás gatos de Nizamuddin se estaban conectando: Miao, Katar; Abol y Tabol, del canal; Qawwali… El aire crepitaba de preguntas.

El descuidado pelaje de Hulo se estremeció.

–¡Se ha oído incluso al otro lado del canal! –le dijo a Beraal–. Esta tal Mara, Shara o comoquiera que se llame, es un Emisor, no es un gato cualquiera. Lo que me preocupa es que no es de los nuestros.

A Beraal se le erizaron los pelos, uno a uno. Como todos los animales en libertad, los gatos de Nizamuddin estaban habituados a conectarse a través de grandes distancias. Los maullidos tenían un alcance limitado; los olores y las emisiones de los bigotes formaban una red invisible y tupida alrededor de los gatos de la banda y el *dargah*. Pero estas conexiones solo les permitían escucharse unos a otros. Las auténticas emisiones, esas en las que notas la caricia del pelaje del Emisor y sientes en los bigotes su olor y sus palabras, eran muy raras. De vez en cuando ocurría que un desconocido entraba por accidente en la red y se oía su llamada, pero hacía años que el clan de Nizamuddin no contaba con un Emisor ni recibía una señal tan intensa.

Pensativa, Beraal dejó caer la cola al recordar la emisión: la llamada parecía provenir de lo más profundo de su mente.

Los bigotes de Beraal y de Hulo crepitaron cuando Katar, el gato más respetado del clan, utilizó la conexión de Nizamuddin para dirigir un aviso a todos los gatos:

–Supongo que todo el mundo lo ha oído.

Un coro continuo de asentimiento recorrió todos los bigotes, desde los bungalós de enfrente hasta el parque donde estaban Beraal y Hulo, hasta los límites donde terminaba la colonia y los techos bajos de los barrios marginales, ilegales pero omnipresentes, tomaban el control.

–¿Alguien sabe quién o qué es la tal Mara? ¿Alguien ha visto por aquí un gato callejero? Miao, ¿qué opinas?

Miao era la gata de mayor edad del clan de Nizamuddin.

–Si hubiera gatos callejeros lo sabríamos –dijo–. Será un recién llegado. Y es extraño que ninguno lo hayamos visto cuando tiene tal

poder de emisión. Puede que Qawwali y los gatos del *dargah* sepan algo más.

Sin embargo, Qawwali y Dastan aseguraron que hacía muchas lunas que no les llegaba ni el más mínimo olor de un desconocido. Abol y Tabol aseguraron que ningún gato callejero había cruzado el canal y tampoco los gatos del mercado habían visto felinos desconocidos.

Cuando le llegó el turno, Beraal quiso expresar lo que desde hacía un tiempo le rondaba la cabeza.

–Hay algo raro en la forma de hablar de ese gato. No se trata de que los mensajes sonaran extraños; había algo en la emisión en general.

–Porque no es de los nuestros, Beraal –replicó, impaciente, Hulo–. Los de fuera siempre suenan diferente.

–No me refería a eso –replicó Beraal–. Las imágenes eran muy nítidas, pero no pude distinguir bien qué eran.

Hubo un chisporroteo de asentimiento a lo largo de la línea. Katar intervino:

–¿Viste lo mismo que yo, Beraal? ¿Viste una mancha borrosa de color naranja que flotaba en el aire?

–Sí, algo así. ¿Y a quién se dirigía el mensaje? ¿Sabía siquiera el Emisor que estaba emitiendo?

La nerviosa exasperación de Hulo les llegó a través de la línea.

–Sea quien sea, el caso es que no pertenece al clan. Y, si es capaz de emitir con tal potencia que por poco me hace caer de las ramas, lo quiero muerto. Hacía muchos años que no captábamos una emisión tan potente.

–Un momento –dijo Katar–. Miao, ¿quién fue el último Emisor de Nizamuddin?

–No la llegaste a conocer, Katar –respondió Miao–. La mayoría no podéis recordar a Tigris porque era de una época anterior. Y, si estáis pensando en sus descendientes, os diré que no tuvo. Tigris no tenía pareja, que nosotros supiéramos, y desde entonces no ha vuelto a haber Emisores en Nizamuddin, aunque con cada nueva camada estamos atentos a descubrir uno. Y, aunque Tigris tenía poder, la verdad es que la emisión que acabamos de oír es mucho

más potente. No cabe duda de que este Emisor es de fuera y, a juzgar por la fuerza con que nos han crujido los bigotes, diría que es un adulto con experiencia, posiblemente un veterano de guerra. Ningún gato de la zona responde a esta descripción (lo habríamos descubierto, ya fuera a través del olfato o de los bigotes), de modo que tiene que haber venido con una familia de Piesgrandes.

–En tal caso, deberíamos averiguar más acerca de esta Mara… –empezó a decir Beraal, pero Katar cortó tranquilamente su conexión.

Él y Miao eran los miembros con más experiencia del clan de Nizamuddin. La colonia felina carecía de líder, como es habitual entre los gatos, pero, en las raras ocasiones en que tenían que reunirse para deliberar, eran Miao o Katar quienes hacían de moderadores.

–Voy a despejar la red –dijo Katar–. Que todo el mundo permanezca alerta. Estad atentos a los extraños, a lo que cuentan los gatos callejeros que vienen del otro lado del canal o del refugio de animales. Vigilad los hogares de los Piesgrandes; la emisión hablaba de unos Piesgrandes, si no recuerdo mal. Pensad que se trata de un contrincante con experiencia, como dice Miao, probablemente una hembra. A juzgar por su potencia de emisión, debe de tener un tamaño considerable.

–Katar –dijo Beraal–, ¿y qué hacemos si lo encontramos?

–Si no es uno de los nuestros, matadlo. En especial si vive con los Piesgrandes. Y confío en que tú te tomes un especial interés en la ejecución, Beraal.

No esperaba otra respuesta. El clan siempre se mostraba receloso hacia los desconocidos y aún más si se trataba de un Emisor. Los Emisores poseen unas aptitudes especiales que los distinguen del resto de los felinos y este había causado una gran conmoción en el clan.

Si se trataba de un gato doméstico, de los que no salen de casa, resultaría más complicado darle muerte, pero Beraal se dijo que ya resolvería el problema cuando se le presentara. Beraal era la hembra más temible de Nizamuddin, capaz de ganar en combate a muchos de los machos. Era una excelente cazadora –silenciosa, rápida y precisa– y su mayor preocupación ahora era encontrar al desconocido que se atrevía a amenazar la tranquilidad del clan.

Fue una noche incómoda para la población felina de Nizamuddin. Dos nuevas llamadas rasgaron la oscuridad, sobresaltando tanto a los durmientes como a los merodeadores. «Nuevo lugar huele a nuevo. Echo de menos a mi madre. Nuevo, nuevo, nuevo. Mara sola, Mara triste» fue el mensaje que llegó una hora después de que los gatos de Nizamuddin se hubieran conectado y de nuevo les retorció los bigotes. Era una llamada aún más intensa que la anterior y estaba tan cargada de miedo que todos echaron las orejas hacia atrás y notaron un estremecimiento en el cuerpo.

Mientras recorría nerviosamente el parque arriba y abajo, apenas atenta a la presencia de perros, Beraal se topó con el guapo Katar. El macho gris la saludó tocándola con el hocico y evitó que el cachorrito cayera sobre las zarpas de la gata.

–El joven Southpaw y yo vamos al *dargah* para comprobar los rastros olfativos del perímetro, por si acaso se nos hubiera escapado algo –dijo–. Miao y Hulo están patrullando el canal. Southpaw, deja de jugar con mi cola o tendré que darte otro azote en el trasero. Estoy preocupado, Beraal. No recuerdo haber oído nunca un Emisor tan potente ni tan raro como este. He intentado establecer comunicación, lo mismo que Miao, pero no lo hemos conseguido. No lo entiendo. No me hace ninguna gracia. Lo mejor será que lo encontremos y lo matemos cuanto antes.

Para tranquilizarle, Beraal enrolló cariñosamente su cola alrededor de la de Katar. Se apareó con él en una ocasión, aunque sus crías no sobrevivieron, ni tampoco las que tuvo con otros machos. Pero, aunque ambos habían tenido otras parejas, Beraal y el macho gris se tenían un gran aprecio.

–Y Southpaw tiene que acompañarte, por supuesto –comentó Beraal, y acarició con los bigotes la cabecita del minino–. ¿No deberías echarte la siesta, pequeño?

Southpaw era el huérfano del clan, un cachorrito tan propenso a meterse en líos que si estaba vivo y coleando era solo gracias a los esfuerzos combinados de todos los gatos de Nizamuddin. Tenía el instinto infalible de aquel gazapo que huyendo del perro da en el lazo, como reza el viejo dicho.

–Se despertó con las llamadas y me lo encontré merodeando solo por los tejados, como un macho que estuviera patrullando –explicó Katar.

No hacía falta añadir que le parecía más seguro llevarse al gatito consigo. Southpaw podía oír las emisiones de los demás gatos, pero no sabía emitir todavía. Además, en su último intento de patrullar los tejados había acabado enredado en los cables de tender y cubierto de prendas de ropa, de manera que sus maullidos de socorro quedaban ahogados.

Tres horas más tarde llegó la tercera emisión. Los gatos casi la estaban esperando, pero era un mensaje sin sentido, tan fuerte como los anteriores, pero no tan temeroso: «Nuevo, todavía nuevo. No me gusta lo nuevo… pero los Piesgrandes son amables. Con los Piesgrandes no tengo tanto miedo».

Pocas veces se había visto tanta actividad en los tejados de Nizamuddin. El barrio se llenó de maullidos y los Piesgrandes se agitaban inquietos en sus camas. Pálidas figuras fantasmales recorrían silenciosamente los tejados, trepaban por las tuberías y por las escaleras de servicio, patrullaban entre los cubos de basura y se introducían hábilmente bajo los coches en busca de un Emisor que se resistía a mostrarse. El aire crepitaba con mensajes de un lado a otro y los perros gemían en sueños al percibirlo; los pocos que tuvieron la imprudencia de lanzarse en persecución de un gato se vieron obligados a recular ante unos ojos resplandecientes de furia y amenazadores siseos y bufidos. Los gatos de Nizamuddin tenían una misión y no iban a permitir que unos chuchos se interpusieran en su camino.

Tras cumplir con su tercera guardia de la noche, Beraal se sentó aliviada en los escalones de entrada de una vivienda y decidió asearse un poco. Le resultaba más fácil centrarse en el problema mientras se cepillaba el sedoso pelaje con la lengua y relajaba un poco las tensiones que le atenazaban el cuerpo. Era igual que desenredar un ovillo de lana muy enredado: había que encontrar el extremo y tirar de él.

«Rac, rac», hacía la lengua al pasar sobre su abrigo de piel. Había una gata asustada que se llamaba Mara. Pero, si tenía tanta

experiencia en batallas, ¿por qué tenía miedo? ¿Solo porque era un sitio nuevo… y, por lo tanto, amenazador? La hembra empezó a alisar los enredos del pelaje y tosió ligeramente al tragar sin querer un nudo de pelo y polvo. Probablemente expulsaría una bola de pelo por la mañana. Bueno, qué se le iba a hacer.

Apoyada en tres patas, levantó otra y se lamió cuidadosamente entre las zarpas. ¿Estaría el Emisor con una nueva familia? ¿En una casa nueva? De forma casi automática, enrolló la cola para acercarla y empezó a limpiarla mientras reflexionaba. Las emisiones habían sido cada vez más claras y también aquella imagen tan inquietante de una bolita de pelo naranja, fuera lo que fuese. No tenía sentido. ¿Por qué un Emisor tan poderoso iba a presentarse en el barrio y por qué se negaba a hablar con ellos?

Cuando llegaron las primeras luces del alba, Beraal se dijo que ya sabía lo que tenía que hacer. Debía encontrar la casa en la que se acabaran de instalar unos Piesgrandes. Y a continuación comprobaría si había allí un gato de buen tamaño. Aplastó un poco las orejas: a Beraal no le gustaba la idea de entrar en una casa desconocida donde hubiera Piesgrandes. Pero tal vez era lo mejor que se podía hacer. ¿Y si encontraba al gato? ¿Y si resultaba que era el Emisor más poderoso que hubieran visto jamás y adivinaba que ella venía a matarlo? Entonces ya vería lo que hacía, ¿no?

Beraal había matado su primera presa con solo cinco meses: un viejo y astuto bandicut que la triplicaba en tamaño. Esta fue la primera de una larga serie de victorias. Era la reina y no había fallado nunca con una presa; no creía que fuera a fallar ahora.

2

El juego del escondite



El Emisor gatuno más poderoso en la historia de la India avanzó cautelosamente dos pasos, se sentó encima de los cuartos traseros, bien protegidos por el pelaje, se dio un impulso con las patas delanteras, se deslizó por el pulido suelo del salón y frenó con la ayuda de la alfombra persa. Era un juego muy divertido, se dijo Mara, que empezaba a sentirse mejor en su nuevo hogar. Echaba mucho de menos a su madre, pero la pesadilla de la cañería y los perros que ladraban se iba desvaneciendo y la curiosidad empezaba a reemplazar sus sentimientos de tristeza y de temor.

A Beraal o a otro gato acostumbrado a la libertad aquella casa le parecería una prisión, un conjunto de cajas abarrotadas de objetos superfluos de los Piesgrandes. Pero resultaba amplia para un minino que había nacido bajo unos sacos de arpillera junto al canal y que había pasado un día de terror en un desagüe, acechado por fieros perros.

Mara al principio estaba demasiado asustada para explorar, pero al cabo de unas horas se tranquilizó. Le gustaba su cama, cubierta con unas sábanas frescas y suaves, ideales para que un gatito afilara las uñas. No sabía bien qué pensar de los Piesgrandes; eran demasiado ruidosos y a menudo la cogían cuando a ella no le apetecía; no entendían nada. Pero se mostraban amables con ella y eran unos

excelentes proveedores de leche y de pescado. Además, por lo general la dejaban explorar en paz.

Cuando consiguió zafarse de la alfombra persa, que inexplicablemente se le había enrollado en torno al cuerpo, se le retorcieron los bigotes. Mara tenía unos bigotes sorprendentes: más largos de lo habitual, curvados en las puntas y de color blanco cuando normalmente los gatitos de su edad los tenían negros. Procuraba llevarlos siempre bien pegados a la cara. Muy pronto, desde sus primeros días de vida junto al canal, aprendió que, en cuanto extendía los bigotes, el estrépito del mundo exterior entraba en su mente como un torrente.

«Eres un Emisor», recordaba Mara que le había dicho su madre el primer día que abrió los ojos. Entonces no era más que un bultito acurrucado junto al cálido costado de su madre y escuchaba el zumbido de los coches que circulaban por el puente sobre el canal. Mientras le limpiaba los bigotes hasta hacerle cosquillas, los ojos azules de su madre parecían tristes, como si anticipara un futuro difícil.

«¿Qué es un Emisor?», preguntó Mara. Y su madre respondió con calma: «Los Emisores son muy poco corrientes, Mara. En un clan nunca hay más de uno y hace más de tres generaciones que en la mayor parte de las bandas de Delhi no se ve un Emisor. Si eres Emisor, significa que puedes viajar sin necesidad de servirte de las patas… tus bigotes te llevarán a donde quieras. Y podrás oír y ver más que la mayoría de los gatos».

Mara mamaba satisfecha. Entre trago y trago de leche intentaba imaginar qué cosas serían las que podría ver y oír ella sola entre los gatos. «¿Incluso más que tú?», le preguntó a su madre. «Más que yo. Ya te he dicho que los Emisores son especiales».

A continuación jugaron a las palmas con las zarpas y después Mara le hizo una pregunta a su madre: «¿Y qué tienen que hacer los Emisores?». Su madre empezó a lavarla amorosamente con la lengua. «Muchas cosas. Los Emisores protegen a su clan. Todas las bandas esperan tener la suerte de contar con uno, en especial en momentos difíciles. No es una vida fácil…». Su madre se interrumpió. No quería decirle a su pequeña que como Emisor sería

tan diferente que muchos gatos –a excepción de los de su propio clan– la temerían, la envidiarían y la desafiarían. En lugar de eso, le dijo: «Es una vida interesante. No tienes que preocuparte, Mara. Te enseñaré todo lo que necesitas saber». Pero luego llegaron los perros y después un Piesgrandes encontró a Mara y la trajo a este nuevo lugar, lejos del canal.

Y anoche le pasó algo raro. ¿Qué era? Ah, sí; justo cuando más sola se sentía tuvo la extraña sensación de que… la estaban vigilando, de que la escuchaban. Fue como si un montón de gatos la hubiera estado escuchando.

Mara se movió inquieta, intentando atraparse la cola al tiempo que salía de debajo de la alfombra, mientras una serie de pensamientos sueltos asaltaban su cabecita a rayas. Miao… una sabia siamesa de amables ojos azules… Hulo, un gato grande, con cicatrices, se había mostrado desdeñoso… La hermosa Beraal, de intensos ojos verdes, pelaje blanco y negro… Había muchos más, pero no era capaz de distinguirlos.

De repente Mara estaba a más de un metro del suelo, envuelta como si fuera un paquete. Al asomar la cabeza, se encontró con los ojos de un Piesgrandes que le hablaba en un tono de reprimenda, pero también de broma, de modo que Mara se atrevió a lamer la mano que la sostenía en el aire.

Acto seguido la depositaron cuidadosamente en el suelo, con las zarpas ya libres de la alfombra, y le dieron una palmadita en el trasero, un trato poco digno, pero, bueno, seguramente se lo había ganado. Luego el Piesgrandes se sentó en el suelo junto a Mara y empezó a rascarle ese punto de la cabeza que ella nunca lograba alcanzar.

Mara se olvidó de los otros gatos, esos gatos desconocidos; se olvidó de sus planes de iniciar una Gran Expedición para reconocer a fondo toda la casa. Mientras el Piesgrandes le rascaba la cabeza, la gatita se inclinó hacia adelante, con el cuerpo rígido de pura emoción, y ronroneó y ronroneó. Luego llegó la comida –leche deliciosamente aromatizada con pescado– y después la siesta…

Cuando Mara se despertó, era tarde y hacía un poco de frío. La habían trasladado desde el cojín del sofá hasta una cestita redonda y

tapizada que le encantó desde el primer momento. Mara dio un gran bostezo que dejó ver su boquita sonrosada y clavó las uñas en el mimbre. ¿Dónde estaban los Piesgrandes? Salió sigilosamente de la cesta con la intención de encontrar la cama grande donde había dormido la noche anterior, pero descubrió que la puerta que daba al dormitorio estaba cerrada. Era el momento de empezar la Gran Expedición.

Desde su posición a menos de quince centímetros del suelo, el mundo era una selva de cosas fascinantes. Sobre las patas que las alejaban del suelo, las sillas y las mesas se convertían en plataformas que ya investigaría más tarde. Por todas partes había alfombras donde Mara clavaba tranquilamente las uñas antes de pisar. Una de las habitaciones desprendía un maravilloso olor a polvo y a humedad y estaba repleta de interesantes cajas de cartón que Mara se apresuró a rasgar con las zarpas. Dios mío, y esos olores que llegaban a través de la puerta de la cocina… ¿qué eran?

Mara se sentó en el suelo y cerró los ojos, intentando identificarlos, pero eran tan intensos y apetitosos que se le mezclaban, formando una papilla espesa… La gatita tuvo que sacudir la cabeza para aclarar su percepción. Notaba… el olor de la basura en el piso de abajo, pesado y sustancioso; el olor de muchos Piesgrandes, un intenso olor a hierro.

Se estremeció al percibir el olor de varios perros a lo lejos, pero estaba mezclado con olor a gatos y a siete clases diferentes de tierra; olía también a árboles y a flores, y al aroma jabonoso de la ropa de los Piesgrandes, mezclado con el del metal de los coches. Todos los olores venían de detrás de aquella puerta. Mara empujó con la pata la puerta de la rejilla metálica y esta se abrió. La gatita ya podía salir.

Afortunadamente, todo estaba muy quieto, aunque los olores parecían moverse y cambiar incesantemente, como si llevaran a cabo una animada danza. La gatita se quedó en silencio y tan cerca de la puerta de rejilla –la puerta trasera de la casa– como podía. Del estrecho callejón entre la parte trasera y el parque llegaba el perfume de la basura en descomposición. Aquel era un día festivo para los basureros, de manera que el aroma era más intenso y

goloso de lo habitual. Era un olor que invitaba a acercarse, pero Mara titubeó, moviendo indecisa la cola de un lado a otro.

Era la primera vez que veía el mundo exterior. Los recuerdos de sus primeros días de vida eran muy confusos, porque cuando estaba junto al canal todavía tenía los ojos cerrados. Recordaba los confortables costados de su madre, que la lavaba hasta que Mara se quedaba dormida; el olor de la leche materna. Pero luego llegaba un momento de miedo y sus recuerdos se tornaban borrosos: el brusco tirón en la piel del cuello cuando su madre la trasladaba, el olor apestoso y cerrado de la cañería, las horas que pasó allí acurrucada, temblando, mientras oía gruñir a los perros, que iban nerviosos de un lado a otro. Lo último que recordaba haber oído era el gruñido sordo y amenazador de su madre. Luego esperó horas en la oscuridad, pero su mamá no regresó.

Ahora que Mara podía ver y oler el mundo exterior, descubrió que le gustaba, pero no estaba segura de sentirse a salvo. La cabeza le daba vueltas ante tanto espacio. ¿Y si salía un poco, solo hasta los escalones? Los escalones formaban parte de la casa, así que a lo mejor eso no era fuera, sino dentro. Descubrió que si fingía que eso era verdad la cabeza dejaba de darle vueltas y no se mareaba, así que se instaló en la fría plataforma de hierro de la escalera de entrada y se enrolló la cola alrededor de los cuartos traseros a modo de cojín.

3

A la vista de la presa



Instalada en las ramas del mango, Beraal contempló con vago interés al gatito naranja que había saltado a los escalones de hierro. Parecía nuevo en el vecindario; los Piesgrandes siempre estaban recogiendo loros, perritos, bebés y gatitos… como si al ser tan torpes y grandotes necesitaran criaturas pequeñas en sus casas.

Beraal y Hulo se habían pasado casi toda la tarde trabajando: partiendo del establo de las vacas siguieron con los bigotes el rastro de los mensajes, intentando averiguar su procedencia. La hembra de pelaje blanquinegro logró reducir la búsqueda al perímetro del parque, pero no estaba segura de que el Emisor continuara allí.

–Si es un gato doméstico, seguirá en la zona, Hulo –dijo Beraal.

–Es posible. –Hulo movía la cola adelante y atrás con aire dubitativo–. De todas formas, daré una vuelta para ver si capto nuevos olores. No dejo de darle vueltas a esto, Beraal. Si estamos hablando de un macho o de una hembra con un nivel tan alto de agresividad, tiene que haber marcado la zona con su olor.

El hocico de Hulo temblaba de impaciencia. Un leve trazo de olor, aunque fuera de días atrás, le proporcionaría más información acerca del desconocido que cualquier emisión. Le permitiría saber si el intruso era agresivo y hasta dónde alcanzaba el territorio que reclamaba… tal vez incluso dónde se encontraba. Hulo frotó cariñosamente la cabeza contra la de Beraal y se marchó sigilosamente, teniendo cuidado de evitar a los bruscos niños Piesgrandes que jugaban a la pelota en el parque.

Beraal se instaló en la rama con la espesa cola a modo de cojín para que la rugosa corteza no le arañara el vientre. Tenía los bigotes y las orejas preparados para captar cualquier indicio de que el intruso se alojaba en alguna de las casas alrededor del parque. Mientras se preparaba para una larga espera, se entretuvo contemplando a las ardillas que correteaban por las ramas. Sus peludas colas, tiesas como velas, parecían impulsarlas sin esfuerzo arriba y abajo del árbol.

Las ardillas dieron un respetuoso rodeo para mantenerse a distancia de la gata y se quedaron en el lado opuesto del árbol. Beraal bostezó; sus ojos se convirtieron en dos finas ranuras verdes mientras calculaba sus probabilidades de matar al menos una ardilla… y eran bastante altas, si se centraba en la más pequeña. Tendría menos carne sobre los huesos, pero se asustaría más fácilmente; el miedo atontaba a las presas, las llevaba a quedarse paralizadas o a correr en la dirección equivocada.

Mientras tanto, se dedicó a observar al cachorrito, que jugaba con la punta de la cola. Tenía una forma cómica de perseguirse la cola que le recordó a una cría de la camada del año anterior. Por desgracia, aquel gatito murió joven bajo el afilado pico de un milano, pero adoptaba la misma actitud solemne cuando llevaba a cabo la delicada tarea de perseguirse y atraparse la cola.

El gatito anaranjado se abalanzó sobre la cola y la atrapó con aire triunfal, pero acto seguido cayó de bruces, estuvo a punto de darse un buen golpe en el hocico y bajó dando tumbos tres escalones antes de conseguir frenar con el trasero. Los bigotes de Beraal esbozaron una sonrisa al ver la cautela con que se examinó cada pata para comprobar que respondía antes de volver a subir los escalones e instalarse en lo alto.

«¡Qué susto! –gritó una voz dentro de su cabeza–. ¡Mara podría haberse caído rodando y dando volteretas hasta abajo! ¡Ahora me duele el trasero!».

La voz sonó muy alta y los bigotes de Beraal temblaron como hojas agitadas por un vendaval. La gata se quedó mirando a la minina con una mezcla de furia e incredulidad. Cuando empezó a comprender, los bigotes se le pusieron tiesos. Esta Emisora no sabía

que estaba emitiendo, llamaba a su madre, no sabía cómo recibir señales ni entendía cómo funcionaba una red gatuna porque no era más que una minina, una mocosa con bigotes que había provocado la alarma entre los felinos del vecindario.

Beraal no se dio cuenta de que estaba afilándose las uñas en la corteza del árbol mientras de su garganta brotaba un hondo rugido y los dientes le castañeteaban, preparándose para matar, hasta que oyó el agitado parloteo de las ardillas que subían rápidamente a las ramas más altas para ponerse a salvo. Entonces se lamió los bigotes y cambió de postura, procurando recobrar la calma.

«¡Me habría caído desde muy alto, muy alto! –siguió gritando la voz–. ¡Oh, mira! Es una mariposa. ¡Dos mariposas! Si salto con todas las patas a la vez, a lo mejor consigo atraparlas a las dos… ¡Aaay! ¡Cataplum! Vaya, no era buena idea».

La conexión de Nizamuddin se activó de nuevo y los bigotes de Beraal vibraron.

–¿De modo que nuestro Emisor es una cachorrita? –gruñó Katar–. ¿No es más que un gatita tiñosa? –Aunque estaba a kilómetros de distancia, en la polvorienta carretera en el otro extremo del canal, los bigotes le crepitaban de indignación y los demás gatos empezaron a participar en la conversación.

La gatita, que estaba brincando sobre el escalón, se detuvo dudoso un instante y miró hacia arriba. Clavó en Beraal sus enormes ojos, verdes como las hojas tiernas después del monzón.

–Silencio –ordenó Beraal en voz baja–. Quizás pueda oírnos. Katar, volveré a conectarme más tarde. Mantened las ondas despejadas.

La minina ladeó la cabeza y se quedó mirando tranquilamente a Beraal… lo que a la cazadora le pareció sorprendente en una criatura tan pequeña. Sin embargo, no había más remedio. La gata habría preferido no correr riesgos con los Piesgrandes, pero no cabía duda de que ahí estaba la Emisora.

Miró con atención la escalera, calculando la posibilidad que tenía de matar limpiamente a la gatita. Tendría que saltar a los escalones sin que la vieran los Piesgrandes ni la cachorra. Aunque lo lograra, luego tendría que matarla, y los Piesgrandes se asomaban a menudo a la escalera.

Calibró cuidadosamente sus vías de escape; tal vez lo mejor sería morderle en la nuca para inmovilizarla y transportarla al tejado para matarla. Con un poco de suerte, hasta le daría muerte con el primer mordisco; lo había hecho en más de una ocasión. Y, aunque no lo lograra, siempre era preferible llevarse el cadáver; habría menos probabilidades de que los Piesgrandes intervinieran y sería más fácil escapar sin ser vista. Las ramas moteadas de un árbol *neem* y las de un laburno cargado de vistosas flores doradas pendían convenientemente sobre el tejado de la casa; era el lugar perfecto. La minina ya no prestaba atención a Beraal; ahora movía la cabeza arriba y abajo, siguiendo con la mirada el vuelo de una de las mariposas.

Beraal se encontraba muy cerca; el mango estaba apenas a tres saltos de la escalera. Se acercó caminando despacio por la rama, con todo el sigilo del que era capaz. No quería correr riesgos; si la gatita veía que un gato desconocido y mucho más grande que ella se aproximaba con malas intenciones, saldría corriendo. Muy cautelosamente, apoyó las patas en la escalera.

La gatita se detuvo al momento, dio media vuelta y la miró. «Ya está –se dijo Beraal–. Ahora se meterá como un rayo en la casa y no se me presentará otra ocasión hasta dentro de varios días».

–¡Maldición! –exclamó con disgusto.

–¡Eh, hola! –La minina se le acercó corriendo.

Beraal parpadeó con sorpresa. Suponía que la gatita iba a salir huyendo; era lo habitual.

–¡Sí que eres un gato! ¡Oooh, y qué pelaje tan bonito! ¿No te da miedo estar en lo alto del árbol? ¡A mí me daría mucho miedo estar allí arriba! Mi madre no está aquí; estaba en el tubo de desagüe conmigo, claro, pero entonces vinieron los perros y luego los Piesgrandes… Bueno, es igual. Es la primera vez que salgo, pero supongo que tú estás acostumbrada. Yo no. Estoy un poco mareada, ahora mismo iba a entrar. Me llamo Mara, ¿y tú? ¿Quieres charlar conmigo? Oh, por favor, sí. En la escalera hay espacio suficiente para las dos.

A Beraal le daba vueltas la cabeza, pero no había Piesgrandes a la vista y algo le decía que esta sería su mejor ocasión para matar a la

gatita, así que subió lentamente por las escaleras mientras estudiaba de cerca a su presa.

–¡Eres la gata más guapa que he visto! –exclamó Mara–. Aunque, sinceramente, no he visto muchos. Nací debajo del puente al otro lado del canal y luego estuve en el tubo de desagüe, así que ya ves. Pero tienes un pelaje precioso. ¡Y parece tan suave!

Beraal decidió que ya era suficiente. Empezaba a dolerle la cabeza… Echó las orejas hacia atrás, dio un bufido a modo de advertencia y sacó las uñas, preparándose para saltar.

–¿Por qué pones esta cara? ¡Da mucho miedo! ¡Me estás asustando! Creía que eras mi amiga, pero eres una gata vieja y fea. Quiero que venga mi madre ¡¡¡Ahora mismo!!!

Beraal parpadeó y movió la cabeza para intentar sacudirse el grito de encima. De cerca, el volumen de emisión de Mara resultaba altísimo. Beraal tenía la sensación de que le estallaban cohetes dentro de la cabeza y le dolía tanto que se detuvo a medio salto.

Mara la observaba; había retrocedido y se encontraba muy cerca de la puerta de la cocina. A Beraal no le cabía duda de que, si hacía el más mínimo movimiento, Mara entraría disparada en la casa. Lo raro era que no lo hubiera hecho todavía. La gata contemplaba sorprendida a la cachorra. Los ojos de Mara tenían una expresión de reproche.

–Quería ser tu amiga –dijo Mara–. Aquí me siento sola. Mis Piesgrandes son buenos, pero no conozco a otros gatos. Como te acercaste a hablar conmigo, pensé que… y luego empezaste a… ¡Eres una gata horrible! ¡Te odio! ¡Quiero que venga mi madre ahora! ¡Ahora! ¡Ahora mismo!

Beraal esperó a que se le despejara la cabeza.

–Por favor, ¿podrías parar de hacer esto?

–¡No! ¡Me has asustado y yo solo quería una amiga! Mara está muy triste.

Beraal suspiró. La red gatuna de Nizamuddin se había llenado de quejas y protestas que hacían chisporrotear las líneas desde el *dargah* hasta la tumba de Humayun. Dentro de su cabeza, la gata podía oír a Katar preguntando por qué no había matado todavía a la minina. Hulo se ofrecía a ir enseguida en caso de que necesitara

refuerzos. Vio que la cabeza de un Piesgrandes se asomaba en lo alto del tejado y comprendió que tenía que marcharse pronto de las escaleras, sobre todo si Mara continuaba maullando con todas sus fuerzas.

Sobreponiéndose a la sensación de que una infernal banda de música había estado ensayando en el interior de su mente, Beraal decidió que lo mejor sería hacer un intento de dar muerte a la gatita. Se agazapó con las patas traseras juntas, extendió las patas delanteras, movió el trasero y se abalanzó sobre Mara con las uñas desenvainadas.

Mara estaba sentada en la entrada de la cocina, maullando con todas sus fuerzas. No miraba a Beraal, no intentaba protegerse. Pero, justo cuando Beraal trazaba en el aire su magnífico salto, la gatita emitió un lloriqueo y se movió hacia la izquierda para limpiarse los bigotes.

Beraal falló su objetivo y aterrizó encima de un charquito de agua. Esto le hizo resbalar y deslizarse de forma poco elegante hacia el interior de la cocina hasta que se golpeó contra la pata de madera de una mesa y se quedó hecha un revoltijo, con los ojos cerrados.

Oyó ruidos sobre su cabeza, voces de Piesgrandes que se acercaban. Beraal se estremeció, intentó mover las patas, pero apenas logró un leve espasmo. Miró hacia arriba y vio que un Piesgrandes levantaba a Mara con cuidado, la arrullaba y se la llevaba. El otro Piesgrandes estaba ocupado con las puertas y, cuando por fin Beraal se puso temblorosamente en pie, comprobó que las puertas de la cocina que llevaban a la escalera exterior estaban cerradas. Como el Piesgrandes pasó junto a ella y se quedó un rato en la cocina, la gata tuvo que esconderse debajo de la mesa y esperar, con el corazón martilleándole el pecho. Al parecer, Mara había dejado de emitir; no hubo más mensajes, nada que distrajera a Beraal del espanto de saberse atrapada dentro de una casa, a merced de dos Piesgrandes y de una minina a la que había intentado matar.

La casa se quedó oscura y silenciosa. Las voces de los Piesgrandes se oían amortiguadas a lo lejos. Beraal se quedó bajo la mesa, con los ojos cerrados, hasta que notó que el corazón volvía a latirle con normalidad. Los rastros olfativos de Mara se entrecruzaban como una malla por toda la casa. Beraal comprendió que la gatita podía pasearse por donde quisiera mientras se quedara en el suelo, pero no le permitían subirse a las mesas ni a las estanterías. Los rastros olfativos que cubrían el suelo dejaban constancia de las excursiones de Mara. El olor a Piesgrandes era tan intenso que Beraal se puso nerviosa; hacía mucho tiempo que no entraba en una casa.

Cuando los ojos se le acostumbraron a la semioscuridad, salió de debajo de la mesa y se acercó sigilosamente a las puertas. Empujó con fuerza, pero lo único que logró fue hacerse daño en la nariz. A continuación, saltó al fregadero hacia las ventanas, pero estaban bien cerradas. La única puerta que estaba abierta era la que llevaba al resto de la casa. Del pecho de la gata blanquinegra brotó un hondo gruñido cuando comprendió lo que eso significaba; la casa no era territorio de Beraal, sino de Mara, tal como indicaban los olores que tapizaban el suelo. A Beraal se le hizo un nudo en el estómago solo de imaginar que los Piesgrandes pudieran encontrarla.

Se acercó un instante a la puerta para ver qué había más allá. La cocina daba a una sala espaciosa y repleta de muebles. No había Piesgrandes a la vista ni tampoco rastro de Mara. Tras un instante de duda, Beraal avanzó con sigilo. Al oír el clopclop de sus patas sobre el suelo de madera, se detuvo en seco y durante un largo rato se quedó inmóvil, apuntando hacia delante con la nariz, hasta que por fin decidió que nadie la había oído.

Casi podía oler el miedo que desprendía su pelaje y tenía las almohadillas plantares resbaladizas de sudor. Beraal se detuvo para acicalárselas y con la caricia rasposa de la lengua se fue relajando. Cuando levantó la cabeza y miró a su alrededor, el miedo se había amortiguado y había quedado reemplazado por la curiosidad.

Una gran alfombra cubría el centro de la habitación. Beraal caminó por encima con mucho cuidado y, cuando se dio cuenta de que la alfombra tenía un tacto parecido al del pelaje, sacó totalmente las uñas: clavaba las zarpas y luego daba un pequeño tirón para

liberarlas. Era una experiencia placentera, como un masaje en los pies. Saltó sobre un sofá y casi maulló asustada al descubrir que las patas se le hundían en aquella blandura. Rápidamente subió al respaldo y se sintió aliviada al ver que podía caminar sin peligro por la superficie, suave pero firme. Había mesitas esparcidas por todo el salón, pero su instinto le dijo que era mejor no subirse a ellas. Se acercó a olisquear una lámpara y retrocedió rápidamente cuando vio que empezaba a balancearse de un lado a otro.

Los ojos verdes de la gata se abrieron de par en par al mirar las paredes del salón: a través de una de ellas se veía el cielo. Olvidando su miedo a los Piesgrandes, empezó a correr, saltó hacia la ventana y cayó hacia atrás con un golpe sordo al chocar con la barrera de cristal. Atónita, acercó la nariz al cristal y lo olisqueó. No entendía por qué podía ver el cielo pero no era capaz de olerlo ni de sentirlo, y lo mismo con las ramas de los árboles, que distinguía con toda claridad. El cristal era suave y liso, no le daba ningún dato… carecía de olor, excepto los rastros de Mara y de los Piesgrandes, y de sabor… nada de nada.

De repente se le erizaron los pelos del pescuezo: su instinto la avisaba de la presencia de los Piesgrandes antes de que fuera plenamente consciente de ello. Rápidamente, dio media vuelta con la cola tiesa y el pelo erizado. Levantó los labios, mostrando los dientes, y se metió debajo de una mesita para esconderse.

Un Piesgrandes entró y se dirigió hacia la izquierda, de manera que Beraal corrió hacia la derecha y fue a parar a otra habitación. La gata respiraba agitadamente; estaba asustada, lo único que quería era salir de allí, a un lugar donde no tuviera la opresión de un techo sobre la cabeza, donde se viera el cielo y hubiera árboles y zanjas para explorar, donde no se sintiera tan pequeña y encerrada.

Era un cuarto sin ventanas, pero por lo menos no había Piesgrandes. Beraal entró dando un enorme salto y logró detenerse a tiempo, justo antes de chocar con la pared. Giró en redondo apoyándose en las almohadillas de los pies. Las uñas le asomaban de las garras, tenía las ventanas de la nariz ensanchadas y la boca entreabierta dejaba escapar un rugido sordo. El penetrante olor a

Mara que flotaba en el cuarto aumentó su incomodidad por encontrarse en territorio ajeno.

La tarea que le habían encomendado le pareció fácil mientras se encontraba fuera de la casa, en las escaleras exteriores, pero ahora, rodeada por los olores de Mara, su instinto de hembra cazadora le decía que atacar a otro gato en su propio territorio era de una pésima educación, dijera lo que dijera Katar. Si la gatita la atacaba, Beraal estaría a la defensiva; Mara era más pequeña, más joven y menos experimentada, pero esta era su casa. Beraal echó una ojeada a su alrededor buscando una salida, intentando ubicarse. Se quedó inmóvil, rígida y con los pelos de punta cuando en uno de los sofás se movió una bolita de pelo. Un gruñido sordo y profundo le brotó del pecho.

Mara se dio la vuelta sobre el cojín, se puso una patita sobre el ojo y dejó escapar un ruidito que era claramente un ronquido.

La gata blanquinegra se sentó sobre los cuartos traseros, con los bigotes lacios de incredulidad. Se quedó mirando a la gatita, pero no hizo ademán de acercarse a ella, sino que se acomodó para lavarse a fondo la punta de la cola y los bigotes mientras intentaba decidir cómo reaccionar en aquella situación tan poco habitual. Estaba acostumbrada a que los gatos la atacaran o la desafiaran con un bufido, sobre todo si venían de fuera y se encontraban un lugar nuevo y desconocido. Una reacción de temor tampoco la habría extrañado; resultaba natural en un minino que se veía amenazado por una experimentada guerrera.

Pero resultaba que, diez minutos después de verse seguida y amenazada, Mara reaccionaba acurrucándose hasta hacerse un ovillo y poniéndose a dormir. ¿Cómo era posible que una presa mostrara tal desinterés por su propia seguridad? Beraal no había visto nada igual.

Olfateó el aire y buscó con sus bigotes una señal de Piesgrandes. Estaba empezando a recuperar el sentido de la orientación, a pesar de lo difícil que era orientarse en una casa desconocida de Piesgrandes cuando estaba acostumbrada a los espacios abiertos. Aguzó el oído para captar cualquier ruido, igual que un gato apostado frente a la madriguera del ratón, pero tanto el instinto

como los bigotes le decían que los Piesgrandes se encontraban por lo menos a dos habitaciones de distancia.

Se lamió pensativa las garras; sacó las uñas y las clavó una y otra vez en la alfombra hasta dejarlas afiladas como navajas. Se fue acercando a Mara despacio, con cuidado de no hacer ni el más mínimo ruido, buscando el amparo de las patas de la mesa y las sillas. Una parte de su atención estaba puesta en la entrada; enfocaba hacia allí las orejas para captar cualquier sonido indicativo de que los Piesgrandes se acercaban, pero sin apartar la mirada del bulto que formaba el cuerpo dormido de la gatita. Beraal tensó los músculos: en su opinión bastaría con un salto para subir al sofá; si calculaba bien los tiempos, antes de que la gatita se despertara, podía romperle el cuello con su famoso mordisco letal. Mara ni siquiera sufriría. Después buscaría una puerta o una ventana abierta para salir huyendo de aquel espantoso lugar cerrado, al que no pensaba regresar jamás.

–¡Has vuelto! –exclamó una alegre vocecita–. ¡Qué amable de tu parte! No pensaba que volverías, así que me puse a dormir la siesta para recuperarme de tanta emoción. ¿Has visto mi canasto? Es aquí donde duermo. ¡Es muy cómodo! Esto es un ratón… de tela, no de verdad, pero va perfecto como almohada. ¿Te gustaría jugar con mi pelota? Tengo un ratón y una pelota, ¿ves?

En pleno salto, Beraal agitó las patas y torció el cuerpo para rectificar y cayó con un golpe sordo en la esquina de la cama.

–¡Grrr! –gruñó sin querer, y cerró los ojos, un poco bamboleante después del trastazo.

Entonces notó que una rasposa lengüecita le lavaba las orejas y le lamía la zona sensible de la frente. Resultaba tan reconfortante que Beraal cerró los ojos, haciendo caso omiso de los pensamientos que aporreaban su mente y le recordaban que ningún asesino digno de tal nombre consentiría que su futura víctima le lavara las orejas. Al abrir los ojos se encontró con la cara de Mara cabeza abajo. La gatita había trepado por el lomo de Beraal y, colocada en equilibrio sobre su cuello, le lavaba la cara con mucho celo. Beraal parpadeó. Aunque el tratamiento resultaba placentero, se dijo que debería

protestar… Pero, cuando Mara empezó a lavarle los bigotes, la gata no pudo evitar un suave ronroneo.

Mara contestó con otro ronroneo y bajó por la cabeza de la gata. Beraal dio un gañido de protesta, pero, antes de que pudiera gruñir de verdad, la gatita se acurrucó contra ella y empezó a amasarle suavemente la barriga con las zarpas mientras ronroneaba y ronroneaba.

–En realidad, debería… –empezó a decir Beraal.

Pero Mara seguía amasándole la barriga con los ojos cerrados. Era una sensación deliciosa y le recordaba los placeres de tener una camada. La gata bajó la mirada y contempló la cabecita anaranjada.

–Pero no eres mi cría –dijo.

Apartó a la cachorra de su vientre y se puso de pie.

La gatita le golpeó las patas y Beraal gruñó con las orejas echadas hacia atrás. Mara abrió unos ojos como platos, miró atentamente a Beraal con la cabeza ladeada y emitió un gruñido que era una imitación sorprendentemente buena del de la gata blanquinegra.

Beraal bajó la cabeza y avanzó amenazadoramente hacia el minino con los hombros encorvados. Mara bajó también la cabecita, encorvó los hombros y le golpeó la nariz con la zarpa, dejándole un doloroso rastro de sangre.

–¡Por mis garras y bigotes!

Con ojos brillantes de furia, Beraal dio un zarpazo al lugar donde se encontraba la gatita, pero Mara se movió como un rayo hacia la derecha y esquivó el golpe por los pelos.

–¡Espera y verás, malnacida, miserable bola de pelo!

El fiero mordisco de Beraal iba destinado a la cola de Mara, pero sus dientes entrechocaron con fuerza al encontrar el vacío. No le dolía tanto la nariz desde que se la pilló con una trampa para ratones; quería romperle el cuello a la estúpida gatita.

Se puso a perseguir a Mara, que correteaba de un lado a otro de la habitación. Le pareció que la gatita intentaba esconderse tras una pata y se metió debajo de la cama. Cuando vio menearse antes sus narices el trasero de Mara, creyó que la había cazado.

–¡Te pillé! –dijo con aire triunfal, y clavó los dientes en la bola de pelo anaranjado.

El dolor de la nariz la había vuelto descuidada. En lugar de morder otra vez para asegurarse de que le había roto el cuello al minino, Beraal zarandeó la bola de pelo con todas sus fuerzas y la golpeó dos veces contra la pared. Cuando por fin salió de debajo de la cama, casi saciada su sed de sangre, el bulto colgaba inerte de sus fauces. «Es una pena», se dijo, porque la gatita parecía simpática, pero por lo menos ya había cumplido su misión y tal vez su fiero mordisco le había proporcionado una muerte rápida e indolora.

En el fondo se sentía triste. Dejó caer en el suelo la lastimosa bola peluda y la zarandeó con la zarpa.

–Será mejor que no hagas eso –dijo una vocecita por encima de su cabeza–. Tiene mucho pelo y se te pueden quedar las uñas enganchadas en las lanas.

Beraal miró hacia arriba. Mara estaba tumbada sobre un cojín, lavándose las garras.

–Ha sido divertido, ¿no? ¿Has jugado alguna vez con una pelota? Es mucho mejor entre dos. Si estoy sola, tengo que hacerla rebotar contra la pared. El ratón también me gusta, pero solo es un juguete blandito. No bota bien.

Con mucho cuidado, Beraal tocó con la pata el bulto anaranjado. Tendría que haberlo adivinado por el olor; olía a Piesgrandes, pero Mara también olía así. Y el sabor –ahora que recordaba, al morder no había notado la carne ni la sangre– era seco, a lana más que a pelaje. Había desperdiciado una de sus mejores maniobras de caza atacando a un monito de juguete con un ojo pardo de cristal.

Un profundo sentimiento de desánimo invadió a la cazadora. Hasta el momento, ninguno de sus intentos había dado resultado con Mara. Por otra parte, la gatita le parecía encantadora; tenía que reconocerlo.

Mara estaba jugando con un objeto pequeño y redondo; lo sacó rodando de debajo de la cama y lo empujó hacia la gata. Instintivamente, Beraal lo golpeó con la pata y se quedó admirada al ver que la pelota rebotaba en la pared y volvía rodando; se acercó y le dio un buen golpe con la pata. Mara se estiró, saltó de la cama, corrió tras la pelota y la empujó de nuevo hacia Beraal con el hocico.

Al cabo de unos minutos, la gata, con la lengua fuera, jugaba feliz a evitar que Mara atrapara la pelota.

–Lo haces muy bien –dijo cuando Mara hizo un regate para mandar la pelota detrás de las patas de la silla, lejos de su alcance.

–¡Tú también!

La gatita dejó la pelota y se alzó sobre las patas traseras para frotar amorosamente la cara contra los bigotes de Beraal.

La hembra cazadora contempló dudosa a la gatita, que se frotaba contra ella con los ojos cerrados, ronroneando igual que antes. Al mirar el cuello expuesto del minino, pensó en lo fácil que sería acabar con esto. Sin embargo, con un profundo suspiro, se tumbó en el suelo y empezó a lavar a Mara de la misma manera que había lavado en otro tiempo a sus propias crías: empezando por las puntas de las orejas, y continuando por la espalda y la barriga hasta acabar en los círculos blancos y anaranjados de su cola. Un doble ronroneo invadió la habitación.

Un rato después, Mara le mostró el cuenco de la leche, que tanto le gustaba, y la caja donde hacía sus necesidades, un utensilio que a la gata le pareció correcto, pero ni mucho menos tan cómodo como las montañas de arena junto a las obras. Cuando la gatita tuvo que usarlo, Beraal tuvo la delicadeza de apartar la mirada y aprovechó para analizar la situación con detenimiento.

–Mara –dijo cuando la gatita ya había acabado–, ¿a qué te parece que huelo?

Después de asearse, la gatita se acercó a Beraal y olisqueó su pelaje.

–Hueles bien, como el mundo exterior; como las hojas y la corteza de los árboles. Y también hueles a la sagacidad de un cazador; hueles a un estado de alerta, pero también a amabilidad.

Beraal la contempló pensativa.

–¿No te resulta un olor extraño, diferente al de tu clan?

Mara se quedó pensando mientras movía un juguete con la patita.

–No hueles igual que mi madre, pero supongo que cada gato huele distinto.

–¿Y tu familia, Mara? ¿Crees que mi olor es distinto al de tu familia? ¿No tenían los gatos de tu clan un olor especial?

Le sorprendió ver que la gatita parecía entristecerse.

–No tengo familia –dijo Mara.

Beraal movió los bigotes de arriba abajo, sin saber qué decir. La gatita la miró en silencio, se acercó y unió sus bigotes a los de Beraal.

–Así fue como ocurrió.

Beraal guardó silencio mientras Mara compartía con ella sus recuerdos del tubo de desagüe, los perros, la desaparición de su madre. La gata se dijo que aquello aclaraba muchas cosas; ahora comprendía qué había de extraño en Mara.

–No sabes lo que es un clan, ¿verdad?

Mara estaba muy concentrada destrozando la alfombra.

–Mara, ¿sabes cuál es la diferencia entre un gato doméstico y un gato en libertad?

La gatita no contestó, pero sus orejas se movieron.

–¿Entiendes por qué te estaba acechando hace un rato, por qué cualquier gato de Nizamuddin intentaría darte muerte, Mara?

La gatita echó las orejas hacia atrás.

–No. Y no fue muy amable por tu parte, ¿no?

A Beraal le crujieron los bigotes de frustración. ¿Cómo iba a explicarle a esta gatita algo tan básico como el instinto de matar? Si no distinguía entre un gato doméstico y otro en libertad, ni siquiera había conocido a su clan y no tenía ni idea de lo importante que era marcar con olor un territorio.

–La verdad es que no lo entiendo –dijo Mara, acurrucándose sobre Beraal–. Pero sería estupendo que me lo explicaras.

–Claro –respondió Beraal–. Aunque nos llevará un tiempo… Mara, ¿me estabas leyendo el pensamiento?

–Sí. Pero solo puedo hacerlo si estamos muy juntas y cuando estás relajada, no en guardia.

Beraal lamió pensativa la cabeza de la gatita. Aquella iba a ser una conversación muy larga, se dijo. Primero tendrían que hablar de las leyes gatunas, luego quería hacer unas preguntas sobre los poderes

de emisión de Mara y después –suspiró con preocupación– tendría que hablar seriamente con los gatos del clan de Nizamuddin.

–Tenemos todo el tiempo que quieras –dijo Mara–. Probablemente mis Piesgrandes no aparecerán antes de la mañana, y si llegan, puedes esconderte en el armario.

Beraal lo meditó con cuidado. Aquella noche estaba atrapada en la casa y, aunque la idea no le gustaba, suponía que estaría a salvo mientras no la descubrieran los Piesgrandes. Además, era reconfortante tener la barriga llena de leche y huevo y Mara le lamía las patas de una forma muy agradable.

–De acuerdo, Mara. ¿Por dónde empezamos?

Y así, la gata blanquinegra y la gatita anaranjada estuvieron un rato muy muy largo intercambiando preguntas y recuerdos hasta que el sueño por fin las venció. Si los Piesgrandes las hubieran encontrado en aquel momento, lo habrían tenido muy difícil para separar una de otra, porque Mara estaba acurrucada sobre las patas de Beraal y su pelaje anaranjado se había enredado con el blanco y negro de la cazadora. Sin embargo, no apareció ningún Piesgrandes y lo único que interrumpía el silencio era el leve, apenas perceptible, sonido de dos gatas roncando.

4

Duelo en el *baoli*



Beraal iba a paso ligero por la carretera que corría paralela al canal y tuvo que esquivar las salpicaduras de un veloz ciclista que se había metido en un charco. A esas horas de la mañana era difícil distinguir a la gata blanquinegra, porque su pelaje se camuflaba entre las sombras moteadas, algo que le resultaba muy útil para cazar ratas. Se oía el sonido del *azaan*, la llamada a la oración, procedente del *dargah* de Nizamuddin; en la mezquita estaban a punto de empezar las primeras plegarias.

Con las orejas ladeadas, Beraal escuchaba el vecindario en general, los murmullos y repiqueteos que componían el sonido de fondo. No hizo caso del olor apestoso que desprendían las sucias aguas del canal ni del gruñido de los muchos cerdos que se habían instalado junto al río. Una vez más, se detuvo para dejar pasar a dos cerditos revoltosos y esperó a que sus agudos chillidos se perdieran en la distancia.

Atravesó con cautela las callejuelas que llevan a los patios traseros de las casas de Nizamuddin. Los Piesgrandes eran impredecibles y, cuando Beraal era más joven, unos chicos Piesgrandes la cogieron y la encerraron toda la tarde en una caja de plástico. Metían palos en la caja y la pinchaban para hacerla brincar. Uno le ató a la cola unas botellas de plástico y apretó tanto el nudo que luego Beraal se pasó horas royéndolo; los cortes tardaron tiempo en sanar. La gata no

tenía ganas de repetir la experiencia, de modo que puso los bigotes y las orejas en máxima tensión y en ese estado de alerta cruzó trotando la callejuela del carnicero. Pasó frente a los puestos que vendían aceite de rosas, más allá de los mendicantes y los vendedores de pétalos de rosa que se agolpaban junto al *dargah* de Nizamuddin Auliya, el venerado santo sufí que había dado su nombre al barrio.

Unos niños Piesgrandes atravesaron las calles corriendo y riendo. Beraal se apartó de ellos, pero no con suficiente rapidez, y recibió una patada en el costado. Soltó un agudo maullido y continuó su camino; afortunadamente, la patada no le había roto ninguna costilla, pero el costado seguía doliéndole cuando llegó al cementerio.

Se detuvo unos segundos en la entrada para descansar. Al fakir Piesgrandes que vivía en el cementerio le gustaban mucho los gatos. Abol y Tabol estarían allí con los gatos del canal: era donde solían empezar el día; luego se pasaban la tarde recorriendo las tumbas junto al fakir y al mediodía echaban la siesta sobre las lápidas.

El fakir era el único Piesgrandes en el que confiaban todos los gatos de Nizamuddin. Tanto su casa como el pequeño santuario del que cuidaba se consideraban terreno neutral y gatos de todos los clanes –los del *dargah*, los del mercado, incluso visitantes venidos de lejos, de la tumba de Humayun o de Jangpura– acudían a menudo allí o al *baoli* cercano, un viejo pozo abandonado que los Piesgrandes no frecuentaban.

Miao, que conocía mejor la historia felina de Delhi que ninguno de los gatos de Nizamuddin, incluido el mismo Qawwali, les contó que en el *dargah* siempre se había acogido bien a los gatos, desde hacía siglos. La banda de Nizamuddin y sus ramas hermanas se encontraban entre las más antiguas de Delhi, más incluso que los indomables de Mehrauli o los descendientes de los mejores linajes de Delhi. A Beraal se le retorcían los bigotes al imaginar la cantidad de generaciones de gatos que habían vivido en Nizamuddin a lo largo de los siglos. Pero, igual que los demás felinos, en el templo se sentía acogida y a salvo de las crueldades ocasionales de los Piesgrandes.

–No te vimos anoche, Beraal –dijo Katar, dejándose caer silenciosamente de una gigantesca higuera sagrada–. Tuvimos una buena caza junto al canal; encontramos una colonia entera de ratas.

–¿Las atrapasteis todas? –preguntó Beraal.

Al igual que Katar, sentía una especial repulsión por las ratas. Una presa era una presa, desde luego, pero solo de pensar en la crueldad de las ratas y en los sucios lugares donde vivían se le ponían rígidos los bigotes.

–Casi todas. –Katar se acercó a Beraal y frotó la cabeza contra ella–. Una atacó a Hulo y le causó una herida bastante profunda, pero ya sabes cómo es Hulo: se limitó a arrancarle la cabeza de un zarpazo y no hizo ni caso de la sangre. ¿Qué tal fue tu caza? ¿Tuviste que luchar con el intruso?

Cuando Beraal estaba a punto de responder, Katar levantó las orejas. El fakir había salido de la habitación y los llamaba con una sonrisa en los labios.

Olvidándose del dolor en las costillas, la gata corrió hacia él con la cola en alto. Katar le pisaba los talones. El fakir los recibió a los dos con mimos. A Beraal le gustaba que le rascara suavemente las orejas y le acariciara el lomo, casi tanto como la comida que guardaba para ellos siempre que podía. Para agradecérselo, la gata se subió al regazo del fakir y, ronroneando, frotó la cabeza y los bigotes contra su embrollado cabello.

Un rato más tarde, los dos felinos se dirigieron al cementerio. Encontraron a Miao tumbada sobre una lápida mientras en lo alto del árbol las cotorras chillaban y se contaban los chismes más recientes. Desde el *dargah*, un largo maullido hirió el silencio de la mañana: Qawwali y los suyos se aclaraban la garganta. Beraal oyó distraída los desafíos que lanzaban a los perros: seguro que los del carnicero habían salido al patio trasero. Fiel a la antigua tradición de los felinos de Nizamuddin, a Qawwali le gustaba intercambiar insultos con los canes.

–¿De manera que el famoso Emisor era una minina? –preguntó Katar.

–Es una gatita muy joven –corroboró Beraal–. Y tengo que deciros algo.

Katar enrolló la cola con la de la gata.

–Una minina. Nunca habría creído que una gatita pudiera emitir con tanta fuerza. ¿Estás segura de que no has matado a la gata equivocada?

Beraal agitó los bigotes.

–Estoy segura de haber encontrado a la gata correcta. Y es una gatita muy joven que no pertenece a ningún clan.

Keral arqueó el lomo y tensó los bigotes.

–No la has matado, ¿verdad?

Miao y Katar miraban a Beraal. La cola de Miao se balanceaba de lado a lado.

Beraal se lavó despacio los bigotes.

–No, no he matado a Mara. Y no pienso hacerlo. Un momento. –Alzó la cabeza antes de que los demás la interrumpieran–. Ya sé que no es de los nuestros y que emite demasiado alto, pero tiene algo especial. No es solo porque sea pequeña; todos sabéis que he sacrificado a algunos gatitos. Pero esta tiene un talento especial y creo que con el entrenamiento adecuado podemos lograr que baje el volumen de las emisiones.

–Puede que sea joven, pero tiene poderes de Emisora –dijo Miao–. Y no es de los nuestros, Beraal. Es peligroso dejar con vida a una gata con estos poderes si no pertenece al clan. Está claro que su madre era una intrusa, probablemente de uno de los clanes al otro lado del canal.

–Mara no pertenece a ningún clan –explicó Beraal en tono suave, pero firme–. Si la educamos como uno de los nuestros, probablemente podrá convertirse en nuestra Emisora. Su madre era del otro lado del canal, pero Mara nació debajo del puente. Puede que no huela como nosotros, pero ¿acaso no ha nacido entre nosotros?

En los azules ojos de Miao brillaba una chispa de duda.

–Ninguno de vosotros vivía cuando la Emisora era Tigris. En su época de bigotes largos fue capaz de olfatear muchos problemas, provenientes de Piesgrandes, de intrusos, de depredadores, mucho antes de que los percibieran nuestros mejores cazadores. Pero si nos mantuvo a salvo fue porque era una de los nuestros, vivía con

nosotros. Sus bigotes temblaban por nosotros, Beraal. Esta gatita de olor extraño que vive con los Piesgrandes, ¿a quién pertenece? ¿Al clan de su madre, al otro lado del canal? ¿A los Piesgrandes? ¿A nosotros?

Katar se movió y las dos hembras, tanto la veterana como la más joven, se volvieron hacia él.

–Mejor habría sido que acabaras con la Emisora –espetó el gato macho–. Desde que Tigris murió, los indomables no hemos necesitado a un Emisor en el clan.

Miao levantó los bigotes.

–Me inquieta el olor de la Emisora, me inquietan sus poderes. Pero mi madre y Tigris me dijeron que el Emisor nace cuando el clan lo necesita. En tiempos de paz y abundancia, cuando hay suficientes ratones y los Piesgrandes no nos molestan, no necesitamos ninguno.

Katar se concentró en lavarse las patas mientras asimilaba las palabras de Miao.

–Hace tiempo que no necesitamos un Emisor. Todos ponemos nuestros ojos, orejas y bigotes al servicio de los demás. Pero tú y Beraal tenéis razón en lo que decís. La Emisora ha nacido bajo el puente del canal, entre nuestra banda y la de la otra orilla. Puede considerarnos su clan.

–¡Tonterías!

Todos oyeron el ronco maullido proveniente de lo alto de la pared medio derruida del cementerio. La silueta de Hulo se recortaba contra el cielo del amanecer. El movimiento de sus orejas y el parche de sangre seca y pelo apelmazado que lucía en el lomo indicaban que venía de una pelea con las ratas.

–No es propio de Beraal escaquearse de una misión de eliminación. Y esa tal Mara es una intrusa por partida doble: no huele como nosotros, por mucho que haya nacido bajo el puente, y es una felina doméstica, un bicho raro que vive con los Piesgrandes. Además, hace un ruido ensordecedor. Si tú no piensas acabar con ella, ya me encargo yo.

Beraal dio un bufido y levantó los labios, mostrando los afilados dientes.

–Escúchame bien, Hulo. Lo que dices es cierto, pero no la conoces. Yo sí y os digo que debemos dejarla vivir. Mara no quiere hacernos daño; en realidad se siente muy sola y tiene unas aptitudes extraordinarias. Puede que no pertenezca al clan, pero tampoco es una intrusa. Y, si es una gata doméstica, mejor para nosotros; no saldrá por su propio pie. Antes de lanzarnos sobre ella para matarla, deberíamos esperar a conocerla, tal vez entrenarla o incluso cambiar su olor. Esta gatita tiene algo especial y, si estás pensando en entrar en la casa de los Piesgrandes para acabar con ella, no te olvides de que es mi territorio y puede que no quiera dejarte entrar.

Hulo saltó del muro. Un hondo gruñido brotó de su garganta. Visto de cerca impresionaba: era un gato grande, con el pelaje siempre sucio y descuidado, pero ágil y musculoso, con las patas delanteras dos veces más grandes que las de Beraal. Sin embargo, la gata no parecía intimidada; si había que luchar, ella era más rápida y sus zarpas eran lo bastante afiladas como para arrancarle tiras de carne.

Hulo se acercó a ella con la cabeza baja, en ademán amenazador, y Beraal arqueó el lomo y soltó un bufido. Katar se interpuso entre los dos y silbó a modo de advertencia.

–¡Nada de peleas en el cementerio! –dijo. Era parte de su acuerdo con el fakir.

Hulo entrecerró los ojos sin dejar de gruñir.

–Yo digo que la gatita debe morir, Beraal. Si no te encargas tú, lo haré yo. Puede que sea tu territorio, pero se suponía que tenías que eliminarla. Si no te ves capaz, yo no tengo tantos escrúpulos.

Beraal tenía el pelo erizado y sacaba las uñas.

–Yo digo que hay que dejarla vivir y ponerla a prueba durante unas cuantas lunas. La entrenaré como si se tratara de una cachorra de mi propia camada.

Hulo parecía a punto de abalanzarse sobre ella, pero Miao intervino; tenía los bigotes erizados.

–Arreglad esto de la manera habitual –les dijo al macho y a la hembra cazadora–. ¡Al *baoli*!

Miao echó la cabeza hacia atrás y soltó un largo maullido. Los gatos se encaminaron rápidamente al *baoli* contiguo.

–¡Miau, Miau, todos al *baoli*! ¡Miauuuu!

La siamesa era la más anciana del clan y sus ojos, que habían sido de un azul brillante, tenían ahora un fondo brumoso, pero su maullido seguía tan profundo y potente como siempre.

El suelo del *baoli* estaba seco, pero repleto de agujeros y con algunos charcos de limo verde y resbaladizo que obligaban a los gatos a caminar con cuidado. Beraal bajó ágilmente por los destrozados escalones de piedra y al llegar al fondo volvió la cabeza hacia Hulo.

–¿Cuáles serán las reglas? –cantó Miao–. ¿Será suficiente con la primera sangre o habrá que arrancar la piel?

–Primera sangre –respondió enseguida Hulo.

–No –dijo Beraal–. Que sea a garganta abierta.

Hubo un murmullo entre los gatos. Katar y Miao ladearon las orejas en dirección a Beraal. Una lucha a garganta abierta era algo muy serio; ganaría el primero que hiciera un corte en la garganta del rival, pero uno de los dos podía quedar gravemente herido antes de llegar a eso. Aunque Hulo tenía la ventaja de ser más pesado y musculoso que Beraal, la hembra cazadora era mortalmente rápida, y los dos eran considerados grandes luchadores.

Hulo dio su asentimiento con un movimiento de los bigotes. Miao dudó un instante antes de continuar con su canto:

Os canto, oh, gatos, las reglas
de esta pelea fiera y sangrienta.
Pues así es la lucha a garganta abierta:
nadie ha de morir, recordadlo.
Habrá primera sangre, también tercera.
Puedo detener la lucha, por emocionante que sea,
si uno de los gatos sangra demasiado.

Empezaron a llegar gatos venidos de todas partes, solos o en pareja: venían de las polvorientas callejuelas cerca del templo, de los

tejados de Nizamuddin Oeste, de las orillas del canal. Allí estaban Qawwali, del *dargah*, y también Abol, Tabol y los demás gatos del canal; incluso los gatos del mercado, siempre ocupados, llegaron en manada, atraídos por la idea de asistir a una pelea emocionante.

Tras entrar silenciosamente en el *baoli*, algunos se sentaban sobre los escalones de piedra o encima del muro, formando grupitos; otros se instalaban sobre las ramas del árbol *neem* o se cobijaban bajo su generosa sombra. El único cachorro era Southpaw, pero los gatos de Nizamuddin estaban tan acostumbrados a tenerlo pegado a los talones que le dejaron quedarse. Era la primera vez que el gatito asistía a una pelea; acurrucado entre Abol y Tabol, lo miraba todo con asombrados ojos pardos.

Katar y Miao dieron unos pasos hacia atrás para dejar espacio a los contendientes. Tenían que estar a una distancia que les permitiera intervenir en caso necesario, pero sin peligro de recibir accidentalmente un zarpazo.

Los dos gatos caminaban en círculo, sin dejar de mirarse, azotando el aire con la cola. Hulo emitió un gañido que empezó grave y fue subiendo hasta convertirse en un aullido agudo que hacía vibrar las cicatrices que el fiero guerrero ostentaba en la frente y en los flancos. Beraal respondió con un hondo rugido que brotaba de la garganta y se amplificaba amenazadoramente hasta ocupar todo el recinto. Tenía el pelo del lomo erizado y los bigotes tiesos; la cola barría el aire con la fuerza de un látigo. Parecían dos bailarines que se movieran siguiendo una coreografía y un ritmo que solo ellos conocieran.

Hulo fue el primero en atacar. Impulsándose con sus fuertes patas, se abalanzó sobre Beraal con un chillido que hería los tímpanos. De haber caído con las garras delanteras sobre el lomo de Beraal, la habría inmovilizado con su peso y la gata no habría podido morderle sin arriesgarse a que le abriera la garganta. Pero Beraal, que había visto tensarse los músculos de su cuello, se adelantó y logró esquivarlo moviéndose hacia la derecha; luego dio la vuelta y logró arañarle la punta de la cola.

Hulo lanzó un maullido rabioso. Antes de que Beraal pudiera prepararse, se enfrentó a ella con el lomo arqueado y erizado, en

una actitud tan amenazadora que la gata se aplastó contra el suelo. Hulo volvió a maullar con furia; para evitar que la acorralara, Beraal hizo un amago de apartarse a un lado y saltó hacia atrás.

Así continuaron un tiempo el robusto macho negro y la estilizada cazadora blanquinegra, esperando a que el contrario bajara la guardia. Beraal cambió de ritmo. Cuando su ronco gruñido se convirtió en un chillido, Hulo movió con disgusto la cabeza, dejó oír un rugido que brotaba de lo más profundo del pecho y se abalanzó sobre ella. Antes de que la gata tuviera tiempo de apartarse, Hulo le propinó tal embestida con su enorme cabeza que la volteó en el aire y la arrojó al suelo. Katar, que observaba la escena, movió inquieto la cola.

–Buena jugada –comentó Tabol. El fornido gato del canal se movió un poco para tener una mejor visión de la escena.

–La primera sangre es a favor de Beraal, pero ahora Hulo ha tumbado a la pequeña luchadora –informó Miao a los pocos rezagados que acababan de entrar en el *baoli*, procedentes del *dargah*.

Hulo se lanzó a morderle el cuello a Beraal, pero la gata rodó sobre sí misma para esquivarlo y los dientes del macho encontraron la piel del costado. Rápidamente, la gata dio la vuelta y le desgarró una oreja con las zarpas. Hulo maulló furioso y le dio a Beraal un zarpazo que la hizo sangrar.

Los dos contrincantes se separaron un instante, jadeantes. La clara luz de la mañana mostraba a Beraal manchada de sangre y a Hulo sangrando profusamente. Se quedaron mirándose. Beraal percibió el olor acre a sudor que emanaba el cuerpo de Hulo.

El macho contemplaba a la gata con sus ojos amarillos. En circunstancias normales, siempre se habían llevado bien. Se conocían desde que Beraal era una gatita y Hulo a menudo la había defendido cuando plantaba cara a sus hermanos mayores y se empeñaba en subir a árboles demasiado altos.

Cuando la gatita vivió su primera temporada, Hulo se colocó junto a los demás machos que intentaban ganarse sus favores, pero Katar estaba tan empeñado en aparearse con ella que luchó ferozmente con todos los pretendientes.

Beraal sabía que, a pesar de que Hulo le tenía un gran aprecio, estaba decidido a ganar. Sin embargo, del mismo modo que el gato no sacó totalmente las uñas cuando le dio un zarpazo en el costado, ella tampoco intentó arrancarle toda la carne posible con su arañazo. Ninguno quería infligir al otro más daño del necesario para salir vencedor, pero ambos llegarían hasta el límite.

Para iniciar un segundo asalto, Beraal volvió a lanzar un agudo chillido que atravesó el *baoli* y saltó hacia Hulo, cogiéndolo desprevenido. Aterrizó sobre las cuatro patas, en perfecto equilibrio, justo delante de él.

Cuando tuvo delante los dientes de Beraal y olió su aliento, Hulo comprendió que no tenía tiempo que perder. Utilizando la zarpa a modo de manopla, golpeó a Beraal con tal fuerza en la cara que la tiró al suelo. La gata oyó el chasquido de su mandíbula. Mientras estaba en el suelo, atontada y sin aliento, Hulo daba vueltas a su alrededor, preguntándose si estaría fingiendo. En una ocasión Beraal ganó una pelea contra un macho más grande porque fingió una cojera y el gato bajó la guardia. Hulo, que había estado presenciando la pelea desde lo alto del puente, se dijo que estaba ante una luchadora no solo de gran destreza, sino también muy astuta. Pero Beraal se había quedado sin aliento; por más que intentaba ponerse en pie, solo conseguía agitar las patas en el aire y jadear débilmente. Solo con que Hulo venciera su recelo y le clavara los dientes en la garganta, la pelea habría terminado.

Beraal sabía que, si Hulo salía vencedor, Mara no tendría ninguna oportunidad. No sería el macho de oscuro pelaje el que iría en busca del cachorro, sino que todos los guerreros de Nizamuddin estarían esperando la ocasión de darle muerte.

Hulo se acercaba lentamente. Katar y Miao se colocaron más cerca de los luchadores. Qawwali, instalado en las ramas del árbol *neem*, bostezó y se preparó para saltar.

–Buena pelea –dijo–. Hemos visto hábiles juegos de pies y se ha derramado la suficiente sangre como para que la derrota resulte honorable.

Los gatos querían ver qué hacía Hulo. Podía matar, por supuesto, pero lo más probable era que dejara marchar a Beraal con un

mordisco de advertencia y una cicatriz.

Beraal cerró los ojos. No tenía miedo de enfrentarse al mordisco de Hulo o a sus zarpas, pero le habría gustado darle a Mara una oportunidad. Antes de que Beraal abandonara la casa de los Piesgrandes, Mara compartió con ella su cuenco de leche, frotó la cabeza contra ella y ronroneó feliz. Estuvo correteando por ahí, esperando a que los Piesgrandes abrieran la puerta de la cocina, y, en cuanto vio que estaban distraídos, fue corriendo a buscar a Beraal y la guio hasta la puerta de entrada. Cuando la cazadora estaba a punto de marcharse, Mara le dio un cariñoso cabezazo y enrolló la colita alrededor de la espléndida cola de su nueva amiga.

–Vuelve, Beraal –le dijo al despedirla.

Beraal notó un temblor en los bigotes, como si Mara no hubiera dicho esas palabras por la mañana, sino en ese mismo momento.

«¡Acabo de despertarme! Está oscuro y hace calor. ¿Dónde estoy? ¿Dónde están los Piesgrandes? ¿Dónde está Beraal? ¡No hay nadie! ¡Eeeh, estoy aquí!».

La voz sonó tan alta dentro de sus cabezas que Beraal hizo una mueca de dolor. Los lamentos de la gatita invadieron las ondas y retumbaron en las mentes de todos los gatos. Hulo, que se había acercado a Beraal con intención de morderle la garganta y declararse vencedor, se sobresaltó y sus mandíbulas entrechocaron en el aire. Se volvió iracundo hacia Beraal para llevar a cabo su ataque definitivo. Pero mientras tanto la hembra luchadora ya se había puesto de pie y avanzaba tambaleante, cubierta de sangre. Cuando Hulo se abalanzó contra ella, Beraal lo esperó inmóvil, con las orejas aplastadas y la barriga apoyada en el suelo, pero de repente se levantó y saltó hacia el gato con un feroz grito de guerra, haciendo caso omiso de los arañazos. Cayeron juntos al suelo, el macho encima de ella. Sin embargo, la maniobra de Beraal le hizo perder el equilibrio y agitaba las patas traseras, buscando el suelo. La gata, tendida sobre el lomo, hundió las zarpas en las patas delanteras del macho y estiró la cabeza para clavarle los dientes en la garganta. Tuvo cuidado de rasgar la piel, pero sin provocarle heridas que pudieran desangrarle.

Miao y Katar lanzaron maullidos de victoria.

–¡Buena pelea! Los dos han peleado bien. Y Beraal resulta ganadora en esta pelea a garganta abierta.

La hembra y el macho se separaron. Hulo comprobó pesaroso que le habían rasgado limpiamente la piel del cuello. Beraal, que sangraba por los costados, sacudió el cuerpo para recuperarse y empezó a lavarse, primero las patas y luego todas las heridas. También el macho se sentó para asearse y lamerse las heridas a fin de que la saliva empezara a curarlas. Ambos necesitarían varios días para recuperarse.

Beraal se acercó a Hulo y frotó la cabeza contra él.

–Has peleado bien –le dijo–. Recuerdo que fuiste tú quien me enseñaste a buscar la garganta del contrario.

–Ojalá hubiese tomado más en serio mis propias lecciones –ironizó Hulo–. Has ganado –reconoció, dándole un suave cabezazo–, pero ¿cómo lograrás que deje de destrozarnos la cabeza con sus maullidos infernales?

La voz alegre de Mara volvió a retumbar a través de las ondas: «¡Libre! ¡Estoy libre por fin! Gracias, Piesgrandes, gracias por librarme del siniestro cajón de calcetines donde me había quedado encerrada. ¡Mira, os he cazado un calcetín como agradecimiento!».

Beraal suspiró.

–Me temo que nos llevará muchas lecciones, Hulo. Pero estoy segura de que lo lograremos.

–Espero que tengas razón, Beraal. Mira a tu alrededor.

Beraal movió los bigotes en tono interrogativo.

–¿A qué te refieres?

Hulo le indicó los corrillos de gatos. Unos abandonaban el *baoli*, otros seguían instalados sobre el muro y las ramas de los árboles, pero todos tenían el lomo erizado.

–Puede que nos convenzas a Miao, a Katar y a mí de que dejemos en paz a tu escandalosa protegida. Y te prometo que yo no le haré ningún daño mientras no se adentre demasiado en mi territorio. Pero ¿cómo vas a convencer a todos los demás?

Beraal se conectó a la red gatuna con los bigotes.

–¡Es demoníaco! –decía Qawwali–. ¡No deberíamos permitirlo!

Abol bostezó y empezó a lavarse los robustos flancos.

–No puedes fiarte nunca de un gato doméstico. Eso es lo que dicen siempre.

Qawwali se les acercó con las orejas echadas hacia atrás.

–Hace días que no pego ojo –dijo enfadado–. Este barrio se está poniendo imposible.

–Lo que quiero decir, Beraal, es que tu amiguita debería quedarse en casa –apuntó Hulo–, aunque aprenda a moderar el volumen.

Katar y Miao se acercaron para felicitar a Beraal y, mientras esta frotaba las narices con las suyas, Hulo se marchó cojeando. La gata blanquinegra se quedó preocupada.

«¡Estoooy liiibreee!».

El grito de una gatita feliz retumbó de nuevo en sus cabezas.

Era necesario empezar las clases cuanto antes, pensó Beraal.

5

El primer paseo de la Emisora



La figura de la gatita dormida añadía un toque de color a las esculturas de acero que decoraban la mesita auxiliar junto a la ventana. De vez en cuando roncaba y le temblaban los bigotes.

Beraal acomodó los cuartos traseros en el alféizar de la ventana y emitió un sonido de exasperación.

–¡Ojalá se despertara de una vez! –maulló la gata blanquinegra a nadie en particular–. Llevo un buen rato llamándola.

De entre las ramas del árbol *ashoka* salieron un batir de alas y unos gorjeos indignados.

–¡Ya lo hemos notado! –pio una vocecita–. Probablemente lo ha notado todo el mundo en varios kilómetros a la redonda. Así es imposible que mis polluelos puedan conciliar el sueño.

–Sssh, Tuntuni –ordenó Beraal, que estaba de mal humor porque Mara no se despertaba–. Cállate o te aseguro que tus malditos polluelos acabarán durmiendo entre mis zarpas.

Un runrún en el seto indicó que otros muchos compartían la indignación de Tuntuni.

–Vaya, pues nunca… –dijo Sa.

–En toda mi vida… –dijo Re.

–Imaginé que tendría… –dijo Ga.

–Que reprender... –dijo Ma.

–A un gato… –dijo Pa.

–De Nizamuddin… –dijo Dha.

–Por comportarse… –dijo Ni.

–Como un cachorro maleducado –acabó Sa.

Como miembro veterano de la bandada de plumaje gris, conocida como las Siete Hermanas por sus amigos y Esas Malditas Parlanchinas por sus críticos, Sa era la encargada de empezar y acabar las frases.

Beraal gruñó. Se sentía molesta por las críticas, sobre todo porque estaban justificadas; era cierto que llevaba un rato maullando para despertar a Mara, igual que habría hecho un minino maleducado.

–Podríais echarme una mano –siseó a los alborotados pájaros–. Podríais revolotear o graznar o hacer algo.

Las Parlanchinas ahuecaron las alas. Beraal suspiró. Ahora sí que la había hecho buena. Como siempre, empezó Sa.

–¡Graznar! –dijo Sa.

–¡Ni que fuéramos cuervos! –dijo Re.

–Nunca nos habíamos sentido… –dijo Ga.

–O casi nunca… –dijo Ma.

–Tan ofendidos… –dijo Pa.

–En lo más profundo –dijo Dha.

–Charlamos educadamente… –dijo Ni.

–Sin graznidos insolentes –dijo Sa.

Sa, Re, Ga, Ma, Pa, Dha y Ni cantaron a coro:

Un gato sabio
y con educación
sabrá pedirnos perdón.
Acaso lo disculpemos
si interrumpe ahora mismo
esos horribles maullidos
y dice que lo lamenta,
varias veces, un montón
por maullar sin ton ni son.

Sa remató la canción con una última estrofa en un tono tan alto que parecía imposible: «¡Peediir perdóóón!».

Desde el interior de la casa llegó un tintineo seguido de un golpe metálico y el estrépito de muchos cristales que se resquebrajan. La gatita saltó de la mesa, voló sobre el suelo convertida en una mancha anaranjada y aterrizó bajo los aparadores de la despensa.

–¡Mira lo que habéis hecho! –espetó Beraal, enfadada.

Al toparse con la mirada de Sa, se esforzó por aplacar su irritación, porque, aunque las Siete Hermanas podían considerarse una presa legítima en determinadas circunstancias, tenía con ellas un acuerdo tácito de no agresión y en general compartían el territorio sin mayor problema.

–De acuerdo. Lo siento –dijo con desgana.

–No hay de qué disculparse –respondieron amablemente Sa, Re, Ga, Ma, Pa, Dha y Ni. Pero en su tono había una nota de triunfo.

Beraal cedió por fin:

–La verdad es que sin vuestros cantos nunca habría podido despertar a Mara.

Las Parlanchinas parecieron contentas. Sa chasqueó el pico con satisfacción.

Una hora más tarde, Beraal estaba tan exasperada que arañaba los paneles de hierro de la escalera. Mara no parecía entender lo que significaba la conexión a distancia y para Beraal resultaba frustrante intentar enseñar a una gatita que empezaba a dar vueltas por la casa cada vez que algo la aburría.

Lo cierto era que Mara tenía mucho que aprender. Sus poderes crecían al mismo ritmo que sus bigotes y su pelaje, aunque por desgracia no ocurría lo mismo con su capacidad de control.

Ni a Katar ni a Miao les gustó demasiado que sus noches se vieran invadidas por las pesadillas de una gatita: un malvado Piesgrandes le había arrebatado sus huesos favoritos, esos que están llenos de tuétano. Mientras se atusaba los erizados bigotes, Miao le comentó a Katar que era una lástima que Mara fuera huérfana.

–En cuanto Tigris perdió el azul de los ojos, su madre empezó a entrenarla. En todas las leyendas de Emisores, no he encontrado ni

el más leve maullido sobre lo que debe hacerse cuando el Emisor es huérfano.

Incluso Beraal se quedó visiblemente alterada cuando el maullido –que parecía brotar de su oreja izquierda– de una gatita en apuros la despertó de su bien merecida siesta («Lo siento, Beraal –se disculpó Mara–. Estaba haciendo pruebas con el control del volumen»).

En otra ocasión, Qawwali y su grupo del *dargah* fueron a quejarse ante Beraal porque Mara había interrumpido con sus ejercicios vocales una de las peleas más importantes y esperadas de la temporada: una lucha entre Dastan y uno de los gatos del mercado.

Ningún guerrero que se preciase –ya sea macho o hembra– y que haya tenido su bautismo de cicatrices sería capaz de mantener la ferocidad si en medio del polvoriento campo de batalla donde los contendientes se enfrentan y entonan magníficos gritos de guerra aparece la imagen de una gatita. Y se oyen sus maullidos. Lo peor era que Mara tenía la potencia de una Emisora adulta, pero la capacidad de atención de una cachorra. Se aburría cuando los demás gatos empezaban a protestar y a menudo abandonaba la conexión para jugar con los Piesgrandes, de modo que ni siquiera se enteraba de las reprimendas y las maldiciones que le dedicaban.

–Por eso es tan importante conocer cuál es el alcance de nuestra emisión –concluyó Beraal.

Solo entonces se dio cuenta de que su único público era un moscardón que zumbaba alegremente, porque Mara estaba como loca jugando a perseguirse la cola por la habitación. A punto de perder el control, Beraal pasó del maullido a emitir por medio de los bigotes. La reprimenda que envió fue de tal calibre que se oyó un chisporroteo en la conexión invisible entre Mara y ella.

Mara se desplomó sobre un cojín, pegó un brinco y se apresuró a volver a su lugar junto a la pantalla de emisión. Esta vez sus bigotes indicaban que iba a obedecer.

–¿Ya estás lista, Mara? Si te encuentras conmigo o con otro gato de Nizamuddin, no nos hagas ningún caso, ¿entendido?

–Sí, Beraal –dijo Mara en tono sumiso.

–Ve todo lo lejos que puedas… siempre que te sientas cómoda, claro. Si ves a otros gatos, envíales un saludo formal, pero sigue adelante. Cuando estés cansada, detienes la emisión. ¿Lo has entendido? ¿Alguna pregunta?

–Bueno, me preguntaba… ¿cómo sabrás hasta dónde he llegado?

–Yo también estaré conectada –explicó Beraal–. Recuerda que debes usar la conexión general para que cualquiera pueda conectarse si le interesa; sin molestarte, por supuesto. Podremos saber cuánto te alejas de Nizamuddin, aunque es posible que no veamos tanto como tú. Todo dependerá de la potencia a la que puedas emitir mientras exploras los límites de tu territorio.

Beraal se instaló frente a la puerta de la cocina, en la parte exterior, mientras que la gatita se acurrucó en la parte de dentro. Con la cabeza apoyada en el pecho y los ojos cerrados, la cazadora parecía dormitar, pero estaba concentrada y alerta, pendiente de la conexión. Tenía los bigotes extendidos para captar cualquier señal que la avisara de que se acercaban Piesgrandes o algún depredador.

Convertida en un ovillo peludo, la gatita estaba tan concentrada en la emisión que no veía ni oía nada más a su alrededor. No oyó el incesante piar de los polluelos de Tuntuni pidiendo su cena ni tampoco los ruidos que provenían del salón, donde los Piesgrandes se preguntaban con perplejidad cómo era posible que todos los objetos de cristal se hubieran resquebrajado cuando nadie los había sacado de las vitrinas.

Los largos bigotes de Beraal, totalmente extendidos, vibraban levemente. Mara dejó que sus bigotes se extendieran también. Era lo que hacían los gatos adultos cuando querían conectarse. Beraal notó un pinchazo tan fuerte en los bigotes que estuvo a punto de apartarse. A tan corta distancia, las emisiones de Mara eran fuertes como zarpazos. La cazadora entreabrió los ojos para mirarla: ¿cómo era posible que una criatura tan pequeña tuviera semejante potencia de emisión?

La gatita dejó la mente en blanco y se preparó para notar el estómago revuelto. Siempre le ocurría lo mismo al empezar la

emisión y solo se tranquilizaba amasando con las patas, el movimiento que hacen los cachorros cuando se amamantan. Entonces subía a lo más alto y podía recorrer largas distancias, en cualquier dirección. Pero además sus bigotes le indicaban otras corrientes que iban de un lugar a otro, le señalaban canales invisibles que ella decidiría si seguir o no cuando adquiriera más experiencia.

La gatita entrecerró los ojos y, cuando sintió que por fin partía, emitió un suave ronroneo. Allá estaba la conexión gatuna, una amplia banda plateada que parpadeaba y destellaba de actividad. Y a lo largo de la banda palpitaba la sinuosa cinta que marcaba las emisiones de Nizamuddin. Mara extendió los bigotes y sobrevoló la banda. «Es como si fuera un milano –fue la explicación que le dio a Beraal sobre lo que se sentía al emitir–. Los milanos no ven el cielo vacío, como nosotros. Cuando vuelan ven carreteras, caminos, intrincados cruces de sendas que les indican hacia dónde deben dirigirse, a qué distancia se encuentran de las copas de los árboles, cuándo bajar en picado y cuándo subirse a una corriente de aire».

Beraal y otros gatos de Nizamuddin siguieron a Mara por un territorio que para ellos era nuevo e inexplorado. La cazadora notaba el estómago encogido. Conectarse con los bigotes no era más que seguir los caminos marcados por los olores, de modo que se llegaba tan lejos como lo permitían el olfato y la vista. Pero Mara iba más allá: más que conectarse, viajaba; como un puente fino y vibrante, sus bigotes la llevaban mucho más allá de la colonia, la transportaban al otro lado a través del cielo.

La gatita empezó a lavarse lentamente las patas, primero una y después otra; le resultaba más fácil emitir mientras se aseaba. Así que se concentró en pensar a dónde iría y qué vería mientras su rasposa lengüecita se movía rítmicamente.

En el parque, unos cachorros –un dálmata, dos labradores y un par de chuchos muy traviesos– que estaban jugando con una pelota roja se detuvieron un instante y se quedaron mirándose. Hasta que un perro salchicha que pasaba por allí les devolvió la pelota con un golpe del morro y el juego volvió a empezar.

–Es curioso –le comentó el dálmata a uno de los labradores mientras corrían hacia el otro extremo del parque–. Me ha parecido que un gatito anaranjado pasaba junto a mí, rozándome, pero no lo he visto.

El labrador olfateó el aire.

–Yo he tenido esa misma sensación –reconoció–. Pero entonces habría un rastro olfativo y los rastros de gatos que percibo son mucho más viejos.

Entonces les llegó botando la pelota roja. Los cachorros se lanzaron a cogerla y olvidaron lo ocurrido.

En la placita del mercado, una vaca que arrancaba una hoja de repollo en el puesto del vendedor de verduras se detuvo pensativa. Tenía la sensación de que un gatito le había saltado sobre el lomo y se había ido trotando calle abajo, pero no veía al felino por ninguna parte. Volvió la cabeza al puesto de verduras, pero el *sabziwala* había aprovechado para colocar la col fuera de su alcance. Sin alterarse, la vaca se puso a olisquear un ramito desechado de caléndulas; su filosofía era aceptar las cosas tal como eran y un minino no la haría cambiar de opinión.

En el nido situado sobre la tumba de Humayun, los gorriones interrumpieron abruptamente sus escandalosos trinos. El gallo y la gallina agacharon la cabeza instintivamente, convencidos de que acababan de ver un gatito de pelaje naranja pasando rápidamente entre las oscuras tumbas en ruinas, pero, al no ver ni rastro de depredadores, se relajaron.

–Sunte Ho, ya te advertí de que tenías que construir un poco más alto –le dijo la gallina a su pareja.

–Más alto, más alto –protestó el gallo–. ¿Qué pretendes, que nos sentemos y llamemos a los milanos para que nos lleven?

Y así volvieron el gallo y la gallina a sus interminables disputas.

Mara parecía dormitar junto a las escaleras de la cocina. Multitud de gatos provenientes del *dargah*, del mercado, de los tejados y las callejuelas de Nizamuddin se estaban conectando, pero ella apenas les prestaba atención. Saltó por encima de poblaciones, carreteras

abarrotadas y cruces elevados como si se tratara de simples charcos; ante ella se abría un mundo mucho más amplio, del que percibía destellos de maravillosos colores, sonidos y olores. Sus poderes se reforzaban, se afinaban cada vez más; ahora cuando hacía uno de estos viajes ya no tenía problema en saludar a los asombrados gatos que la veían o la sentían.

Envió un saludo a gatos de Nizamuddin, de la tumba de Humayun, de Jangpura, a colonias felinas al otro lado de Delhi de las que no había oído hablar. Los había multicolores, pardos, con pedigrí y callejeros; había barrios donde los gatos deambulaban por cuidados jardines; otras veces el territorio gatuno era un laberinto de calles angostas rebosantes de suciedad y basura. Mara los oía como un zumbido de fondo: viejos guerreros de caras surcadas de cicatrices, gatitos de ojos asombrados, gatas de espeso pelaje y aspecto maternal. Pese a que emitir requería un esfuerzo, Mara disfrutaba del viaje, el más largo y fascinante que había hecho hasta el momento.

De repente notó un estremecimiento en los flancos y las patas sudorosas; los bigotes se le pusieron tan tiesos que resultaba casi desagradable. Sacó las uñas; la piel y los bigotes le temblaban y tenía la lengua colgando. Hubo un chisporroteo en el aire y Mara hizo una mueca de dolor.

En alguna parte, una familia felina respondía a su emisión con una fuerza inusitada. Mara notaba cómo tiraban de la línea. Todavía no podía verlos, pero su conexión producía un murmullo que enturbiaba el aire. Asustada, la gatita empezó a barrer con la cola y se erizó como si la hubieran peinado a contrapelo. Notaba la presencia de unos gatos intrusos tan claramente como si hubieran entrado en la habitación.

«Algo falla», pensó. Los gatos empezaron a hacerse visibles; los contornos se distinguían nítidamente, pero la imagen resultaba demasiado grande. El aire a su alrededor se caldeó y los bigotes le temblaban a causa del esfuerzo.

Beraal, desde su posición al otro lado de la puerta, notó que pasaba algo y se incorporó con el pelo erizado y un desagradable chisporroteo en los bigotes.

–¿Estás bien, Mara? –preguntó la cazadora mientras movía inquieta la cola.

Mara encogió las patas y arrugó el hocico: percibía en el aire un olor extraño, una mezcla de fuego y de almizcle. Cuando el aroma inundó su nariz, se le erizó el pelo como si acabara de entrar un depredador en la cocina y notara su cálido aliento en el cogote y detrás de las orejas. Mara abrió un momento los ojos, pero en el parque solo se oían los gorjeos alegres de las Parlanchinas y las voces de los Piesgrandes le llegaban amortiguadas desde otra habitación.

De repente hubo un temblor en el aire y aparecieron ante ella unas llamas blancas y negras que se movían lentamente, como bajo una luz estroboscópica. El olor era cada vez más fuerte, oscuro e intenso. Oyó maullar a Beraal, pero el sonido parecía muy remoto. Mara notó un zumbido en la cabeza; el depredador se encontraba cada vez más cerca.

Un intenso olor a carroña, a sangre y a carne cruda, con un toque de hierba y de tierra, inundó la cocina. El aire se caldeó y se iluminó con una luz tan brillante que la gatita parpadeó y tuvo que apartar la mirada. Un rugido profundo y amenazador atravesó la casa. Llevada por un terror instintivo, Mara sacó las uñas; el miedo le había hecho un nudo en el estómago. El rugido continuó largo rato, como si la pobre gatita hubiera convocado al rey del trueno.

Cuando por fin se atrevió a abrir los ojos, Mara se encontró ante una boca abierta, roja y enorme, cuyo rugido parecía desgarrar el aire. La gatita contempló temblorosa esos afilados colmillos amarillentos, cada uno tan grande como su cabeza, y esos enormes bigotes que emitían aterradoras ondas de furia. Levantó lentamente la mirada hasta encontrarse con un par de inmensos ojos dorados con brillantes pupilas negras y un pelaje a rayas que parecía contener todas las tonalidades del fuego. Cuando los bigotes se levantaron, Mara notó que sus bigotitos temblaban de miedo, pero no podía evitar seguir emitiendo.

–Hola –susurró–. ¿Quién eres?

Hubo un silencio. Mara se tranquilizó. Su pelaje perdió la rigidez y la cola dejó de moverse. Notó que también Beraal se relajaba.

«Puede que sea un error, Beraal –le emitió–. A lo mejor estamos viendo una imagen muy de cerca… Voy a retroceder».

Si Beraal respondió algo, no llegó a oírlo, porque en ese momento el inmenso gato se puso de pie y el susto de la gatita fue tan grande que la adrenalina le puso los bigotes tiesos. Movió las patas frenéticamente, intentando caminar hacia atrás, y levantó la cabeza para contemplar el cuerpo negro y dorado del tigre, que parecía crecer cada vez más, ensanchándose y estirándose hasta convertirse en una inmensa montaña frente a ella.

Sin apartar la mirada de Mara, el tigre emitió un furioso rugido, grave y profundo como el trueno, que hizo temblar la conexión. Mara sintió vibraciones en la tripa y en los flancos. Era como si la agarraran de la piel del cuello y la zarandearan de un lado a otro.

–Soy Ozymandias, rey de reyes. ¿Quién demonios eres y qué haces en el interior de mi cabeza?

–Solo soy yo –tartamudeó la gatita–. Solo Mara. –El instinto de supervivencia fue más fuerte que las lecciones de cortesía que Beraal había intentado meterle en la cabeza y volvía a hablar como en sus anteriores emisiones–. Perdona, solo soy una gatita de color naranja. No quería molestar. ¡Mara está aterrada! ¡Mara está temblando! Perdona, gato grande.

Unas ondas de incredulidad hicieron vibrar la conexión y se oyó un rugido. Mara lo oyó tan claramente como si el animal se encontrara frente a ella.

–¿Así que eres una cachorrita de gato común? ¿Ni siquiera de gato salvaje? ¿Y te atreves a acercarte a los tigres, Solomara? Eres muy valiente o muy tonta. O tal vez… muy muy insolente.

Mara estaba paralizada de miedo, demasiado aterrada para interrumpir la emisión. Aquella boca enorme y roja, con dientes feroces, largos y curvilíneos, se abrió para emitir un rugido que ensordeció a la gatita.

–¡Quiero que venga Beraal! No quiero hablar con este Ozandy… lo que sea. Quiero ir a casa.

De haber prestado atención a la conexión de Nizamuddin, Mara se habría dado cuenta de que se estaba haciendo eco de un sentimiento popular. En cuanto las imágenes de los enormes tigres

hicieron vibrar el aire de Nizamuddin y ocuparon las mentes de los gatos, muchos se sintieron inquietos y se apresuraron a abandonar la conexión.

A la vista de aquella boca enorme y mortífera, incluso Beraal se quedó impresionada y bajó rápidamente las escaleras con las orejas aplastadas contra el cráneo. En cuanto a Hulo, que se había conectado furtivamente porque no quería admitir que estaba impresionado por el progreso de Mara, se llevó tal susto que por poco se cae del árbol. En el *dargah*, mientras tanto, Qawwali y otros dos gatos que estaban conectados se incorporaron de repente, soltaron un aullido y salieron corriendo, ante el asombro de los Piesgrandes que presenciaron la escena. El pequeño Southpaw, que se había conectado mientras dormía, se despertó después de tener la pesadilla más terrible de su vida.

De modo que nadie fue testigo de lo que sucedió a continuación.

Era una época difícil para Ozymandias, el tigre de Bengala. Le gustaba caminar tranquilamente, pero, desde que en el zoo adquirieron otra pareja de grandes felinos, el espacio escaseaba y hacía tiempo que el tigre no disfrutaba de un recinto provisto de hierba. En verano, los tigres levantan nubes de polvo al caminar y Ozymandias detestaba tener los bigotes polvorientos. También le parecía execrable la nueva política que había adoptado el zoo en materia de alimentación, que obligaba a que los animales ayunaran un día por semana. Pero lo peor de todo era que le habían puesto el cajón de arena fuera, lo que significaba que se veía obligado a hacer sus necesidades ante los boquiabiertos Piesgrandes, algo degradante para cualquier tigre que se respetara.

De modo que, cuando se despertó de la siesta por culpa de una gatita anaranjada que se materializó en el aire, flotando ante sus ojos (Mara todavía no dominaba la técnica de ubicarse cuando se proyectaba), el tigre sintió que su enfado estaba justificado. Alzó una pata gigantesca, sacó las uñas y le arreó un zarpazo a la gatita.

–¡Mamá! –aulló la gatita. Pero, para mayor irritación de Ozymandias, siguió sin moverse.

El tigre comprobó disimuladamente sus zarpas para asegurarse de que funcionaban, pero todo parecía en orden, así que dio un nuevo zarpazo.

–¡Vete! ¡Eres malo y feo y no me gustas nada! –gritó la gatita. Sin embargo, seguía sin desaparecer.

–Ozzy, basta. Déjalo ahora mismo –dijo con firmeza una voz aterciopelada–. Estás asustando a la pobre cachorra.

Ozymandias volvió a lanzar un desafiante zarpazo y recibió un golpe en la oreja.

–¡Eeeh! –gruñó, sorprendido–. ¿Por qué lo has hecho, Rani?

A pesar del susto, Mara no pudo evitar pensar que el tigre blanco que acababa de infligir un castigo a Ozzy era uno de los animales más bonitos que había visto. Rani se acercó a ella.

–Eres una minina de lo más normal, ¿verdad? –Luego se volvió hacia el tigre de Bengala–. Solo es una gata, Ozzy; no hay por qué armar un escándalo. Aunque me pregunto qué hace aquí.

Una cabecita, casi tan pequeña como la de Mara, emergió bajo la tripa de Rani.

–Dijo que era una Solomara, mamá –dijo una vocecita casi tan suave como la de un gato–. Hola, Solomara. ¿Qué haces en nuestra jaula? ¿Y por qué estás flotando en el aire?

Mara levantó ligeramente las orejas. Todavía no estaba muy tranquila con Rani y Ozymandias, pero con el dueño de esa vocecita se sentía capaz de hablar.

–Hola… –balbuceó, y enseguida recordó las lecciones de cortesía que le enseñó Beraal–. Siento mucho… haberos molestado. Estaba llevando a cabo una proyección… bueno, un ejercicio para ver hasta dónde podía llegar. No quería molestarte, Ozymandias… Ozzy… eh, no sé cómo tengo que llamarte.

Aquello ya fue demasiado para Ozymandias.

–¿Llamarme? ¡No me llames de ninguna manera! Los tigres no hablan con los gatitos –gruñó.

Dicho esto, le dio la espalda a Mara y se fue al extremo opuesto de la jaula.

–No le hagas caso –dijo el pequeño tigre–. Siempre está así por las tardes, sobre todo si no se ha echado una buena siesta.

Rani dio unos cariñosos lametones a su hijo y volvió a observar a Mara de cerca.

–Creo que deberíais presentaros.

Los barrotes vibraron. Desde el otro extremo de la jaula, Ozymandias rugió y volvió la cabeza hacia ellos.

–Ningún hijo mío va a relacionarse con una simple gata, Rani… No pienso aceptar… ¡Aauu! ¡Déjame!

Las siguientes palabras de Rani se oyeron amortiguadas, porque tenía en la boca la cola del tigre. En esencia, le dijo que el pequeño tigre llevaba mucho tiempo sin poder hablar con nadie de su especie. Desde que trasladaron a los leopardos a otras jaulas, la única compañía del cachorro había sido un grupo de monos. Y, aunque Rani se alegraba de que su hijo y la joven langur Tantara se llevaran bien, no entendía por qué Ozzy se mostraba tan estirado con los gatos, sobre todo teniendo en cuenta que él también era un felino, aunque de una clase superior. Además, esta gatita parecía tener más educación que los cachorros de leopardo, que eran tremendamente indisciplinados, como Ozzy sabía de sobra. A Rani le extrañaba que la gatita levitara en el aire, pero estaba segura de que todo se aclararía a su debido tiempo.

Mientras los adultos hablaban, Mara y el cachorro de tigre se miraban, uno desde detrás de los barrotes de la jaula y la otra suspendida en el aire.

–Le llaman Ozzy porque es la forma abreviada de Ozeem, que es la forma abreviada de Ozymandias.

–Es bonito… un nombre sorprendente –dijo Mara–. ¿Y tú cómo te llamas?

El cachorro tensó los bigotes y adquirió un aire de importancia.

–Me llamo –tomó aire antes de seguir– Rudra ElGrandeyPoderoso, HijodeOzymandias, ElReydeReyes, MiradNuestrosPoderososColmillosyTemblad… pero para abreviar me puedes llamar Rudra.

–¡Encantada! –respondió Mara y suspiró contenta.

Frente a la jaula de Rudra había un zumbido de cámaras. Los Piesgrandes se agolpaban para fotografiar al cachorro de tigre, pegado a los barrotes. En la cocina de Nizamuddin, los Piesgrandes

sonreían viendo a la gatita mover los bigotes y agitar las patas en sueños.

6

La Casa Cerrada



Para los milanos que surcaban los cielos de Nizamuddin, la elegante zona residencial ofrecía escaso interés. Los animalitos que les servían de presa no podían ocultarse en aquellos pequeños y pulcros rectángulos de césped, con sus árboles y arbustos cuidadosamente podados y sus hileras de coches aparcados. Resultaba mucho más interesante la zona junto a la carretera entre el canal y el *dargah*, donde las casas estaban dispuestas en desorden, algunas en un estado tan ruinoso como el cercano *baoli*. Era aquí, y en las orillas junto al canal, sembradas de desperdicios, donde se encontraba la buena caza, en especial si se contaba con agudeza visual, mucha paciencia y unas garras afiladas.

Colmillo desplegó las alas, amplias como velas emplumadas, y aprovechando una corriente de aire sobrevoló su territorio fotografiando mentalmente los cambios acaecidos en tierra desde su última ronda, igual que un satélite espía. Vio en la cuneta una nueva víctima de tráfico, la segunda mangosta arrollada en la carretera en pocos días, pero, dado su avanzado estado de descomposición, a Colmillo no le interesó. El movimiento de una sombra le llamó la atención; su cerebro de depredador registró al punto una rata que se metía rápidamente en una cañería y la desechó enseguida. Tenía el estómago lleno de palomas y huevos de paloma; una rata no merecía el esfuerzo que requiere un DCC, es decir, Descenso, Caída

en picado y Captura. Observó la rapiña llevada a cabo en el nido de gorriones en un coche herrumbroso: sobre el pavimento yacía un cadáver emplumado y se adivinaban las marcas amarillas de los huevos rotos. Colmillo batió las alas. No le importaba comer gorriones, pese a que eran todo huesos, pero entre los milanos se decía que cada vez había menos pájaros.

«Esto es muy grave», le había señalado su compañera, Garra. Y a continuación citó el antiguo dicho: «Es muy pequeño el gorrión, mas no sobreviviríamos a su desaparición».

El rápido destello de algo que se movía activó al instante el cerebro del depredador, que flexionó las alas preparándose para un posible DCC. «Objetivo: gato –registró su mente–. Terreno: abierto, sembrado de agujeros. Retrato mental de la presa: joven, sin experiencia, ignorante del peligro. Obstáculos: coches, desniveles, pila de ladrillos, follaje. Probabilidad de éxito: 46 %».

Más que ver al milano que se acercaba, Southpaw sintió su proximidad –tuvo una sensación de frío cuando la sombra en forma de cometa se cernió sobre él, tapando la luz del sol– y reaccionó enseguida.

«¡A los setos!», se dijo. Pese a sus cortas patitas, recorrió la distancia con sorprendente velocidad y calculó que tenía tiempo de mirar hacia arriba. El milano bajaba en picado y Southpaw se estremeció al ver lo grandes que parecían sus garras de afilados garfios curvos. Aunque aterradora, la silueta del depredador recortada contra el azul del cielo, con su plumaje pardo y dorado, era tan hermosa que el gatito se quedó hipnotizado.

Como no miraba por dónde iba, Southpaw chocó con un cubo de plástico abandonado y maulló de dolor. El reborde del cubo se le clavó en la barriga y le dejó sin aliento; se incorporó rápidamente y descubrió que ya no podía correr porque iba cojo. El seto de lantana, antes tan próximo, ahora se veía lejano, con unas espinas feas y amenazadoras. Al gatito se le encogió el estómago de miedo al comprobar lo rápidamente que descendía la mancha negra que se cernía sobre él. Notó que se le erizaba la piel del lomo y se esforzó por correr más rápido, pero aún le temblaban las patas a causa de la colisión.

«Probabilidad de éxito: 87 %, 89 %, 91 %». Colmillo trazaba el último arco de su descenso en picado, seguro de llevarse la presa. Para afinar la operación, flexionó las garras y se preparó para clavarlas en la mancha blanca que tan apropiadamente marcaba el cuello del minino. Si acertaba a la primera, el cuello quedaría roto al instante y así podría cargar con un cuerpo inerte en lugar de tener que vérselas con una presa que se movía durante el vuelo.

De repente se oyó un crujido entre los arbustos y una forma musculosa y peluda apartó a Southpaw. Antes de entender lo que había pasado, el minino se encontró frente a Katar; con un golpe de la pata, el guerrero lanzó al cachorro por los aires hasta un polvoriento montón de hojas secas junto al seto de lantana.

«Probabilidad de éxito: 71 %… 24 %… 9 %… ¡Retirada!». Colmillo tuvo que rectificar la caída en picado, ascender y esquivar los fieros zarpazos de Katar, todo al mismo tiempo. Desde su punto de observación, Southpaw tuvo una visión breve pero inolvidable de unos penetrantes ojos amarillos, un alborotado batir de grandes alas y un pico reluciente. Colmillo llevó a cabo un cambio de sentido en pleno vuelo. En cuestión de segundos volvió a subir a lo alto y se convirtió en un punto en la distancia.

Katar se quedó mirando el cielo hasta estar seguro de que el milano no regresaría. Luego empujó al gatito con la cabeza para asegurarse de que no se había roto nada ni se había hecho daño. Cuando Southpaw se sentó y pronunció una torpe disculpa, Katar le dio un golpe con la pata, pero sin sacar las uñas, para hacerle ver que la reprimenda era simbólica. Era la tercera vez en una semana que tenía que regañarle; Southpaw tenía una tendencia natural a meterse en problemas.

–Si eres lo bastante mayor para explorar por tu cuenta, eres lo bastante mayor para saber que nunca hay que mirar a los depredadores –dijo Katar. El gatito se estaba lavando el pelaje pardo con rayas color chocolate, ahora lleno de hojas secas y hormigas–. ¿Y a dónde ibas, por cierto? ¿No tenías clase con Miao para aprender a lavarte las patas y a asearte los bigotes?

–Miao estaba ocupada –dijo Southpaw. Y no mentía, porque la gata siamesa estuvo buscándole por todo el parque después de que

el gatito se escapara de clase. Pero no era culpa suya, porque las clases de aseo de bigotes eran para los gatitos de cuatro semanas, no para un joven de dos meses, que casi puede considerarse un gato adulto–. Y quería ver la Casa Cerrada. ¡Auuu! ¡Ay! ¡Déjame! ¡Basta!

Katar había cogido al gatito por el pellejo del cuello y lo zarandeaba mientras dejaba oír un hondo gruñido.

–¡La Casa Cerrada! ¿No te he dicho que está prohibido ir? ¿No te hemos repetido Miao y yo, una y otra vez, que no te acerques a esa casa? Y, si has sido lo bastante tonto como para entrar en terreno prohibido, ¿cómo se te ocurre ir solo?

–Porque me dijisteis que estaba prohibido –dijo Southpaw– y no quería poner en peligro a otros gatitos.

Katar, tan enfadado que azotaba el aire con la cola, dejó al gatito en el suelo.

–De modo que estabas solo porque te pareció peligroso llevar a otros gatitos contigo.

–Así es, Katar –dijo dócilmente Southpaw.

–Y no pensaste que, si era peligroso que otros gatitos fueran a la Casa Cerrada, también sería peligroso que fueras tú solo, porque para empezar, pequeño idiota, tú también eres un gatito.

–Sí, Katar –dijo Southpaw–. Eeh… no, Katar. Eeh… sí, Katar. Lo que tú digas, Katar.

Katar se quedó mirándolo con desconfianza.

–Lo digo en serio, Southpaw. La Casa Cerrada está fuera de tu alcance por razones de peso, de mucho peso.

–Sí, Katar –repitió el minino–. Ummm, ¿y cuáles son esas razones?

Katar dejó escapar un suspiro de exasperación que sonó parecido al resoplido de un perro, un sonido que estaba en el otro extremo del que hacen los gatos cuando quieren expresar satisfacción.

–Es una pregunta muy razonable, Katar –espetó una voz detrás de su oreja–. Ya te dije que sería el primero de la remesa de este año en mostrar curiosidad.

–A lo mejor prefieres explicarlo tú, Miao –le ofreció Katar.

Nunca había podido acostumbrarse a esa manera que tenía la venerable siamesa de aparecer silenciosamente detrás de él;

sospechaba que lo hacía solamente para evitar que él se diera demasiados aires. A diferencia de los demás gatos, Miao no dejaba apenas rastro olfativo, una de las ventajas de su sangre siamesa.

Miao clavó la mirada en Southpaw.

–Será mejor que te lo mostremos en lugar de explicártelo –dijo la gata siamesa y enroscó su cola con elegancia–. Sígueme, Southpaw, y, si Katar o yo te decimos que hagas algo, hazlo sin rechistar, no protestes, ¿entendido? ¿Te has quitado las hormigas del pelaje? ¿Te escuecen las patas o estás recuperado? ¿Puedes ir rápido? ¿Has usado los bigotes para comprobar que no haya perros ni otros depredadores? Vale, adelante entonces.

A Southpaw le estallaba la cabeza con tantas instrucciones.

–¿A dónde vamos? –preguntó, confuso.

–A la Casa Cerrada –respondió Miao.

Después de frotarse los hocicos mutuamente, la gata color crema y el macho emprendieron el camino a través de los arbustos de lantana, seguidos a trompicones por el gatito, que iba tan deprisa como podía.

El baniano había desarrollado un amasijo de inmensas raíces y atravesarlo era todo un reto, incluso para los gatos. Southpaw contempló con admiración cómo se arrastraba Miao bajo las gruesas enredaderas, aplastada contra el suelo. Katar se abría paso empujando con el pecho y movía inquieto la cola de lado a lado.

A Southpaw le parecía que habían dejado Nizamuddin atrás. El baniano era el último árbol que marcaba el límite del jardín asilvestrado de la Casa Cerrada. Sacó automáticamente las garras, pero tuvo que volver a esconderlas para no tropezar con las raíces sueltas. Siguiendo el ejemplo de Miao, se aplastó contra el suelo y por poco soltó un maullido de terror al notar que le caía una araña dentro de la oreja. Cuando consiguió desembarazarse del arácnido, se alejó rápidamente. Se le estaban enredando grandes telarañas en el pelaje y tenía que agachar la cabeza para pasar bajo las raíces del baniano. Como estaba tan concentrado siguiendo de cerca a los dos gatos para no quedarse atrás, tardó un rato en comprender por qué

se sentía inquieto desde que atravesaron el derruido muro de piedra de la Casa Cerrada. Los sonidos de Nizamuddin, la cacofonía de coches, voces de Piesgrandes y ladridos de perros, todo el movimiento y el jaleo de un barrio en plena actividad, habían quedado amortiguados por la alta vegetación, así como por las raíces y los retoños del baniano que cubrían el jardín.

En su lugar percibía el suave repiqueteo de patitas de escarabajos, un ruido desagradable que le retorcía las puntas de los bigotes y le aceleraba el corazón. De vez en cuando, el repiqueteo se detenía y Southpaw, con el lomo erizado, esperaba a que se reanudara.

Avanzaban a través de una maraña de arbustos y sotobosque. Miao vigilaba el suelo, atenta a los depredadores.

–Cuidado con las serpientes –les advirtió. Utilizó los bigotes para emitir, porque no quería correr el riesgo de maullar.

Southpaw se detuvo en seco, paralizado de miedo. En una ocasión vio una cobra robando huevos de cuervo y la visión de la negra cabeza le produjo una mezcla de terror y sed de sangre; no sabía si matarla o salir corriendo con todas sus fuerzas.

Katar volvió la cabeza.

–Si tienes miedo, podemos volver.

Southpaw torció los bigotes para responder que no. Confiaba en que ninguno de los dos gatos se diera cuenta de lo asustado que estaba. La curiosidad le había empujado en más de una ocasión a acercarse a la Casa Cerrada, pero encontrarse dentro del jardín, con el sonido de los escarabajos y el miedo haciéndole un nudo en el estómago, era otra cosa. Estaban avanzando con cautela entre los espinosos arbustos de acacia cuando Southpaw levantó los labios y enseñó los dientes. Intentaba averiguar la naturaleza del desagradable olor que llegaba a su cerebro.

–Este olor seco a madera podrida es el de la carcoma –explicó Katar.

Era un olor polvoriento e insidioso. Southpaw arrugó el hocico, pero lo peor era el olor que enmascaraba: una pestilencia agria y espesa que todo lo impregnaba.

–Es el olor a Piesgrandes, Southpaw –dijo amablemente Miao–. Tenlo presente; es el olor de la vejez, la decadencia y la tristeza.

El gatito enseñaba los dientes, tenía el pelo del cuello erizado y emitía un gruñido bajo y amenazador. Ante ellos apareció la casa, un edificio desvencijado y en ruinas al que se acercaron al modo de los cazadores, con la barriga pegada al suelo.

Más allá del tufo a tristeza y a carcoma, Southpaw percibió otro olor que le hizo estremecerse. De la Casa Cerrada se escapaban húmedas volutas cargadas de un hedor que era una combinación de pelo sucio de gato, enfermedad, comida podrida y sangre seca de muchas lunas atrás. El viento cambió y el olor a locura proveniente de la casa se tornó más intenso. Southpaw se estremeció. Era como recibir la bofetada de una pata gangrenosa.

Katar se acercó hasta tocar los flancos del tembloroso gatito y Southpaw se sintió reconfortado al notar el calor del valiente gato. El repiqueteo de los escarabajos se había intensificado, pero por debajo se oía algo más, un sonido vago que al gatito le costó identificar: el repiqueteo de las uñas sobre el suelo.

Miao movía la punta de la cola y contemplaba a Southpaw con curiosidad. El peregrinaje a la Casa Cerrada era un rito de iniciación para los gatos de Nizamuddin, a los que les explicaban la historia del lugar cuando cumplían un año, pero Southpaw era el gato más joven que se acercaba allí. Miao no recordaba ningún otro caso.

–Creo que ya tiene madurez para esto –le dijo a Katar en voz baja.

Sabía que Southpaw, que acababa de empezar sus lecciones de comunicación y tenía dificultades para recibir, no captaría la emisión con los bigotes.

–Es preferible que venga con nosotros a que se acerque un día por su cuenta y riesgo –coincidió Katar.

Oyeron que se acercaba un Piesgrandes y el guerrero usó los bigotes para indicar a los otros dos que deberían esconderse. Cuando el Piesgrandes, un tipo torpe que andaba arrastrando los pies, apareció junto a la casa, los gatos ya estaban escondidos entre los arbustos. Southpaw estaba a la derecha, más cerca de la casa, y los otros dos a la izquierda. Los Piesgrandes solían mantenerse alejados de la Casa Cerrada. Aunque no sabrían explicar por qué, el instinto los llevaba a dar un rodeo para evitarla. Había pájaros que

anidaban en los enmarañados arbustos y construían sus casas en los árboles del jardín, pero permanecían más silenciosos. El jardín de la Casa Cerrada reclamaba silencio y, aunque de vez en cuando se oían las llamadas de los gorriones y los bulbules, nunca había una algarabía de las Charlatanas o de otros pájaros ruidosos que rompiera el silencio.

El Piesgrandes parecía tener prisa. Probablemente había tomado un atajo. Pasó muy cerca de Southpaw; este miró sus blancos pantalones y se maravilló por enésima vez de lo poco que percibían los Piesgrandes lo que había a su alrededor. Tal vez era porque carecían de bigotes o porque tenían un olfato defectuoso.

Miao decidió que esperarían hasta asegurarse de que el Piesgrandes no volvería. Ella y Katar aguardaban a la manera gatuna. El macho mantenía los bigotes tiesos y alerta, pero de vez en cuando cerraba los ojos y dejaba caer la cabeza para dormitar.

Southpaw, a corta distancia de los gatos adultos, estaba inquieto, demasiado nervioso para echar una siesta. Su naricilla rosa se movía cada pocos segundos, intentando identificar los olores que le llegaban de la Casa Cerrada. Miao observaba al minino con ojos entrecerrados, complacida de ver que conseguía estar quieto.

De repente, el grito de un milano en lo alto quebró el silencio. Southpaw levantó la cabeza, preguntándose si sería el mismo pájaro que lo había atacado. El sonido los sobresaltó y a continuación oyeron un crujido amenazador entre los arbustos al otro lado de la casa.

El ataque fue tan rápido que los cogió por sorpresa. Los bigotes de Miao chisporrotearon:

–¡Cuidado! ¡Un perro!

Acto seguido, la gata siamesa se subió a un árbol y le dedicó un bufido al perrazo, que se quedó ladrando y enseñando los dientes al pie del árbol. Al ver que Southpaw estaba paralizado de miedo, Katar corrió hacia él, pero desistió cuando el perro se puso a perseguirle, gruñendo y enseñando los dientes.

A Southpaw el perro le pareció grande como una vaca; nunca había visto un perro de cerca. Se puso a temblar y cerró los ojos cuando vio que lanzaba un bocado hacia la cola de Katar, pero

afortunadamente el guerrero parecía controlar la situación. De repente salió disparado, seguido de cerca por el perro, y se detuvo al borde de un grupo de acacias; allí apostado, arqueó el lomo y, con la cola erizada, hinchada al doble de su tamaño, le soltó un horrendo bufido. El perro retrocedió asustado y se puso a ladrar. Desde su puesto en lo alto, Miao colaboraba con unos chillidos amenazadores que helaban la sangre.

El perro miraba a un gato y a otro con las orejas bajas. Katar seguía bufando, aunque Southpaw adivinó que tenía una vía de escape en mente: en caso necesario podía dar la vuelta y trepar rápidamente por las ramas de una hermosa magnolia. Parecía que al fin todos estarían fuera de peligro. Olvidándose de los bufidos de Katar y de los aullidos amenazadores de Miao, el perro dio media vuelta y descubrió a Southpaw. El gatito vio sus ojos inyectados en sangre y los hilos de saliva que se deslizaban por sus negras quijadas. El perro trotó hacia él.

–¡Corre, Southpaw! –El grito de Katar parecía llegar de muy lejos.

–¡A los árboles, a la parte trasera, Southpaw! –gritó Miao.

Incapaz de moverse, el gatito miraba aterrado al perro, que se acercaba enseñando los dientes. Podía imaginar lo que sería recibir un mordisco de aquellos enormes colmillos.

De repente oyó una voz burlona que le susurraba desde el interior de la casa, justo detrás de él:

–Estúpido pedazo de carne, mueve las patas cuanto antes o morirás. Claro que no es asunto mío.

Era una voz fría y despectiva, sin una pizca de simpatía, pero ayudó a Southpaw a salir de su estado de estupor.

El perro estaba muy cerca. Southpaw soltó su mejor chillido de guerra, aplastó las orejas contra la cabeza y salió corriendo. Oyó los ladridos del perro a sus espaldas y a Miao, que le gritaba desde lo alto:

–¡Southpaw, hacia allí no! ¡No podrás salir!

Por el rabillo del ojo vio que Katar bajaba del árbol y corría hacia el perro, dispuesto a enfrentarse con él para distraerle. Porque, por más rápido que corriera Southpaw, el perro iba a alcanzarle. Tenía su olor metido en las narices: una mezcla de pelo mojado, sudor y

adrenalina. Southpaw aplastaba las orejas contra la cabeza: dos depredadores en un día era algo excesivo para un gatito que no se había estrenado como cazador.

Los gritos de advertencia de Katar contenían tanta urgencia que al gatito le temblaron los bigotes.

–¡Ya no puedes dar media vuelta! ¡Apártate de la veranda, Southpaw!

Pero ya era tarde. El gatito parpadeó: iba directo hacia la Casa Cerrada y, con el perro pegado a los talones, no podía arriesgarse a cambiar de dirección. La veranda era un lugar polvoriento, tan triste y desolado que le animó ver en el porche unos muebles rotos.

Le dio la impresión de que Miao, que seguía lanzando maullidos desafiantes, había bajado del árbol para atraer la atención del perro. Sin embargo, este seguía persiguiéndole de cerca y subió los escalones de piedra de la veranda ladrando de emoción. Pero Southpaw tenía la ventaja de saber exactamente a dónde dirigirse: hizo un amago de torcer a la derecha y salió disparado hacia la izquierda, haciendo patinar al perro sobre el suelo de piedra.

En la veranda, junto a la puerta medio despintada, había una cama de mimbre tan baja que casi tocaba el suelo. Southpaw se arrastró y se metió debajo. Unos crujidos en los bigotes le hicieron saber que Miao estaba pidiendo ayuda a todos los gatos de la zona.

–Bien pensado –dijo Katar–. Quédate ahí hasta que podamos llevarnos al perro. Quédate donde estás, Southpaw, pase lo que pase.

El perro volvió a ladrar. A través de los mimbres, Southpaw veía sus ojos hambrientos y llenos de frustración. Oyó sobre su cabeza un ruido de uñas que rascaban el mimbre y retrocedió asustado antes de que una enorme pata cayera con fuerza sobre la cama. El mimbre estaba podrido después de años y años de monzones seguidos de veranos de intenso calor y no tardaría en ceder. La pata volvió a golpear, esta vez a pocos milímetros de su morro. Southpaw se estremeció de miedo. Estaba atrapado.

Katar soltó un gruñido, intentando que el perro se volviera hacia él, pero solo consiguió que le enseñara los dientes y le dedicara unos ladridos amenazadores.

–Esta presa es mía –dijo el perro en selvática, la lengua que compartían los animales, tanto los mamíferos como las aves, aunque en general solo la empleaban para las advertencias y peticiones básicas.

Katar le mordió la cola a modo de respuesta. El perro se revolvió furioso y con una fuerte sacudida de la cola lanzó al gato a una considerable distancia sobre la hierba, donde se quedó atontado, incapaz de moverse. Miao se apresuró a ir junto a él para asegurarse de que el perro no lo atacara mientras estuviera fuera de combate.

Decidido a lograr su propósito, el perro metió el hocico en el mimbre agrietado y movió la cabeza para acabar de romperlo. Temblando de miedo, Southpaw retrocedió todo lo que pudo.

Oyó una voz que le susurraba desde el otro lado de la pared:

–Pobre cachorrillo indefenso. Mira este animal destrozando el mimbre. Qué mandíbulas tan fuertes, ¿no te parece? Mira su dentadura, qué dientes más afilados y amarillos. Seguro que duelen mucho cuando se te clavan, pero el sufrimiento no durará mucho, ¿no?

El gatito notó un tirón en los bigotes y se estremeció al oír lo que parecía una siniestra carcajada. La cama acabó de romperse con un crujido cuando el perro apoyó con fuerza las dos patas. Southpaw ahogó un grito. La cama se derrumbó delante de sus narices. Ahora estaba atrapado como una rata en una trampa. Retrocedió rápidamente hacia la puerta de la casa y de repente oyó el sonido de uno de los viejos tablones que cedía.

Mientras tanto, Miao había subido a la veranda y le propinó al perro dos zarpazos en la pata, haciéndole aullar de dolor. Acto seguido, desapareció entre las sombras. El perro se alejó unos pasos de la cama de mimbre con la cabeza ladeada, intentando localizar el rastro de la gata siamesa. Pero pronto perdió interés en el asunto, regresó en busca de su presa y metió una pata en el mimbre, justo sobre la cabeza de Southpaw. El gatito miró hacia arriba, encogido de miedo, y se encontró con la mirada fiera y victoriosa del perro. Un hilillo de saliva le caía por las comisuras de la boca; un nuevo golpe con las patas y el gatito sería suyo.

De repente, Miao se lanzó desde el tejado de la veranda y cayó encima del perro; con un maullido de guerra, le clavó los dientes en el lomo. El perrazo se revolvió con un furioso gruñido. Por un momento, pareció como si el gato estuviera montado sobre un caballo salvaje.

–¡Baja de ahí o te matará! –gritó Katar, que se estaba poniendo en pie dificultosamente.

La gata siamesa entrecerró los ojos, preparándose para escapar de un salto. Los gatos raramente atacaban a un perro; solo podían llevar a cabo un ataque inesperado seguido de una rápida huida.

–Uno: la gata perderá el equilibrio, pero caerá de pie –susurró la fría voz en la oreja de Southpaw–. Dos: es una gata rápida, así que desaparecerá antes de que el perro se dé cuenta de que ya no la tiene encima. Tres: volvemos al principio. Estás muerto. Una triste historia; simplemente no es tu día.

El perro se sacudió con tanta violencia que parecía que la gata siamesa iba a salir disparada, pero cayó de pie, apretó a correr, atravesó el jardín casi sin tocar el suelo y se subió a un árbol. El perro cerró las mandíbulas sobre el vacío y soltó un aullido de frustración; entonces decidió no perder más tiempo con ella: en unos segundos estaba de vuelta en la veranda, dispuesto a acabar con el gatito.

–Oh –dijo la voz detrás de Southpaw con su tono frío y aburrido–. Podrías probar suerte con nosotros. También te mataremos, pero como mínimo somos de tu misma especie. Te daremos una oportunidad. ¿Qué te parece?

Una pata golpeó las maderas podridas, abriendo una grieta en la puerta.

Southpaw contempló al perro que estaba casi encima de él, con la lengua fuera. No faltaba mucho para que asestara otro golpe a la cama de mimbre y ahí se acabaría la historia.

Desde la espesura donde se encontraba escondido, un poco aturdido pero entero, Katar adivinó el pensamiento del minino.

–¡No entres en la Casa Cerrada, Southpaw! Es demasiado peligroso.

Southpaw notaba en las narices la pestilencia de la Casa Cerrada, un fuerte olor a decadencia, sangre y locura. Aquella casa albergaba la muerte, pero el gatito se dijo que tendría una oportunidad de escapar, mientras que no había escapatoria de las fauces del perro que se inclinaba sobre la cama de mimbre, dispuesto a darle el mordisco fatal.

–Oh, entra, entra, pedazo de carne –dijo la pérfida voz–. Ya verás qué divertido será.

Southpaw decidió lanzarse a través de la puerta podrida justo cuando la pata del perro destrozaba con un último golpe la cama de mimbre. Miao y Katar contemplaban la escena sin poder hacer nada.

–Divertido para nosotros, claro –añadió la voz con un tono siniestro mientras el gatito entraba en la Casa Cerrada.

7

El reino de Datura



La caída fue más larga de lo que esperaba; el suelo de la casa estaba hundido, más bajo que la veranda. Southpaw dio una voltereta en el aire para asegurarse de que caía de pie, y no de espaldas.

Estaba preparado para luchar por su vida, para bufar y escupir con todas sus fuerzas, pero dentro todo estaba sumido en un melancólico silencio. Desde fuera llegaban los ladridos y las embestidas del perro contra la puerta, pero, aparte de la tabla podrida, la estructura era sólida y la madera resistió.

No había ningún gato a la vista, pero Southpaw percibía su olor: un olor fuerte y cercano, como si hubieran estado allí un segundo antes, y se le erizaron los bigotes y el pelo del pescuezo. Sin moverse de la puerta agrietada por donde había entrado, miró a su alrededor, intentando situarse. La luz era espesa y débil, como filtrada por una niebla otoñal. El olfato y los bigotes le proporcionaban más información.

La Casa Cerrada era silenciosa, pero, además del tableteo de los escarabajos –que ahora sonaba mucho más cercano de lo que a Southpaw le habría gustado–, se oía el frufrú de otros animales que corrían o se arrastraban. El gatito oyó unas patas atravesando la planta superior, y después otras, y muchas más. La oscuridad se disipó un poco y pudo ver a su derecha una habitación alargada. El suelo, descubrió con asco, estaba muy sucio, cubierto por una capa de diarios viejos y restos de comida putrefacta. En un extremo del

recibidor había hileras y más hileras de cuencos de los que salía un intenso olor a comida putrefacta que impregnaba el aire.

Unas cortinas andrajosas tapaban las ventanas. Entre los jirones de tela se veían cristales mugrientos y alféizares tapizados de moscas muertas. El gatito comprendió, sin que nadie se lo explicara, que hacía mucho tiempo que en aquella casa no se abrían las puertas ni las ventanas. Del fondo de la estancia le llegó el hedor nauseabundo de los orines y deposiciones de los gatos, que se añadía al tufo fuerte y desagradable que había percibido desde el exterior. Southpaw tuvo una intuición: «Este es un lugar donde los gatos han olvidado lo que es sentir el sol en los bigotes», pensó.

–Impresionante –dijo desde lejos la fría voz–. Nuestro pequeño visitante piensa que echamos de menos la luz del sol. Cree que no tenemos nuestros propios juegos, ¿verdad? ¿Por qué no le enseñamos cómo jugamos? ¿Qué os parece, Aconitina y Tóxico?

Southpaw gruñó y movió los bigotes para intentar averiguar la procedencia de la voz. Pero sus ojos no se habían acostumbrado totalmente a la oscuridad y moverse era demasiado arriesgado. Todavía podía oler y oír al perro allá fuera, pero confiaba en que se marcharía pronto y él escaparía por el mismo sitio por donde había entrado.

–¡Pero qué maleducado soy! –dijo la voz–. Me llamo Datura, pequeño pedazo de carne. Perdona que no haya hecho las presentaciones, pero recibimos pocas visitas.

Southpaw notó que la voz se iba acercando y gruñó enseñando los dientes. Esta vez percibió claramente las carcajadas procedentes de los bigotes de varios felinos en la habitación y oyó más patas corriendo en el piso de arriba. Intentó recordar lo que le había dicho Katar acerca de cómo usar los bigotes para detectar depredadores, pero por más que levantaba los bigotes no notó nada; no sabía lo bastante sobre técnicas de percepción. Solo le cabía esperar a que sus invisibles enemigos no se dieran cuenta de lo vulnerable que era. Entonces oyó un susurro que le puso los pelos de punta.

–Carne fresca –musitó una voz que parecía provenir del otro extremo de la habitación.

–Quieta, Aconitina –dijo Datura en tono severo.

–Pero es que hace mucho tiempo que no tenemos visitas.

La voz del segundo gato tenía un deje empalagoso. Southpaw notó que algo le reptaba por encima, como si se hubiera sentado sobre un nido de hormigas.

–Hace ya dos temporadas que aquel gato callejero cayó a través de unas placas del tejado podridas. Era verano, ¿te acuerdas?

–Me acuerdo –dijo Datura.

Los gatos invisibles de la habitación emitieron un suspiro y Southpaw sintió que los bigotes se le tensaban de forma desagradable, como si alguien le hubiera tirado de ellos sin permiso. El aire se tornó claustrofóbico, irrespirable. Aunque Datura no dijo nada más, el gatito se sintió incluido en las imágenes que los gatos de la Casa Cerrada rememoraban.

El gato callejero cayó del tejado en lo más álgido del verano, cuando los gatos estaban nerviosos por el calor y se peleaban y rivalizaban por conseguir los lugares frescos a la sombra. El tejado, podrido desde el último monzón, se rompió y un gato cayó aullando, envuelto en una nube de yeso. Aconitina se llevó un susto. El gato callejero era un macho joven. Cayó mal y se hizo daño en una pata.

–¡Cómo gritaba! –recordó Aconitina–. El pobre se había roto la pata, ¿no? Casi no podía ponerse en pie; la pata se le había hinchado. Pero tuvo que levantarse y escapar de nosotros arrastrándola. Lástima que no llegara demasiado lejos.

–¿A dónde fue? –preguntó Southpaw.

Con la empatía de los felinos, se compadecía del infortunio del gato desconocido.

La carcajada de Aconitina sonó herrumbrosa, como si sus bigotes no estuvieran hechos a la risa.

–¿Irse? –dijo–. Nadie abandona la Casa Cerrada.

Southpaw aplastó un poco las orejas al oír un ruido proveniente de la escalera, a la derecha. Clavó los ojos en la oscuridad, que ahora parecía un poco menos impenetrable, y le pareció ver una silueta en la escalera, una difusa mancha blanquecina.

–Habría sido más divertido si hubiera podido correr –se lamentó Datura–. Pero no se puede tener todo, ¿verdad?

–¡Cómo maullaba! –exclamó Aconitina, deleitándose en el recuerdo. Y, al oír su risa herrumbrosa, Southpaw volvió a sentir aquel tirón en los bigotes–. Lo más divertido fue cuando nos pidió refugio. ¿Qué fue aquello que mencionó, Datura? ¿No era la ley de los gatos? Dijo algo de dar refugio a los heridos o una tontería parecida.

Southpaw estaba horrorizado por lo que empezaba a entender. La cabeza le daba vueltas.

–¿Le negasteis refugio a un gato herido? ¿No conocéis las leyes ámbar de hospitalidad?

Las leyes ámbar fueron lo primero que Miao le enseñó a Southpaw cuando este solo tenía tres semanas, antes de que perdiera el azul de los ojos característico de los gatitos recién nacidos. Eran lo primero que aprendían los gatitos en cuanto tenían edad para apartarse de sus madres. Southpaw las recordaba palabra por palabra, igual que todos los indómitos:

Al gato que lo necesita
ofrecerás agua, alojamiento y comida.
Al desconocido en peligro
no le negarás refugio.
Oye bien estas leyes y obedécelas,
pues así hacemos desde los tiempos de Bast.

Los recuerdos de Southpaw se vieron interrumpidos por el gruñido irónico de Datura.

–Qué gracia. Es lo mismo que dijo aquel asqueroso intruso cuando le rompimos el cuello. Supongo que es una de las extrañas costumbres que practicáis los gatos de fuera. Pero ya hemos perdido demasiado tiempo, pedazo de carne. ¿Vas a plantarnos cara o vas a intentar escapar?

–Oh, sal corriendo, te lo ruego –dijo la voz melosa de Aconitina–. Hace tiempo que no persigo nada más grande que una rata.

–Mientes, Aconitina –dijo una tercera voz en tono aburrido. Sonaba tan cerca de la puerta que Southpaw se sobresaltó–.

Estuviste persiguiendo a los gatitos de la última camada de Cicuta.

–Parecían ratitas –recordó Aconitina–, ratoncitos ciegos como los de la canción. Y no habrían sobrevivido de todos modos, Tóxico.

–Tres ratoncitos ciegos, mira cómo corren –repitió Tóxico para sí–. ¿Qué tal corres tú, gatito?

Un enorme gato negro de brillantes ojos verdes saltó ante él desde una hornacina. Southpaw dejó oír un maullido de terror y de un brinco fue a parar al centro de la habitación.

–Lo has sacado de su madriguera –comentó Datura–. Bien hecho, Tóxico. Ahora a lo mejor tendremos un poco de acción.

–¡Un momento! –Southpaw temblaba de terror, pero no quería abandonar su puesto–. No entiendo nada. Siento haber irrumpido en vuestra casa, pero ya habéis oído y olido al perro. Todos los gatos tienen derecho a buscar refugio ante un depredador. No nos conocemos, Datura, Aconitina y Tóxico, pero no tengo nada contra vosotros. ¿No podríamos…?

La estentórea y herrumbrosa carcajada de Aconitina interrumpió su discurso.

–¡Maravilloso! Datura, ¿de dónde has sacado a este joven? Dice que no tiene nada contra nosotros, ¿habéis oído?

Southpaw notó la presencia de otros muchos gatos. Rápidamente, dio media vuelta y miró hacia lo alto de las escaleras. Ahora distinguía con más claridad a Datura; tenía el pelaje blanco, limpio y brillante a pesar de la suciedad que reinaba en la casa, y rayas negras en la punta de la cola. Los ojos eran extraños: uno azul con pintas y el otro amarillo reluciente. Miraba a Southpaw con una expresión de indolente curiosidad que hizo que al gatito se le encogiera el estómago: había visto esa misma expresión muchas veces en los ojos de Miao cuando cazaba; era una mirada que decía: «¡Hola, pequeña presa!».

Alrededor del gatito, el cerco de gatos salvajes era cada vez más denso: salían arrastrándose de debajo de antiguos armarios de madera, se dejaban caer silenciosamente de los viejos bastidores con raídos cortinajes de terciopelo. Southpaw apartó la mirada de Datura para clavarla en sus depredadores, uno a uno. El corazón le estallaba en el pecho. Tóxico, echado frente a la puerta, cubría su

única posibilidad de escape y los gatos eran muchos más de los que había imaginado: eran más de doce, seguramente una veintena.

Al oír un lento golpeteo en el piso de arriba, Datura levantó la cabeza, azotó la cola con exasperación y les indicó a los demás que no se movieran. Southpaw se quedó agazapado en el suelo, con la barriga aplastada sobre una especie de repugnante pegote de diarios mojados. El hedor era tan insoportable que le daba náuseas.

Pensó en la posibilidad de rendirse. La mayoría de los gatos serían incapaces de hacerle daño a un cachorro que se tiende panza arriba y les ofrece la garganta en un acto de sumisión. Pero, aunque era joven, Southpaw tenía el orgullo de un gato adulto. Miró a Tóxico, que enseñaba sus dientes amarillentos, y a Datura y comprendió que si les ofrecía la garganta desnuda, se limitarían a clavar los dientes en la carne y a degollarlo tranquilamente, como si fuera un ratoncito.

–El trozo de carne no tiene suficiente miedo, Datura –dijo la voz melosa de Aconitina, justo detrás de Southpaw–. Sería mejor que jugara con él, ¿no te parece?

Y, antes de que el gatito pudiera reaccionar, le propinó un fuerte golpe en la espalda con la pata y le arañó. Southpaw lanzó un maullido de dolor y se volvió, dispuesto a responder con un zarpazo, pero Aconitina –una gata flaca y gris, con maliciosos ojos amarillos– daba vueltas perezosamente a su alrededor, fuera de su alcance.

A Southpaw le pareció que el tiempo se había detenido. Casi podía oír las órdenes que daba Miao a los gatitos jóvenes cuando hacían su instrucción en el parque: «¡No descuidéis las espaldas! ¡Estéis donde estéis, servíos de los bigotes y el pelo de la cola para saber si alguien viene por detrás!». Southpaw se aplastó contra el suelo y se giró justo a tiempo para escapar del mordisco de Tóxico, que había abandonado su puesto junto a la puerta con ánimo de empezar la diversión. Si Southpaw no se hubiese movido, habría recibido un bocado en las patas o en la cola.

El círculo de gatos se estrechó alrededor de Southpaw. El corazón martilleaba con fuerza el pecho de gatito. Al mirar directamente a Tóxico a los ojos, comprendió horrorizado que aquello no era un juego, ni siquiera la defensa territorial que cualquier gato

consideraría legítima y razonable frente a un intruso. Lanzó un rápido zarpazo contra la nariz de Aconitina y la hizo sangre. Tuvo la satisfacción de una pequeña victoria cuando la gata maulló y retrocedió, pero el cerco seguía estrechándose. Dando vueltas sobre sí mismo, empezó a repartir zarpazos ciegamente y obligó a tres depredadores a retroceder. Su pequeño tamaño resultaba una ventaja, porque era un objetivo difícil para los gatos salvajes.

Ahora tenía la seguridad de que los gatos pensaban matarle en cuanto acabaran de jugar con él. Y de repente, sin saber cómo, tuvo una idea. Mirando a Datura pero dirigiéndose a todos, dijo:

–Me dais pena.

Los bigotes de los gatos se aquietaron un instante, y al momento volvieron a activarse con furia.

–¿Así que siente lástima por nosotros? –preguntó Aconitina en tono incrédulo.

–Dejad que le arranque los miembros uno por uno –dijo Tóxico–. Le romperé las patas lentamente para oírle gritar como lo hizo aquel gato callejero y luego le arrancaremos los bigotes y la lengua, Datura. Quiero oír el crujido de sus huesos entre mis dientes.

Al gato blanco le bastó con mover una oreja y en la habitación se hizo un completo silencio; ni siquiera Tóxico se atrevió a acercarse al gatito.

–Me intrigas, pedazo de carne –intervino Datura–. Hueles a sangre y a miedo, y pronto apestarás a dolor y a arrepentimiento, hasta que por fin nos compadezcamos de ti y acabemos con tu miserable vida. Estás solo y nosotros somos muchos; tus amigos te han abandonado. ¿Y dices que te damos lástima? Los pocos segundos que te quedan antes de unirte a los cadáveres de ratas y ratones que tapizan el suelo de la habitación los dedicas a sentir lástima por nosotros. Explícate.

El gato blanco habló con un ronroneo suave, razonable incluso, pero el fino oído de Southpaw detectó un fondo de rabia y comprendió que Datura se contenía para no demostrar su enfado.

–Los cuervos atacan a los desconocidos, igual que vosotros; las ratas rodean y acosan como vosotros a los jóvenes e indefensos,

Datura, pero ningún gato de verdad se comportaría como tú y los tuyos –dijo el gatito.

La ira que exudaba Datura pareció transmitirse de un gato a otro. Un intenso olor a furia se sobrepuso al hedor de locura que reinaba en la casa.

Datura volvió la cabeza hacia las escaleras y extendió los bigotes. Southpaw dedujo que era la señal para que Tóxico, Aconitina y los demás acabaran la partida.

–No he acabado. –El gatito levantó la voz para llegar hasta el último rincón de la habitación. Había aprendido el truco observando a Katar cuando moderaba las conexiones de los gatos veteranos de la colonia, a menudo muy agitadas. Un murmullo de incredulidad recorrió el lugar, pero Southpaw no se arredró–. Miao y Katar me enseñaron que hay que escuchar a los gatos que piden refugio, aunque tengan un olor distinto, salvo que constituyan una amenaza para el clan. Yo vine escapando del perro porque me dijiste que podía entrar, Datura. Sin embargo, no te comportas como los gatos que conozco.

Datura empezó a bajar por los escalones. Su ojo amarillo destellaba de furia y el azul seguía opaco, inescrutable.

–¡Qué estupendo entretenimiento tenemos hoy! –dijo en tono despectivo, pero no detuvo el discurso de Southpaw ni ordenó que lo mataran.

A Southpaw el corazón le latía tan fuerte que se preguntó si lo oirían los gatos salvajes.

–¿Cuándo saliste al exterior por última vez, Datura? –preguntó.

Aconitina soltó un bufido.

–¡Qué impertinencia! ¡Déjame acabar con él ahora mismo!

El cerco alrededor del cachorro se estrechó. Southpaw detectó más gatos apostados a sus espaldas. Estaba rodeado. El gato blanco estaba en lo alto de la escalera y azotaba el aire con la cola. Tóxico enseñó los dientes y rugió.

–¿Por qué tendría Datura que salir al exterior? –preguntó–. ¿Por qué tendríamos que salir cualquiera de nosotros? Tenemos cuanto necesitamos, estúpido pedazo de carne. Este es nuestro reino, nuestro territorio: nos zampamos a las ratas y a los pocos gorriones

que entran por las ventanas; vivimos según nuestras propias leyes, no según vuestras estúpidas normas, y nadie nos molesta.

Southpaw hizo acopio de toda la ira que podía albergar su pequeño pecho; así escondía el miedo que le inspiraban los gatos salvajes que lo rodeaban, cada vez más cerca.

–Se lo preguntaba a Datura, no a ti.

El gato blanco echó las orejas hacia atrás y soltó un rugido. Esta vez se leía la ira en su mirada. Se acercó lentamente al cachorro, haciendo sonar las uñas sobre el suelo. Southpaw estaba tan asustado que tenía el pelo erizado; los bigotes y las cejas le crepitaban de pura tensión. Lanzó una nueva pregunta desesperada:

–¿Naciste aquí?

Datura balanceaba la cola.

–Así es. ¿Y qué más da? ¿Qué importa dónde haya nacido?

Southpaw sintió que su miedo disminuía y levantó ligeramente los bigotes. Intentó imaginar lo que sería cambiar el vasto territorio de Nizamuddin –los caminos junto al canal, los jardines y los tejados de los Piesgrandes, los callejones y las casas en ruinas– por este espacio cerrado y apestoso. Ahora entendía de dónde le venía esa idea que había aplazado brevemente su amenaza de muerte.

–Fuiste el primero, ¿verdad? –le preguntó a Datura.

–¿El primero en qué? –preguntó Tóxico–. Datura, basta que levantes una pata para que le arranque los bigotes a este gato de mierda.

De repente Southpaw se dio cuenta de que ya no tenía miedo. Sin hacer caso de Tóxico, retrocedió hasta notar que tenía un tranquilizador armario de madera a sus espaldas.

–El primero que nació en la Casa Cerrada –continuó–. ¿No es cierto, Datura? Creciste mirando desde aquí el mundo y de vez en cuando podías sentir en los bigotes la caricia del aire que entraba por las ventanas o cuando salías al tejado, pero nunca has salido al exterior, ¿verdad? Los demás gatos llegaron más tarde; algunos vinieron siendo unos cachorros y otros nacieron aquí, pero tú fuiste el primero.

–¿Qué importa eso? –dijo Aconitina. La gata gris miraba fijamente al gatito, pero entre los dos había un espacio abierto y para atacarle

tendría que lanzarse directamente sobre él–. Estás hablando de cosas que ya sabemos. Y aunque no las supiéramos no tienen importancia.

Hubo señales de asentimiento en la sala, pero Southpaw percibió que muchas de ellas carecían de convicción. Lo que los bigotes emitían era que las certezas empezaban a tambalearse y una sombra de duda flotaba en el aire. Notó que le sudaban las patas; lo que percibía en ese breve intercambio no era más que una sensación, pero su única salida era captar la atención de los gatos, seguir hablándoles hasta que… se negaba a aceptar que no hubiera escapatoria. Relajó los bigotes para mostrar seguridad.

–¿Dices que son asuntos sin importancia, Aconitina? ¿Por qué no habéis salido a ver cómo es el mundo exterior? ¿Por qué os quedáis aquí encerrados como ratas, como una banda de cucarachas cobardes, alimentándoos de comida putrefacta y leche agria cuando allá fuera hay caza fresca y abundante?

–¡Yo mismo te arrancaré los bigotes! –silbó Datura, y se colocó junto a él.

Pero Southpaw gruñó y enseñó los dientes. El gato blanco se detuvo, arqueó el lomo y dio un espeluznante bufido, pero tuvo cuidado de no acercarse más. El gatito tenía las uñas pequeñas pero afiladas, como había demostrado con Aconitina.

–No he acabado –dijo Southpaw.

Calculó disimuladamente la distancia a la que estaban los cortinajes de terciopelo y se preguntó si aguantarían su peso en caso de que tuviera que colgarse de ellos. Los gatos salvajes emitieron un sordo rugido.

–Ha llegado tu final –dijo Tóxico.

–¡Mírate, Tóxico! –Southpaw elevó la voz todo lo que pudo, sobresaltando al gato negro–. Estás orgulloso de tu fuerza, de tus músculos y de tu capacidad asesina, ¿verdad? ¡Pero nunca has utilizado estas habilidades en el mundo exterior! No has tenido que enfrentarte a los cuervos para defender tu caza, no has medido tus fuerzas con otro gato, nunca has peleado con un perro. ¿Cuáles son tus hazañas? Un gatito con la pata rota, un cachorro que no tiene

todavía los bigotes negros. ¿Y estás orgulloso de eso, Tóxico? ¿Y tú, Aconitina?

Sus palabras fueron recibidas con un rugido tan amenazador que el gatito se estremeció. Pero no podía dejar que adivinaran el terror que sentía. Alzando la cabeza para parecer más alto, aunque aún muy por debajo de Tóxico, esponjó el pelaje y bufó.

–Si no habéis puesto un pie fuera, es simplemente porque vuestro jefe no ha salido nunca. Datura os tiene encerrados en la Casa Cerrada porque él está aquí desde que era un cachorro. ¡Habéis seguido su ejemplo ciegamente! ¿Y os atrevéis a llamaros gatos?

Southpaw percibió un destello de duda en los ojos dorados de Aconitina y se sintió exultante al ver que Tóxico se sentaba y se lavaba una pata para ocultar su confusión. Datura se movió tan velozmente que Southpaw no le oyó llegar. Unas afiladas zarpas le clavaron la cola a la madera medio podrida del armario que había a sus espaldas y un latigazo de dolor tan agudo como no había sentido nunca le recorrió el cuerpo. No podía moverse.

–Eres listo, pedazo de carne, y nos has tenido entretenidos. –El ojo dorado de Datura se clavaba en el gatito con tanta furia que lo mantenía pegado al suelo con la misma efectividad que la zarpa inmovilizaba su cola–. Pero las únicas leyes que cuentan son las de la Casa Cerrada. Y son claras: si encontramos una presa, la matamos. –Hubo un destello en sus ojos bicolores–. Lentamente –añadió.

Las palabras que Southpaw tenía pensadas, el gran discurso que enviaría a través de los bigotes a la multitud gatuna que le rodeaba, todo se fue al traste en cuanto el dolor se apoderó de su cuerpo. La cara le ardía; se debatió una vez y el dolor fue en aumento. Comprendió que cualquier movimiento le dolería todavía más. Tenía a Datura tan cerca que veía perfectamente su extraño ojo azul. Oyó un grito de dolor que venía de lejos y cuando empezó a brotarle sangre del bigote arrancado comprendió que era él quien gritaba. Intentó parar y lo único que consiguió fue ahogar unos maullidos. Percibió confusamente unos pasos en la planta de arriba, pero el dolor no le dejaba pensar con claridad.

–Primera sangre –comentó Aconitina con glotonería.

–Si me lo pides bien, Aconitina, te dejaré su cola –dijo Datura.

El gato blanco tenía inmovilizado a Southpaw con una pata y lo examinaba sin mucho interés. Parecía haber disfrutado con cada uno de sus maullidos de miedo y de dolor. Southpaw hizo un esfuerzo por aguantarse y guardar silencio.

–¿Y yo qué? –preguntó Tóxico.

–Ya he dicho que lo mataremos lentamente –dijo Datura–. Tendrás mucho tiempo para jugar.

Southpaw se escandalizó. Podía oír las palabras de Miao a los gatos jóvenes que iban a estrenarse en la caza: «El buen cazador mata limpiamente, rápidamente. Si vuestra presa está herida y es peligrosa, podéis jugar con ella para agotarla. Pero, en cualquier otra circunstancia, recordad que lo correcto es matar de forma limpia, rápida e indolora».

Datura le clavó una uña en la punta de la oreja y se la rasgó. Southpaw gritó de nuevo. Más que oírla, sintió la respuesta de los gatos de Nizamuddin y comprendió que había conectado con ellos, aunque no sabía cómo, posiblemente debido al dolor y al sufrimiento.

Datura cambió de posición, le clavó los dientes en la nuca y lo levantó. Southpaw sintió que la piel del pescuezo se le desgarraba y la sangre empezaba a deslizarse por su cuello. Cuando Datura lo lanzó contra el suelo, el gatito intentó rodar sobre sí mismo para no quedarse patas arriba, pero Datura fue más rápido y lo inmovilizó con sus pesadas garras. Aconitina se acercó a ayudar. La gata preparó la zarpa y Southpaw se imaginó lo que sentiría cuando las uñas de Aconitina le abrieran la garanta. Estaba indefenso, sin poder moverse, y, al ver los ojos de Aconitina enfebrecidos, sedientos de sangre, decidió provocar a sus torturadores para que lo mataran rápidamente. Notaba el latido de su corazón y sabía que no podría soportar mucho más dolor. Entonces oyó unos pasos lentos en la escalera y en medio de su agotamiento temió que se tratara de más gatos salvajes que se unían al juego de Datura.

–¿Empezamos ya? –preguntó Datura.

Southpaw se estremeció y cerró los ojos. Pensó en Miao; recordó lo agradable que era que le lavara con la lengua antes de dormir;

recordó sus paseos educativos por Nizamuddin en compañía de Katar, el más valiente y gentil de los gatos. Intentó recordar cómo era recibir el calor del sol en los bigotes, el sabor de un jugoso ratón recién cazado, lo divertido que era perseguir a las ardillas por las ramas de los árboles.

Entonces se oyó una voz temblorosa, proveniente de la escalera:

–¡Aquí estás, gatito!

A Southpaw se le erizaron los pelos del susto. Datura no le soltó, pero dio un brinco; le temblaban los bigotes. Aunque Southpaw no podía ver nada, percibió el olor de un Piesgrandes y su olfato le decía que era el mismo de antes: el olor a vejez, el inconfundible hedor a enfermedad.

–Gatito malo –continuó la voz–. Te he estado llamando y no venías, Pompón. ¿Por qué no obedecías a papá? Eres un gatito malo, Pompón.

¿«Pompón»? Pese al dolor, Southpaw no pudo por menos que encontrarlo divertido. La expresión de feroz tormento que presentaba Datura era impagable.

–¿Qué has cazado, Pompón? ¿Es un ratoncito? ¡Pero si es un gatito! Pompón, qué malo eres. Suéltalo ahora mismo.

Southpaw se encontró ante el arrugado rostro del Piesgrandes más viejo que había visto jamás. El anciano caminaba apoyándose en un bastón y miraba a Datura-Pompón. Una vez más, a Southpaw le sorprendió la absoluta ceguera de los Piesgrandes: nunca había visto un gato menos apropiado para llevar el nombre de Pompón. El viejo Piesgrandes cogió a Datura en brazos. Southpaw se libró así de sus garras y vio que los gatos a su alrededor se dispersaban sin decir nada. Tóxico y Aconitina se deslizaron debajo de las escaleras y los demás regresaron a los pasillos y al recibidor.

Ahora que Southpaw ya no sentía tanto miedo, el dolor se intensificó. Haciendo un esfuerzo por no maullar, intentó levantarse. El anciano había cogido a Datura y lo tenía en sus brazos, murmurándole ternezas. El gato se dejaba hacer, aunque en sus ojos bicolores ardía una llama de indignación.

Southpaw miró hacia la puerta y le pareció que estaba muy lejos.

–Deja que te mire, pequeño –dijo el Piesgrandes–. ¿De dónde has salido?

Depositó sobre un aparador a Datura, que arañó la polvorienta superficie con las uñas; unos escarabajos negros corrieron a meterse por las grietas de la madera podrida. Cuando el Piesgrandes se acercó a él, Southpaw se asustó, pero no podía escapar. No estaba acostumbrado al contacto con Piesgrandes y protestó cuando el anciano lo cogió; el corazón le latía tan deprisa que notaba cómo se le movían las costillas. Sin embargo, el viejo Piesgrandes lo levantó con cuidado entre sus manos de piel suave y fina como el papel y lo contempló con ternura.

–¿Te han dado un buen repaso, ¿no es cierto, amiguito?

Con manos temblorosas y enfebrecidas empezó a acariciarle suavemente. Southpaw no siempre entendía lo que decían los Piesgrandes, pero adivinaba sus intenciones, como todos los gatos. Este Piesgrandes no le iba a hacer daño y, a pesar de que olía a enfermedad, sus caricias eran agradables. El anciano miró a Aconitina y a Datura y después buscó con la mirada a Tóxico, sentado con expresión de furia contenida en el alféizar de la ventana.

–No puedes quedarte con nosotros –le dijo el anciano a Southpaw–. Me temo que estos te matarían, incluido mi querido Pompón.

Lentamente y con cierta dificultad, se acercó a la ventana junto a la puerta y abrió los postigos, haciendo chirriar los oxidados pestillos. Una vaharada de aire fresco, cargada de los magníficos olores del exterior, llegó hasta las narices del gatito, que aspiró agradecido y maulló.

–Vete, pequeño –dijo el Piesgrandes, colocándolo sobre el alféizar de la ventana.

Southpaw titubeó, pero el perro ya no estaba y no parecía haber peligro. No veía a Miao, Katar y los demás gatos, pero estaba seguro de que podría contactar con ellos ahora que estaba fuera de la Casa Cerrada. Tímidamente, dio un pasito, y luego frotó la cabeza contra la mano del Piesgrandes para darle las gracias. El Piesgrandes se volvió a meter cojeando en la casa y cogió en brazos a Datura.

–Pompón es un gato muy malo –le oyó decir Southpaw.

A continuación, le llegó la fría voz de Datura, que le emitía su mensaje moviendo los bigotes:

–Esto no acabará aquí, trozo de carne –dijo con voz rasposa–. Piesgrandes no durará. Ya has percibido su olor a enfermedad. Y, cuando no esté, te haremos correr y te arrancaremos el resto de tus impertinentes bigotes.

–No os tengo miedo –respondió Southpaw.

Y, por sorprendente que fuera, así era.

–Pero lo tendrás –insistió Datura.

–Lo tendrás –repitió Tóxico.

–Lo tendrás cuando empecemos a jugar contigo y con tus estúpidos compañeros – dijo Aconitina.

Lleno de gratitud, Southpaw apoyó las zarpas sobre la tierra limpia y fresca. Todavía tenía en las narices el olor apestoso de la Casa Cerrada. En el cielo, un milano volaba en círculos y lanzaba agudos chillidos de caza, pero afortunadamente no descendió ni perturbó el feliz retorno del gatito a la libertad.

Era entrada la noche cuando Miao y Katar acabaron de curar las heridas de Southpaw. Para Miao, la espera había sido terrible. Estuvieron mucho rato sin poder acercarse a causa del perro, hasta que por fin olió otra presa y se marchó. Justo cuando Hulo y los otros gatos se reunían con Miao y Katar, una boda que pasaba en procesión por delante de la Casa Cerrada los obligó a esconderse. Los estridentes gritos de los Piesgrandes no inquietaban a los gatos Nizamuddin, ni tampoco los fuegos artificiales que encendían. Los encontraban desagradables, pero formaban parte de la vida en el mundo de los Piesgrandes. Lo que les preocupaba eran los Piesgrandes que de vez en cuando entraban en el normalmente silencioso terreno de la Casa Cerrada. Los gatos no habían tenido tiempo de planear un contraataque y, cuando empezaron a recibir los angustiosos mensajes de Southpaw, todavía quedaban Piesgrandes por los alrededores.

Katar estaba muy nervioso, pero Miao conservó la calma. Había perdido suficientes camadas como para comprender lo difícil que podía ser la vida para los gatitos.

–Todo depende de Southpaw –le dijo a Katar–. Solo podemos esperar y confiar.

A los gatos les recordó que no podían entrar en la Casa Cerrada. No era su territorio y ni siquiera Hulo marcaba con su olor aquellas paredes y porches que olían a gato salvaje. Y, aunque Southpaw tenía derecho a asilo porque había entrado obligado por las circunstancias, los gatos de la Casa Cerrada se lanzarían sobre cualquier otro intruso.

–Igual que haríamos nosotros si unos intrusos invadieran nuestro territorio o se instalaran en nuestros tejados –explicó Miao.

A pesar de todo, Katar estuvo a punto de romper el antiguo pacto tácito entre los gatos salvajes de la Casa Cerrada y los indómitos de Nizamuddin. Hulo fue quien le detuvo.

–No, no podemos intervenir. Si algo le pasa al jovencito, la culpa será nuestra por no haberle enseñado a cazar. ¿Vas a salvarle de todos los perros que quieran morderle? ¿Estarás junto a él cuando un cruel Piesgrandes le ate algo a la cola o le rompa las patas? Entrar en su territorio puede desencadenar la guerra entre nuestro clan y los gatos salvajes. No puedes correr el riesgo, Katar.

Miao, la vieja siamesa, fue la primera en captar el olor de Southpaw, la primera en salir de las desvencijadas tuberías junto a la Casa Cerrada donde había estado montando guardia con Katar. Ambos habían abrigado la esperanza –por remota que fuera– de que el gatito sobreviviera a la Casa Cerrada.

Ahora Southpaw estaba acurrucado junto al vientre cálido y aterciopelado de Miao, feliz de sentirse al fin a salvo entre los suyos, a pesar del dolor que le producían las heridas. Katar le había lamido y relamido el agujero dejado por el bigote que le arrancaron hasta que el dolor se atenuó y se convirtió en un pinchazo. Miao le lavó la oreja desgarrada y le mordisqueó suavemente la garganta hasta lavar por completo de tierra y de saliva las marcas dejadas por los dientes de Datura. Tumbado entre los dos gatos, Southpaw

contemplaba el cielo estrellado y recordaba el techo sucio y feo, cubierto de telarañas, de la Casa Cerrada.

Era una noche fresca y tranquila. Los tres dormitaron hasta que Katar se marchó y volvió al poco rato con una pieza de caza: un bandicut de buen tamaño, suficiente para que comieran a gusto los tres. Los dos gatos adultos le presentaban a Southpaw los bocados más apetitosos. Por fin, bien alimentado, cálido y a salvo, el gatito volvió a dormirse cómodamente junto a Miao. Habían previsto que participara con Katar y los otros en las actividades nocturnas, pero el cansancio pudo con él. Cuando despertó tras un breve sueño, la luna estaba todavía alta en el cielo. Era una luna turbia, de motas amarillas y naranjas, y le produjo pesadillas. Agitaba las patas en sueños y lanzó un par de aullidos. Miao le lavó con ternura la cabeza y las orejas, consciente de que las pesadillas le durarían un tiempo todavía.

–Miao, ¿se abrirá algún día la Casa Cerrada? –preguntó Southpaw cuando se despertó totalmente.

La gata siamesa alzó la cabeza y miró hacia la extraña casa que los gatos salvajes consideraban su hogar.

–No dejes que eso te preocupe demasiado.

–Pero ¿se abrirá algún día? –insistió Southpaw–. Datura dijo que el viejo Piesgrandes ya no estaría y que entonces todos saldrían al exterior… pero no han salido nunca, así que ¿por qué iban a salir? ¿Por qué no se quedan allí dentro?

Miao se acercó más al gatito. Decidió que, después de todo lo que había visto y vivido, tenía derecho a saber la verdad, aunque fuera difícil de asimilar.

–Nunca has conocido gatos salvajes, ¿verdad? Son muy distintos de nosotros, los indómitos. Nosotros tenemos nuestras peleas y nuestros territorios, pero básicamente vivimos en paz. Pero los salvajes son siempre criaturas muy extrañas, Southpaw. ¿Te imaginas lo que es vivir toda tu vida en la Casa Cerrada, sin el ruido de fondo de los Piesgrandes, sin sentir la lluvia y el viento en la piel, sin parques y jardines por los que pasear, árboles a los que trepar o tejados que podamos defender y considerar nuestros?

La mirada de Southpaw se ensombreció. Rememoró las imágenes que le vinieron a la mente cuando estaba al borde de la muerte y cómo le dieron las fuerzas para seguir adelante. Volvió la atención a las palabras de Miao.

–Creen que la comida proviene de los Piesgrandes; lo único que cazan de vez en cuando son ratas viejas o cojas o escarabajos enfermos, Southpaw –dijo Miao–. Como viven siempre encerrados, dentro de casas, algo se tuerce en su interior. Su mente funciona en círculos, como las larvas que viven bajo la corteza de los árboles: de aquí allá, de allá aquí… sin llegar a ninguna parte. De modo que, si su Piesgrandes muere, porque a eso se refería Datura, acabarán por quedarse sin comida. Y puede que los otros Piesgrandes no les dejen quedarse en la Casa Cerrada.

–Entonces, ¿qué harán? –preguntó el gatito.

Se estremeció al recordar el odio que despedían los bigotes de Datura, Aconitina y Tóxico al hacer sus últimas amenazas.

Miao miraba hacia el otro lado del parque, pero tenía la mirada perdida.

–O bien saldrán y querrán matarnos o se lanzarán unos contra otros en una locura de sangre.

Pero lo que no quiso decirle la gata siamesa fue que las dos posibilidades serían nefastas para los gatos de Nizamuddin. Cualquier cosa que atrajera la atención de los Piesgrandes sobre la pequeña colonia gatuna era una mala noticia.

Al darse cuenta de que Southpaw temblaba más fuerte, la gata apoyó el hocico en su carita.

–No sufras nunca antes de tiempo, Southpaw. Además, no estamos indefensos.

–¿En serio?

El gatito quería creer a Miao, pero recordaba demasiado bien el terror que le habían inspirado los gatos salvajes de la Casa Cerrada.

–Te lo aseguro –dijo Miao–. Katar nos ha dirigido durante muchas lluvias y muchos veranos, y contamos con guerreros como Beraal y Hulo. Al parecer tenemos también a una Emisora de nuestra parte, aunque es todavía muy joven.

–¿Tan joven como yo? –inquirió Southpaw, curioso.

En Nizamuddin no había otros gatitos de su edad y a veces deseaba tener compañeros de camada.

–Así es. Beraal me ha contado que es una gatita muy pequeña; tal vez incluso más joven que tú. ¡Imagínate! Eres más grande que la Emisora.

–Yo pensaba que la Emisora sería grande –dijo Southpaw, desilusionado–. Pensaba que sería más grande que Datura… ¡grande como los tigres!

Se estremeció al recordar el día que se despertó y vio los terribles colmillos curvos de Ozzy, su inmensa cabeza a estrías negras y doradas.

Los bigotes y las cejas de Miao se agitaron en una risa silenciosa.

–No, solo es una gatita. Pero los Emisores tienen poderes extraordinarios. Tigris, por ejemplo, podía hablar con los milanos y compartir sus vuelos.

Y así, a base de lavarle los bigotes, peinarle y contarle historias, la siamesa logró tranquilizar a Southpaw y hacer que se sumiera en un sueño profundo y reparador. El gatito se agitaba, murmuraba en sueños y amasaba el flanco de Miao con las patas, pero no abrió los ojos y al cabo de un rato su cuerpecito se relajó. Miao confió en que soñara con cosas más alegres.

Durante gran parte de la noche, permaneció despierta, contemplando a los búhos que hacían sus incursiones nocturnas y escuchando el coro de los murciélagos que vivían cerca del *baoli*. Se puso tensa cuando una mangosta salió de repente de detrás de un macizo de reina de la onche, pero el animal apenas les dirigió una mirada a Miao y a Southpaw. Su elegante cabeza parda miraba en otra dirección y la siamesa se preguntó si estaría cazando cobras o inofensivas ratas y lagartos. Un mosquito que se acercó zumbando la obligó a parpadear y, cuando volvió a abrir los ojos, el depredador había desaparecido entre la maleza.

Southpaw apoyó una pata en su barriga con un movimiento acariciador, como si fuera un gatito de pocos días. Miao le lamió la cabeza hasta que le hizo ronronear en sueños mientras intentaba aprovechar esas horas de tranquilidad antes de que se despertaran

los Piesgrandes, y confió en que Datura y los suyos no abandonaran nunca la Casa Cerrada.

8

La primera amiga de Southpaw



–¡Maau! –maulló Southpaw–. Me haces daño. Miao es mucho más suave.

–Mocoso desagradecido. –Hulo usaba su áspera lengua para eliminar las hojas secas y los restos de un termitero que se habían quedado enganchados en las heridas de Southpaw, que estaban sanando muy bien–. Sé un buen gatito y no te muevas.

–¡Eeeh! ¡Hulo, eso es mi ojo!

–Deja de retorcerte –dijo el guerrero–. Si Miao o Katar se enteran de que trepas a los árboles cuando no se te han curado las heridas, y encima a la higuera, donde se te dijo que no subieras…

–Porque había serpientes en las ramas. Pero resulta que no hay ninguna, Hulo –replicó Southpaw, haciendo un esfuerzo por soportar la lengua rasposa del gato–. Miré con mucha atención y solo había unos cuantos *mynah* y esas Charlatanas tan escandalosas. Con el ruido que hacen ¿cómo iban a vivir allí las serpientes? Se asustarían y se irían corriendo, ¿no te parece?

–Sin embargo, imagínate que hubiera habido serpientes –dijo Hulo en tono severo.

–¡Me habría llevado un susto tremendo! Pero no había ni una, solo unos cuantos pájaros. Además, tenía que comprobar si había serpientes, ¿no, Hulo? Nadie parecía saberlo con seguridad.

Hulo paró unos instantes de asear a Southpaw. Decidió, y no por primera vez, que no envidiaba a Miao y a Katar. Southpaw no era el primer gatito huérfano que encontraban en Nizamuddin, pero daba más problemas que la mayoría. Aunque él no había querido adoptarlo oficialmente, mantenía los bigotes atentos para conocer los problemas del gatito y lamentablemente siempre se enteraba de algo nuevo. Primero tuvo un encontronazo con el milano, después el episodio de la Casa Cerrada, luego se escapó para robar pescado de una casa de los Piesgrandes cuando se suponía que estaba descansando y ahora la excursión a la higuera. Si estuviera en el lugar de Katar, le daría al gatito una azotaina que le dejaría el trasero escocido.

Hulo fue quien encontró a Southpaw maullando lastimeramente y moviéndose a duras penas por la carretera junto al canal. Tenía heridas en las patas y estaba casi ciego; prácticamente acababa de abrir los ojos. Cuando el guerrero se acercó a olisquearlo, el gatito se plantó y agitó las patitas, intentando luchar con Hulo. Esto enterneció al guerrero; le emocionaban las buenas peleas. De modo que cogió al gatito con la boca y se lo llevó a los otros gatos. No sabía por qué, pero algo le decía que no matara al cachorrito.

Southpaw se había quedado inmóvil. Hulo intuyó que estaba intentando no gemir mientras le limpiaba el agujero del bigote arrancado. Se había formado una costra sobre la herida y había que mantenerla libre de polvo y de pus; los gatos se turnaban para lavar al gatito. De repente, Southpaw levantó los bigotes que le quedaban. Se oían unos maullidos que parecían proceder del tejado.

–¿No os alegráis, Piesgrandes? He descubierto un juego que os gustará. Mirad cómo tiro estas feas figuritas y estos chismes de la estantería para que lo paséis bien recogiéndolos del suelo. ¡Podemos estar horas jugando a esto! ¡Eeeh… déjame en el suelo, estúpido! ¿Cómo te atreves a darme un azote en el culo?

Southpaw se sobresaltó; le pareció ver un gatito anaranjado que se debatía cabeza abajo, como suspendido en el aire por una mano invisible. Agitaba las patas y bizqueaba un poco, mostrando su indignación. Maulló en dirección a un punto sobre la cabeza de Southpaw. Y desapareció.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó asombrado. Extendió los bigotes todo lo que pudo (había estado practicando)–, pero no percibió ni rastro de olor a gatito; nada más que un débil y remoto aroma de lluvia.

Hulo azotaba el aire con su cola negra y peluda y sus ojos habían adquirido un intenso tono verde.

–Eso –dijo, con las orejas tiesas– es la escandalosa alumna de Beraal.

Southpaw arrugó la nariz con aire decepcionado. ¿La Emisora? ¿Una gatita peluda y anaranjada que agitaba las patas en el aire, a merced de los Piesgrandes? Se la había imaginado solemne y misteriosa, una Miao en miniatura.

–Pero ¿qué tiene de especial? –preguntó.

–Pregúntaselo a Beraal. Yo no entiendo el porqué de tanta expectativa; aparte de interrumpirnos, no parece que haga gran cosa más. Encima es una gata doméstica, y de los gatos domésticos no te puedes fiar.

Southpaw, que tenía la cola levantada, se quedó vacilante y la bajó.

–Entonces, ¿es como Datura? –preguntó con un hilo de voz y los bigotes un poco temblorosos.

Todos levantaban respetuosamente los bigotes cuando hablaban de la Emisora; esperaba que no fuera como Datura y sus amigos.

–No, no, no es como Datura. Aunque uno se pregunta por qué razón trajo a Nizamuddin a unos tigres que no parecían nada amistosos. Pero los gatos domésticos no son como tú y como yo, Southpaw. ¿Qué gato elegiría vivir con los Piesgrandes en lugar de tener todo esto?

–Entonces, ¿no vive en la Casa Cerrada? –Southpaw pensó en los suelos apestosos, en el viejo y renqueante Piesgrandes.

–¡Nada de eso! –dijo Hulo al comprender lo que el gatito estaba pensando–. No sé si estabas conmigo cuando entramos en la cocina… –Al ver que el gatito levantaba interesado las orejas, cambió de tema–. Bueno, dejemos la excursión a la cocina –reculó. No quería que Southpaw se metiera en más líos–. La mayoría de las casas de Piesgrandes son como jaulas grandes y limpias. Y, aunque

sabemos que están un poco locos y que no hacen más que construir una madriguera tras otra, como si fueran conejos, al parecer hay algunos que nos tratan bien. Lo que pasa es… ven conmigo, pequeño, y verás lo que quiero decir. –Dicho esto, se estiró y se puso en marcha.

Abandonaron la higuera y se dirigieron –evitando tanto los coches como a los Piesgrandes– a las hileras de casas junto al canal. Southpaw iba detrás de Hulo, intentando imitar su contoneo, pero sabía que con sus cortas patitas era imposible andar con elegancia.

Para acortar el camino, el guerrero se subió a un robusto árbol *bael* y, agachando la cabeza para no chocar con los enormes frutos que colgaban de sus ramas, esperó la llegada del gatito. Para despejar el camino entre las ramas, Hulo movió rápidamente los bigotes y comunicó a los habitantes del *bael* que no iban de caza. A Southpaw le encantó aquel paseo por las alturas, entre las hojas verdes, finas como el papel, sintiendo la corteza bajo los pies. Empezaba a soplar el viento y se notaba el cambio de tiempo en el aire: se acercaba una tormenta, lo que concedía más emoción a la excursión por el árbol. Casi lamentó cuando Hulo descendió a la jamba de una puerta y desde allí alcanzó el alféizar de una ventana.

El guerrero le hizo sitio a Southpaw y los dos se instalaron tras una hilera de macetas con flores. El gatito tuvo que apartar las hojas de las dalias para poder ver mejor. Ante ellos tenían un jardín de Piesgrandes. Un cachorro de alsaciano miró rápidamente hacia arriba cuando oyó crujir las hojas del *bael*, pero los gatos se apartaron y el perro solo alcanzó a ver unas ardillas correteando por las ramas. Estuvo un rato con la cabeza ladeada y las orejas –de color crema por dentro, con la punta negra– tiesas, pero al rato se relajó y volvió a su posición anterior.

Una joven Piesgrandes salió de la casa con un gran cuenco de plástico rojo. Pese a la altura, el olor de la carne llegó a las narices de Southpaw, que levantó los bigotes con glotonería. El perro se puso de pie con un alegre ladrido y frotó la cabeza contra las manos de la Piesgrandes, quien se acuclilló y le acarició. Desde el antepecho de la ventana, los dos contemplaron cómo el perro engullía toda la comida. El estómago de Southpaw gorjeó

esperanzado, pero la severa mirada que le dirigió Hulo hizo que el gatito se tumbara con la barriga apoyada en el alféizar para acallarlo.

–¡Mira ahora! –dijo Hulo.

La Piesgrandes cogió el cuenco vacío y se levantó, dejando al perro gimoteando. No cabía duda de que quería más comida. La puerta de tela metálica de la casa se cerró con un chasquido. El cachorro de alsaciano se quedó mirando el lugar donde había estado su comida. Luego miró hacia la puerta. Southpaw comprendió que estaba esperando que volviera a abrirse.

Pero la puerta no se abrió.

El cachorro empezó a ladrar. Como no venía nadie, ladraba cada vez más fuerte, hasta que, incapaz de aguantar, se lanzó contra la puerta. Pero estaba atado con una cadena. Gruñó de frustración y luego, esperanzado, mantuvo la cola quieta, pero al final volvió a ladrar, marcando un contrapunto.

La puerta de la casa se abrió de golpe y apareció otro Piesgrandes. Southpaw habría deseado decirle al perro que se callara. Algo en la postura del Piesgrandes –brazos cruzados sobre el pecho– le sugería que no estaba contento. «Si tuviera cola, ahora la retorcería», pensó Southpaw. Y Hulo le dio la razón con un movimiento de los bigotes.

Ahora el cachorro ladraba como un histérico y tiraba de la traílla. El Piesgrandes se quedó un rato mirándolo y le golpeó con la mano en el hocico. Southpaw se escondió tras las dalias y apoyó la barbilla en los suaves pétalos. Aunque no le gustaban los perros, era difícil oír los tristes gemidos del cachorro sin sentir lástima por él. Hulo permaneció impasible, pero un ligero erizamiento del pelaje le indicó a Southpaw que a lo mejor también se apiadaba del perrito.

Era casi de noche cuando regresaron al parque en el centro de Nizamuddin; pasaron por las azoteas, bajaron por las escaleras y tomaron la ruta larga que atravesaba los jardines y los setos de lantana. A Southpaw le encantaba pasar por las azoteas, sobre todo cuando estaban adornadas con cuerdas de ropa tendida. El olor de

la ropa limpia de los Piesgrandes le encantaba. Le gustaba frotarse con la ropa tendida y sobre todo secarse el pelaje en las prendas grandes, como las sábanas o los manteles. Los Piesgrandes podían mostrarse muy considerados.

Le volvió a rugir el estómago. Había estado tan ocupado subiendo a la higuera y acompañando a Hulo en la excursión que no había tenido tiempo de rebuscar en la basura para conseguirse alimento. Llevaba un rato lloviendo y a Southpaw le pareció que podía seguir así toda la noche. Posiblemente ya no podrían cazar.

Hulo se detuvo en su lugar preferido, un tejado de chapa ondulada que cubría como un sombrero un viejo garaje abandonado. Se encontraba lo bastante cerca de las casas y del parque para permitirle vigilar los movimientos de los Piesgrandes y de los animales y lo bastante lejos como para sentirse seguro. De las dos planchas de hojalata que componían el tejado, una sobresalía ligeramente por encima de la otra. Después de su larga y mojada excursión, los dos gatos estaban encantados de descansar a resguardo de la lluvia, escuchando el repiqueteo en el tejado, tan intenso ahora que sofocaba los sonidos nocturnos del parque. De vez en cuando, los faros de los coches de los Piesgrandes iluminaban brevemente la carretera, y Southpaw se estremeció al ver los riachuelos que se habían formado en las calles. Se preguntó si el perrito habría podido refugiarse dentro de la casa. Esperaba que así fuera.

–¿Recuerdas cómo olía el cuenco de comida del perro? –preguntó de repente Hulo.

Southpaw no pudo evitar que un rugido de hambre le brotara de las tripas. El ligero movimiento de bigotes con el que respondió era innecesario.

–¿Cómo definirías el olor? –preguntó el guerrero.

Tenía el pelaje apelmazado sobre los ojos y se le habían quedado pegadas tantas ramitas y hojas muertas que parecía un árbol. Sin embargo, a Southpaw le pareció muy alerta. Si estaba tan hambriento como él, no lo dejaba traslucir.

Southpaw se humedeció la rosada boquita. Empezaron a temblarle los bigotes.

–Olía a huesos con tuétano y a un delicioso guiso de carne. Olía a algo caliente y bueno, incluso mejor que una rata recién cazada.

Los ojos de Hulo estaban casi opacos. Southpaw no habría podido adivinar lo que estaba pensando.

–Todas las comidas del cachorro son así, calientes y sabrosas –le explicó–. Comidas que te confortan en un día como hoy, cuando sientes en la piel y en los huesos el toque desapacible de los primeros fríos. Y no tiene que hacer nada para ganárselas; ni cazar, ni rebuscar entre la basura, peleándose con las ratas por conseguir un bocado. No tiene que salir en los días sofocantes del verano para encontrar comida que no se haya estropeado ni caminar bajo una lluvia que te cala hasta los huesos.

El gato miraba a lo lejos, al otro lado del parque. Estaban bien resguardados, pero de vez en cuando entraba una lluvia racheada que hacía que Southpaw temblara de frío.

–Algunos Piesgrandes hacen esto mismo por los gatos. Te dan leche y pescado tres veces al día. Has probado el pescado, ¿verdad, Southpaw? Y una cama caliente. ¿No te gustaría?

El gatito miraba a Hulo con los ojos muy abiertos, pensando en las cosas tan maravillosas que le estaba contando.

–Sí –respondió, pero sus bigotes vacilaron.

El guerrero no dijo nada más.

–¿Me atarían los Piesgrandes? –preguntó el gatito al cabo de un rato.

–No, nunca atan a los gatos, a lo mejor porque destrozaríamos con los dientes cualquier correa que nos pusieran. Pero quizá te encerrarían en su madriguera.

–¿Me pegarían los Piesgrandes? –preguntó el gatito.

Hulo consideró la cuestión mientras movía pensativo la punta de la cola.

–Tal vez.

–¿Me permitirían quedarme en el parque y subir a los árboles? –preguntó el gatito tras pensar un rato.

Casi podía oler y degustar aquel guiso, podía imaginar el sabor de la salsa y el placer de lamer lo que le hubiera quedado en los

bigotes. Tendría la tripa llena y caliente en lugar de floja y vacía, como ahora.

–Probablemente, no. Algunos gatos del *dargah* entran en las casas de los Piesgrandes en busca de comida y luego se marchan, pero se trata de una vida muy incierta. Si quieres comer tres veces al día, tienes que convertirte en un gato doméstico. Y, como te he dicho, es una vida que no está mal, siempre que no caigas en un sitio como la Casa Cerrada.

Southpaw se lavó varias veces las patas para poner en orden las ideas.

–¿Y la casa donde vive la Emisora es bonita?

–Sí –dijo Hulo.

–¿Y no sale nunca de casa?

El gatito no podía imaginar una vida así. Volvió a recordar la tristeza y la pestilencia de la Casa Cerrada. Parpadeó para borrar de la mente aquella imagen de pesadilla y se dijo que, aunque pudiera vivir en una casa confortable, la idea de no poder ver el cielo le resultaría insoportable. Aquel verano, cuando apenas hacía unos días que había abierto los ojos, se metió en una caja de cartón y no encontraba la salida. El corazón se le aceleró al recordar su angustia y su sofoco antes de que Katar oyera sus gritos y clavara las zarpas en el cartón.

–Solo ha salido a la escalera exterior.

–¡Debe de ser horrible vivir en una caja! –exclamó Southpaw–. ¿Por qué algunos gatos quieren ser domésticos?

–¿Cómo notas la tripa? –preguntó el guerrero.

–Triste y vacía –dijo el gatito.

–Si encontraras la familia adecuada de Piesgrandes, nunca más tendrías que pasar hambre.

Southpaw volvió a tumbarse, un poco confuso. Para olvidarse del dilema, jugó a perseguirse la cola. Entendía lo que Hulo había querido decirle. No le gustaba tener la tripa vacía y empezaba a comprender los atractivos de la vida de un gato doméstico. Pero no quería ni pensar en la sensación de claustrofobia, de modo que siguió jugando con la cola, despeinándola con las garras y

volviéndola a peinar, y recordó cómo gemía el cachorro pidiendo más comida, totalmente a merced de los Piesgrandes.

–Yo prefiero ser un gato callejero –dijo por fin.

Percibió la sonrisa de Hulo, visible a través del pelaje y los bigotes; podía verla tan claramente como si fuera de día.

–Es una elección que todos los gatos deben hacer en algún momento de su vida –respondió Hulo–. Ya era hora de que pensaras en el tema, pequeño.

–¿Alguna vez quisiste ser un gato doméstico? –preguntó Southpaw, aunque no lograba imaginar a Hulo cerca de los Piesgrandes.

El guerrero, que se estaba aseando el pelo, enredado y apelmazado, se detuvo al oír la pregunta y empezó a agitarse, presa de carcajadas que formaban ondas en su piel. Volvió hacia Southpaw su apaleada cara de guerrero, surcada de cicatrices.

–¿Qué clase de Piesgrandes me invitaría a entrar en su casa con esta cara? Normalmente me reciben a escobazos.

Encantado con la broma, Southpaw estaba preparándose para acurrucarse junto al corpachón de Hulo para entrar en calor cuando vio que el gato se ponía alerta y ladeaba sus destrozadas orejas.

–¡Ratas! –dijo–. ¡Míralas cómo salen en manada! La lluvia habrá inundado sus madrigueras. De acuerdo… Southpaw, me voy de caza. ¡Quédate aquí!

El gatito se incorporó a toda prisa, con la naricilla temblando de emoción.

–¡Voy contigo, Hulo!

–Nada de eso.

El gato lo empujó suavemente de vuelta a su sitio.

–No te has estrenado como cazador y hay demasiadas ratas; podrían morderte. –Se acercó al borde del tejado. Las ratas ya torcían a la izquierda por el callejón y estaban a punto de perderse de vista–. No salgas del parque, Southpaw. Quédate aquí. Volveré con caza fresca para comer.

Levantó un momento la cola, tiesa y despeinada como una escobilla, apoyó las patas en la destrozada cañería y desapareció. Se le oía entrechocar los dientes, anticipando los placeres de la caza.

Southpaw se entristeció al ver marchar a Hulo. Su cola quedó flácida y su estómago protestaba con furiosos rugidos. «No es justo», se dijo. Desde el día en que perdió el azul de los ojos, había visto a Katar, Miao, Beraal y Hulo cuando salían a cazar… Pero Hulo se había mostrado muy claro: no podía salir de allí. Y, aunque Southpaw se metía en muchos líos, nunca desobedecía una orden directa de los gatos mayores. Se puso a arañar una grasienta bolsa de papel hasta que la hizo trizas. Entonces se sintió algo mejor. «Esto es lo que le haría a una rata. Zarpazo con la derecha. Zarpazo con la izquierda. Y preparado para el mordisco mortal. Soy un feroz cazador. ¡Mírame!», se dijo.

La tormenta parecía agotarse. La lluvia, antes torrencial, se apaciguó hasta convertirse en un agradable tamborileo. Southpaw intentó volver a matar a la bolsa de papel, pero ya no resultaba tan divertido. Jugó a perseguirse la cola. Se lavó los bigotes. Se afiló las pequeñas garras en un pedazo de cartón.

Vio que se encendían las luces en la casa al otro lado del parque, la casa donde según Hulo vivía la Emisora. Southpaw se preguntó cómo sería vivir en una casa. ¿Sería tan sofocante y oscuro como estar dentro de una caja? ¿O sería distinto? Mientras pensaba en el tema, vio unos trocitos de oropel que llegaban traídos por la brisa y los estuvo atacando hasta dejarlos bien muertos. Decidió que debía de ser distinto o ningún gato querría ser doméstico, por más que Hulo y los demás aseguraran que los gatos domésticos estaban locos.

La lluvia se había convertido en una finísima llovizna. La casa de la Emisora al otro lado del parque tenía la escalera iluminada y la puerta de la cocina abierta. Southpaw se dijo que podría acercarse y echarle un vistazo, solo un momento. A Hulo no se le veía por ninguna parte; tal vez se había encontrado con otro gato o había decidido hacer su ronda nocturna.

Sentado sobre sus cuartos traseros, el gatito olisqueó el aire y tensó los bigotes para captar cualquier señal que delatara la proximidad del guerrero. Volvió a mirar la casa de la Emisora; estaba tan cerca… bastaba con dar un salto y subir. En realidad, lo que Hulo había dicho era «No salgas del parque». Las patas del gatito se

pusieron en marcha como si tuvieran voluntad propia. De un salto, bajó del tejado y atravesó corriendo el césped mojado. Estaría dentro del parque; dentro de una casa que estaba en el parque, en realidad, pero ese era un detalle sin importancia.

Subió por las escaleras con la barriga pegada al suelo, tal como había visto hacer a Beraal, preparado para captar el olor a Piesgrandes. Pero la lluvia los debía de haber disuadido de salir de casa, porque no vio ni olió nada. «Solo un vistazo», se dijo, acercándose a la puerta de la cocina.

Cuando el aroma le golpeó en las narices, Southpaw no pudo evitar un maullido; luego, con más cautela, asomó la cabeza por encima del alféizar. Si el olor a carne y a delicias perrunas que despedía el cuenco del cachorro le resultó apetitoso, este constituía la combinación perfecta para un gato. Olía a una mezcla de cabezas de pescado, caldo de pescado y pescado fresquísimo, más delicioso que una rata recién cazada. A Southpaw le temblaban las narices tan violentamente que pensó que se le iban a romper. Tensó los bigotes para comprobar si había Piesgrandes en los alrededores. No fue una comprobación muy minuciosa, pero al parecer no había nadie. Sin saber cómo, se encontró dentro de la casa, con la cabeza metida en el cuenco y ronroneando como una máquina de vapor mientras engullía la comida.

Casi había acabado cuando oyó los pasos arrastrados de un Piesgrandes que se acercaba y se encontró trágicamente dividido. Una parte de su mente le decía: «Rápido, sal de aquí; alcanzarás la puerta en un pispás». Pero otra parte le rogaba: «Por favor, otro bocado más, aquí hay algo que sabe a gambas». Por desgracia, era la parte más insistente. Southpaw introdujo la cabeza en el cuenco y casi se metió la comida por las narices.

El Piesgrandes llegó a la entrada de la cocina. Southpaw dio un salto y levantó la cabeza –muy arriba– para mirarlo. Pero, al parecer, el Piesgrandes no lo vio. El gatito se escondió aterrorizado debajo de la mesa, el primer lugar al que le llevaron las patas. ¡Pam! Las puertas de la cocina se cerraron de golpe. Escondido bajo de la mesa, vio cómo se estrechaba el pedazo de cielo gris y lluvioso y finalmente desaparecía. Podía ver los zapatos del Piesgrandes y se

puso a temblar como una hoja, pensando que iban a descubrirle. Pero el Piesgrandes dio media vuelta y se fue por el pasillo. Southpaw vio los zapatos que se alejaban y oyó que las pisadas. Temblando, se dijo: «Ahora tengo que quedarme quieto hasta que… abran la puerta o algo así».

Poco a poco, sin embargo, a medida que la manecilla del reloj de la cocina avanzaba, Southpaw empezó a perder el miedo. Dentro de la casa todo era calidez y tranquilidad. No había ni rastro de la Emisora y las voces de los Piesgrandes llegaban débilmente desde el otro lado de la casa. El gatito salió con cuidado de debajo de la mesa, se acercó a la puerta de la cocina y empujó con el morro. Pero la puerta permaneció firmemente cerrada. Echó un vistazo a la puerta abierta que conducía al resto de la casa, pero tomó la decisión de no aventurarse. «Debería quedarme aquí –se dijo–. Abrirán por la mañana. Siempre vemos la puerta abierta cuando regresamos de los merodeos nocturnos. Me pregunto cuánto faltará para que se haga de día».

Incapaz de quedarse quieto, empezó a recorrer la cocina y a investigar los diferentes olores. Empujó con la garra una patata que había salido rodando, se afiló las uñas en la pata de una silla de madera y se detuvo frente a la puerta que llevaba al resto de la casa. Desde allí captó el olor de la Emisora. El rastro más reciente era emocionante: le indicaba que había intentado subirse a los bastidores de las cortinas y que en algunos puntos había fracasado. Más animado, Southpaw levantó los bigotes: nada indicaba que los Piesgrandes estuvieran cerca.

«No pasaría nada si echara un vistazo, solo un momento, ¿verdad?», se dijo. Con cautela, sin hacer ruido, se dirigió hacia allí.

Para Mara, el día había empezado maravillosamente bien: la Gran Expedición al Bastidor, que le ocupó gran parte de la mañana, había resultado más fructífera que cualquiera de las últimas expediciones. La operación Pesca en el Cubo de la Basura, por ejemplo, acabó con el enfado de los Piesgrandes y unos azotes en el trasero, un trato que hirió profundamente la dignidad de Mara. Sin embargo, les dejó

muy claro lo que pensaba de ellos: se marchó de su lado con la cola y las orejas en alto y los bigotes bien tiesos. Fue una actuación impecable, un desfile de primera clase, con un andar afectado, y no fue muy amable por parte de los Piesgrandes que se rieran de ella. Ahora ya sabía exactamente cuándo se reían de ella.

Recorrió un bastidor de cortina tras otro, deleitándose con las pelusas de polvo y otros descubrimientos sorprendentes: medio brazalete, un cabo de vela que hizo rodar por toda la alfombra y un escarabajo muerto que se comió y que ojalá no se hubiera comido, porque le sentó mal y ahora todo le sabía a escarabajo, incluso la leche del desayuno. Cuando llegó la tarde estaba ronroneando, deseando que llegara Beraal a hacerle compañía.

De repente, el cielo se despejó. Mara había salido apenas unos pasitos cuando llovía… y volvió a meterse en casa rápidamente, muy disgustada. Nadie le había explicado –ni Beraal al hablarle de los monzones ni los pájaros con sus interminables charlas sobre la construcción de nidos– que la lluvia mojaba.

Estuvo un buen rato sentada a la puerta de la cocina, esperando que parara de llover y que llegara Beraal. Pero no ocurrió ninguna de las dos cosas; su cola y sus orejas flácidas mostraban la decepción que sentía. Los Piesgrandes de la casa estaban ausentes, como solía ocurrir por las tardes, y Mara paseaba inquieta por la casa vacía, sintiéndose muy sola. Sin demasiada convicción, se abalanzó sobre el lagarto que se había instalado en el marco de la puerta, pero el reptil se escabulló, no sin antes lanzarle un cricrí cargado de reproche.

Intentó jugar con la pelota, pero en realidad no tenía ganas. A su regreso, los Piesgrandes se encontraron a la gatita acurrucada en un rincón. Mara no protestó cuando la cogieron en brazos, entre exclamaciones de alarma, y, pensando que estaba enferma, la acostaron y la taparon con la mantita.

Allí estaba la gatita, escuchando caer la lluvia y preguntándose cuándo vendría Beraal a verla. Si seguía lloviendo de esa manera, a lo mejor tardaba días en visitarla. Pensando en Beraal y en los gatos que su mentora le había mencionado –Miao, Hulo, Katar y Southpaw–, se arrebujó entre las mantas.

De su propio clan, tenía unos recuerdos muy confusos. Recordaba el movimiento de otros gatos junto a ella, el placer de beber leche tibia, el tacto rasposo de una lengua sobre sus ojos, todavía cerrados. Era muy distinto de lo que ocurría con los gatos de Nizamuddin, que no le mostraban simpatía, a excepción de Beraal. No hacía falta que se lo dijeran: en las emisiones percibía la incomodidad y el hastío de los gatos, lo olía, y por eso se conectaba cada vez menos al canal. Prefería contemplar a las ardillas y los *mynah*.

Se aseó y quiso conciliar el sueño, pero no podía dejar de pensar. El ruido de los truenos y el resplandor de los relámpagos la aterrorizaban; otra razón por la que el mundo exterior le parecía un lugar oscuro, plagado de peligros desconocidos. Se preguntó cómo sería tener un amigo que pudiera decir algo más que cricrí, que no viniera a verla simplemente por sus poderes de Emisora. Se dijo que le gustaría tener un amigo junto al que acurrucarse, un amigo que fuera un cachorro como ella.

De repente, el cubo de los juguetes, en una esquina de la habitación, se volteó con un ruido estrepitoso. Mara abrió los ojos y se quedó mirando a un gatito de pelaje a rayas que acababa de meterse de cabeza en el cubo. Volvió a cerrar los ojos. Según Beraal, un Emisor debía aprender a controlar su imaginación tanto como su habilidad para emitir. Y ahí estaba la prueba: de tanto desear tener a alguien con quien jugar, Mara había conjurado un amigo imaginario.

–¡Lo siento! –maulló el gatito imaginario–. No quería tirarlo todo… ejem. ¿Crees que tus Piesgrandes lo habrán oído y vendrán corriendo a pegarme o algo así? De todas formas, estaba a punto de irme; lo que pasa es que no sabía por dónde salir. Eeeh… o hacia dónde. Nunca había estado en una casa así.

Mara se quedó mirando al gatito imaginario, que parecía más sólido de lo que uno podía esperar de alguien que solo existía en la imaginación. Nunca había visto un animal más empapado; su pelaje lleno de barro dejaba caer trocitos de corteza y regueros de agua sucia sobre la alfombra.

–Eso salta a la vista –dijo Mara, con los bigotes tiesos y el lomo arqueado en actitud levemente amenazadora–. Pareces un gato

callejero. ¿Cómo has entrado en casa?

Southpaw ignoró la pregunta en su necesidad de explicarlo todo.

–Me he comido toda la comida que había en el cuenco. Lo siento, estaba muerto de hambre. Yo… ejem, mañana puedo cazar una rata y traértela.

Había visto el lomo arqueado de la gatita y confiaba en no tener que pelear con ella… o, peor aún, rendirse. Instintivamente, sabía que como intruso tenía que mostrarse educado, pero la idea de tumbarse patas arriba y mostrarle la garganta –el gesto habitual de sumisión– a esta bolita anaranjada le resultaba humillante.

Mara saltó de la cama y se acercó a él con paso cauteloso.

Southpaw la observaba por el rabillo del ojo, con la testa baja. Confiaba en que no se pusiera a bufar y a chillar; a la hora de defender el territorio, le gustaban mucho más las peleas directas.

Mara alargó una pata y le tocó delicadamente.

–¡Marramiauuu! –maulló Southpaw, olvidándose de los Piesgrandes.

–No cabe duda de que eres real –dijo la gatita.

–Pues claro que soy real. ¿Qué te pensabas que era? ¿Qué haces? ¡Apártate!

Mara lo estaba olisqueando por todas partes con gran curiosidad. Puesto que él era el intruso, no tenía por qué mostrarse educada y le fascinaban los olores que desprendía su pelo mojado. Cuando la gatita hundió la nariz en el pelaje de su costado, Southpaw se revolvió, molesto.

–¿Qué es esto? ¿Una especie de ritual de rendición? –maulló, moviendo inquieto los bigotes y las orejas–. Katar y Miao me explicaron que si entrabas en el territorio de otro gato tenías que rendirte, pero no me dijeron que hiciera cosquillas.

Southpaw se había tumbado en el suelo, haciendo lo posible para mostrarse adecuadamente sumiso. Mara se le subió encima, le olisqueó por última vez la cabeza y luego saltó al suelo y estiró las patas.

–Has estado con otro gato bajo la lluvia –dijo con aire ausente–. Un gato grande, un guerrero. Y antes de eso estuviste en los árboles (y no te limpiaste las cortezas y los bichitos). Fuisteis juntos a ver a

un perro –continuó–. Más o menos, ¿no? Y has estado en un árbol donde se suponía que no debías estar. Me mareo solo de pensar en todos los lugares que has visitado en un día. ¿Nunca te sientas simplemente a pensar?

–Sí. Bueno, no, en realidad, no. Es muy aburrido quedarse quieto y además hay tanto para explorar, aunque Katar se enfada mucho si visito los lugares que me ha prohibido… Espera un momento. –Aquella gatita de fascinantes ojos verdes como el monzón era más pequeña que él, pero estaba llena de sorpresas–. ¿Cómo has podido saber todo eso a partir del olor de mi pelo?

–Toda la información está aquí –dijo Mara. Como vio que Southpaw quería levantarse, le clavó las uñas en el cuello–. Primero percibo los olores y luego se convierten en imágenes.

–¿En serio? –Southpaw olvidó que se había rendido y se puso de pie. Mara se deslizó por su espalda y cayó al suelo con un ruido sordo. El gatito la olisqueó con interés y se apartó de ella, decepcionado–. No puedo oler dónde has estado hoy. Pero hueles a… limpio. Bueno, supongo que esto es una presentación. Yo soy Southpaw y tú debes de ser la Emisora.

–Llámame Mara –dijo la gatita. El visitante sorpresa había hecho que volviera a sentirse alegre y animada–. Eres el primer gato que me visita a excepción de Beraal, pero ella no cuenta, porque vino con intención de matarme. Has sido muy listo al encontrarme. ¿Te resultó muy difícil?

–Nada de eso –dijo Southpaw. El brillo de adoración en los ojos de Mara se apagó y el gatito bajó las orejas con desánimo. Se puso a pensar rápidamente cómo devolver el brillo a esos bonitos ojos verdes–. Es decir, hace muchas muchas lunas que quería venir, pero Katar y Miao me dijeron que esta casa estaba en terreno prohibido… es decir, me prohibieron vilmente que viniera. Y solo después de muchas batallas y escaramuzas he podido llegar hasta aquí, enfrentándome a esta terrible tormenta.

Se preguntó si no habría exagerado un poco, pero los ojos de Mara brillaban de contento y de su tripa brotaba un suave pero inconfundible ronroneo.

–¡Qué valiente has sido! –Sus bigotes rezumaban adoración–. Podía jugar con los tigres, pero he estado muy sola sin amigos. Claro que tú no lo entiendes, porque ahí fuera tienes muchos gatos para jugar.

–¿Jugar?

Southpaw no sabía bien a qué se refería. Pensó en las excursiones con Hulo, en las incursiones y ataques que había llevado a cabo por su cuenta, imitando a Katar y a Miao, en sus afectuosas lecciones y reprimendas. Mara se frotaba ronroneando contra su barriga y Southpaw sintió un vivo deseo de proteger a esta extraña gatita que prefería estar encerrada a explorar el mundo y cuyas habilidades especiales no le habían servido para hacer amigos en Nizamuddin. Frotó su cabeza contra la de Mara, la rozó suavemente con los bigotes y luego se tumbó en el suelo, acurrucado contra ella; tenía un pelo tan suave que Southpaw creyó que podría quedarse así para siempre.

–Allá fuera tengo muchos profesores, Mara –le dijo–, pero no tengo compañeros de camada ni amigos de mi tamaño. Así que supongo que no eres la única que se siente sola. Háblame de tus Piesgrandes, cuéntame lo que haces durante el día.

Estuvieron largo rato conversando. Mara hacía preguntas sobre la vida al aire libre (algunas respuestas hacían que se estremeciera), mientras que Southpaw sentía curiosidad por cómo era la vida de un gato doméstico. Estuvieron jugando estupendamente a perseguirse uno a otro y, cuando los Piesgrandes entraron en el cuarto para ver qué hacía Mara, Southpaw se había escondido tan bien que no le vieron («Pobrecillos –dijo Mara–. No tienen mucho olfato ni pueden ver bien en la oscuridad. Hay que tener paciencia con los Piesgrandes»).

Mara estaba encantada de compartir su cama con Southpaw, pero el gatito se despertó muy inquieto antes del amanecer. Era un lujo increíble dormir con unas mantas tan cálidas y suaves; no recordaba haberse sentido tan cómodo desde que era un cachorrito y dormía acurrucado contra el cuerpo cálido de su madre. Y Mara era una buena compañera de cama, porque le dejaba suficiente espacio para agitarse y cazar ratas en sueños. Lo que le incomodaba era estar

dentro de una casa. Sin la referencia que suponía el cielo sobre su cabeza había perdido el sentido de la orientación y se sentía como si estuviera en el fondo de un pozo. Al oír el distante canto de los pájaros, comprendió que se había perdido toda una noche de cacería. Allí dentro no soplaba la brisa y faltaban los olores de la naturaleza.

–Tengo que irme –le dijo a Mara. La gatita había logrado persuadir a sus Piesgrandes de que le trajeran más comida para desayunar–. Los demás gatos se estarán preguntando dónde me he metido. Debería avisarles de que estoy sano y salvo.

–No te preocupes –dijo Mara, que se limpiaba delicadamente los restos de pescado de los bigotes con la pata–. Se lo diré a Beraal a través de la conexión, ¿qué te parece? Así podrás quedarte todo el día conmigo y a lo mejor a los Piesgrandes no les importará que te quedes. Son muy amables conmigo. No creo que les importe tener otro gato.

Southpaw, cuya forma de asearse con la lengua dejaba mucho que desear en lugar de hacer un lavado a fondo, detuvo su limpieza de orejas y se puso a pensar.

–Mara –dijo, acercándose a la gatita anaranjada para lamerle la cara afectuosamente–, es muy amable de tu parte.

Mara apartó la cara y sus bigotes empezaron a ponerse tensos.

–Me temo que ahora viene un «pero» –dijo ella.

Los ojos marrones de Southpaw la miraron con tristeza.

–Soy un gato callejero. No puedo quedarme. Igual que tú no quieres vivir fuera, yo no quiero vivir dentro.

La gatita no dijo nada, pero sus bigotes y su cola proclamaban claramente que no estaba contenta. Southpaw se acercó y le tocó la cara. Sus preciosos ojos verdes estaban sembrados de motitas doradas.

–Volveré esta tarde, antes de acompañar a los demás gatos en sus incursiones nocturnas –continuó–. Y, si quieres, Mara, vendré a verte siempre que pueda. ¿Trato hecho?

Los bigotes de Mara volvieron a ponerse tiesos y le dio a Southpaw un cabezazo tan fuerte que casi le hizo perder el equilibrio.

–No entiendo cómo te puede gustar vivir fuera. A mí me parece amenazador y lleno de olores extraños. Pero ven siempre que puedas. Nunca he tenido un amigo como tú.

Southpaw oyó que abrían la puerta de la cocina y esperó a oír que los Piesgrandes se iban para tener el campo libre.

–Yo tampoco he tenido una amiga como tú, Mara. Mantén los bigotes bien tiesos, pequeña. Volveré pronto a verte.

Cuando saltó de la escalera de hierro y salió corriendo como un loco por el parque en busca de Hulo y los demás gatos, no sospechaba que la Emisora lo contemplaba desde el alféizar de la ventana. Mara lo estuvo mirando hasta que se convirtió en una borrosa mancha marrón que desaparecía entre los setos, de un verde fresco y brillante después de la lluvia nocturna.

9

El reino de Mara



Desde lo alto de la librería, Mara contempló su reino con sentimiento de triunfo. Subir hasta arriba le había costado tres intentos. El primero lo interrumpió un Piesgrandes: cuando a Mara le faltaba una estantería para llegar arriba, la bajó de allí, volvió a colocar los libros que la gatita había tirado en su escalada y la regañó un poco.

El segundo intento fue un fracaso y demostró que no se podía escalar por detrás. Los volúmenes de la enciclopedia en que Mara se apoyaba cayeron al suelo y la gatita acabó colgada de la estantería por las patas delanteras; tuvo que pedalear furiosamente con las patas traseras para subir de nuevo. Al tercer intento, decidió que primero estudiaría cuidadosamente el camino y pasó sobre los libros en rústica y con tapas de piel de Tagore, evitando sobre todo los manuscritos. Cuando por fin alcanzó su propósito, contempló encantada el panorama; la habitación parecía muy distinta vista desde arriba.

Uno de los Piesgrandes pasó por allí y Mara tuvo que reprimir el impulso de saltarle sobre el hombro. Estaba segura de que lo lograría si utilizaba las uñas para agarrarse, pero sus anteriores ejercicios de salto sobre Piesgrandes habían tenido una recepción poco entusiasta. Además, le gustaba estar en lo alto de la biblioteca. Allí se sentía como la reina de los exploradores y los Piesgrandes no podrían cogerla salvo que ella se lo permitiera.

Sin embargo, después de matar una mosca, comerse una telaraña y volver a admirar su reino, Mara tuvo que reconocer la verdad: estaba aburrida. Había pasado la mañana con los Piesgrandes, que eran lentos como alumnos y normalmente se resistían a todos los esfuerzos de la gatita por entrenarlos. Beraal solía llegar a última hora de la tarde para sus clases… A Mara le costó varios intentos aprender a pasear sin poner histéricos a los gatos de Nizamuddin, pero finalmente sabía cómo hacerlo. Tenía toda la tarde por delante y no podía pasarse todo el rato durmiendo. Además, Southpaw no había vuelto y Mara no sabía dónde encontrarlo.

Levantó los bigotes mientras consideraba cuidadosamente qué hacer y decidió que había un lugar donde podía ir. Quería volver a ver a Rudra, ElGrandeYMaravillosamenteRayado, o como fuera que se llamara, aunque era posible que los gatos montaran en cólera si el padre de Rudra volvía a rugirles. Seguro que sí. ¿Y si probaba a enviarle un mensaje a Rudra sin conectarse al canal de los gatos?

Mientras pensaba en el asunto, se perseguía la cola –estuvo a punto de cazarla en varias ocasiones– y removía el polvo que había encima de la biblioteca. Beraal le había enseñado a no emitir su estado de ánimo a cada momento a toda la comunidad gatuna. Tenía que ver con el control de la nariz y de los bigotes. Mara no estaba segura de cómo lo hacía, pero el caso era que cuando movía los bigotes un poco a la izquierda y arrugaba la nariz un poco a la derecha, parecía controlar mejor sus emisiones. Sin embargo, emitir sin conectarse al canal requeriría probablemente un control simultáneo de los bigotes, la nariz y las orejas. Ella y Beraal habían estado haciendo pruebas por separado, pero nunca lo habían hecho juntas. Cuanto antes empezara, mejor. Mara cerró los ojos.

Se sentía feliz y ligera cuando empezó a correr por el parque. Subió un rato por encima de los árboles para ver jugar a las ardillas y se apartó enseguida cuando una ardillita empezó a parlotear nerviosamente al ver un gato a aquella altura. Se desconectó del canal de selvática, aunque en un par de ocasiones volvió a conectarse sin querer al canal principal. Cuando pasó por encima del campo de golf tuvo que ajustar la altura y regresar a un nivel más

tranquilo: estaba demasiado alta y asustó a unos cuervos y a una pareja de pavos reales, que la miraron con indignación.

Como cada vez iba más rápido, allá donde la llevaran los bigotes, por unos momentos se conectó sin querer al canal de la Corte Suprema de los Gatos. Los solemnes gatos que componían la corte se sintieron muy ofendidos cuando la oyeron pasar zumbando.

–¿Han visto ustedes por casualidad a un gato anaranjado que pasaba por aquí? Iba muy rápido; demasiado, diría yo –comentó a sus colegas Affit, un gato negro y gordinflón con un collar de pelo blanco.

Davit meditó la pregunta.

–El problema es que tu pregunta pasa por alto los hechos más relevantes –dijo–. Dicho gato es un cachorro y parecía moverse rápidamente a través de los aires. Estará usted de acuerdo conmigo en que es muy poco probable que un gato como tal (o un cachorro como tal) sea capaz de volar. Mi conclusión es que el tal cachorro era un cachorro hipotético.

Affit levantó una pata.

–Estamos de acuerdo. Salvo que antes de la hora del té podamos recoger suficientes pruebas como para presentarlas por triplicado en el Registro de Piesgrandes, concluiremos que por aquí no ha pasado ningún gato ni cachorro en absoluto.

–Exactamente. –Davit reanudó su paseo solemne por los jardines de la Corte Suprema–. Aunque he de decir que me pasó tan cerca que me rozó las orejas… demasiado cerca, incluso para un hipotético cachorro, Affit. Yo diría que demasiado cerca.

Mara, mientras tanto, sobrevolaba el zoo y se enfrentaba a otros problemas. Esta vez no quería entrar a lo loco, como la primera vez, sino tener una visión de conjunto del nuevo territorio. Entró con mucha cautela y se vio asaltada por una mezcla desordenada de sonidos y olores. Aquello la dejó tan confundida que por poco se cayó de las estanterías en su casa y tuvo que buscar una posición más segura. El zoo ofrecía tal variedad de olores y de formas de vida que las imágenes y los aromas se mezclaban en su cabecita y le producían cierto mareo.

Las cebras le susurraron al oído largos poemas sobre las colinas y las praderas de África. Los osos murmuraban descontentos sobre las frutas que tanto encontraban a faltar, los albaricoques y los melocotones del Himalaya. Los orangutanes se rascaban la tripa y la cola mientras soñaban con su hogar en los altos árboles de la jungla de Borneo.

Y, en medio de aquella barahúnda de rugidos, parloteos, chillidos y maullidos, Mara oyó una vocecita que decía con toda claridad:

–Ya sé que tienes una cola, Tantara, y yo también tengo una. Pero, por más veces que lo he intentado, no consigo colgarme de los barrotes boca abajo, como haces tú.

Mara tomó una bocanada de aire y pasó a toda velocidad por delante de las jaulas de los pájaros, el ciervo sambar, el recinto de las terribles serpientes, que tomaban el sol en una roca, el antílope eland, el pangolín, los leopardos, que miraban a unos Piesgrandes que gritaban y les ofrecían palomitas.

Estuvo a punto de meterse de cabeza en el recinto de los tigres, pero en el último momento recordó la enorme cabeza de Ozymandias y sus larguísimos bigotes (así como sus grandes y afilados colmillos). Redujo la velocidad y miró con cautela el interior del recinto.

A Rani y a Ozzy no los vio, pero a partir de las marcas olorosas que habían dejado –y que destacaban como semáforos en la mente de Mara– supuso que los dos tigres estarían durmiendo en la cueva que se abría al fondo del recinto. El suelo estaba medio seco, con algunos parches verdes, y Rudra estaba sentado cerca del arroyo artificial que atravesaba el recinto, hablando al vacío.

En lo alto de la librería, Mara agitó las patas delanteras y maulló alegremente.

–Hola, Rudra ElGrandeYPoderoso… siento mucho haber olvidado el resto. ¿Cómo estás? ¿Por qué hablas solo?

El cachorro de tigre levantó la cola y rugió de contento.

–Eres Solomara, ¿no? Me preguntaba dónde te habrías metido. Te presento a… ¡Tantara, estate quieta!

La langur se había escurrido sigilosamente detrás de la gatita y la miraba muy enfadada desde las ramas de una gran ceiba. Mara no la

veía porque estaba de espaldas a ella, pero lo que intentaba la langur era enrollarle la cola al cuello.

–¡Ya te tengo! –gritó Tantara, haciendo caso omiso de Rudra.

No le gustaban los intrusos y apretándole el cuello con la cola esperaba asustar a la gatita y hacerla huir. Pero, para su sorpresa, la cola atravesó el cuerpo de la gatita sin encontrar ningún obstáculo. Mara ni siquiera se enteró.

–¿Quién es Tantara? –preguntó.

–Pero ¿qué clase de animal es este? –Tantara intentaba sin éxito azotar a la gatita con la cola y se desconcertaba al ver que la cola la atravesaba sin más.

–Tantara, te he dicho que pares ya –dijo Rudra, gruñendo y enseñando los dientes–. Esta es mi amiga Solomara. Es una gatita que me vino a ver hace unos días. Solomara, esta es Tantara, mi mejor amiga dentro del zoo.

La gatita se dio media vuelta y vio con asombro que Tantara intentaba cogerle la cola con la mano y murmuraba enfadada para sus adentros porque no conseguía asir nada.

–¿Te importaría dejar de hacer eso, por favor? –pidió Mara con educación–. No es que note tus manos, pero cuando lo haces me tiemblan los bigotes. –Observó atentamente a Tantara y parpadeó–. ¡Pero qué bonito pelo tan plateado! ¡Y tienes una cola larga y preciosa! Oh, y con un maravilloso penacho en la punta. Mi cola es muy cortita. Me gustaría que me creciera, pero no hay manera. Y tienes unas manos perfectas. Nunca había conocido un langur, pero imagino que tú has conocido muchos gatos aquí. Por favor, llámame Mara. Es mi verdadero nombre.

Tantara se rascó la cabeza, totalmente perpleja. Miró atentamente a la gatita anaranjada y vio que, además de ser permeable, se encontraba en el aire, a unos metros del suelo. No sabía qué pensar, pero desde luego los elogios de Mara le habían resultado agradables. Sintiéndose muy importante, empezó a hacer volutas con la cola.

–Es una cola muy bonita, ¿verdad? –reconoció.

Rudra exhaló un largo suspiro de tigre.

–Ya estamos –dijo con hastío–. Ahora no parará.

Tantara estaba encantada de contar con un nuevo público y no le hizo ningún caso.

–He intentado enseñarle a Rudra este baile –explicó–, pero no quiere colaborar. Insiste en que los gatos no podéis usar vuestra cola adecuadamente, como se tiene que usar.

Mara miró muy seria a la langur.

–¿Y cómo se tiene que usar la cola? Yo uso mucho la mía: me proporciona equilibrio, me la enrosco alrededor del cuerpo para dormir, me sirve para comprobar de dónde sopla el viento y si se acerca alguien.

–¡Oh! –dijo la langur–. Pero ¿puedes hacer esto?

Enrolló la cola en una rama y se colgó cabeza abajo.

–¿Ves, Mara? ¡Sin manos!

Con expresión malhumorada, Rudra se sentó sobre los cuartos traseros.

–Ahora no habrá forma de pararla –le dijo a Mara.

–¡Pero es fantástico contemplarla! –replicó la gatita.

La langur se balanceaba entre las ramas. Daba unas espléndidas volteretas en el aire, subía a lo más alto de las copas de los árboles y saltaba de una a otra; luego se sirvió de la cola para descender por el grueso tronco de la ceiba haciendo rápel y finalmente saltó hasta el otro lado del recinto y aterrizó derrapando, usando su bonita cola plateada a modo de freno.

–¡Uau! –exclamó Mara.

–Gracias, gracias –dijo Tantara, atusándose un poco el pelo–. Llevo un tiempo ensayando. No es fácil, ¿sabes? Hasta un viejo mono puede balancearse entre las ramas de los árboles, pero solo un langur puede derrapar así.

Sin dar tiempo a que Rudra gruñera una respuesta, Mara miró a sus dos amigos y les hizo una propuesta:

–¿Por qué no jugamos al escondite? Tú eres muy rápido en el suelo, Rudra, mientras que Tantara es muy ágil en las ramas y yo estoy en medio, más o menos. Será divertido.

Unos cuidadores del zoo que pasaban ante la jaula de los tigres contemplaron con asombro el extraño juego que practicaban un langur y un cachorro de tigre. Parecía que hubiera un tercer

compañero de juegos, aunque no había más animales en la jaula. El cuidador de más edad estuvo un rato mirando y se encogió de hombros. En la selva, tigres y langures no se avenían demasiado. Los langures solían avisar a los demás animales de que un tigre rondaba por las cercanías y los tigres a veces mataban a estos bonitos monos grises. Pero los animales en cautividad podían cambiar de comportamiento, de modo que no le extrañaba que estos dos fueran amigos. Asociaciones más raras se habían visto en el zoo. Recordaba una ocasión en que un joven antílope *nilgai* creyó que formaba parte de la familia de los rinocerontes y estuvo todo un año paseándose por ahí convencido de que era un animal grande y poderoso.

El cuidador más joven contemplaba fascinado la escena. Mirando al cachorro de tigre y a la langur de pelo plateado, le pasó algo curioso: habría jurado que de vez en cuando veía entre los dos a un gatito de color naranja. Se dijo que el calor del monzón provocaba extraños efectos en la imaginación y siguió su camino; tenía que echar un vistazo a las avutardas indias.

Esta fue la primera de una larga serie de visitas. Mara se convirtió en una visitante habitual en el recinto de los tigres. Tantara se les unía a menudo y los tres se hicieron grandes amigos. El único problema era que, de vez en cuando, los Piesgrandes cogían a Mara en brazos, le hacían mimos o la cambiaban de sitio y entonces la conexión se interrumpía. Si los Piesgrandes querían jugar con ella (o, peor aún, si se empeñaban en cepillarle el pelo, lavarle las orejas o darle pastillas de hígado de bacalao), a Mara le costaba regresar. El cachorro de tigre y la langur acabaron por acostumbrarse a las desapariciones repentinas de la gatita.

Una tarde en que los padres de Rudra estaban tumbados a la sombra del baniano, Rani observó que su compañero no paraba de mover la cola a un lado y a otro.

–Suéltalo de una vez, Ozzy –le dijo–. ¿Qué es lo que te preocupa?

El tigre dejó de mover la cola y frotó cariñosamente la cabeza contra el costado de su compañera.

–¿No te parece evidente, Rani? Me preocupa a dónde los llevará esta amistad, eso es todo.

Rani señaló con un gesto de la cabeza la escena de los tres cachorros jugando: la langur y el tigre rodaban juntos por el barro y la imagen anaranjada de la gatita estaba suspendida sobre sus cabezas.

–Parece que les va bien, Ozzy. Son buenos amigos. Ciertamente, no es habitual tener por amiga a una gatita que no está aquí de verdad, pero el caso es que Rudra parece mucho más contento, no se siente tan solo.

–¿Y qué pasa con Mara? Viene aquí a jugar con un cachorro de tigre y un langur… ¿No debería estar rondando por su territorio, cazando y peleándose con otros gatitos? Además, Rudra está creciendo.

El tigre volvió su enorme cabeza hacia Rani y clavó en ella sus ojos ambarinos. Rani lo miraba sin entender.

–¿Recuerdas lo que nos costó reprimir el deseo de comernos a Tantara?

Rani empezó a lavarse los bigotes.

–Nosotros crecimos en la selva, Ozzy. Rudra era muy pequeño cuando llegó. Apenas recuerda la selva.

Ozymandias se levantó y empezó a recorrer su parte del recinto mientras intentaba expresar sus pensamientos.

–Es cierto que tú y yo llevamos la selva con nosotros y Rudra no.

–Rudra solo conoce el zoo –dijo Rani–. Aquí nos hacemos amigos de los animales que ocupan la jaula contigua, de modo que las serpientes tienen que llevarse bien con las tortugas y las hienas hablan con los chacales, aunque si estuvieran en libertad se atacarían unos a otros. Es posible que Rudra vea siempre a Tantara como una amiga, que no llegue a verla nunca como un langur, una presa.

Ozzy sacudió la cabeza con gesto disconforme. Las rayas de su piel temblaron.

–Rudra ya no es un cachorro –musitó–. Uno de estos días se despertarán sus instintos; es mejor que nos preparemos para ese momento. Por Tantara, no por nuestro pequeño tigre, Rani.

Y es que Ozzy había acabado por sentir mucho cariño por la gatita y la langur, por más que sabía que iba en contra de su naturaleza. La

gatita le recordaba a un cachorrito que él y Rani perdieron años atrás y Tantara le hacía reír. En los tiempos en que recorría la jungla como el rey de la noche, el príncipe de la espesura y los desfiladeros de Ranthambore, Ozzy disfrutaba de la compañía de los langures; a menudo los observaba en secreto y se admiraba de su rápida inteligencia y de su lealtad al grupo. A veces le gruñía a Tantara cuando hacía demasiadas payasadas, pero nunca le haría daño. De todas formas, recordaba perfectamente cómo le hervía la sangre cuando estaba aprendiendo a cazar y se le despertó el instinto de matar, de conseguir una presa. Se preguntó cómo reaccionaría Rudra cuando empezara a sentir la necesidad de cazar. No era fácil encontrar una solución. Él y Rani estaban de acuerdo en que su tigrecito era más feliz desde que tenía dos amigos en la jaula, pero Ozzy sentía un gran respeto por las llamadas del instinto, los mandatos que se llevan en la sangre. Y esto le inquietaba.

De repente, una semana más tarde, los tigres recibieron una sorpresa.

La puerta principal del recinto se abrió con un zumbido metálico. Mara, Tantara y Rudra, que estaban jugando con entusiasmo a atrapa-las-hojas-secas, interrumpieron su juego para mirar. Normalmente, los cuidadores abrían la puerta pequeña, vigilaban estrechamente a Ozzy y a Rani y no entraban totalmente en el recinto. Sin embargo, en esta ocasión se dirigieron a los tigres. Al ver que llevaban pistolas de dardos tranquilizantes y unas redes, Ozzy soltó un rugido que hizo temblar los barrotes. Estaba claro que se traían algo entre manos. Por lo general, Ozzy se mostraba cooperativo, pero en esta ocasión se puso a rugir sin parar. Finalmente, uno de los cuidadores comprendió lo que le ocurría al tigre.

–¡Grooar! ¡Grooaar! –rugía Ozzy.

–Rápido, traedle el cachorro. El padre cree que nos lo vamos a llevar.

Cuando vio que los cuidadores se dirigían hacia ellos, Tantara empezó a saltar de rama en rama emitiendo gritos de alarma. Rudra

imitó a su padre y se puso también a rugir.

–¡Grraar! –rugió, con toda la fuerza que le era posible.

Mara escuchó lo que decían los cuidadores y relajó con alivio los bigotes.

–No pasa nada, Rudra. Solo quieren que te reúnas con tus padres. No se llevan a ninguno de vosotros, sino que traen a alguien nuevo, de modo que no es nada grave.

Ante la asombrada mirada de los cuidadores, el tigre pareció prestar atención a algo con las orejas ladeadas y después se acercó a sus padres. Y todavía les produjo más asombro ver que el cachorro se frotaba cariñosamente contra Ozzy y Rani y que, después de intercambiar unos gruñidos, los tres entraban en la cueva artificial.

–Bueno, pues sí que ha sido fácil –dijo sorprendido uno de los cuidadores.

Sin embargo, no por ello dejó de comprobar que la puerta de entrada a la cueva estuviera bien cerrada. No sabía por qué se había mostrado tan cooperativa la familia de tigres, pero no iba a correr riesgos.

–¡Ya podéis traerla!

Mara contempló cómo introducían en el recinto una jaula cerrada con ruedas. Cuando el olor que salía de la jaula llegó a la guarida de los tigres, se oyó rugir a Rudra. Esta vez era un rugido mucho más alto y fuerte. Rani dejó oír un profundo gruñido y empezó a pasearse arriba y abajo por la cueva. Mara vio sus ojos brillantes de ira. Ozzy también se había puesto de pie y rugía mientras golpeaba las paredes con las patas.

Los rugidos y gruñidos de los tigres resonaron por todo el parque y pusieron en marcha una reacción en cadena. Los osos se despertaron y salieron pesadamente de sus cuevas. Los gibones *hoolock* saltaban de un lado a otro de sus jaulas, entre parloteos y alaridos. Los ciervos sambar berreaban; los antílopes *nilgai* se estremecían, pateaban el suelo y se refugiaban entre los oscuros arbustos que había del extremo de su recinto. Las hienas soltaban sus risotadas histéricas.

Los cuidadores abrieron cuidadosamente la jaula con largos palos de madera. Cuando levantaron la tapa, todos se apartaron rápidamente. Mara parpadeó al ver bajar tranquilamente por la rampa a un cachorro de tigre de rayas negras y doradas y de relucientes ojos verdes. Haciendo caso omiso de Mara, la cachorra se detuvo para mirar a su alrededor y luego se encaminó decidida hacia el estanque donde los tigres bebían y se bañaban. Se lavó la cara y los bigotes con toda calma, como si no oyera los bramidos de Ozzy ni los rugidos de Rudra.

Un cuidador sacó de la jaula un trapo que olía al nuevo cachorro y lo introdujo con un palo en la cueva de los tigres. Ozzy soltó un tremendo rugido y se arrojó contra los barrotes de la cueva, pero la puerta aguantó la embestida. Luego se hizo un silencio mientras los tigres se turnaban para olisquear el trapo.

Tantara reapareció en lo alto de los árboles del recinto y observó con cautela al cachorro, que se estiró y se dedicó a recorrer el recinto, comprobando si había comida en los cuencos y teniendo cuidado de no mancharse de barro. Los cuidadores salieron del recinto y se situaron al otro lado de las rejas, con las pistolas de dardos tranquilizadores listas, por si acaso. Mara se dijo que la intrusa era muy guapa para los estándares de los tigres y parecía muy serena.

De repente notó un tirón en la línea. Sus Piesgrandes estaban de vuelta.

–Tengo que irme –le dijo a Tantara con un suspiro–. Volveré tan pronto como pueda.

Pero la gatita tardó mucho en regresar de Nizamuddin Oeste. Los Piesgrandes le habían comprado en el mercado hierba gatera y esos juguetes con plumas que tanto le gustaban y tenían ganas de juerga. Mara se vio dividida entre sus instintos, que la empujaban a jugar, y su conciencia, que la instaba a volver cuanto antes al zoo. Ganaron sus instintos. Sintiéndose a la vez feliz y culpable, pasó una hora jugando con sus Piesgrandes a matar-a-la-terrible-pluma. Luego llegó la hora de comer y Mara estaba tan cansada tras una mañana en el zoo y una tarde jugando a saltar y a correr que se acurrucó sobre un montón de cojines y se durmió al instante.

Pensaba ir al día siguiente, pero los Piesgrandes tuvieron un invitado sorpresa y, entre sus intentos de robarle al nuevo Piesgrandes la brocha de afeitar y las lecciones de Beraal, Mara estuvo tan ocupada que transcurrió una semana antes de que pudiera volver al zoo.

Cuando por fin regresó, apareció junto a Tantara, que se columpiaba pensativa de una de las ramas más altas.

–Lo siento, mis Piesgrandes me han tenido muy entretenida –dijo–. ¿Dónde está Rudra?

Tantara se enrolló la cola alrededor del cuerpo y se columpió con más fuerza.

–Con su nueva amiga.

En el suelo, los dos cachorros estaban examinando un nuevo cajón de arena.

–¿Vamos con ellos? –preguntó Mara.

–Oh, a mí no me quieren –explicó Tantara–. Su Majestad es de la opinión de que los tigres no deberían relacionarse con humildes langures. Ve tú, si quieres.

Mara se sentía confusa.

–Pero, cuando la nueva tigrita llegó al recinto, Rudra le rugió, ¿no?

Tantara la miró con tristeza.

–Eso duró poco. Rani olisqueó el aroma de la tigrita en el pedazo de tela y cuando salió de la cueva se acercó a ella y se hicieron amigas. Rudra seguía a su madre. Al principio se mostraba despectivo cuando la tigrita le decía algo, así que ella se relacionó más con Rani y pronto Rudra empezó a seguirlas a todas partes. Y ya ves, ahora son amigos íntimos.

–A lo mejor podemos jugar los cuatro juntos, ¿no? Con una nueva cachorra podremos jugar a más cosas –propuso Mara.

La langur se estaba peinando los largos brazos. Se quedó mirando a la gatita, que flotaba en el aire justo una rama más abajo que él.

–Mara –dijo con ternura–. Lo hemos pasado muy bien juntos, pero la nueva tigrita dijo el otro día una cosa que me hizo pensar. Una de las razones por las que vengo aquí a menudo es que no tengo amigos langures. Cuando nací, no había bebés langures en el zoo. Los orangutanes y los chimpancés son… diferentes, son otra cosa.

No puedo hablar con los monos; nos rehúyen por instinto. Y a Rudra le pasa lo mismo: llegó al zoo siendo muy pequeño y no había más cachorros de tigre, aunque había leopardos y linces. A veces también me pregunto si no deberías buscar amigos en tu casa, dondequiera que vivas.

–Pero somos amigos –protestó Mara–. ¿Qué hay de malo en ser amigos?

La langur meneó entristecida la cabeza.

–No hay nada malo en ser amigos, Mara. Solo que, como dijo Tawny, ¿cuándo se ha visto que un tigre sea amigo de una langur y una gata?

Mara contempló a la solitaria langur sobre las ramas y bajó la mirada hasta el suelo, donde estaban los cachorros.

–Pero es que no lo entiende, Tantara; acaba de llegar. Voy a acercarme y me presentaré. Una vez le explique la situación, seguro que todo irá bien.

–Mara… –Tantara no pudo seguir, porque la gatita ya se había marchado.

La langur se quedó pensativa. Cerca de la cueva, Ozzy también miraba con expresión preocupada. La mirada grave del tigre se encontró con la de Tantara. Cada uno vio reflejada en el otro su propia tristeza.

–En la selva no lo hacíamos, claro, pero supongo que aquí tenéis otras reglas –estaba diciendo la tigrita de rayas negras y doradas.

–Hola, Rudra. Siento no haber podido venir antes. ¿A qué jugáis? ¿Podemos jugar Tantara y yo con vosotros? –Mara había descendido hasta ponerse a la altura de la cabeza de Rudra.

La nueva cachorra expresó su sorpresa con un rugido.

–Pero ¿qué es esto? –preguntó.

A Mara le extrañó que Rudra se mostrara tan incómodo.

–Es una amiga… ejem, una visitante. Mara viene de vez en cuando a verme, aunque de hecho vive bastante lejos. Mara, esta es Mulligatawny, aunque prefiere que la llamen Tawny.

–Hola –empezó a decir Mara, pero la tigrita, que movía la cola de un lado a otro, la interrumpió.

–Pobrecillo –le dijo a Rudra–. Habrá sido muy duro vivir aquí sin amigos.

–¡Pero sí que tiene amigos! –exclamó Mara, indignada. Se colocó delante de Tawny para que la tigrita no pudiera seguir ignorándola–. Tantara y yo estamos siempre aquí. También nos gustaría conocerte a ti, por supuesto.

Los delicados bigotes de la tigrita empezaron a temblar de risa.

–¡Es muy divertida, Rudra! No me extraña que le permitieras que viniera a entretenerte. –Volvió la cabeza hacia Mara–. Habrá sido muy cansado para ti venir desde… donde sea. Ahora que estoy aquí, no hace falta que lo sigas haciendo. Pero puedes venir de vez en cuando, si quieres.

A Mara se le erizó el pelo del cuello.

–Rudra, ¿vas a dejar que nos hable de esta manera?

Tawny se estiró, mostrando la belleza de sus músculos bajo la piel rayada.

–¿«Nos hable»? Mira, gatita, no sé en qué mundo vives, pero yo vivo en el mundo real y te aseguro que fuera de aquí es una jungla. Y en esta jungla no hay lugar para una gatita que –sacó rápidamente las uñas y dio unos zarpazos a Mara, atravesando su imagen– ni siquiera existe dentro de esta jaula. Y en cuanto a que un tigre entable amistad con un langur… por Dios. Antes o después, Rudra crecerá y se hará más fuerte, con unos colmillos muy afilados. ¿Crees que será una buena idea que juegue a luchar con la señorita langur de ojos dorados? Ve en busca de los de tu especie, gatita. No tengo nada contra ti, pero en este mundo hay que respetar los instintos.

Mara tenía los bigotes y la cola totalmente flácidos. Desde su rama, Tantara movió sus expresivas manos en un gesto de «Ya te lo decía yo».

–Entonces, ¿es por eso, Rudra? –preguntó Mara–. ¿No quieres que sigamos siendo amigos porque Tantara es de otra especie y porque yo no estoy realmente aquí? ¿Eso es lo que sientes?

–Sí –dijo Tawny–. Eso es lo que siente.

El cachorro de tigre blanco miraba indeciso a una y otra, moviendo la cola. Se volvió hacia sus padres, que estaban sentados en silencio

junto al estanque. Rani permaneció impasible y no dio un paso hacia él, y la enorme cabeza de Ozzy estaba vuelta hacia otro lado.

–Tawny –dijo Rudra–, ¿por qué no me dejas un momento a solas con mis amigas?

Tawny entrecerró los ojos verdes y le dirigió una mirada iracunda.

–Si así lo quieres. –Se alejó muy tiesa, con la barbilla levantada, y se instaló debajo de un árbol, dándoles la espalda a Rudra y sus amigos.

–Baja un momento, ¿quieres? –le dijo Rudra a Mara. La gatita seguía flotando inmóvil sobre su cabeza–. Por favor. Tenemos que hablar los tres. –El joven tigre se acercó al árbol de Tantara, quien tras dudar un momento descendió a las ramas más bajas–. Siento que Tawny os haya hablado así. No está acostumbrada a una amistad como la nuestra. Ha vivido en la selva, donde las reglas son otras.

Mara empezó a mover la cola.

–Entonces, ¿podemos ser amigos?

Tantara y Rudra se miraron.

–Tal vez es el momento de que nos separemos y hagamos cada uno nuestra vida –dijo la langur–. He estado pensando que nunca me relaciono con los gibones *hoolock* y con los lémures, aunque en más de una ocasión me han ofrecido su amistad. Además, Rudra y Tawny necesitan tiempo para conocerse.

La gatita no podía creer lo que estaba oyendo.

–¿Y por qué no podemos ser amigos los cuatro? Hasta ahora no nos preocupaba ser de distintas especies, ¿no?

Rudra exhaló un suspiro.

–Antes no importaba, Mara, porque éramos cachorros, gatitos o jovenzuelos… no éramos más que niños jugando. Pero Tantara tiene razón y Tawny también, aunque lo exprese con más dureza. Tenemos que dedicar un tiempo a hacer nuestros propios amigos.

Mara movió las orejas.

–No entiendo qué importa que seamos diferentes –insistió.

El pequeño tigre cruzó una mirada con su madre. Durante un rato, pareció que mantenían un diálogo silencioso.

–De acuerdo –dijo al fin–. No me gusta nada hacer esto, pero a lo mejor es la única forma de que te convenzas.

Abrió la boca y soltó un rugido. Esta vez no fue un rugido pequeño. Le había cambiado la voz. Empezó en la garganta y fue subiendo de intensidad hasta convertirse en el rugido amenazador de un tigre adulto. Ensanchó el pecho y unas ondas recorrieron su pelaje. Aterrada ante la metamorfosis de su amigo, Mara empezó a maullar como loca. Tantara trepó a las ramas más altas, desde donde parloteaba y lanzaba agudos chillidos de aviso.

Mara estuvo en un tris de perder el control. Tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir el deseo de emitir su terror al canal general de los gatos. Sin embargo, las clases de Beraal habían hecho efecto. Cuando Mara abrió los ojos, Rudra había dejado de rugir y la miraba lleno de compasión.

–Me estoy convirtiendo en un adulto, Mara –dijo con voz queda–. Este último mes me ha resultado más difícil jugar con vosotras sin haceros daño. El otro día casi le di un mordisco en el cuello a Tantara y, si sigo así, un día puedo hacerle daño de verdad. Ozzy también lo cree. Es mucho más pequeña y tengo instintos de cazador; no puedo evitarlo, Mara.

Tamara había ido bajando de las ramas más altas, pero se mantuvo a una prudente distancia de Rudra. Se sintió afligida al ver la triste expresión de Mara.

–Es cierto, Mara –intervino–. No podría jugar con Tawny porque sus instintos cazadores están desarrollados. Ayer quiso cogerme. De no ser porque Ozzy y Rani se interpusieron entre ella y yo, la cosa habría acabado mal. Tanto Rudra como yo hemos fingido que no sentíamos la llamada de los instintos. Yo he tenido que reprimir los deseos de apartarme de él y de avisar a los otros monos de su presencia. Nuestros olores están cambiando, Mara. Nuestra sangre está cambiando.

La carita de Mara se entristeció.

–¿Quieres decir que nunca más podré venir a veros?

–Claro que puedes venir, Mara. –Era Ozzy, que se había acercado sigilosamente al grupo. Llevaba un tiempo escuchando la conversación y sentía pena por la gatita–. Puedes venir siempre que

quieras y no corres peligro porque en realidad no estás aquí. Ninguno de nosotros puede hacerte daño, ni siquiera Tawny.

Mara le emitió un caluroso abrazo a través de los bigotes. Le estaba inmensamente agradecida.

–Tawny piensa que soy un bicho raro.

–No eres ningún bicho raro, Mara –dijo Ozzy–. He llegado a ver algunos bichos raros (un cachorro de tigre con dos cabezas, venados que nacieron unidos por la cadera) y tú no eres una de ellos. Pero es cierto que eres una gatita muy especial. Ahora no te lo creerás, pero cada vez tendrás menos ganas de visitarnos, aunque espero que vengas alguna vez. De todas formas, piénsalo: si Tantara hace amistad con los gibones y Rudra tiene una amiga tigrita, ¿por qué no haces amigos entre los gatos? ¿Qué pasa con ese Southpaw que mencionaste, no has vuelto a verle?

Era cierto que Southpaw la visitaba de vez en cuando. A Mara le gustaba jugar con él, pero siempre le insistía en que saliera de casa y ella no estaba dispuesta, por lo menos de momento. Prefería ir a ver a sus amigos del zoo, sin tener que renunciar a la comodidad de su vida con los Piesgrandes. Iba a explicárselo a Ozzy, pero, cuando tomaba aire para hablar, vio en la mirada preocupada del tigre que ya conocía la respuesta.

Mara estaba confusa; el cachorro y la langur veían titilar su imagen, que aparecía y desaparecía. Pero se sobrepuso y sus contornos se hicieron más nítidos.

–Gracias por la explicación, Ozzy. Vendré a menudo a veros.

Frotó la cabeza contra la de Rudra y enrolló su cola con la de Tantara, larga y gris.

–Hasta la vista –dijo con voz temblorosa.

–Hasta la vista, Mara –se despidió Rudra–. Cuídate y vuelve algún día. No te olvides de nosotros cuando tengas nuevos amigos.

La gatita desapareció rápidamente para que no pudieran ver sus bigotes caídos. Rani se enterneció al comprender lo triste y sola que se sentía la gatita.

–Espero que no tarde en encontrar a un buen amigo de su propia especie, Ozzy –le comentó más tarde a su compañero.

–Seguro que sí, Rani –la tranquilizó el tigre–. Si esta gatita puede hacerse amiga de los tigres, es que puede hacerse amiga del mundo entero. Espera y verás.

Al caer la noche, la gatita estaba hecha un triste ovillo en las escaleras traseras de su casa. Beraal, que conectó con ella a través de los bigotes, vio su lastimoso estado y escuchó sus cuitas. Cuando Mara acabó de hablar, Beraal estaba junto a ella.

–Por favor, hoy no tengamos clase, ¿vale? –pidió Mara.

–No, Mara, hoy no hay clase –dijo Beraal–. Pero tus amigos los tigres y el langur tienen razón, ¿sabes? Tienes que salir de casa, Mara. Southpaw y yo podríamos acompañarte, presentarte a los demás gatos… Podríamos empezar por acostumbrarte al parque, si quieres.

Mara apartó los bigotes.

–Me gusta estar en casa. El mundo exterior me da miedo, salvo cuando puedo viajar emitiendo con los bigotes. No quiero salir de casa, Beraal.

No hubo manera de hacerla cambiar de opinión. Finalmente, Beraal desistió y, después de asegurarse de que Mara se encontraba bien, decidió ir a cazar ratones al *dargah*. Le habría pedido consejo a Miao, pero hacía unos días que la siamesa estaba apostada frente a la Casa Cerrada. Antes de empezar con su vigilancia, le había comentado a Beraal:

–Desde que Southpaw nos trajo noticias de Datura y los gatos salvajes, no he podido dejar de pensar en esa casa. Noto un cambio en la atmósfera y, si su Piesgrandes está enfermo, más vale que nos preparemos, porque vienen tiempos duros.

Beraal no entendió sus palabras. Para ella, como para el resto de los gatos de Nizamuddin, la Casa Cerrada era un lugar siniestro y triste en el centro de su territorio. Lo único que podía hacerse era rodearlo sigilosamente y pasar de largo.

–Necesito pasar unos días cerca de la Casa Cerrada para captar mejor el olor de los gatos salvajes –explicó Miao al ver el

desconcierto de Beraal–. Necesitaremos aliados, por si acaso salen. Ayuda a Katar a cuidar del clan, Beraal. No tardaré en volver.

Cuando Beraal se marchó, la gatita permaneció en las escaleras más tiempo del habitual, viendo cómo discutían los *mynah* y cómo jugaban las ardillas a perseguirse. Los milanos sobrevolaban el lugar en parejas, los ratones almizcleros se turnaban para excavar túneles en la tierra, al pie del árbol *neem*. Parecía como si todas las criaturas de Nizamuddin tuvieran amigos y compañeros a excepción de Mara.

Las visitas de Southpaw eran impredecibles. Mara pensó con desánimo en lo que haría cuando sus Piesgrandes no estuvieran: vagaría por la casa arrastrando la cola por el suelo. Si no podía visitar a los tigres tan a menudo como antes, tendría muchas horas de soledad.

Los Piesgrandes la encontraron lloriqueando en la escalera y la cogieron en brazos. Mara agradeció sus mimos. Le dieron un plato de rico estofado, la arrullaron y la dejaron dormir en la cama con ellos. Al cabo de un rato, Mara empezó a encontrarse mejor, pero siguió sintiendo la soledad y el vacío en su corazón, incluso mientras tomaba las lecciones de Beraal, incluso mientras jugaba alegremente con los Piesgrandes.

Unos días más tarde, las nubes se agruparon y empezaron a tronar los cielos. Mara contempló el primer monzón de su vida sentada detrás de la ventana. Era un día tan oscuro y gris como su estado de ánimo. El fuerte viento traía los gemidos de los árboles y los arbustos azotados por la lluvia. Las copas de los árboles señalaban el límite del universo de los indómitos, pero Mara se dijo que nunca se acostumbraría a aquel mundo tan inmenso, donde los cielos se abrían en un bostezo tras otro y a los gatos les crepitaban los bigotes cuando hablaban de la Emisora.

10

Primera sangre



–Sí, Katar –dijo Southpaw–. No, Katar.

Aquello le resultaba tristemente familiar y todavía le dolía el trasero de los azotes que le había propinado el guerrero.

Katar le lanzó al gatito una mirada iracunda.

–Primero, la Casa Cerrada; luego te cuelas en una vivienda de los Piesgrandes, ¡y ahora Hulo me cuenta que trepaste por el Árbol de la Cobra! Por todos los bigotes y las zarpas…

De repente, Miao apareció en medio de los dos como salida de la nada. Parecía que hubiera brotado de entre las raíces del viejo flamboyán donde se encontraban Katar y Southpaw. La gata se sentó con las zarpas bien colocadas una sobre otra, como si llevara allí mucho tiempo, y clavó la mirada en Southpaw durante lo que al cachorro le pareció una eternidad. Luego se acercó a él. Southpaw sintió en su pelo la suave caricia del pelo color crema de la faz de la siamesa. Miao levantó los bigotes y los enrolló alrededor de los bigotes pequeños y más rasposos de Southpaw. El cachorro no osaba moverse. Así permanecieron unos instantes. Los ojos marrones de Southpaw se clavaban con inquietud en la mirada azul y lejana de la gata siamesa. Luego Miao suspiró, se apartó del cachorro y se estiró.

–Estoy de acuerdo con Katar en que no es buena idea que entres en las casas de los Piesgrandes –dijo Miao–. Pero puedes visitar a la

Emisora, siempre que no dejes que te vean los Piesgrandes. Tal vez no sea mala idea que os hagáis amigos… puede que incluso sea necesario. Y, en cuanto a tu incapacidad para lograr que tus bigotes no se metan en líos, te espero al anochecer en el muro del establo. No llegues tarde.

Con la cola enhiesta para mantener el equilibrio, dio media vuelta, dispuesta a marcharse.

–Miao –Southpaw movía indeciso la colita–, ¿qué vamos a hacer?

La mirada azul de Miao volvió a posarse en el cachorro.

–Si eres lo bastante mayor para subir al Árbol de la Cobra y para entrar sin permiso en la casa de la Emisora, es que ya tienes edad para cazar.

Katar mostró su desacuerdo con un movimiento de orejas.

–Ni siquiera tiene seis meses –protestó–. Todavía tiene los bigotes negros. ¡Ni uno se le ha puesto blanco! Los gatitos deben tener por lo menos tres bigotes blancos para cazar.

La cola de Miao azotó el aire una sola vez.

–Al ritmo que lleva, se matará antes de tener un solo bigote blanco. Si ha sido lo bastante listo como para sobrevivir al venenoso grupo de Datura, es que tiene madera de cazador. Al anochecer, Southpaw, no lo olvides.

Había disminuido el ruido de los coches de los Piesgrandes y en sus casas se iban encendiendo las luces, lo que en opinión de Southpaw las asemejaba más a una madriguera. Se había colado en la casa de la Emisora cuando los Piesgrandes no miraban y había pasado la tarde allí. Pero, antes de que el cielo empezara a oscurecerse, ya estaba en el muro. Tuvo que escabullirse entre las piernas de los Piesgrandes que iban a una boda y dar un rodeo para evitar la estridente carpa ceremonial. Su nariz se estremeció con el sabroso aroma de la carne asándose, pero resistió la tentación de intentar llevarse un pedazo.

La luz perlada del atardecer pasó lentamente a un azul oscuro mientras el gatito esperaba pacientemente sobre el muro del establo. Luego cayó la noche y empezó a refrescar. Southpaw

escuchaba el parloteo de los pájaros y sus disputas nocturnas, pero no se movió de su sitio, renunciando incluso al placer de perseguir a las ardillas y los escarabajos que correteaban por el muro.

Cuando Miao llegó, la luna estaba alta en el cielo azul oscuro y hacía rato que los pájaros se habían ido a dormir. Miao apareció en un instante. Primero no estaba y luego Southpaw sintió que se le erizaba el pelo del cuello y vio a la gata sentada sobre el muro como si nunca hubiera estado en otro lugar. El cachorro no mencionó que llevaba tiempo esperando y la gata tampoco dijo nada, pero, cuando le indicó que la siguiera con un movimiento de los bigotes, Southpaw intuyó que acababa de superar una prueba.

Era una noche humeda y el aire olía a reina de la noche y jazmín en flor. La media luna estaba parcialmente tapada por las nubes. Saltaron del muro y se internaron entre la maleza. Southpaw temblaba de emoción.

–Miao, ¿a dónde…?

La gata se volvió hacia él y le dio un golpe con la mandíbula. Los dientes le dejaron una fina marca roja en el cuello.

–Primera regla –dijo–. Nada de maullar, nada de conectarse con los bigotes salvo que yo lo diga, porque tus presas son lo bastante pequeñas como para captar las señales y lo bastante listas como para salir huyendo.

Con otro golpe obligó Southpaw a volver la cabeza hacia la derecha y hacia abajo para ver un ratoncito almizclero que se escabullía entre los arbustos de lantana.

Al gatito le dolieron los golpes, pero sobre todo no entendió que Miao le hubiera castigado. Desde que él podía recordar, Miao era quien le lavaba a diario con la lengua, quien bromeaba con los enredos que se le formaban en la pelambre. Fue ella quien le llevó su primer ratón –que estaba delicioso– y se lo dio para comer. Siempre dejaba que el gatito jugara con su cola y saltara sobre ella y se limitaba a apartarle suavemente si la mordía con demasiada fuerza. Jamás le había tirado al suelo –como Hulo— si se ponía pesado, ni golpeado en la tripa, como Katar solía hacer; no le había dado siquiera un mordisco de advertencia… Sin embargo, acababa de golpearle con más fuerza que cualquiera de los demás gatos.

Se limitó a seguirla en silencio, muy abatido. Los golpes le seguían resonando en la cabeza. Notaba la tierra fresca bajo las patas y, al llegar al camino empedrado, Southpaw siguió el ejemplo de Miao y escondió las uñas para no hacer ruido.

Cuando se le despejó la cabeza, observó con detenimiento a Miao: parecía deslizarse sobre el suelo. Apenas apoyaba las patas y evitaba pisar sobre hojas secas, ramitas, barro, bolsas de papel o cualquier otra cosa que hiciera ruido; si era preciso, cambiaba el paso a media zancada. En dos ocasiones se detuvo bruscamente, una para dejar pasar a un perro callejero –que afortunadamente ni siquiera los vio– y otra por alguna razón que Southpaw no llegó a descubrir. Vio que la gata ladeaba la cabeza y tensaba los bigotes; al parecer, lo que oyó la satisfizo, porque continuó su camino junto al seto hasta que llegaron a un descampado que los separaba de las casas de los Piesgrandes, todavía a considerable distancia.

Southpaw había mantenido la cola triste y flácida todo el camino, pero ahora empezó a levantarla, más animado. El descampado lindaba con una amplia zona de arbustos entre Nizamuddin y la siguiente hilera de viviendas. Era una especie de tierra de nadie, tan salvaje como el terreno que rodeaba la Casa Cerrada, pero mucho menos amenazador. En realidad, la zona peligrosa estaba más allá, donde la lantanta y la acacia tejían una erizada maleza y las dúctiles ramas de la reina de la noche silvestre trepaban por las paredes de las casas de los Piesgrandes.

El gatito solo había estado allí en una ocasión en que siguió furtivamente a Katar mientras merodeaba entre la alta hierba en busca de una presa. Eran los límites del territorio de los gatos de Nizamuddin; un poco más allá empezaba el de los cerdos del canal.

Avanzaban entre matojos de altas hierbas carriceras, cuyos penachos de color púrpura parecían las sombras de extraños seres asintiendo en las alturas. De repente, Miao se detuvo y se escondió tras una pila de trocitos de madera, bolsas de plástico y otros residuos de los Piesgrandes. La gata le hizo una señal a Southpaw para que prestara atención. Los pelillos de sus orejas se estremecían y volvían a ponerse tiesos, señal de que oía algo emocionante.

Southpaw se concentró, pero lo único que conseguía oír eran los sonidos propios de la noche: los pitidos de las bocinas que llegaban de la carretera, el alegre chirrido de los grillos, el crujido ocasional de la hierba seca. Las lechuzas rompían de vez en cuando el silencio de la noche con su ulular solemne y entrecortado.

Miao fijaba la mirada en algo que había en la hierba; tenía el cuerpo tan tenso que se adivinaban los músculos bajo su piel y sus bigotes se estremecían. De repente, tal como se había tensado se relajó; un segundo más tarde, un lagarto salió corriendo de entre la hierba, evitando a los dos gatos. Southpaw se preparó para saltarle sobre la cola, pero Miao le detuvo con un movimiento de los bigotes.

Estuvieron un buen rato esperando y poco a poco Southpaw sintió que se calmaba y sus sentidos empezaron a captar todo lo que había a su alrededor. Le habría gustado hacerle un montón de preguntas a Miao, pero ya le había advertido que no podían comunicarse ni a través de los bigotes. La gata irradiaba una profunda quietud. En medio de las altas hierbas resultaba casi invisible; una polilla se le posó en la cabeza y salió volando asustada cuando la gata movió un bigote.

Southpaw empezó a dibujarse un mapa mental del lugar. Había muchas ratas o las había habido; percibía sus recorridos. Le sorprendió comprobar lo extensa y ordenada que era su red de caminos, muchos de los cuales llegaban hasta el límite del terreno. Southpaw inhaló con los ojos cerrados y le pareció que distinguía el olor de antiguos túneles. Pero algunos de los agujeros estaban apartados de las sendas de las ratas y olían distinto, con un toque más aceitoso. Era un olor seductoramente familiar y sin embargo extraño; le llevó unos segundos situarlo. Su visión nocturna le permitió vislumbrar mejor los agujeros: tenían forma casi de hocico y el olor era… ¡ya lo tenía! Allí vivían las ratas bandicuts. Había algo más que no lograba situar, ráfagas de un aroma intenso y oscuro, pero no malvado, que parecían tambores de advertencia en el aire nocturno.

Miao dejó oír un husmeo de advertencia y se colocó en posición de ataque, con las uñas desplegadas, las orejas tiesas, la barriga en el suelo y los cuartos traseros subidos, preparados para saltar.

Southpaw entrechocaba los dientes de pura excitación. Imitando a Miao, se tiró al suelo justo a tiempo para ver a una rata de campo que cruzaba la senda llena de pánico. El zarpazo de Miao fue tan rápido que Southpaw ni lo vio. Tampoco la infortunada rata, que saltó por los aires y aterrizó con un ruido sordo a su lado. Incapaz de controlar su deseo de hincarle el diente, Southpaw olvidó sus modales y se abalanzó sobre el roedor. Se oyó un bufido y Miao le dio un golpe en el tierno hocico.

–¡No hagas nunca eso! Comprueba siempre que tu presa está muerta y no solamente atontada.

Se acercó cautelosamente a la rata, la observó unos segundos y la tiró al aire con un hábil movimiento de zarpa. El animal fue a caer al lado de Southpaw.

Miao se apartó un paso. Cuando Southpaw la interrogó con la mirada, no contestó. Sus ojos eran inescrutables.

–Es tu presa –dijo el gatito educadamente– ¡Aayyy! –En su intento desesperado por escapar, la rata acababa de clavarle en las ancas sus dientes amarillentos.

–No es de nadie mientras no esté muerta, Southpaw –espetó Miao.

El gatito miró dubitativo a la rata, que le devolvió una mirada cargada de miedo y de ira. Su instinto le decía que la matase y había empezado a salivar solo de pensar en el sabor de la carne y la sangre; por otra parte, el animal era más grande de lo que él había imaginado y tenía unos dientes afilados. El olor a sangre que flotaba en el aire no era solo de la rata.

Southpaw movió los bigotes hacia adelante y por poco pierde uno más, porque contra todo pronóstico la rata corrió hacia él en lugar de escapar. El roedor había perdido sangre y tenía los ojos vidriosos, pero le dio un fuerte mordisco en la cara y se escurrió hacia su pata trasera. Southpaw se giró casi al mismo tiempo que la rata y apartó la cola justo a tiempo para evitar un mordisco.

Le sudaban las patas y ya no podía ver a Miao. No veía el camino, las sendas de las ratas ni sus agujeros, no era consciente de las hierbas ni de los arbustos de lantana. Solo veía el cuerpo tenso de la rata, que buscaba un punto de ataque, y fue dando la vuelta sobre

sí mismo, con las uñas fuera, para coger a la rata por sorpresa. De un zarpazo hizo saltar a la rata por los aires y esta vez cayó como un bulto sin vida. Southpaw no quiso arriesgarse y golpeó dos o tres veces el cuerpo de la rata para asegurarse de que estaba muerta. Luego, aunque ya salivaba pensando en el festín, hizo un esfuerzo y se dirigió a Miao.

–Es tu presa.

Miao se acercó a examinar la rata. La tocó también dos o tres veces para asegurarse de que estaba muerta y le arrancó cuidadosamente la garganta, considerada una exquisitez. Southpaw apartó la mirada. Solo los bebés babean, se dijo, mientras hacía un gran esfuerzo por no babear ante la expectativa de zamparse una tierna rata acabada de cazar.

–Creo que esto es tuyo –dijo Miao. Dejó caer ante Southpaw el trozo de la garganta y, como el gatito no reaccionaba, le empujó suavemente la cabeza hacia abajo.

Fue suficiente invitación y los dos compartieron la comida amigablemente. Miao se zampó el sabroso estómago y Southpaw se deleitó con la cola y el lomo.

–Ha sido una buena caza, para tratarse de tu primera presa –dijo Miao cuando acabaron de comer–. Hay cosas que mejorar, podría haber estado mejor, pero no lo has hecho mal, jovencito.

Agradecido, Southpaw frotó la cabeza contra la de Miao y ronroneó. La gata le cedió las dos presas siguientes: un ratón y una musaraña, con los que no tuvo dificultad una vez hubo aprendido a dar zarpazos con las uñas extendidas. Pero en cada ocasión tenía miedo, porque hasta la presa más pequeña puede causar daño, sobre todo cuando lucha por su vida. Miao observaba al gatito esforzándose por superar sus inseguridades y se dijo que se convertiría en un buen guerrero. La experiencia le había enseñado que lo importante en un guerrero no era el tamaño ni lo rápido que fuera con las zarpas o lo afilados que tuviera los dientes, sino su capacidad para controlar el miedo.

Avanzaron entre las altas hierbas observando los túneles de las ratas, investigaron unas ramas podridas y siguieron rastros olfativos en el barro y Southpaw se dio cuenta de que la caza era mucho más

que el hecho de matar una presa. Acechó a unos ratones simplemente para practicar, pero, cuando iba a matarlos, Miao le detuvo.

–No mates nunca por diversión. Solo para comer. No mates cuando tengas la barriga llena, salvo en defensa propia o para defender a otros gatos.

Tanto la gata como Katar le habían dicho esto en otras ocasiones. Y él lo recordó cuando Datura le acorraló en la Casa Cerrada. Pero era la primera vez que lo ponía en práctica.

Así que dejó libre al tembloroso ratoncito que había atrapado bajo la zarpa.

–¿Y Datura por qué mata por diversión? –preguntó.

Miao azotó un par de veces el aire con la cola y entrecerró los ojos.

–Él y su repugnante pandilla de la Casa Cerrada infringen casi todas las leyes. Sus platos de comida están sucios. El aire de su casa apesta a sangre. Matan gatitos y polluelos simplemente porque pueden.

La gata bajó la mirada hacia Southpaw, que la escuchaba con atención.

–Algunos animales son unos matones, Southpaw. No sabemos por qué ocurre, pero por desgracia así es. Hay gatos que se vuelven raros y salvajes, caballos que enloquecen y animales como Datura, que han nacido estropeados, como si algo se hubiera roto en su interior. Si un día conectas con ellos, lo podrás oler: la locura y la maldad tienen su propio hedor, como la carne podrida. Y es mejor apartarse de esa pestilencia.

Emprendieron el camino de regreso a casa. La luz de la luna, que asomaba entre las nubes, tenía un toque púrpura y amarillento como el de un moretón de varios días. Ya casi habían llegado a la seguridad y el confort de las casas de Piesgrandes y la carretera que llevaba al parque cuando Southpaw notó que se le erizaba el cuerpo. Miao dio media vuelta y un espeso aroma a pelo mojado y a cedro impregnó el aire. Por detrás flotaba el olor oscuro y peligroso que Southpaw había percibido antes a ráfagas, como tambores de advertencia.

Volvió la cabeza, aunque realmente no quería ver lo que había. Miao mostraba los dientes y dejaba oír un sordo gruñido, con la cabeza baja y los hombros levantados. Pero la gata estaba un par de pasos atrás, de modo que Southpaw se encontraba más cerca de lo que la había asustado. Cuando el cachorro volvió lentamente la cabeza al frente, le temblaban las patas.

Lo primero que vio fueron los ojos de un animal inteligente, capaz de evaluar y hacer preguntas. Una faz bien definida, con pelos marrones y grises aplastados hacia atrás, unos bigotes oscuros inquietos que buscan información. Las orejas redondas le daban un aspecto casi infantil, pero se trataba de un animal casi del tamaño de Miao y con un cuerpo musculoso. Southpaw tragó saliva cuando le vio las zarpas, como puñales curvos y seguramente afiladas como hojas de afeitar.

–Ni se te ocurra tocar al cachorro –dijo Miao, colocándose junto a Southpaw–. Quienquiera que seas, primero tendrás que acabar conmigo.

–Podría degollaros a los dos, gata. –El animal habló en selvático–. Pero ya he cazado esta noche y mi sed de sangre se ha aplacado. Lo mismo que le ha pasado al gatito, según veo. ¿Has cazado un par de presas, chico?

–¡Tres! Y es mi primera noche de caza –dijo Southpaw, olvidándose por un momento del miedo.

El animal frunció los ojos y se volvió hacia Miao.

–¡Qué bonito ser joven y matar por primera vez! Soy Kirri, del clan Mungusi. Puede que haya una forma de terminar este encuentro sin derramamiento de sangre y puede que no. ¿Qué dices tú, oh, gato?

Miao había dejado de gruñir, aunque su pelambre erizada indicaba que seguía alerta.

–Hola, Mangosta –dijo amablemente–. Me llamo Miao y hacía muchos años que no me tropezaba con un miembro de tu especie. ¿Acaso han vuelto las serpientes a Nizamuddin?

Kirri la miró unos instantes en silencio.

–Aquí no –explicó–. Un poco más allá, donde los Piesgrandes están construyendo otra de sus madrigueras, me encontré con una vieja Nagini, pero no demasiado vieja para luchar, ¡y cómo bailamos

las dos! En un momento dado me inmovilizó, pero logré liberarme; luego la mordí en el cuello, pero ella me apartó de un coletazo. Hacía meses que no bailaba un baile tan hermoso. Ahora está muerta y yo he hundido el hocico en su sangre, pero era una gran luchadora.

–No me cabe duda de que tú también eres una gran luchadora y de que has matado muchas serpientes –dijo Miao.

Era una pura fórmula de cortesía, pero la mangosta pareció complacida.

–Así es, Miao. Si bien no perteneces al clan Mungusi, no cabe duda de que eres una gran cazadora, un miembro del clan de las Cicatrices. Tú y el chico podéis seguir vuestro camino esta noche y, puesto que he tenido buena caza, lo mismo que el jovencito, le permito que me haga una pregunta.

Miao miró a Southpaw y asintió. Pero tenía el pelo del cuello un poco erizado y el cachorro comprendió que estaba nerviosa. La mangosta parecía muy tranquila ahora, pero podía irritarse fácilmente. Southpaw adivinó que tendría que hacerle la pregunta correcta. ¿Debería preguntarle a Kirri cómo se mata una serpiente? ¿Tendría que pedirle consejo sobre los golpes más letales?

Pero finalmente no preguntó ninguna de estas cosas. Sin que él mismo entendiera por qué, le dijo lo siguiente:

–Por favor, señora mangosta, ¿me permite mirar dentro de su mente?

Los ojos de la mangosta se oscurecieron. Se estiró, se irguió sobre los cuartos traseros, mostró sus relucientes zarpas.

–¿Me preguntas si puedes conectarte conmigo? ¿Tú, un simple gatito? ¿Conmigo?

Sin apenas mover los bigotes, tan bajito que Southpaw estaba casi seguro de que Kirri no la oyó, Miao le dijo: «Si ataca, sal corriendo. Yo me encargo de ella. Corre en cuanto veas el menor movimiento, no esperes».

El cachorro miró a la mangosta. Todo en ella le inspiraba terror: la sangre coagulada alrededor de su boca, las garras como cuchillos, el cuerpo musculoso, sin un gramo de grasa. Sin embargo, estiró los bigotes y habló:

–Esta noche ha cazado usted una presa, Madame Mangosta. Yo he cazado tres y era la primera vez que cazaba en mi vida. Le pido disculpas si me he equivocado al preguntarle eso, pero solo quería saber cómo era la mente de una verdadera cazadora.

La mangosta se puso a cuatro patas.

–¿Así que quieres saber cómo es la mente de un cazador? Ven, gatito. Entra en mi mente, pequeño.

La mangosta le miraba fijamente y Southpaw se sumergió en aquellos brillantes ojos negros.

Su primera impresión fue de algo duro y afilado. Era como estar sobre una superficie de obsidiana. La mente de la mangosta era suave y opaca, un cristal oscuro, y, a medida que se adentraba en ella, sentía como si unas garras ocultas le acariciaran suavemente. Los recuerdos de la mangosta estaban bien organizados. El gatito pasó entre imágenes de serpientes, ratas y otras presas más pequeñas; en primer plano estaban las imágenes de las presas vivas, luchando; luego las de los animales muertos, a menudo ensangrentados y mostrando los dientes. Había un grupo de memorias de planes de ataque: cómo dar la vuelta en el aire, cómo sorprender a la presa desde atrás, cómo danzar con una cobra.

–Southpaw, ya es suficiente.

El gatito no hizo caso de Miao y dio un paso más, lleno de fascinación. Había algo que le atraía poderosamente en el centro de aquella llanura.

–Ven –le dijo una voz suave dentro de su cabeza. Southpaw se internó todavía más en los ojos negros de Kirri–. Acércate, pequeño. Descubre lo que quieres saber.

–¡Vuelve, Southpaw!

Algo latía tras el espejo negro. Southpaw percibía el pensamiento fijo y penetrante del depredador, centrado en matar limpiamente, conseguir buena caza. Sentía que tenían buena conexión, quería acercarse, saber más. La imagen en el espejo empezó a tomar forma, a adquirir contornos. Estaba borrosa y de repente se aclaró: Southpaw se encontró ante su propia imagen y empezó a comprender. Los bigotes le temblaban, los ojos se le llenaron de pánico.

Miao le dio un mordisco en el costado que le hizo chillar de dolor y apartarse de un salto. Los dientes de la mangosta se cerraron de golpe muy cerca de su oreja. Southpaw dio un aullido y esquivó un zarpazo del animal; sus largas uñas curvas le pasaron rozando. Entonces Miao saltó sobre la mangosta y la golpeó en el abdomen. Las dos rodaron por el suelo en una confusión de pelo marrón y blanco… y se acabó todo.

Miao parpadeó. Southpaw parpadeó. Kirri se había esfumado, había desaparecido entre las hierbas que se agitaban al viento.

–Hemos estado muy cerca –dijo Miao–. Esto te enseñará a no confiar nunca en un depredador. Siento el mordisco, pero ibas directo a su boca, sin enterarte de nada, como si fueras un bebé que no supiera nada de caza.

Southpaw se sentía más avergonzado que dolorido, aunque todavía le dolía la oreja que Kirri había estado a punto de arrancarle.

–Es que me resultaba tan fascinante…

–La mayoría de las mangostas lo son. Debes tener cuidado con los animales fascinantes, joven Southpaw. Son peligrosos. Y ahora vamos a casa. Es hora de que descanses.

Una lechuza volaba en círculos sobre sus cabezas preguntándose si serían buena presa, pero, aunque hubiera podido llevarse al gatito, el gato más grande no lo habría permitido y la lechuza no estaba dispuesta a arriesgar las plumas.

Los roedores del descampado olisquearon los restos de piel y de sangre que indicaban la pérdida de tres de los suyos y enviaron un mensaje por la red de sendas para recomendar prudencia. Había un nuevo cazador, joven y aguerrido, en Nizamuddin. Después, las largas hierbas con penacho púrpura volvieron a quedar en silencio, interrumpido tan solo por los apresurados pasos de los roedores. Si Kirri seguía allí, no volvió a cazar, y nada más vino a turbar la paz de la noche.

–¿No podrías bajar el volumen o lo que sea? –pidió Southpaw.

Mara husmeó. En las dos últimas visitas de Southpaw habían conectado mejor y jugaron estupendamente a pasar la pelota y a

perseguirse la cola, pero hoy el gatito parecía haberse olvidado y estaba actuado como un abusón insoportable.

–¡Mara, me has hecho daño! –dijo Southpaw. Aplastaba las orejas contra la cabeza y resoplaba enfurruñado–. Y no es cierto que sea un abusón. Intento enseñarte a cazar.

–¡No quiero cazar! Detesto cazar. Southpaw, lárgate.

–¡Ayyy!

–Lo siento.

De mutuo acuerdo, decidieron parar y asearse. Mientras se lavaba los costados y la punta de la cola, Southpaw se preguntó cómo lograr que Mara dejara de emitir a un volumen tan alto. La gatita tenía un día difícil y recibir sus emisiones resultaba doloroso, como si a uno le dieran golpes en la cabeza.

Mientras tanto, Mara se lavó los bigotes tres veces y se esforzó por no emitir lo que pensaba. En realidad no creía que Southpaw fuera un abusón, por lo menos últimamente. Mostró mucha paciencia cuando Mara atrapó su cola por equivocación, por ejemplo. Pero la gatita no entendía por qué se mostraba tan emocionado con su salida a cazar la noche anterior. Y se ponía cada vez más nerviosa cuando sus pensamientos pasaban del dominio privado a emitirse al resto de los gatos. No lo hacía a propósito, pero le costaba mucho esfuerzo mantener los pensamientos para sí y, cuanto más nerviosa se ponía, más difícil le resultaba. Era como intentar que el agua derramada no se extendiera.

–Además, ¿para qué iba a aprender a cazar ratones si todo el mundo sabe que la comida llega en preciosos cuencos de plástico rosa?

–Mara, no empieces otra vez. Para, por favor. ¡Me duele la cabeza!

–¡Lo siento!

Los dos gatitos se miraron. Mara tenía los bigotes caídos.

–Perdona, Southpaw. No acabo de entender por qué hay que cazar, y hoy me está costando mucho no emitir mis pensamientos. Pero es que no comprendo por qué te emocionas tanto con este tema… ¿Qué tiene de especial?

Southpaw empezó a resoplar de impaciencia, pero Mara lo miraba con tanto candor que se detuvo y, tras pensarlo un momento,

intentó explicárselo.

–… y el ratón fue a la derecha, pero yo le había bloqueado la salida mientras Miao cubría la izquierda, así que resultó fácil.

Mara jugaba con su atado de lanas. Intentaba sacar solamente una hebra, pero cada vez que tiraba de una salían otras más.

–…

Ah, por fin tenía bien agarrados los cabos con la zarpa izquierda y podía usar la derecha para sacarlos de uno en uno… Maldición, ya se le había vuelto a escapar.

–… ¡Mara!

Asustada, dio un salto en el aire. Southpaw estaba tan molesto que sus bigotes crujieron.

–Lo siento muchísimo, Southpaw –dijo Mara.

–No has oído ni una palabra de lo que te he dicho, ¿verdad, Mara?

Mara se frotó contra Southpaw, pero el gatito se apartó de ella. Luego quiso darle un cariñoso cabezazo, pero él no le correspondió. Y, cuando le dio un mordisquito, Southpaw aplastó las orejas, levantó los hombros y le gruñó para que se apartara.

Mara suspiró. Aunque no sabía por qué, jugar con los cabos de lana había hecho que bajara el volumen de sus pensamientos y ahora ya no le costaba tanto separar los públicos de los privados. De todas formas, estaba aburrida y quería jugar con Southpaw, no escuchar su relato de la noche de cacería.

Pero el cachorro estaba francamente molesto. Tenía muy frescos los recuerdos de la noche anterior, pero cuando le explicó a Mara su hazaña –¡había matado tres presas en su primera noche!– ella se limitó a bostezar y a jugar con su cola.

La gatita le contemplaba con los ojos muy abiertos, un poco soñolienta.

–Entiendo, Southpaw. Lo siento de verdad. No me había dado cuenta de que te importaba tanto.

Southpaw le dirigió una mirada furibunda.

–¿Quieres dejar de leer mis pensamientos, por favor? Es de muy mala educación, sobre todo porque yo no puedo leer los tuyos.

–El caso es que yo no tengo por qué aprender a cazar, porque nunca iré a ese horrible lugar que llamáis el mundo exterior. Esto me

gusta; todas mis cosas están aquí: mis lanas, mi pelota, mi ratón de juguete. Mis Piesgrandes me dan toda la comida que quiero. ¿Por qué tendría que cazar? La idea me parece horrible. Tú tienes un montón de cicatrices, no te puedes ni sentar porque Katar te dio unos azotes. Además, ¿has pensado en el ratón?

Southpaw parpadeó. En ocasiones se preguntaba si Mara era un gato de verdad. Parecía un gato y olía a gato, pero no pensaba como tal.

–¿El ratón? ¿Qué pasa con el ratón?

–¿Crees que le gusta que lo cacen? ¿No te parece que estará asustado? ¿Te gustaría estar por ahí tranquilamente y que un gato se te tirara encima?

Southpaw tuvo que asearse un poco para calmarse y que no le temblaran los bigotes de indignación.

–Mara, a los gatos también nos cazan, pero no los ratones, sino los Piesgrandes y los perros. Y cazamos ratones porque así son las cosas: somos depredadores y los ratones son nuestras presas. ¿Qué íbamos a comer si no?

–¿Qué tiene de malo la comida para gatos? –replicó Mara.

Southpaw no aguantó más. Con la cola retorcida y las orejas aplastadas contra el cráneo, se puso de pie.

–Eres una gatita mimada, Mara. Probablemente tu madre fuera como nosotros, ¿sabes? Seguro que tuvo que cazar ratas y ratones para alimentarte y viviría en el parque, con un montón de hojas secas como lecho y un seto como refugio de la lluvia, y seguro que su hogar le gustaba tanto como a nosotros. No habría vendido su libertad para vivir a costa de los Piesgrandes, como una gata mantenida… ¡Ningún gato que se respetara haría eso!

–¡Lo que pasa es que no te gustan los Piesgrandes! No puedes admitir que puedan ser amables con los gatos. Y tal vez no a todos los gatos les guste vivir al aire libre. Algunos a lo mejor preferimos ser gatos domésticos.

–Los únicos que solo quieren estar en casas y no salir nunca acaban por volverse raros, Mara. ¿Quieres convertirte en un monstruo, como los gatos de la Casa Cerrada?

–¡Esto no es justo! –maulló Mara, indignada. El pelo se le erizó y movía nerviosa la cola de un lado a otro–. ¡Yo nunca te arrancaría los bigotes, no trataría mal a ningún desconocido!

–No. Pero recuerda que se volvieron raros después de estar años encerrados, Mara. ¿Y de qué sirve ser un gato si solo quieres vivir en una casa? ¿Qué clase de gato eres si solo quieres jugar con estúpidos juguetes y fingir que no tienes instintos, si te niegas a salir y a conocernos?

Mara estaba tan furiosa que sin darse cuenta estaba destrozando el tapizado de la silla con las uñas.

–¡Te odio, Southpaw! ¡Vete de aquí! ¡Te odio!

–No grites así, ya me voy. No hace falta que me chilles como si fueras una loca de ojos verdes.

–Eres tú el que chilla. Seguro que pueden oír tus maullidos tres casas más allá. Vete y ponte a cazar algún pobre ratoncito que no te ha hecho nada. ¡A ver si eso te hace sentir mejor! Eres tú el raro. ¡Tú eres el salvaje, el sanguinario, el horrible bicho raro! Y, si todos tenemos instintos cazadores, ¿cómo se entiende que yo nunca tenga ganas de cazar?

En ese preciso momento, una polilla atlas grande y vistosa entró revoloteando por la ventana. Tenía las alas rojas con unas manchas negras triangulares.

Hubo un súbito frenesí de movimiento y, antes de que Southpaw pudiera siquiera levantar una pata, la gatita anaranjada dio un salto en el aire y atrapó a la polilla; ahora las enormes alas le asomaban por las comisuras de la boca.

Los gatos se quedaron mirándose. Mara tenía una expresión feroz. Cuando dejó la polilla en el suelo y Southpaw se acercó a mirarla, le soltó un pequeño maullido de advertencia.

–Felicidades. Has cazado tu primera presa. Bien hecho, jovencita.

Mara contempló la polilla y la tocó inquieta con la garra, pero sin sacar las uñas para no lastimarla. Pero la polilla permaneció inmóvil, sin vida.

–No quería matarla, en serio. No sé lo que me ha pasado.

Southpaw le dio un cariñoso cabezazo.

–Ha sido genial, Mara. Lo has hecho muy bien para ser principiante. ¡Menudo salto! ¡Y qué forma de atraparla! Seguro que no sintió nada. La has matado limpiamente.

Mara dejó caer la cola, las orejas y los bigotes.

–Pero sí que se dio cuenta, Southpaw. Dijo: «No, por favor», pero yo la maté de todas maneras.

Southpaw vio en sus ojos que decía la verdad. No supo qué decir, qué mensaje darle.

–Mara, lo cierto es que no hablamos con nuestras presas. No las escuchamos, por lo menos. No se hace. Lo que hacemos es seguir nuestros instintos. Somos gatos; somos depredadores desde las garras hasta la punta de las orejas, pequeña.

Mara agachó la cabeza y maulló tristemente. Tocó la polilla con la boca, intentando devolverla a la vida.

«¡Soy una gata mala! Polilla, no quería matarte. Lo siento mucho» fue el mensaje que emitió con los bigotes.

Southpaw no pudo hacerla cambiar de opinión. Consiguió tranquilizarla a base de lavarla con la lengua de la cabeza a la punta de la cola hasta que se quedó dormida, pero los bigotes mostraban que seguía triste. Se quedó hasta tan tarde que escapó por los pelos de los perros de los vecinos, el dálmata y el labrador, que regresaban de su paseo de la tarde. Les dio esquinazo muy hábilmente: bajó corriendo por la barandilla y desde allí saltó a las ramas de un árbol.

Pensaba en Mara durante la vuelta a casa. Nunca había conocido a una gata tan peculiar.

«Pero con qué rapidez ha matado a la polilla –se dijo–. Fue realmente digno de ver».

Tal vez todavía había esperanza para la cachorrita más rara de Nizamuddin.

11

El relato del tigre



–¿Y si no quieres matar nunca ningún animal? –preguntó Mara.

Desde la llegada de Beraal, no había sido capaz de hablarle de otra cosa que no fuera el episodio de la polilla.

–Pero sí que quieres –aseguró Beraal–. No le des más vueltas. Se te despertarán los instintos cuando te encuentres con una presa.

La gatita se esforzó por encontrar la forma de explicarse.

–No me gustó matar a la polilla. Me habló y me dijo que no quería que la mataran.

Beraal estiró las garras y le mostró las uñas afiladas, curvas, potencialmente letales.

–¿Ves esto, Mara? Pásate la lengua por el filo de los dientes, mira tus zarpas. Somos depredadores; estamos hechos para cazar. Tú solo tienes que cazar muy de tanto en tanto porque los Piesgrandes te dan de comer. Pero te iría bien aprender, por si un día te encuentras fuera de casa o por si te ataca un gato más grande, o una lechuza, o un milano.

La actitud de Mara la había sorprendido tanto como a Southpaw. La mayoría de los gatos se preguntan cómo matar –y eso ya era bastante complicado–, no por qué. Para ellos, el mundo se dividía en depredadores, presas y Piesgrandes y lo más complicado era que los papeles entre unos y otros eran intercambiables.

–Pero la polilla dijo…

Beraal interrumpió las palabras de Mara con un bostezo y se estiró.

–Si eres un depredador, se supone que no prestas atención a eso. Si yo hiciera caso cuando me piden clemencia, no habría comido nunca o me habría convertido en uno de esos pobres gatos que sobreviven rebuscando entre las basuras de los Piesgrandes. Sería una vida de rata, no de gato. Bueno, ¿practicamos las emisiones a gatos concretos de Nizamuddin? Todavía no lo hemos hecho, ¿verdad?

La gatita resopló enfurruñada. Tenía la cola enroscada en las garras.

–No tengo ganas.

Beraal insistió.

–Un día u otro tendrás que hablar con el resto de los gatos, Mara. Aunque vivas con los Piesgrandes, eres nuestra Emisora…

La gatita lloriqueó, primero quedamente y luego a gritos.

–¡No quiero conectarme! Los gatos de Nizamuddin no me quieren, salvo Southpaw, y hasta él piensa que soy rara. ¡A veces puedo oír lo que piensan! Tú solo vienes a visitarme porque soy la Emisora. No sé qué tengo que hacer con las emisiones y no quiero hablar con vosotros nunca más.

Sin saber qué decir, Beraal se puso a afilarse las uñas en la escalera.

–¡La polilla me habló! –gemía Mara–. Yo no quería matarla. Y no quiero ser la Emisora, me gusta vivir con los Piesgrandes… y… yo… ¡Miaaau! ¡Miaaau! –Subió las escaleras corriendo y se metió en la casa.

Al cabo de un rato se oyó el llanto ahogado de una gatita tendida sobre un montón de mantas. Beraal se quedó un rato fuera, escuchando. Intentó conectar con Mara, pero la gatita permaneció desconectada. Era una tarde fresca, con un sol pálido que no llegaba a calentar. Tras un rato de espera, Beraal bajó las escaleras y se dirigió al parque. Podía entender en parte que a Mara no le gustara ser la Emisora, pero no era el momento adecuado para consolarla.

A la gatita le costó animarse, pero se empezó a sentir mejor cuando sus Piesgrandes le llevaron una pelota de lana; empujarla con la pata y perseguirla por la habitación tuvo un efecto calmante. Como Southpaw no llegaba, imaginó que estaría con Miao, Katar o

con otro gato adulto. Cuando los Piesgrandes se marcharon, la gatita se preguntó si debía hacer otra siesta, pero ya había descansado lo suficiente. Sentada en la alfombra, deshacía meditabunda los flecos mientras intentaba decidir qué hacer. Hasta que tomó una decisión y se estiró.

–Ha llegado el momento de visitar a los tigres –se dijo.

Lo había aplazado durante casi una luna, pero a lo mejor una visita al zoo le servía para animarse.

Subió por una escalera de mano a lo alto de los armarios de la cocina y se instaló detrás de un revoltijo de cestas y cajas de cartón abandonadas. Mientras estuviera en el zoo no quería que los Piesgrandes la descubrieran, aunque fuera para hacerle mimos.

Ozzy alzó sus largos bigotes blancos y saludó alegremente a la pequeña mancha naranja que flotaba sobre el lago artificial del recinto. Solo cuando la veía se daba cuenta de lo mucho que había echado de menos a Mara. La gatita le hacía reír, y sus visitas le permitían olvidar por un momento los barrotes que lo mantenían encerrado.

Rani, que estaba dormitando a la entrada de la cueva, abrió sus bonitos ojos verdes cuando vio a Ozzy sonreír. El tigre había estado malhumorado e insoportable durante las últimas lluvias. Los monzones siempre le recordaban que en el polvoriento Ranthambore la lluvia iba seguida del buen tiempo y llevaba todo un mes recorriendo la jaula arriba y abajo, incapaz de estarse quieto, gruñendo a los cuidadores y a los visitantes que lo contemplaban boquiabiertos. Pero ahora, con Mara colgando sobre el estanque, su compañero estaba feliz y Rani se sintió aliviada.

–¡Chiquilla! –tronó Ozzy. Su potente voz hizo vibrar las ramas de la jaula vecina, donde estaban los leopardos–. ¿Por qué has tardado tanto? ¿Te habías olvidado de tus viejos amigos?

La gatita estaba tan contenta de ver a Ozzy que se lanzó contra su hocico y se detuvo cuando estaba a punto de caerle encima. No se habría hecho daño, pero sabía por experiencia que para los animales

resultaba muy desconcertante que una gatita virtual pasara a través suyo.

–¡Te he echado de menos! –gritó Mara. Y comprendió que era cierto.

Ozzy hizo entonces algo que no era propio de él. Se inclinó y acarició con el hocico los bigotes virtuales de Mara. La gatita notó un calambre. La energía que se produjo entre los dos hizo que el aire se estremeciera a su alrededor. El cuerpo del tigre vibró de fuerza contenida y le temblaron los bigotes; Ozzy abrió los ojos como platos. Por primera vez se dijo que la gatita tenía un poder de emisión mucho más grande de lo que pensaba. ¿Hasta dónde alcanzaría?

–Gracias, Ozzy. –Mara todavía sentía el hormigueo de la descarga eléctrica–. Hola, Rani, ¿cómo estás? ¿Dónde está Rudra? ¿Duerme la siesta?

Ozzy dejó caer lastimeramente los bigotes con expresión sombría. Volvió la cabezota hacia otro lado y gruñó.

La tigresa blanca habló con voz contenida, pero Mara detectó su tristeza.

–A Rudra y a Tawny se los han llevado a otra jaula al otro lado del parque. Ya tienen edad de criar; cada día nos conectamos y hablamos. Rudra ya es mayor.

El fiero rugido de Ozzy hizo que el suelo se estremeciera. Los pocos visitantes que se apoyaban contra los barrotes del recinto se apartaron de un salto.

–¡Se llevaron a nuestro chico, Rani! ¡A nuestro chico! Sin pedir permiso a ninguno de los dos. –La furia brillaba en los ojos dorados del tigre.

–Ozzy –dijo Rani en tono calmado–, por lo menos está en el zoo y sabemos que se encuentra bien. Podían haberlo enviado a otro zoológico, como hicieron con los pequeños leopardos. ¡Por lo menos no se ha marchado al otro lado del mundo!

–¡No tenían derecho! –rugió Ozzy–. De haber estado en Ranthambore, se habría ido para formar su propia familia, pero nos veríamos de vez en cuando. Juntos exploraríamos las guaridas oscuras y frescas, Rani. Tú enseñarías a sus cachorros a cazar, a leer

cada señal de los desfiladeros y las mesetas, qué presas cazar en los barrancos y cuáles dejar para el sol y la arena. ¡Me han quitado a mi chico sin pedirme permiso!

–Ozzy. –Rani intentaba serenarlo.

–¿Cómo se atreven? –rugió el tigre–. ¡Es MI chico! Tendría que haberlos matado a todos. Tendría que haberles arrancado las piernas y los brazos.

–No pudo hacer nada –le dijo Rani a Mara, en un aparte– porque le habían dado un tranquilizante. Esto le ha estado atormentando durante días.

El tigre paseaba arriba y abajo. Sus rugidos resonaban a todo lo largo y ancho del parque. Las hienas se despertaron y añadieron a los rugidos su risa enloquecida, los monos farfullaban a lo lejos, los elefantes empezaron a barritar.

–Hay que pararle –dijo Rani, poniéndose en pie–. O vendrán los Piesgrandes y le darán otra vez un tranquilizante, y eso no le gusta nada.

Mara siguió tímidamente al tigre, que caminaba arriba y abajo. Unas ondas recorrían su piel.

—¡Se llevaron a mi hijo! –rugió el tigre.

–Eso debe de sentar muy mal –dijo la gatita.

–¡Venganza! ¡Sangre! ¡Muerte a los secuestradores de cachorros!

Mara movió las orejas. Los cuidadores hablaban atropelladamente frente a la jaula. Eran cuatro y se añadieron dos más. Si Ozzy no paraba de rugir, lo iba a pasar mal.

–Lo siento muchísimo, Ozzy –dijo Mara–. Debe de ser terrible verte separado de Rudra. Pero ¿seguro que él lo pasa tan mal? Quiero decir, sin duda echará de menos a sus padres, pero Rudra nació en el zoo, ¿no? Y ha visto que a otros cachorros se los llevan lejos, de modo que a lo mejor para él no es tan malo…

–¡Convertiré sus intestinos en papilla…! ¿Cómo dices? –Ozzy interrumpió el último rugido.

Mara lo observaba con la cabeza ladeada. Ozzy descubrió que su ira se aplacaba.

–¡Sangre! ¡Venganza! –insistió, pero ya sin tanto énfasis.

–Seguro que lo echas de menos –continuó Mara–. Tu pelaje huele a tristeza. Pero sabes que está bien y contento. ¿No será que lo que realmente añoras es la selva?

Ozzy abrió la boca para rugir, pero solo le salió una especie de gruñido confuso.

Los cuidadores lo seguían observando, apoyados en los barrotes.

–Me duele la cabeza de tanto pensar, Rani –espetó molesto el tigre, y miró a Mara con resentimiento–. Estaba perfectamente hasta que viniste y me confundiste… ¡especie de peluche!

Rani miró a su compañero y a la gatita le pareció que sonreía, porque sus bigotes se levantaban.

–Ve a darte un baño, Ozzy –dijo con voz tan acariciadora que hasta Mara sintió que se calmaba.

Los cuidadores se quedaron más tranquilos cuando vieron que el tigre se metía en el estanque.

–¡Aaarrr! –gritó Ozzy, salpicando alegremente.

Nadar siempre le refrescaba. Buceó y lo salpicó todo hasta que empezó a sentirse mejor.

Ya más tranquilos, los cuidadores se dispersaron.

Un rato más tarde, tumbado sobre las rocas para secarse al sol, Ozzy contempló con respeto a la gatita, hecha un ovillo junto a él.

–En la selva no hay barrotes ni límites.

–A mí esto me da miedo –dijo Mara–. No me gusta el mundo exterior.

–¿Y por qué no? –preguntó Ozzy.

Ni Southpaw ni Beraal le habían hecho esa pregunta. Mara se lavó las garras cuidadosamente, primero la izquierda y luego la derecha. Intentaría explicarle por qué le asustaba tanto salir al mundo exterior en persona, sin la protección de la conexión.

–Porque hay tantas cosas que mis bigotes se sienten confundidos –dijo finalmente–. Hay demasiados olores para seguir, demasiados gatos y otros animales pensando a un tiempo y todo parece complicado. No puedes refugiarte de la lluvia, la comida hay que matarla y te habla…

Bajó la cabeza y se concentró en lavarse las garras.

Ozzy no la contradijo, sino que apuntó los bigotes hacia ella y se mostró abierto y amistoso.

–Así que has matado una presa, pequeña.

Mara lloriqueó bajito.

Ozzy miró a Mara y levantó sus inmensos bigotes, con los que habría podido envolver a la gatita varias veces. El tigre y el gato se quedaron mirándose. Al cabo de unos momentos, fue Ozzy quien apartó la mirada.

Un elefante barritó a lo lejos y su grito agudo fue seguido por el ronco ladrido de un guepardo. Pero los dos felinos, el grande y el pequeño, hicieron caso omiso de los sonidos del zoológico y de los intentos de los visitantes Piesgrandes de atraer al tigre a los barrotes. Algunos Piesgrandes arrojaban envoltorios de plástico dentro del recinto. Por lo general, Ozzy los habría ahuyentado con un gruñido, pero esta vez no les hizo el mínimo caso.

–Gracias por dejarme compartir tus recuerdos, pequeña –dijo el tigre.

Cada movimiento dejaba ver la flexibilidad y la elegancia de su musculoso cuerpo rayado y Mara pensó de nuevo en la fuerza que contenía aquel animal grande y poderoso. La gatita se había hecho un ovillo junto a Ozzy, y Rani se había metido de nuevo en la cueva, consciente de que era mejor dejarlos a solas.

Mientras Ozzy dejaba que el silencio creciera entre ellos, Mara meditaba sobre el sistema de acercamiento que había empleado el tigre. Desde el mismo instante en que se conocieron, se estableció entre ellos dos un vínculo difícil de explicar. La gatita le recordaba a su primer hijo, el travieso cachorro que murió años atrás. Aun siendo de distintas especies, la gatita y el tigrito tenían mucho en común.

–Cuando no era más que un cachorro, mi madre llegó a la guarida con las mandíbulas manchadas de sangre y una fea herida en una pata trasera. Nos dijo que nuestro padre había muerto –explicó Ozzy. Su voz enronqueció al rememorar los bosques de su infancia–. Habían luchado contra un par de jabalís. Mi madre ganó la pelea, pero mi padre la perdió. Mis hermanas no tardaron en irse en busca de su propio territorio. Yo era demasiado joven para dejar a mi madre, pero ya tenía edad de aprender a cazar.

Mientras Ozzy hablaba de su vida en los bosques y las cañadas de aquel inmenso territorio, que recorría muchas noches con su madre sin hallar restos de otros tigres ni huellas desconocidas, lo que había a su alrededor desapareció: los barrotes, el estanque artificial, la hierba polvorienta…

–El primer venado que cacé me habló –dijo.

Mara se incorporó de golpe, barriendo inquieta el suelo con la cola. Por lo que le dijeron Southpaw y Beraal, le pareció que los gatos no oían hablar a sus presas, o no les prestaban atención.

–¿Qué te dijo? –La gatita levantaba las orejas.

–En cuanto captó mi olor, me pidió silenciosamente que le perdonara la vida. Entonces me acerqué más; estaba preparado para saltar. El venado compartió conmigo la felicidad que sentía cuando en verano podía beber de un río que no se hubiera secado, cuando echaba carreras con sus amigos y su compañera para ver quién corría más. Me habló de las crías que quería tener, de la compañera con la que esperaba formar una familia al amparo de la selva de Ranthambore.

–De modo que le perdonaste la vida.

Mara pensaba en la polilla y deseaba haberse mostrado menos impulsiva.

El tigre se movió y apoyó su enorme garra en el suelo, cerca de Mara. Sacó las uñas y la gatita vio lo curvas y afiladas que eran, como las suyas, pero mucho más mortíferas.

–Matar es algo que llevo en la sangre, en los huesos. Lo mismo que tú, Mara. Lo siento por el venado, pero fui compasivo con él.

–Lo mataste –dijo Mara–. ¿Qué clase de compasión es esa?

Ozzy bostezó, exhibiendo sus enormes dientes; los colmillos eran más largos que la cabecita de Mara.

–Lo maté rápidamente. Eso es mostrar compasión, Mara. No quieres convertirte en Emisora porque te coloca en una situación aparte de la de los otros gatos, pero no puedes olvidar que eres un gato. La próxima vez que tu presa hable escúchala cuanto quieras y mátala lo más rápidamente que puedas. Esa es la única compasión que puedes mostrar, pequeña.

Mara parpadeó. Clavó la mirada en los ojos dorados del tigre y comprendió que lo que decía era la verdad. Lo dejó en un aparte de su mente para reflexionar más tarde, pero las palabras del tigre hacían que se sintiera mejor. Ozzy la entendía. Y, si un felino tan grande y poderoso como él podía escuchar a las presas, a lo mejor ella no era tan rara, después de todo.

–Háblame de los bosques y las cañadas. ¿Por qué te gustaban tanto?

Los ojos de Ozzy brillaron de placer.

–¿Por dónde quieres que empiece?

Cuando más tarde Rani se acercó a la entrada de la cueva, exhaló un gruñido de alivio. Su compañero estaba tumbado sobre las rocas y parecía contarle a Mara un sinfín de historias; a juzgar por sus bigotes y sus orejas, estaba entusiasmado. Los ojos de Rani se enternecieron al mirar a la gatita, pero su cola siguió floja; añoraba los juegos y las conversaciones con su cachorro y la presencia de la gatita era un amargo recordatorio. No era el momento adecuado para que Rudra se alejara de su madre; una vuelta más de la Tierra, una estación más, unas cuantas lunas más tarde y ella misma le habría apartado de su lado. Rudra fue valiente: con el andar fanfarrón de los cachorros, se metió en la jaula que los Piesgrandes le pusieron delante. El valor que mostró hizo que Rani se diera cuenta de lo pequeño que era todavía para alejarse de la familia.

Podría haber sido peor, solía decirle a Ozzy. En la selva se habría enfrentado a cazadores furtivos y a depredadores; muchos cachorros morían asfixiados por el humo de las hogueras de los pueblos vecinos, y Rani recordaba que las hienas habían herido gravemente a su primer cachorro.

Pero, cuando Rudra se marchó, el recinto quedó silencioso y vacío. A la tigresa blanca le dolía su ausencia con una intensidad que nunca le confesaría a su compañero. Ver lo mucho que disfrutaba Ozzy hablando con Mara reconfortó su corazón herido.

Mara pasó gran parte del día con los tigres. Se preguntó si debería visitar a Rudra, pero al ver los bigotes tristemente caídos de Rani decidió dejarlo para otro día; no quería que los padres de Rudra se quedaran tristes al pensar que no podían ir a ver a su cachorro. De

modo que hizo que Ozzy saliera de la cueva y le contara sus recuerdos; fue una agradable tarde en que la selva invadió el recinto y el tigre se olvidó de los barrotes y del zoo.

–A lo mejor podrías acompañarme un día a pasear –le dijo la gatita en broma cuando se iba.

El tigre se levantó y su cuerpo robusto se recortó majestuoso contra el cielo de la tarde, de donde había empezado a llover. Las rayas blancas y naranjas ondulaban a cada movimiento.

–¿Y qué crees que dirían los Piesgrandes si me vieran? –preguntó.

Mara imaginó al tigre paseando por Nizamuddin mientras las Charlatanas y los *mynah* se escapaban volando. Luego intentó imaginárselo paseándose por su casa.

–Ozzy –dijo muy seria–. No creo que quepas en la cocina.

Ozzy encontró el comentario muy divertido y sus explosivas risotadas llegaron de un lado a otro del zoo, para alivio de los animales. Hacía mucho tiempo que del tigre no oían más que rugidos de furia o gruñidos de malhumor.

12

El viento cambia de dirección



Katar se quedó donde estaba al notar la primera gota sobre la piel. Le gustaba sentir la lluvia, dejar que lo empapara. Era el único gato de Nizamuddin al que le gustaba; los demás se estremecían y buscaban refugio cuando llovía, pero –salvo que se tratara de un chaparrón muy fuerte– el guerrero se quedaba fuera, extendía las garras y dejaba que el agua le lavara el pelo y los bigotes.

Beraal se guareció un día bajo un banco del parque y desde allí contempló asombrada cómo Katar cazaba insectos en el agua de los charcos. En esto estaba de acuerdo con Miao, que un pasado monzón entrecerró los ojos y declaró que Katar descendía probablemente de los gatos ribereños del norte o tal vez de más allá, de los bosques de Sunderbans, en Bengala, donde vivían los famosos gatos nadadores.

Cuando el sonido de la lluvia se intensificó y pasó de un leve retumbar a un chaparreo intenso y constante, Katar comprendió que se quedaría calado hasta los huesos y saltó con desgana del tejado para dirigirse al refugio del fakir Piesgrandes. Antes de irse, echó un vistazo al laberinto de tejados de Nizamuddin, con el *dargah* a un lado y al otro lado la extensión oscura de la Casa Cerrada, una deprimente mancha justo antes de que empezara una zona de tejados más nuevos, casi todos verdes y ordenados en hileras. A la izquierda se veía el ancho canal de aguas embarradas, ahora

engrosado por las lluvias y convertido en una gruesa serpiente plateada.

Miao y Beraal estaban sentadas bajo las gruesas ramas de la higuera, bebiendo de los cuencos de leche tibia que el fakir les había dejado amablemente. Katar se acercó a ellas de un salto y se sacudió el agua de la piel. Se puso a beber ávidamente la leche. Al levantar la vista del cuenco, vio a Qawwali dormitando dentro del templo junto al fakir. Empezaban las oraciones de la tarde.

Como las lluvias habían refrescado la temperatura, los tres gatos se acurrucaron juntos para combatir el fresco y la humedad. Katar se estiró perezosamente y metió las garras bajo la tripa de Beraal para mantenerlas calientes. Ni siquiera se movió cuando unos Piesgrandes pasaron rápidamente junto a ellos.

–Últimamente te has acostumbrado a los Piesgrandes –observó Miao.

–Solo cuando está el fakir –dijo Katar, medio dormido–. Nos entiende, tal vez porque tiene bigotes. –El fakir tenía barba y bigote y Katar estaba íntimamente convencido de que si lo intentaba aprendería a comunicarse con los gatos, aunque este punto nunca se había probado–. Pero los demás Piesgrandes son traicioneros. Todos los de dos patas son traicioneros.

Lo dijo con un maullido muy sentido. El padre de Katar había ido a cazar al hogar de unos Piesgrandes y no se le había visto más. Su madre perdió la vida en la carretera. El guerrero no tenía mucho aprecio por los Piesgrandes y, aunque le gustaba explorar las azoteas, nunca se metía en sus casas.

Beraal miró a unos Piesgrandes que acariciaban a Qawwali dentro del templo.

–Pero no todos los Piesgrandes son malos, ¿no? Mara siente mucho aprecio por los suyos. Los trata como si fueran gatos amigos.

Había visto cómo la llevaban en brazos, cómo le ponían más comida en el cuenco cada vez que era necesario, pensó en la paciencia con que soportaban sus saltos y cabriolas.

Katar resopló despectivamente.

–Pero esta protegida tuya apenas es una gata, ¿no? Hemos visto sus emisiones, pero no ha salido todavía de la cueva de los

Piesgrandes. Por más que sea nuestra Emisora, solo tú y Southpaw conocéis el olor de su pelaje; ni siquiera nos ha rozado los bigotes.

–A lo mejor es una peculiaridad de los Emisores –dijo Beraal mirando a Miao.

La siamesa estaba echada de costado, medio dormida. Al oír la pregunta de Beraal, abrió los ojos.

–Tigris nació en el seto que hay detrás de la Casa Cerrada y creció jugando en la carretera del canal. Era una auténtica gatita callejera, formaba parte de una extensa camada.

–Puede que esa tal Mara sea simplemente rara –aportó Katar, golpeando el suelo un par de veces con la cola.

El guerrero había aceptado, igual que los demás gatos, el resultado de la pelea entre Beraal y Hulo. Como reza el antiguo dicho, lo que está maullado no puede borrarse. Pero el hecho de que la Emisora siguiera sin salir de casa reforzaba su idea de que los gatos domésticos eran muy raros.

Beraal iba a decir algo, pero Miao la interrumpió:

–Conocí bien a Tigris. Como cualquier otro indomable de Nizamuddin, había aprendido a esquivar a los Piesgrandes y a apartarse de su camino. Pero Mara no tiene madre ni hermanos de camada que la enseñen a disfrutar de la libertad del camino del canal o la ayuden a cazar su primera presa. Desde que abrió los ojos, lo único que ha visto son las cuatro paredes de la casa de los Piesgrandes. Además…

Se oyó a lo lejos un golpe sordo. La gata siamesa levantó las orejas y el pelo de las manchas negras de su rostro se erizó también. El fakir salió del templo, miró asombrado a su alrededor y volvió a entrar al ver que no pasaba nada.

–Creo que venía de la Casa Cerrada –comentó Katar, husmeando el aire y la lluvia en busca de información.

Los tres gatos tenían las orejas levantadas y en dirección a la Casa Cerrada, pero no volvió a oírse nada más y al cabo de un rato Miao y Katar se relajaron.

–Cuando Tigris supo que era una Emisora, era mucho mayor que Mara –siguió Miao. Beraal arrugó el hocico, interesada–. Ya había vivido algunos veranos y algunos monzones cuando sus bigotes se

hicieron más largos. Incluso así, sus primeras emisiones fueron pálidos destellos, asuntos menores, comparado con lo que puede hacer tu alumna. Le llevó tres estaciones conseguir lo que Mara nos ha enseñado en tres lunas. Y en ese tiempo Tigris cambió. –Sus ojos azules se oscurecieron al rememorar el pasado.

–¿En qué sentido cambió, Miao? –preguntó Katar, moviendo la cola con inquietud.

Desde que Mara había entrado en escena, sentía curiosidad por la última Emisora del clan y no perdía ocasión de preguntarle a Miao al respecto.

–Antes de que nacierais, la Emisora se apartó del resto de los indómitos –contó Miao. Sus bigotes dejaron traslucir la pena que sentía–. Cuando ya había aprendido a emitir, Tigris se pasaba la mayor parte del tiempo en el jardín de una casa de Piesgrandes, una de las mansiones de la carretera del canal que ahora está abandonada. No es que no quisiera vernos, pero cada vez se aislaba más en su mundo y no tenía tiempo para nosotros. Además, cuando nacisteis, ya reinaba la tranquilidad en el barrio.

–¿«Reinaba la tranquilidad»? –se sorprendió Beraal.

En Nizamuddin se oía continuamente el jaleo de los Piesgrandes, el alegre gorjeo de las Charlatanas, las historias de caza que contaban los milanos, y eso sin contar las peleas de los cerdos del canal, que siempre libraban guerras internas entre ellos.

Miao extendió los bigotes para que les dieran la lluvia y el viento.

–Decidme qué sentís.

Los tres gatos levantaron los bigotes y se conectaron al mismo tiempo. Katar notó una vibración en las cejas. El canal parecía tranquilo, no había ningún desastre a la vista, y los gatos a los que preguntaron no tenían mucho que contar. Tabar había encontrado refugio bajo un coche aparcado en la carretera del canal y estaba intercambiando historias con los cachorros más crecidos. Los gatos del mercado se habían instalado bajo los toldos azules o se habían hecho un ovillo en los espacios secos entre puesto y puesto. Dastan, otro amante de la lluvia, esperaba pacientemente que el carnicero del *dargah* le diera unos restos de carne. Los demás gatos del *dargah* estaban acurrucados en la trastienda del puesto de

fragancias, donde el olor a vetiver y a rosa les resultaba tranquilizador.

Cuando se desconectaron, Katar levantó la cola en señal de interrogación.

–Todo parece normal –dijo Miao–. Pero hubo un tiempo en que éramos solo unos pocos gatos en Nizamuddin. Vivíamos aterrorizados por los perros y en aquel tiempo los Piesgrandes no eran amistosos: nos sacaban de nuestros escondites, nos metían en una camioneta y se nos llevaban muy lejos. Familias enteras tuvieron que volver a instalarse en otro sitio, lejos de los olores de su infancia.

En los ojos verdes de Beraal relució la comprensión.

–Entonces necesitabais un Emisor porque era capaz de oler más allá que cualquiera de vosotros y comprendía mejor a los Piesgrandes. ¿Es así?

–Así es. Y aún más –dijo Miao–. Tigris percibía el peligro mucho antes de que su olor llegara a nosotros. De todas formas, pasó un tiempo antes de que los indómitos confiaran en el olfato de la Emisora.

Katar bostezó.

–Ahora no hay ningún peligro en Nizamuddin. Lo que tenemos que hacer es mantenernos apartados de los Piesgrandes y todos los gatitos pueden aprender a ser prudentes, incluso los bribones como Southpaw. No te lo tomes a mal, Beraal, pero no entiendo que pases tanto tiempo enseñando a Mara, como si fuera de tu propia camada. ¿Para qué necesitamos una Emisora?

El fakir salió con sobras para los gatos. Miao y Beraal frotaron la cabeza contra sus tobillos para agradecérselo y le pasaron ronroneando entre las piernas, pero Katar se escondió prudentemente tras el tronco de un elegante flamboyán. Cuando el fakir entró de nuevo en el templo, los tres gatos comieron. Miao dejó que Katar comiera la mitad de lo que había en su cuenco. La siamesa rumiaba una respuesta para Katar, pero antes de hablar esperó a que hubieran acabado y se hubieran limpiado los bigotes.

–Ahora, al conectaros, ¿habéis percibido algo en el aire? –preguntó.

Beraal se quedó pensando, con las orejas hacia un lado.

–No… espera: sí que se adivinaba algo. Pero no era más que una pequeña onda, un leve indicio de que algo iba a cambiar tal vez. Pero eso pasa a cada cambio de estación, Miao.

La siamesa permaneció inmóvil, con los ojos bajos.

–Había un cambio en el aire y también algo más oscuro. No soy un Emisor, pero desde que fuimos a la Casa Cerrada me pican las garras. Hemos tenido siete estaciones buenas, Katar; tú naciste en la primera de ellas.

Katar se lamió el último resto de sus bigotes.

–Siete inviernos suaves, en los que no faltó la comida.

Pensó en las ratas y en los ratones, en la caza abundante que permitía a los indómitos de Nizamuddin vivir sin necesidad de rebuscar en la basura de los Piesgrandes.

–Puede que tengamos otros siete, pero los huesos me indican que el viento está cambiando –dijo quedamente Miao–. Es una suerte que contemos con cazadores como Beraal y Hulo, porque a lo mejor los necesitamos. Tal como os conté en una ocasión, en todas partes, aquí, allá y acullá, se dice que el Emisor aparece cuando se le necesita.

Katar cruzó una mirada con Beraal, que estaba muy seria. Supo enseguida lo que pensaba. Instintivamente levantó los bigotes para humear el aire, pero lo cierto era que ni él ni Beraal entendían la preocupación de Miao. Tenían la barriga llena, como la mayor parte de los indómitos, reinaba la armonía entre los clanes y se había establecido una tregua entre los perros callejeros y los gatos. En cuanto a los Piesgrandes, la mayoría los dejaba en paz.

–Pero querías que matáramos a Mara –dijo Beraal.

Ahora que conocía bien a la gatita, le costaba imaginar que hubo un tiempo que la había acechado y atacado.

–De haber sido un gato adulto con un olor extraño, yo mismo le habría abierto la garganta –explicó Miao sin alterarse–. Pero una gatita que puede ser de los nuestros… es otra cosa; tendremos que esperar y ver qué pasa. Aunque os digo esto muy en serio: si en un futuro Mara resulta perjudicial para los indómitos, uno de nosotros la

matará. Ningún clan puede dejar con vida a un Emisor que infringe las leyes.

Al ver un destello en los ojos de Beraal, la siamesa adelantó las zarpas para demostrarle que tenía las uñas escondidas.

–Es como sacrificar a un gatito –dijo con suavidad–. A veces hay que hacerlo y tú, que eres su profesora, verás las señales de peligro antes que nosotros. Pero lo más probable es que un día sus poderes nos sean de ayuda, Beraal.

Katar, que se estaba lavando la cabeza entre las patas delanteras, levantó un momento la vista.

–Menuda ayuda será cuando ni siquiera sabe si es un Piesgrandes con cuatro patas o un gato que piensa como los Piesgrandes.

En los ojos de Beraal hubo un destello verde esmeralda, lo que siempre era un signo de peligro.

–Los tigres la aceptan –dijo, dirigiéndose con los bigotes tanto a Miao como a Katar–. Se ha hecho amiga del cachorro… imaginaos lo raro que es eso. ¿Sería capaz de hacerse amiga de los perros? ¿De los milanos, que solo hablan con Miao? ¿De los cerdos del canal? ¿Lo intentará? Y, en tal caso, ¿qué supondrá para nosotros? Y los Piesgrandes… ¿entenderán su interminable parloteo?

Katar llevaba demasiado tiempo recorriendo los caminos y los tejados de Nizamuddin como para ignorar lo que eso significaba. Podían convivir gracias a una complicada red de alianzas, treguas temporales y ocasionales guerras e invasiones y se sobreentendía que todos estaban a merced de los Piesgrandes, con sus extraños cambios de carácter. Un Emisor que conjugara los poderes de Mara y su aparente facilidad para hacer amigos con animales de otras especies era un mirlo blanco.

–Pero ¿por qué no sale de casa? –exclamó enfadado–. ¿Cómo puede ser nuestra Emisora cuando ni siquiera sabemos cómo huele?

Beraal tenía los bigotes caídos. No esperaba que Katar pudiera sentir su misma simpatía por la gatita. Ese año Beraal no tenía compañero ni camada y Mara venía a ocupar el vacío.

–Huele nuestra desconfianza. Y, a pesar de las visitas de Southpaw, se siente sola. La última vez que fui a verla intentaba hacerse amiga de un lagarto.

Miao levantó las orejas con curiosidad.

–¿Y cómo le fue?

–No muy bien. Lo único que decía el lagarto era «cricrí, cricrí». Me comentó que así era difícil mantener una conversación –dijo Beraal, con los ojos entrecerrados.

Katar torció primero los bigotes, luego los pelos de las cejas y acto seguido su barriga empezó a agitarse, sacudida por carcajadas. Se estaba imaginando lo frustrante que sería para la mejor Emisora de Nizamuddin tener que charlar con un lagarto. Beraal y Miao comprendieron lo gracioso del asunto y también levantaron los bigotes. Los tres gatos se acurrucaron bien juntos, disfrutando del calor y la compañía, y se pusieron a dormir sin hacer caso de los murmullos de los Piesgrandes que entraban y salían del templo. Fuera seguía lloviendo.

Un poco más allá, la lluvia repiqueteaba con fuerza sobre los escalones de hierro que llevaban a la Casa Cerrada. El golpe ahogado que Katar había oído antes volvió a oírse, pero nadie se enteró salvo un ratoncito pardo.

Al ratoncito no le importaba el hedor que salía de la Casa Cerrada, porque esa horrible mezcla de mierda de gato, paredes cubiertas de moho y podredumbre era señal inequívoca de que encontraría comida. Había entrado otras veces en busca de restos, siempre atento a no toparse con los gatos salvajes, pero hoy el ambiente era distinto. Se arriesgó a mirar por el quicio de la puerta. Vio muchos gatos peleándose por restos de comida. Otros soltaban horrorosos bufidos y aullidos, sentados en la escalera.

El ratoncito husmeó el aire y su naricilla captó el olor de la enfermedad. Su nariz era lo bastante sensible como para atravesar el olor limpio de la lluvia y el viento; aquel hedor indicaba que el Piesgrandes que vivía dentro de la casa estaba gravemente enfermo. Al ver que un gato blanco con unos ojos raros bajaba por las escaleras, el ratón se echó a temblar y salió pitando. Ese mismo gato lo acorraló en una ocasión debajo de una silla rota y el ratón no había podido olvidar la maldad que relucía en su ojo amarillo.

Mientras escapaba, oyó un terrible lamento que le hizo temblar todavía más en el frío exterior. No dio media vuelta para contemplar

la Casa Cerrada, envuelta en la oscuridad, azotada por el viento y la lluvia. Renunció incluso a buscar comida allí; en realidad no creía que volviera en mucho tiempo.

13

Fuera del encierro



La parte de la noche que más le gustaba a Katar eran las horas que precedían al alba. Eran sus horas de libertad. Casi todos los Piesgrandes dormían, salvo el vigialnte, que hacía sus rondas golpeando rítmicamente el suelo con su bastón de madera. De vez en cuando pasaba un coche a toda velocidad, pero los gatos podían oírlos a un kilómetro de distancia y era más fácil evitarlos por la noche que durante el día, cuando solo los intrépidos se atrevían a atravesar la carretera.

A estas horas, además, los pocos depredadores a los que Katar y Beraal temían estaban durmiendo; hasta los perros guardianes más concienzudos habían dejado de ladrar; los cerdos del canal, siempre tan irritables, estaban tumbados en el barro, y los milanos descansaban en algún lugar bien alto. Entonces Katar sentía que Nizamuddin era su reino y disfrutaba recorriéndolo en las horas previas al alba.

Normalmente no le importaba mojarse, pero cuando encontró una zona seca le alegró poder sacudirse el agua. Las ramas del inmenso *neem* y las magnolias que entrelazaban sus ramas habían parado la mayor parte de la lluvia, de modo que el suelo estaba húmedo, pero no mojado, excepto por algunos parches aquí y allá que resultaba sencillo evitar. Katar se sintió más animado.

Se detuvo junto a un árbol de magnolia, se apoyó en el tronco y se rascó la cola y el torso contra la corteza. Luego se giró y se frotó la barriga contra el tronco. Hizo lo mismo con las garras delanteras y

traseras, con la cola… hasta que le desaparecieron los nervios por educar a Southpaw y el cansancio producido por una noche cazando bandicuts.

Una rana daba saltos en medio del camino. Katar miró a su alrededor para comprobar que no hubiera nadie más y cedió al deseo juguetón de saltar tras ella. La rana saltaba y Katar saltaba detrás, y así hasta llegar un claro. Agradeció que nadie más le viera; era muy consciente de su dignidad, pero a veces echaba de menos divertirse como un cachorro.

No se dio cuenta de que se había alejado del *dargah* y estaba casi en el terreno de la Casa Cerrada hasta que la rana hizo «plop» y se metió en un charco. Se detuvo, sin saber qué hacer. Tras la experiencia de Southpaw, tanto él como el resto de los gatos daban un rodeo para no acercarse. El guerrero era un magnífico explorador; le gustaba recorrer los intrincados laberintos de las azoteas y los balcones y sentía curiosidad por las criaturas que vivían en el descampado o en cualquier otro lugar más allá del parque. Pero aquella casa le espantaba, le ponía los pelos de punta. Husmeó el aire y arrugó el hocico. Por debajo del olor a lluvia había algo que olía a miedo y a frialdad… era el nerviosismo de los gatos dentro de la casa y el hedor intenso de la enfermedad del Piesgrandes. Katar husmeó el aire.

Unos gritos quebraron el silencio de la noche. Un animal gemía en la Casa Cerrada. Eran lamentos guturales. «Uaaaau», gritaba, y se le unieron otras voces que le provocaron un escalofrío. «¡Aaaayyyy!». Era un lamento agudo, lleno de angustia. Los gatos salvajes se lamentaban, aunque el guerrero no entendía por qué. Un pájaro, un barbudo verde oriental que dormitaba en un árbol cerca de la Casa Cerrada, levantó la voz de alarma en mitad de la noche. «Plink, plink», cantó. Y un *mynah* recogió el mensaje, asustado: «¡Kik-kik, kik-kik!». Katar decidió alejarse de la casa. Estaba a punto de conectarse al canal para pedirle a Hulo u otro gato que viniera para averiguar lo que pasaba cuando le llegó a las narices un olor a pelo y a almizcle. Rápidamente, puso la zarpa delante de un ratoncito que intentaba escabullirse hacia los setos.

El ratón lo miró y sus miradas se encontraron: el cazador y la presa. Pero el nerviosismo que mostraba el ratón no tenía nada que ver con el hecho de que Katar lo hubiera cazado.

–Huele a algo malo –dijo el ratón–. Terriblemente malo.

El guerrero iba a responder cuando un sonido rasgó el aire. Tras la puerta de la Casa Cerrada, los gatos empezaron a aullar de nuevo; su hondo lamento le ponía al gato los nervios de punta. El ratón aprovechó para esconderse entre las anchas hojas de las cañas indias.

Los gritos gatunos empezaban a inquietar a los pájaros. Katar se tumbó junto a las cañas y azotó el aire con la cola. Envió un mensaje a los gatos diciéndoles que estuvieran atentos, que había un problema en la Casa Cerrada. Llegaron Piesgrandes corriendo y se encendieron las luces de la casa. Katar se quedó quieto entre las plantas. No podía quitarse de la cabeza los agudos lamentos de los gatos salvajes.

Llegaron más grupos de Piesgrandes. El camino que llevaba a la casa se usaba poco y estaba cubierto de malas hierbas. Las últimas lluvias lo habían tornado resbaladizo y embarrado, muy peligroso. Uno de los Piesgrandes resbaló y estuvo a punto de caerse entre los lirios.

Se oyó un chirrido de bisagras oxidadas y la puerta de la Casa Cerrada, que Katar recordaba siempre cerrada a cal y canto, se abrió de par en par. Los bigotes se le pusieron rígidos. Por un instante se preguntó aterrorizado si de las entrañas pestilentes de la casa saldría una caterva de gatos, pero los únicos que entraban y salían eran los Piesgrandes. Lo que le decían sus bigotes, aunque no tenía especial interés en saberlo, era que los gatos rehuían a los Piesgrandes y se escondían por los rincones de la casa. Muchos Piesgrandes llegaban por el camino, entraban y salían de la casa. Katar los oía charlar. Parecían inquietos. Se preguntó si podría escaparse por la parte de atrás, pero había tantos Piesgrandes en los alrededores que le pareció más sensato quedarse donde estaba.

Notó un pequeño temblor de tierra junto a sus pies y se abrió un agujero del que salió una cabecita parda y con bigotes.

–Este es un asunto feo –dijo el ratón–. Para ti, para mí y para todos nosotros.

Katar no sabía bien cómo debía uno hablar con una presa –era nuevo para él–, pero el ratón hablaba en selvática y se dirigía a él directamente. Además, si se abalanzaba sobre el ratón, podía atraer la atención de los Piesgrandes. Estuvo barajando qué hacer y ganó su curiosidad natural.

–¿A qué asunto te refieres, ratón?

–Al alboroto que se ha montado en la Casa Cerrada –dijo el ratón, mirándole con perspicacia y manteniendo una distancia prudente–. Te lo contaré si tienes a bien considerar una tregua, oh, gato.

–De acuerdo con la tregua –concedió generosamente Katar–. Dime, ratón ¿por qué están tan alborotados los Piesgrandes?

–Se ha muerto, ¿verdad?

–¿Quién? –Katar no sabía si se refería a un gato o a un ratón.

–Él –dijo el ratón–. El Piesgrandes que vivía con los gatos. ¿No lo hueles? Estaba enfermo y ha muerto, y ahora nada podrá mantener a esos gatos dentro de la casa.

Katar, en efecto, percibió tras el aroma a lluvia el inconfundible olor de la muerte.

–Puede que los gatos prefieran quedarse donde están. No han salido nunca de la Casa Cerrada, ratón. ¿Qué te hace pensar que ahora querrán marcharse?

El ratón suspiró y emitió un gritito.

–Yo nací allí dentro. Había buena comida para ratones y ratas, pero los gatos tenían gatitos y llegaron más, y con los años se volvieron amargados.

Katar entendió lo que el ratón quería decirle. Le escuchaba con interés.

–Entonces, ¿te fuiste?

–Me fui, aunque muchos de nosotros volvíamos de vez en cuando para conseguir comida –dijo el ratón–. Los gatos de allí no tenían nada que hacer, salvo jugar. Podríamos decir que aprendieron unos juegos muy feos, oh, gato.

Katar echó un vistazo a la casa, de donde brotaba un auténtico coro de lamentos. Se le pusieron los pelos de punta y no a causa del

frío y la lluvia. Cada vez que los gatos de la Casa Cerrada mayaban, él sentía un escalofrío. La puerta se abrió de nuevo y salió un olor pútrido. El ratón tenía razón: el Piesgrandes de la Casa Cerrada había muerto.

–Me llamo Katar. Perdona, pero no sé cómo te llamas, ratón. Dime por qué piensas que los gatos no querrán quedarse dentro de la casa. Hasta ahora nunca han querido salir.

El ratoncito pardo movió pensativo sus cortos bigotes.

–Me llaman Jethro. Es la primera vez que hago las presentaciones con un gato. No olvidaré tu cortesía, Katar. Los gatos no se quedarán porque no habrá nadie que les proporcione comida y porque los Piesgrandes abrirán la Casa Cerrada. Mira, la puerta ya está abierta.

–No lo entiendo. Aunque abran la casa, seguirá siendo su territorio, ¿no? ¿Por qué crees que no cazarán en este terreno (perdona mi franqueza) y seguirán viviendo aquí?

El ratón levantó las orejas.

–Porque, en cuanto Datura salga y vea cómo es el mundo exterior, querrá salir a jugar –dijo Jethro.

Unos Piesgrandes salieron de la casa transportando un bulto en una camilla. Otros se quedaron dentro y cerraron la puerta. Los lamentos de los gatos se cortaron de golpe en mitad de su canto fúnebre. Katar encontró esto más inquietante que si hubieran continuado.

De nuevo, se hizo el silencio. La Casa Cerrada volvió a tener el mismo aspecto que antes, salvo que ahora tenía las luces encendidas. Katar se preguntó si el ratón no estaría demasiado asustado; al fin y al cabo, los ratones no eran famosos por su valentía. Tal vez los Piesgrandes se llevarían a Datura y a los demás gatos, o tal vez otro Piesgrandes se instalaría en la casa. Pero, mientras se alejaba del lugar, seguía moviendo la cola. No estaba tranquilo y quería comentar con Miao y con Hulo lo que había presenciado.

Apenas se había alejado unos pasos cuando el coro de lamentos volvió a empezar. Esta vez contenía un tono de amenaza que hizo que se le pusieran los pelos de punta. Volvió la cabeza hacia la Casa

Cerrada y se quedó observándola. Si los gatos salvajes decidían salir, ¿se mantendrían dentro de los límites de su territorio? ¿Se comportaría Datura como los demás gatos de Nizamuddin? ¿Mantendría la paz entre los clanes? Entonces recordó cómo temblaba Southpaw cuando le estuvieron limpiando la herida del bigote que le habían arrancado. No pudo evitar una mueca de dolor.

Un cambio de viento le trajo a las narices el hedor de la Casa Cerrada. El solo olor daba miedo. De nuevo se oyó el canto fúnebre y un barbudo verde oriental volvió a dejar oír su grito de alarma. Jethro le habló desde el suelo:

–Datura capturó a mi madre y a mis hermanos, y sus amigos se llevaron mis cuatro primeras camadas. No creo que tú y los tuyos pudierais aprobar los juegos que juegan ellos… No, Katar, no creo que os gustaran en absoluto.

La cabeza parda del ratón se perdió entre las sombras. Katar se alejó a paso rápido de la Casa Cerrada mientras a su espalda el lamento subía de tono.

14

Miao y los milanos



Posado junto a la gárgola de piedra que decoraba los oxidados hierros forjados del techo, Colmillo parecía una segunda gárgola, pero mojada y furiosa, una gárgola emplumada. Estaba tan empapado que notaba cómo las pulgas se internaban en lo más hondo de su plumaje en busca de un poco de calor y sequedad.

Aflojó la garra con la que apresaba el cadáver de la rata que mató el día anterior; la carne estaba tan mojada que ni siquiera resultaba apetecible. Colmillo se sentía incómodo. Ahuecó las plumas en un intento de sacarse algunas gotas de encima. Cerró los ojos y se imaginó un nido cálido construido de huesos y ramitas en el extremo de un poste de telégrafos; un nido bien aireado, donde una brisa cálida agitara sus plumas, trayéndole aromas y noticias de lo que ocurría en otros lugares. Se arrimó a la gárgola de piedra; era un objeto frío, pero por lo menos podía apoyarse en él.

Cerró los ojos y apretó las garras en torno a la barandilla de hierro. Estaba a punto de quedarse dormido cuando oyó un maullido. Instintivamente, Colmillo hizo el gesto de clavar las garras con sus mortíferas uñas. Pero el felino –una gata siamesa con una curiosa expresión– se mantenía a distancia, de modo que las garras y el pico de Colmillo no encontraron más que aire. El milano perdió el equilibrio, cayó desde la barandilla y tuvo que hacer un rápido giro en U para no chocar con las macetas del balcón de abajo.

–¡Por todas las pulgas y garrapatas! –farfulló–. Largo de aquí, viejo gato pulgoso… ¿Eres Miao? ¿Qué demonios pasa?

–Ahora que estás despierto, Colmillo, ¿podríamos hablar? Abrimos una tregua, ¿de acuerdo? Es importante.

De repente, Colmillo se sintió totalmente despierto. Conocía a Miao –y la había intentado cazar– desde que era la gatita más rápida de su camada y con el tiempo había llegado a… Bueno, no estaba seguro. Los milanos no traban amistad con los gatos, eso lo sabía todo el mundo. Pero él y Miao habían visto muchos monzones en Nizamuddin y tenían una tregua tácita. Colmillo no solía perseguirla ni acecharla. Por un lado, porque sabía que Miao, aunque tenía algún problema en la cadera izquierda, era muy rápida dando zarpazos. Y luego porque lo cierto era que había sido divertido verla crecer. Sin embargo, en los últimos quince años no habrían hablado más de tres veces.

–Acércate, Miao. Estas son las reglas de la tregua: que los vientos oigan mi canción en este día de relación, entre anfitriones e invitados hay principios sagrados. No utilizaré la garra ni el pico contra el felino que está conmigo. Acércate y habla, pues; eres mi invitada por esta vez.

En las escaleras, Miao relajó los bigotes. Era la respuesta que esperaba, pero los milanos eran de temperamento cambiante y no tenía mucha confianza en Colmillo. Sin embargo, la música de las viejas palabras la dejó más tranquila.

La azotea estaba mojada. Miao se sentó cerca de la gárgola y miró a Colmillo.

–Es sobre la Casa Cerrada.

Le contó todo lo que sabía, empezando por la historia de la casa hasta llegar a lo que había visto Katar la noche anterior.

–De modo que esta es la situación –terminó–. Necesitamos la Alianza, Colmillo, y te pido que movilices a los milanos y a los azores.

La membrana nictitante veló los ojos del milano.

–Esto es asunto vuestro, Miao. Entiendo que estés preocupada, pero no veo que tenga relación con nosotros. Somos especies distintas. No es nuestra guerra.

Miao movió las orejas.

–Intenta verlo de otra manera, Colmillo. Puede que estas criaturas fueran gatos cuando entraron en la Casa Cerrada, pero ya no lo son. Ya sabes lo que pasa cuando un perro se contagia de la rabia, o cuando un gato se vuelve salvaje, o un milano se convierte en un matón. Imagínate lo que puede suceder si esto continúa a lo largo de dos generaciones. Imagínate lo que serán estos gatitos que nunca han sabido lo que es ser un cachorro, que no han conocido más que una vida retorcida, alejada de su naturaleza. Imagínate lo que será una manada de gatos (una manada, Colmillo, igual que una manada de hienas o de perros salvajes) que han aprendido a odiar a todas las demás criaturas de Nizamuddin. Llevarán a cabo ataques, y no hablo de ataques individuales, sino de incursiones cuidadosamente dirigidas. Y no solo atacarán a los gatos, Colmillo. Atacarán a los perros, a los cuervos, a los gorriones, a las mascotas de los Piesgrandes. Y a los pollos tuyos y de tu compañera Garra cuando nazcan. No nos enfrentamos a un grupo de gatos callejeros que salen de una casa de Piesgrandes y luchan por su espacio; es posible que nos enfrentemos a una invasión de gatos salvajes. Necesitamos a los milanos. Sin vosotros, los demás pájaros no harán nada.

Colmillo se atusaba pensativo las plumas.

–Pero siguen siendo gatos, Miao –dijo por fin–. Es vuestra lucha. Nosotros tenemos los cielos, los vientos que nos llevan a donde queramos. Los pájaros no están atados a un territorio, no luchamos contra los terrestres. Me parece que es un típico caso de conflicto territorial entre dos grupos. Pero, aunque los gatos salvajes representaran un peligro, ¿qué tenemos que ver con ellos los que cabalgamos a lomos del viento? Si quieres, podemos mantener la tregua, Miao. Le diré a Pico que deje de atacar a los gatos durante el tiempo que quieras, pero no vamos a enredarnos las garras en este lío.

La vieja gata siamesa se sacudió la lluvia de las zarpas y se las lamió, pensativa. No parecía en absoluto derrotada, aunque tenía los ojos velados, no tanto por la edad, sino porque estaba recordando, mirando hacia atrás en el tiempo.

Colmillo tenía ganas de que Miao se marchara. No le hacía gracia negarle un favor, pero no entendía qué tenía que ver él con este problema. Se había levantado viento y volvía a caer una llovizna gris. El aire olía a tormenta y a vendaval y al milano le entraron ganas de surcar los cielos.

–¿Te acuerdas de tu madre, Colmillo? –preguntó Miao.

El milano se giró, sorprendido.

–Ala Planeadora era buena amiga mía –dijo la gata–. Con su compañero, Rapaz, no me llevaba tan bien. Rapaz no tenía tiempo para los gatos. Pero muchas veces me sentaba aquí a charlar con Ala Planeadora. Me recuerdas mucho a ella.

–¿En serio?

Colmillo se movió incómodo y se agarró más fuerte a la barandilla. Su madre había sido una luchadora legendaria, la reina guerrera de los aires. De jovencito había hecho todo lo posible por parecerse a ella y en la segunda parte de su vida había comprendido que, a pesar de ser un excelente planeador, nunca alcanzaría la perfección de su madre.

–Sí, te pareces a ella –dijo Miao con ternura–. Tienes su sentido de la justicia, aunque tal vez no su temeridad.

Colmillo emitió un chirrido de advertencia y ahuecó las alas.

–Mi madre no era temeraria.

Miao rio para sí al advertir la luz roja que se había encendido en los ojos de Colmillo.

–Ala Planeadora era temeraria. Era la mejor luchadora del grupo, la que capturaba más presas, la que volaba directamente, en plena luz del día, hacia sus enemigos, la que nunca rehuía un combate. Y tenía un corazón grande y generoso. Cuidaba muy bien de sus polluelos y conocía hasta la última pluma de cada miembro de su escuadrón.

Miao se detuvo para lamerse la punta de la cola.

–Pero era temeraria, Colmillo. ¿Sabes cómo murió?

El milano no respondió, pero una sombra de dolor oscureció su mirada.

Una noche Rapaz llegó con un corte en el ala y las garras destrozadas. Contempló en silencio a Colmillo, que salía con apuros de un rápido descenso en picado. «Debes mejorar si quieres dirigir el escuadrón, hijo. Tu madre los entrenó a todos, desde el primero al último, y estarán observándote cuando te unas a nosotros como teniente de vuelo… No, eso es para los más jóvenes. Mejor, capitán de grupo; y dentro de tres meses, comandante».

«¿Unirme al escuadrón? –preguntó el joven Colmillo–. Creía que no había vacantes hasta el siguiente monzón».

Rapaz, que se estaba curando, arreglando con el pico las plumas rotas del ala, miró a su hijo con rostro inexpresivo.

«*Ya hay una vacante. Ala Planeadora ha muerto esta tarde*».

Colmillo nunca supo lo que había ocurrido. Se lo preguntó a su padre y recibió un golpe tan fuerte que le hizo un desgarro en el ala izquierda y estuvo un tiempo volando un poco torcido. No hizo más preguntas. Y ahora que las plumas empezaban a encanecer por las puntas se encontraba con la gata que había sido una buena amiga de su madre.

–¿Me contarás la historia, Miao?

Los ojos grisáceos de la gata se clavaron en los dorados del pájaro.

–¿Estás seguro de que quieres saberlo?

Colmillo levantó la mirada al cielo y meditó la respuesta mientras movía las plumas arriba y abajo.

–Sí –dijo finalmente–. Quiero saber lo que pasó.

Miao se sentó a una distancia prudente del milano. Su mirada se perdió en el horizonte de los tejados.

–¿Te acuerdas de Tigris?

–¿La Emisora? Sí. Mi padre nos hablaba de ella cuando nos explicaba historias de cuando éramos pequeños. Era una Vidente de la vieja escuela, ¿no? No he conocido a muchas como ella, ni entre los milanos ni entre los gatos.

–Era el primer año de Tigris como Emisora –dijo Miao–. Su madre descubrió que Tigris tenía dotes de Emisora cuando vio que sus bigotes eran los más largos de toda la camada, incluso más largos que los de los gatos adultos.

La gata siamesa le contó la historia y el milano escuchó atentamente, con los ojos velados por las membranas nictitantes y las garras relajadas.

15

El verano de los cuervos



»Aquel invierno Tigris tuvo unas visiones de mal agüero. Soñó que unas nubes oscuras bajaban del cielo y se ponían a la altura de los indómitos. Esto la inquietó mucho. Primero sugirió a los indómitos que pensaran en abandonar Nizamuddin. Les insistió. Pero ¿cómo hacer que un clan se trasladara simplemente por el sueño de una gata que acababa de cumplir un año de vida? Ni siquiera Neferkitty, la madre de Tigris, que era la mejor guerrera del clan, se tomó la advertencia en serio.

»En primavera, los sueños que atormentaban a Tigris se hicieron más vívidos. Sin embargo, fue una de las mejores primaveras que habíamos visto: las noches olían a jazmín, la caza era fácil y abundante, los Piesgrandes nos dejaron en paz. Pero, si la primavera fue perfecta, el verano fue todo lo contrario, porque fue el verano de los cuervos.

»Al principio fue solo una bandada, luego dos y después cada vez más. Se instalaron en los árboles y setos de Nizamuddin y lo alborotaron todo con sus graznidos. Los indómitos no hacíamos caso –siempre ha habido cuervos en la colonia–, pero al final nos hartamos. Ya sabes cómo son los cuervos, Colmillo. Gritan, no paran, organizan fiestas cada tarde y los jóvenes siempre se están peleando. Pueden ser malos y algunos son hábiles ladrones: esperan a que un milano o un gato cace algo y corren a arrebatarle la pieza. Pero también es divertido observarlos. Mira a Picobrillante y

Alanegra, y a sus hijos, cómo vigilan y nos cuentan todo lo que ocurre.

»Sin embargo, aquellos cuervos eran diferentes. Venían en grandes bandadas oscuras, como las nubes del monzón, cubrían los árboles de una masa negra, llenaban los aires de graznidos y chillidos. El clan recordó los sueños de Tigris y sentimos temor en los bigotes y en el corazón.

»Al principio, Ala Planeadora no les prestó atención. Seguía con sus rondas diurnas y se posaba siempre bien lejos, en lo más alto de los tejados, en los árboles de lo más intricado del bosque. Pero un día dio la orden de que los milanos debían abandonar Nizamuddin y establecer sus hogares lo más lejos posible de los cuervos, en la tumba de Humayun o en Jangpura, al otro lado del canal. A Rapaz no le hizo ninguna gracia la orden, pero la obedeció y solo volvía de visita.

»A mí también me extrañó. Ala Planeadora no solía ceder terreno; siempre plantaba cara. Un día nos encontramos y hablamos.

»–No lo entiendo, Miao. Hay algo raro en el comportamiento de estos cuervos. No es una invasión normal. No tienen líderes ni tribus, son fugitivos, y eso los hace peligrosos. Debo pensar cómo lograr que se marchen –me dijo.

»Intentó conversar con sus líderes, pero Picotazo y Bakbuk se negaron a contestar y la alejaron del nido aleteando furiosos y amenazándola con sus graznidos. Ala Planeadora escapó fácilmente del ataque alzando el vuelo hasta los suaves nimbos y no volvió a intentar hablar con ellos.

»Nosotros añorábamos a los milanos. En ocasiones los vuestros atacan a gatitos o a gatos viejos o a los que están enfermos, y nosotros robamos vuestros nidos si los encontramos a baja altura y también podemos matar algún polluelo, pero no hay enemistad entre nosotros. Además, está la tradición que ya conoces, Colmillo, de que cuando escasea la caza los gatos dejamos una parte de lo que cazamos para vosotros y viceversa. Esto se remonta a los primeros gatos y los primeros milanos que se instalaron en las viejas callejuelas de Nizamuddin.

»A veces miraba el cielo y veía una pequeña manchita, muy lejos. Era Ala Planeadora, que sobrevolaba el terreno de Nizamuddin y lo dividía en secciones. Muchas veces me pregunté qué era lo que veía y, cuando su sombra se proyectaba sobre mí y oscurecía el suelo por una fracción de segundo, la echaba de menos.

»Los cuervos se volvieron cada vez más atrevidos. Nos robaban, atacaban a nuestras crías. Llegó un momento en que tuvimos que poner a todos los gatitos juntos –desde que tenían nueve semanas o menos– en el pequeño parque que hay detrás. No los dejábamos salir de allí y los gatos machos montaban guardia, pero aun así perdimos algunas crías. Los cuervos acosaban a los lagartos, a los ratones, las ratas y los bandicuts, y pronto empezaron a atacar las casas de los Piesgrandes y a sus mascotas… Aquello nos ponía a todos en peligro, Colmillo.

»Seis cuervos entraron en una de las casas y abrieron la jaula de unas mascotas, unos conejillos de Indias. Los mataron a todos, pobrecillos. Eran unas criaturas muy tontas, incapaces de conversación: «*¡Teño* comida! ¡No *teño* comida! *¡Teño* más comida que tú!». Eso era todo lo que sabían decir. Pero no merecían un final así y no había necesidad de matarlos. Los cuervos ni siquiera tenían hambre; solo estaban aburridos.

»Poco después hicieron lo mismo con unos conejitos que había en una jaula; incluso atacaron a un niño Piesgrandes. Comprendimos que los Piesgrandes se estaban poniendo nerviosos y tuvimos miedo; no sabíamos lo que iban a hacer, pero estábamos seguros de que no sería nada bueno.

»Yo habría querido hablar con Ala Planeadora, pero no se la veía por ninguna parte. Claro que seguía patrullando, pero cada vez volaba más alto y solo hacía su ronda una vez al día. Además, yo tenía demasiados problemas como para preocuparme por Ala Planeadora. En Nizamuddin siempre ha habido mucha caza y los Piesgrandes nos dejan cosas fantásticas en la basura, pero había demasiados cuervos y cada día llegaban más. Picotazo y Bakbuk encabezaban partidas en busca de comida. Se volvieron más osados: nos atacaban, intentaban arrebatarnos los que habíamos cazado. Una bandada encabezada por Rompehuesos abandonó un día

Nizamuddin y supimos que se habían instalado al otro lado del canal, en el mercado de Jangpura.

»Ala Planeadora llegó un día con malas noticias.

»–Los Piesgrandes están poniendo veneno –dijo.

»Quiso decírselo a Rompehuesos, porque pensó que era su deber avisar a todos los animales, incluso a los que se mostraban hostiles.

»–Largo de aquí, saco de huesos. Lo que pasa es que quieres alejarnos de la buena comida –le contestó Rompehuesos–. Así tú y tus pulgosos amigos no tendréis competencia para cazar.

»Ala Planeadora no dijo nada más, pero una semana más tarde nos dijo que los montones de basura del mercado estaban cubiertos de plumas negras. Rompehuesos y su bandada habían muerto envenenados.

»Después de eso, ningún cuervo intentó irse de Nizamuddin y cada día llegaban más. Cada día se convirtió en una desesperada lucha por la supervivencia; no apartábamos la mirada del cielo, porque no sabíamos cuándo volverían a atacarnos con sus afilados picos.

»–Tenemos que hacer algo –le dije un día a Neferkitty.

»Aquella misma mañana había visto a un triste grupo de ardillas llorando la muerte de otro miembro de su familia.

Para entonces Neferkitty tenía un aspecto demacrado. Había sido una gata hermosa y fuerte, pero los últimos meses se habían cobrado un precio y ahora era solo huesos y músculos. Más tarde supe que había estado llevando las piezas que cazaba a los gatitos y a sus mamás y que ella apenas comía lo necesario para mantenerse en pie. Sin embargo, era tan perspicaz como siempre.

»–Tengo un plan –me dijo–. Es un plan desesperado, pero tiene que funcionar.

»Cuando me lo contó, yo estuve de acuerdo en que era un plan desesperado. Pero ¿qué alternativa teníamos? Les daríamos una oportunidad a Picotazo y a Bakbuk; les pediríamos que se llevaran a la mitad de los cuervos más allá, a la tumba de Humayun, con los pavos reales y los ruiseñores. O podían llegar un poco más lejos, al campo de golf, donde hay espacio y prados verdes. Si se negaban, atacaríamos aquella misma noche. Los perros estaban de acuerdo.

Ellos también habían sufrido la invasión de los cuervos. Cuando nos acercamos a ellos pidiendo una tregua, su líder, Tommy, dijo incluso que pelearían a nuestro lado si era necesario. Pero ellos eran un grupito pequeño de perros callejeros, mientras que nosotros éramos un ejército lamentablemente flaco.

»–Nos iría muy bien contar con el apoyo de los milanos. ¿Tienes noticias de Ala Planeadora? –me preguntó Neferkitty.

»Yo no tenía noticias y, cuando aquella noche le pregunté a tu padre, se mostró educado, pero distante.

»–No es nuestra guerra, Miao –me dijo–. Los milanos hemos seguido adelante. Además, hace muchas lunas que no veo a Ala Planeadora. Está bien; si estuviera en peligro, se me despeinarían las puntas de las alas. Pero no sé nada más.

»Le estuve rogando hasta que empezó a impacientarse y a erizar las plumas, y entonces me marché.

»Habría sido de gran ayuda tener a Rapaz y a sus escuadrones de nuestra parte. Sin los milanos, los demás pájaros no quisieron secundarnos.

»–Míranos –dijeron los gorriones Spackle y Grackle–. Somos demasiado pequeños, Miao. Los cuervos no tardarían en convertirnos en guiso.

»Las palomas hacía tiempo que se habían ido. Bimillah, el ruiseñor, dijo que haría lo posible, pero que no podía arriesgar la vida de sus pequeños. Petuk y Potla, los buitres, se habían marchado por un tiempo. Preferían el río Yamuna, tan contaminado, al espacio sobresaturado de Nizamuddin.

»Neferkitty y yo cumplimos con la ingrata tarea de visitar a Picotazo y Bakbuk. Cuando llegamos, estaban riñendo a causa de una pieza cazada, aunque no llegamos a averiguar qué animal era, y a veces era mejor no saberlo. Bakbuk levantó la cabeza con mirada iracunda y vimos su pico lleno de sangre.

»–¿Osáis interrumpir mi comida, gatos?

»–¡Mía! –interrumpió furiosa Picotazo–. ¡Mía-mía-mía! Yo la vi primero.

»Bakbuk le dio un picotazo a su compañera y le rompió una pluma. Luego nos miró.

»–¿Qué queréis?

»Neferkitty le dio nuestro mensaje mientras barría lentamente el suelo con la cola. Todo el mundo era bienvenido en Nizamuddin, pero estarían de acuerdo en que había demasiados cuervos y la comida empezaba a escasear para todos, cuervos incluidos. Además, los Piesgrandes empezaban a ponerse nerviosos y pronto tomarían medidas, como habían hecho en el mercado con el veneno. No buscábamos un enfrentamiento; había muchos otros parques, muchos otros barrios. Solo con que la mitad de los cuervos aceptara marcharse, podríamos vivir todos en paz. ¿Qué le parecía a Bakbuk?

»Pero, antes de que Bakbuk pudiera decir nada, antes de que yo pudiera reaccionar, Picotazo se lanzó volando contra Neferkitty y le rasgó las orejas con sus fuertes garras. Neferkitty chilló de dolor y yo grité: "¡Tregua rota!". De un salto, me aparté de Bakbuk. "¡Hemos venido en son de paz!". A pesar de que le sangraba la oreja, Neferkitty luchaba fieramente con Picotazo, pero los demás cuervos empezaban a agruparse en una bandada. "¡Sígueme, Neferkitty!", dije, y salimos de allí como pudimos. Sin la ayuda de los perros no lo habríamos conseguido.

»Mientras escapábamos, oíamos los roncos y burlones graznidos de Bakbuk: "¡La próxima vez que vengáis os haremos papilla, bigotes! No pensamos marcharnos, ¿me oís? Son nuestros árboles, nuestro parque, nuestras presas. ¡Todo es nuestro!". Una nube de cuervos que graznaban y gritaban oscurecía el cielo.

»Nos reunimos con la banda en el parque pequeño. No teníamos mucho que decir. Ni siquiera hacía falta que nos conectáramos para saber que todos temíamos la noche que estaba por llegar. En lugar de pensar en la situación o buscar una salida, ahora los cuervos estaban en guardia. Y eran muchos.

»–Neferkitty –le dije al fin–, ¿crees que tendríamos que atacar, como habíamos planeado, o no hay esperanza?

»–Yo estaba pensando lo mismo –dijo ella. La habían herido y tenía el negro pelaje manchado de sangre–. Parece una situación desesperada, ¿no? A lo mejor somos nosotros los que tenemos que marcharnos.

»Me puse a pensar en esa posibilidad, pero la sola idea de abandonar Nizamuddin, de dejar atrás los árboles *neem* y los flamboyanes, de renunciar a las azoteas donde habíamos jugado a perseguirnos de pequeños… era demasiado. ¿Cómo íbamos a transportar a todos los gatos? ¿A dónde iríamos? Los cuervos podían volar, observar barrios enteros desde arriba y encontrar árboles donde posarse, pero un gato podía estar muchas lunas explorando para encontrar un territorio adecuado.

»¿Dónde encontraríamos un territorio con tantos puntos donde buscar comida, que no perteneciera ya a otros clanes gatunos, sin demasiado depredadores y que se encontrara cerca de Nizamuddin? Y aunque lo encontráramos… en la amplia memoria de los clanes felinos de Delhi no había ni la más mínima señal de que una migración hubiera tenido un buen resultado. Los gatos no éramos pájaros; crecíamos y vivíamos en los mismos territorios donde habían vivido nuestros padres. Y ya está. Así se lo dije a Neferkitty.

»–Ya sé que parece una locura –dijo–. Pero, Miao, no podemos seguir así. Si los cuervos no se van, este invierno nos moriremos de hambre. Estamos más débiles y quién sabe si podremos proteger a las siguientes camadas. Tenemos que pensar en lo impensable.

»Teníamos mucho de qué hablar, pero de repente oímos un batir de alas, seguido del chillido de uno de los cachorritos callejeros, y los graznidos se hicieron tan fuertes que casi nos ensordecieron. Los cuervos atacaban Nizamuddin.

»Imagínate lo que fue: gatos y perros, ratones y ardillas, gorriones, *mynah*… todos desperdigados mientras unas negras bandadas de cuervos bajaban de los árboles, oscureciéndolo todo. ¡Qué ruido! El batir de alas, los graznidos… era ensordecedor y provocaba el pánico. Algunos animalitos enloquecían y empezaban a correr arriba y abajo, con lo que se convertían en presas fáciles, los pobres. Las ardillas correteaban por las ramas y los cuervos las atrapaban de dos en dos; los ratones corrían en círculo por el suelo. Era terrible.

»Aquella primera hora fue espantosa. Por supuesto, Neferkitty y los guerreros estuvieron haciendo todo lo posible y los perros nos ayudaron, pero las bandadas de cuervos nos bombardeaban. Si nos salvamos fue porque los cuervos eran malos como luchadores. Venían de diferentes familias, de diferentes sitios, y supongo que no se esperaban que plantáramos cara. Todos juntos daban miedo, pero no atacaban en formación… Los grupos abandonaban cuando querían y chocaban unos con otros, tanto en tierra como en el aire. Además, discutían y se peleaban entre ellos, lo que a muchos nos salvó. Bakbuk se irritó porque sus mejores guerreros se lanzaron en picado antes que él y los hirió tan gravemente que tuvieron que retirarse.

»A pesar de lo mal que luchaban, tenían la ventaja de que eran muchos más. Cada cuervo herido se veía inmediatamente reemplazado por otros diez y la hierba estaba cubierta de alas negras. Neferkitty actuó con inteligencia. Se subió a los árboles y se movía rápidamente de rama en rama, del *neem* al flamboyán y de allí al laburno, y atacaba a los cuervos desde atrás. Se lanzaba sobre los líderes justo cuando iban a levantar el vuelo y cuando la descubrían se escondía rápidamente entre el follaje. Los cachorros, los perros callejeros de Nizamuddin, lucharon a nuestro lado: ladraban, arremetían contra los cuervos que estaban en el suelo, no los dejaban aterrizar.

»Neferkitty sangraba mucho, porque algunas de las heridas de la mañana se habían vuelto a abrir. Pero las lechuzas se habían despertado y fueron en su ayuda. Hootem y Hutom abandonaban una y otra vez la seguridad de su nido en el viejo laburno para efectuar vuelos de ataque y así darle un poco de respiro a Neferkitty. Sin embargo, la ofensiva de los cuervos no se detenía; era como si los árboles no pararan de escupir cuervos.

»Picotazo estaba entre nosotros y Neferkitty, con un grupo de seis cuervos que parecían los que mejor luchaban. Calculé la distancia que nos separaba de ella y me estremecí. La idea de correr a su lado –o bien conseguir que ella viniera– atravesando una espesura de poderosos picos y garras con sed de sangre no resultaba alentadora. Nuestra situación era desesperada: los cuervos eran muy superiores

en número, sus graznidos resultaban ensordecedores. De repente oí un golpe sordo; algo me había caído en la espalda. Me volví rápidamente, con los bigotes temblorosos, y me encontré frente a una aterrorizada ardilla que balbuceaba y se enrollaba la cola alrededor del cuerpo.

»–Iiiiiiiiiiih, pooorfaaaaavor –dijo mientras le castañeteaban las mandíbulas–. Me envía una amiga. Me llamo Aaaooooooo.

»Me quedé tan estupefacta que ni siquiera habría podido darle un bofetón. Pero me esperaba otra sorpresa.

»Ala Planeadora apareció volando tan bajo que sus plumas rozaban el suelo. Aleteaba rápidamente, como si fuera un colibrí.

»–Miao, te presento a Ao. Y este es Jao –dijo, depositando en el suelo otro animalito peludo–. Son amigos míos. Cuida de ellos hasta mi regreso, ¿entendido? No hay tiempo para explicaciones. Ya hablaremos en otro momento.

»Dicho esto, levantó el vuelo y salió para lanzarse como una flecha contra Picotazo.

»El cuervo ni siquiera se dio cuenta de nada, Colmillo. Tu madre era muy rápida. Se oyó un golpe tremendo, un grito desesperado y ya está… Vimos un montón de plumas que caían del cielo. Picotazo había muerto y, antes de que los cuervos de su grupo supieran qué hacer, Ala Planeadora había hecho un giro de 180 grados y se dirigía hacia ellos con las garras extendidas. Otros dos cuervos cayeron del cielo, igual que Picotazo. El tercero dio un chillido de dolor; lo vimos volar con un ala maltrecha hasta posarse en un árbol; el cuarto intentó plantar cara y Ala Planeadora le arrancó un ala. Bakbuk se asustó y salió volando. Era el tipo de cuervo que graznaba mucho, pero mostraba poco valor. No le gustaba mancharse las alas de sangre.

»Ala Planeadora se elevó por encima de la alborotada masa negra. Vimos enseguida que le pasaba algo, porque volaba ladeada hacia la derecha y parecía dolorida. Los cuervos también lo vieron. Hasta el momento se habían apartado de su camino, pero ahora se agruparon en torno a ella. Cuando Ala Planeadora subía, ellos se ponían detrás. Es raro, porque no la atacaron en grupo, sino que de

vez en cuando uno de ellos se apartaba de los demás y se lanzaba contra ella, aunque procurando evitar sus garras.

Colmillo miró a Miao y apartó la mirada. Sus ojos amarillos tenían un brillo de tristeza.

–Es una maniobra de humillación, una táctica típica de los cuervos cuando se enfrentan a un ave rapaz que está sola. Un milano, aunque esté herido, puede enfrentarse a una bandada de cuervos si se siente acorralado. Somos… Bueno, te mostraré cómo.

Hizo un movimiento rapidísimo con las garras. Miao notó el golpe de aire en los bigotes; las afiladas uñas del milano le habían pasado a un milímetro del morro. Colmillo le mostró una hoja húmeda clavada en una de sus mortíferas uñas curvas.

–La tenías pegada en la mejilla –dijo–. Resultaba irritante verla.

Miao tenía demasiado autocontrol para maullar. Intentó tranquilizarse lamiéndose una garra.

–Entiendo a qué te refieres con lo de la velocidad.

–Los cuervos son cobardes –continuó Colmillo–. Detestan hacerse daño, así que molestan al depredador por turnos. Se acercan lo bastante como para bloquear las corrientes de aire y entorpecer nuestro vuelo, pero no corren riesgos. Si se van acercando uno tras otro con esta táctica, acaban por cansar y confundir al depredador, sobre todo si está herido, y tal vez lo empujen a agotar su energía en ataques inútiles. Cuando el ave está más débil, la atacan todos a la vez… –Volvió la cabeza hacia otro lado y ahuecó las plumas–. Entonces, es así como murió Ala Planeadora.

Miao titubeó y luego, aun arriesgándose a que Colmillo se enfadara, levantó la cabeza y la frotó muy rápidamente contra la faz del ave. Colmillo se echó hacia atrás y, por un instante, en sus ojos destelló una luz roja.

–No, Colmillo –dijo suavemente Miao–. No es así como murió tu madre.

»Ala Planeadora volaba con las alas caídas –explicó Miao–. Parecía perder altura, pero aun así volaba más rápido que los cuervos y

utilizaba la garra derecha para librarse de sus atacantes.

»De repente oí una vocecita aguda junto a mi pata:

»–No te preocupes, Miao. Ala Planeadora sabe lo que hace.

»–¿En serio? –pregunté con irritación, porque no estaba acostumbrada a hablar con ardillas–. Volar junto a tus enemigos cuando estás malherida no me parece que sea un gran plan.

»Ao se quedó mirándome con sus ojitos bizcos.

»–Hace mucho tiempo que Jao y yo observamos a Ala Planeadora. Volaba a menudo cerca de nosotros, pero nunca nos hizo daño ni nos amenazó. Con los cuervos era otra cosa. Primero atacaron a mi madre, después a mi padre. Entonces nos quedamos solos. No sabíamos qué hacer. Nos quedamos en las ramas más altas; teníamos demasiado miedo para bajar a buscar alimento, demasiado miedo para buscar refugio. Cada vez que bajábamos por el tronco nos atacaban los cuervos. Y una tarde vimos a Ala Planeadora pasada en una rama encima de nuestras cabezas. –La ardilla tomó aire. Movía la peluda cola, llena de inquietud–. Jao se armó de valor: "¡Milano, milano! ¿Podemos hablar?". Ala Planeadora giró la cabeza y nos miró fijamente, más curiosa que enfadada. Yo tenía miedo, pero Jao dijo: "Milano, puede que nos mates y puede que no, pero los cuervos nos matarán seguro, no nos cabe la menor duda. Así que te pedimos ayuda. Milano, eres un ave rapaz, una de las más grandes. Nosotras somos ardillas, somos pequeñas. Sin embargo, en ocasiones los grandes cuidan de los pequeños, ¿no?".

»Jao asomó la cabeza por detrás de la peluda cola y asintió para corroborar las palabras de su hermana. Ao le rozó suavemente con la cola y siguió su relato:

»–Ala Planeadora se nos quedó mirando un buen rato. No decía nada; solo nos miraba con ojos enrojecidos de cansancio. Como Jao había sido tan valiente, me decidí a hablar. Le hablé de nuestra mamá y de nuestro papá, de lo que los cuervos les habían hecho a tantos animalitos. De repente, Ala Planeadora me cogió con el pico y me acercó a sus afiladas garras. Yo pensé: "Ya está; no me comerán los cuervos, sino un milano. Espero que me dé una muerte rápida". Pero Ala Planeadora me dejó y musitó, como si hablara sola: "Esto

ya ha durado demasiado". Al día siguiente regresó, se posó en una rama y nos dijo que nos subiéramos a su espalda.

»Jao asintió con las manos juntas y continuó:

»–Teníamos miedo. A mí me castañeteaban los dientes y Ao chillaba, pero nos subimos sobre Ala Planeadora y nos agarramos con fuerza a sus plumas. Primero nos llevó a un tejado (allí mismo, ¿ves?) y nos explicó lo que planeaba hacer. El resto ya lo sabes. Nos trajo aquí contigo y ahora está llevando a cabo su plan. Sabe muy bien lo que hace. Lo tiene todo controlado.

»Yo miré al cielo. Los cuervos estaban junto al perímetro de Nizamuddin, cerca del *dargah*, y tres de ellos volaban detrás de la mancha negra que era Ala Planeadora. Parecía que tu madre arrastrara una flotilla de cuervos. Los árboles del parque estaban desnudos y vacíos. Los cuervos tenían que agacharse de vez en cuando para no chocar con las marañas de cables eléctricos o con las coloridas cometas que los pequeños Piesgrandes hacían volar desde las azoteas. Los tres cuervos, formados en uve, le cortaron el paso a Ala Planeadora y ella se desplazó a un lado y los atacó, pero cada vez volaba más bajo. El trío de cuervos se acercó más a ella y la vimos caer en picado. Los cuervos graznaban felices su victoria. Jao chilló.

»–Mira allí. ¿Lo ves? –dijo. Ala Planeadora dio tres vueltas en el aire y, atravesando como una flecha la masa negra de los cuervos, cortándola como si fuera mantequilla, subió a una altura increíble. Ya no parecía que estuviera herida ni que tuviera ningún problema en las alas.

»Los cuervos se dieron cuenta demasiado tarde de que había unas manchas oscuras cerniéndose sobre el parque, en los cuatro puntos cardinales. Vimos a muchos milanos de la colonia más próxima cruzando el horizonte en grupos de diez; otros aparecieron de repente por detrás de los edificios, levantaban el vuelo desde los terrados y los postes de teléfonos, desde los árboles esparcidos por el *dargah*. Bajo la dirección de Rapaz, formaron una suerte de red alrededor de la masa de cuervos y los arrinconaron, como hacen a veces los perros con sus cachorros. Ahora estaba claro que los cuervos habían caído en una trampa… Ala Planeadora los había

conducido directamente a la maraña de cables que entrecruzaban el perímetro del *dargah*.

»Sin Picotazo y Bakbuk para darles órdenes, los cuervos se sentían perdidos. Algunos volaron hacia los tendidos eléctricos y se formó una espesa nube de pájaros… Hubo un chispazo y una peste horrible a quemado. Los cables eléctricos se incendiaron y el fuego atrapó a más cuervos. Tres de los más aguerridos intentaron atacar a Rapaz, pero el poderoso milano se defendió bravamente y salió triunfador, aunque perdió por el camino algunas plumas. Algunas bandadas de cuervos intentaron escapar, pero los milanos les cerraron el paso. La lucha fue encarnizada y el aire se llenó de graznidos y alas rotas; los cuervos se llevaron la peor parte. Unos pocos –los que estaban al final de la bandada– consiguieron escapar dando gritos y buscaron la protección de los árboles. Se marcharon y no los volvimos a ver.

»En cuestión de minutos, todo había acabado. Neferkitty y los otros guerreros se dejaron caer en el suelo agotados. Jao y Ao parloteaban emocionados. "Increíble", ladró Tommy, que había presenciado la pelea con el resto de los perros callejeros. Y lo decía en serio. Todo había sido muy rápido. Los escuadrones de milanos se unieron en uno solo, en forma de flecha, y fue a posarse solemnemente sobre los tejados de Nizamuddin… en este mismo tejado, Colmillo.

»Ala Planeadora trazó un vuelo en arco ante la orgullosa mirada de Rapaz.

»–¡Pequeños! –dijo, volando tan bajo entre los árboles que casi nos rozó la cabeza–. He mantenido mi promesa, pequeños. ¡Menudo día, querida Miao! ¿Te ha gustado el espectáculo?.

»De nuevo, subió a lo alto como una hermosa flecha negra y voló a lomos del viento; se remontaba, caía en picado, planeaba a lomos de las corrientes. De repente vi que su comandante, Slash, que estaba posado en un tejado, se sobresaltaba y daba un grito de alarma: "¡Ala Planeadora, ten cuidado!".

»Y es que Ala Planeadora estaba haciendo sus acrobacias entre los bordes de los tejados del *dargah* y los largos cables eléctricos. Una vez más, volaba cerca, demasiado cerca. Al oír el grito de

alarma de Slash, cerró las plumas de la cola como si cerrara un abanico y descendió suavemente, evitando los peligrosos cables negros, volvió a elevarse y voló hacia nosotros. Slash cerró aliviado las garras en el borde del tejado y las plumas volvieron a colocarse en su sitio.

»Ala Planeadora formaba una hermosa estampa, Colmillo. Tu madre cortaba limpiamente el aire, con las alas un poco más pegadas al cuerpo que los demás milanos. El sol sacaba destellos dorados a las plumas marrones de su espalda. Y de repente dijo:

»–¡Slash! ¿Has visto alguna vez un triple tirabuzón hacia arriba?.

»Voló hacia abajo batiendo rápidamente las alas, más como un colibrí que como un milano, hasta el pretil de la primera planta. Slash se alarmó.

»–¡Ala Planeadora, no lo hagas! ¡Es demasiado peligroso! –dijo asustado.

»–¡Vuelve! –chilló Ao.

»–¡Baja! –gritó Jao.

»Tu madre ya estaba subiendo a toda velocidad, girando sobre sí misma, como un tapón dorado que se recortara contra el azul del cielo. Un golpe de aire le permitió subir todavía más para hacer el segundo tirabuzón y luego un tercero, espectacular. Era como un rayo de color oro viejo. La vimos subir cada vez más alto, más arriba, hasta que oímos el ronco grito de alarma de Slash. Un cable suelto y humeante a causa de la batalla empezó a chisporrotear.

»No pudimos distinguir las llamas de las doradas plumas de tu madre.

Durante un buen rato nadie dijo nada… Solo se oía la lluvia. Miao no habló; siguió sentada junto al milano, contemplando el parque. Y, si alguno vio una hermosa figura fantasmal que volaba sobre los tejados y las copas de los árboles, no lo mencionó.

Finalmente, Colmillo volvió la cabeza hacia Miao.

–Tendré que hablar con Rapaz y con Garra, pero he aquí lo que te podemos ofrecer. No iniciaremos tu batalla, Miao, no seremos los

primeros en atacar. Solo aceptaremos órdenes si vienen de ti o de Katar. Pero, si nos necesitáis, ahí estaremos.

Los bigotes de Miao se relajaron. Le habría gustado darle otro cariñoso cabezazo a Colmillo, pero, viendo cómo apretaba el pico y lo tensas que estaban las garras sobre el borde del tejado, comprendió que el milano no quería ningún contacto en ese momento.

–Gracias, Colmillo –dijo, y empezó a bajar las escaleras dando saltitos.

Colmillo la llamó:

–¡Miao!

–Dime, Colmillo.

–Diles a los animalitos de Nizamuddin, a los ratones, los *chuchundras* y los gorriones… diles que todo irá bien.

Y el ave rapaz apartó la cabeza para mirar la lluvia, que caía de nuevo con fuerza.

16

Un hambre salvaje



Agazapado tras las andrajosas cortinas, Datura contemplaba en silencio a los Piesgrandes que deambulaban por la casa.

–¡Escondeos! –les gruñó a los demás–. Separaos en grupos, no os acerquéis a los cuencos de comida y no ataquéis a los Piesgrandes… todavía.

Los Piesgrandes se fueron haciendo más numerosos a medida que transcurría la tarde. El vigilante había dado la voz de alarma tras echar un vistazo al interior de la Casa Cerrada. Los gatos habían empezado a maullar sus lamentos, como era costumbre. Datura inició su canto fúnebre y golpeó o mordió en la garganta a los pocos gatos que no se le unieron. Cuando el vigilante entró y miró desde lo alto de la escalera, el gato blanco retrocedió; ahora seguro que vendrían más Piesgrandes. No sintió ninguna pena cuando vio que se llevaban el cadáver del viejo Piesgrandes; husmeó el aire y detectó los coches y las camionetas que se acercaban a la casa, olió los aromas que entraban por la ventana.

–Podríamos quedarnos aquí –dijo Tóxico en tono desafiante–. Podríamos escondernos de los Piesgrandes y vivir en la parte de atrás, ¿no?

Pero Datura no estaba de acuerdo. Bastaba con ver cómo entraban los Piesgrandes, dando traspiés en la oscuridad de la casa y oír sus exclamaciones ante tanta suciedad y tanta miseria, para

comprender que los gatos habían perdido su casa y su privacidad. La puerta y la ventana abiertas dejaban entrar un aire fresco que contaminaba el agradable y familiar hedor a cerrado que para Datura era el olor del hogar. Cuando Tóxico le gruñó a un Piesgrandes que apartaba con disgusto los sucios cuencos de comida con un viejo bastón de caña, Datura no detuvo al gato negro, pero tampoco se unió a él. Con un simple movimiento de los bigotes impidió que los demás gatos atacaran al Piesgrandes. Dos Piesgrandes patearon el suelo para ahuyentar a Tóxico, que tuvo que retirarse tras soltar un nuevo bufido.

–¡Pero es nuestra casa, Datura! –protestó Tóxico–. Tenemos que pelear por ella.

–*Era* nuestra casa. Ahora es suya –dijo Datura.

–¿Y a dónde iremos? –preguntó Aconitina, que se había acercado a ellos con sigilo.

–Afuera –dijo Datura–. Déjame en paz, Aconitina.

No respondió a más preguntas y, cuando Tóxico quiso saber cuáles eran sus planes, Datura salió de detrás de las cortinas de terciopelo enseñando las uñas y le hizo un profundo arañazo en el hocico.

–¡He dicho que me dejéis en paz!

El gato negro se alejó chillando de dolor. Aconitina contempló a Datura con ojos entrecerrados. Al cabo de un rato buscó refugio en un lugar apartado de los Piesgrandes. No le gustaban. Hasta entonces solo había visto a unos cuantos desde las ventanas de la Casa Cerrada y nunca les había prestado mucha atención ni los había oído hablar con ese tono duro y gutural. Pero le molestaba profundamente que entraran en todas las habitaciones, corrieran las ajadas cortinas y dejaran entrar la luz y el aire.

Datura, escondido tras las cortinas de terciopelo, dejó que su imaginación vagara por el mundo exterior. Le sorprendió lo bien que olía. Cuando era pequeño salió en una ocasión a la azotea y miró hacia arriba: la altura le produjo mareo. Desde entonces decidió que detestaba el cielo y que prefería los espacios cerrados, donde sabía exactamente dónde se encontraban los depredadores y las presas. El mundo exterior le resultaba demasiado vasto para recorrerlo solo.

Pero, tras la muerte del Piesgrandes, cuando abrieron las ventanas por primera vez, haciendo chirriar los herrumbrosos pestillos y haciendo caer al suelo montones de moscas muertas que colgaban de las telarañas que cubrían los postigos, Datura se quedó fascinado. Estaba oscuro y llovía, de modo que no se veía el cielo. El mundo exterior no le pareció tan amenazador sin aquella alta bóveda azul. Bajó la cabeza hacia los arbustos y sus bigotes captaron el delicioso olor de los animales. Inspiró profundamente y sus ojos relucieron, tanto el ojo cuerdo, de color azul, como el loco, de color amarillo. Podía registrar una abundancia de presas: los exquisitos ratones que vivían en los arbustos, los jugosos bandicuts correteando por los túneles, las abejas y las larvas, los pájaros dormidos. Era un mundo lleno de presas que rogaban que las cazaran.

Una luz tímida y brumosa anunciaba el nacimiento del día. La lluvia se había convertido en una aburrida llovizna. El gato blanco sacudió las orejas y estiró las garras; oía a lo lejos los gemidos desesperados de un desgraciado que se había cruzado en el camino de Aconitina. No cabía duda de que la gata estaba de mal humor; sin embargo, en cuanto oyeron las pisadas de dos Piesgrandes que se acercaban hablando alto, ambos felinos guardaron silencio.

–Aconitina –dijo Datura–. Ven aquí y dime qué hueles.

La gata gris dejó lo que estaba haciendo –probablemente maltratar a los gatos más pequeños para desquitarse de la irritante invasión de Piesgrandes– y se acercó a Datura.

–Estira bien los bigotes –le dijo él–. ¿Qué te parece el mundo exterior?

En un intento de interpretar el mundo abrumador que había más allá de las puertas y las ventanas, Aconitina esponjó el pelo y estiró los bigotes.

–Apesta a Piesgrandes. Pero estos caminan como las hormigas, arriba y abajo, arriba y abajo, sin detenerse a explorar el jardín. Aparte de esto… –Extendió los bigotes y abrió encantada los ojos de par en par–. Carne –susurró–. Hay carne fresca en la hierba, en los árboles, dormida en los setos.

Aconitina estaba tan sorprendida que le temblaban los bigotes. Al igual que Datura, hasta el momento sus únicas referencias olorosas del mundo exterior eran las defecaciones de los pájaros y el agrio olor de las heces y las meadas gatunas o el hedor a gusanos secos en la veranda frontal. Hacía años que nadie abría las ventanas de la Casa Cerrada. Respirar el aire limpio, con su aroma de viento y de lluvia, despertó en la gata un vivo deseo de sentir la tierra bajo las patas y la caricia de la hierba contra el vientre.

–¿Dónde están los gatos? –le preguntó, sorprendida, a Datura.

Tenía un fino olfato de auténtica depredadora, pero el aire le traía solamente el olor de los rastros, no el fuerte e inconfundible de las marcas territoriales de un clan. Lo que le decía el aire era que, aunque los indómitos se adentraban a veces en el jardín, ninguno de ellos lo había reclamado ni había dejado su marca en los alrededores. Y, si los indómitos no lo habían reclamado, tampoco lo habían hecho los Piesgrandes.

–Los rastros más intensos son de ratas y ratones –dijo Datura–. En cuanto a los pájaros, tejen madejas de olor en torno a los arbustos. Pero esto no pertenece a nadie.

Datura contempló a Aconitina. Su ojo azul parecía tranquilo. No tenía miedo del exterior; sus bigotes le decían que cada vez más gatos salvajes empezaban a asomarse al exterior, se sentaban en grupos cerca de las puertas y las ventanas, respirando bocanadas de aire fresco. Y, pese a la presencia de los Piesgrandes, una corriente de emoción recorría la tropa de gatos salvajes. Incluso Tóxico se había quedado quieto, observando, haciendo un mapa mental de los agujeros de los nidos de ratas y los montones de tierra que dejaban los topos. Más pronto o más tarde, tal vez incluso en cuestión de un día, los gatos salvajes querrían salir a explorar. Había sido fácil dominarlos mientras estaban confinados en las tres plantas de una casa, Pero ¿qué pasaría cuando se escabulleran al exterior?

Con los olores de Nizamuddin que le traía la brisa, Datura dibujó un mapa mental de la colonia. Los Piesgrandes estaban por todas partes y habría que tratarlos como a los cerdos del canal, como obstáculos que era necesario rodear, pero sus cocinas y sus cubos de basura les serían de gran utilidad. Además, había caza por todas

partes. Datura no entendía por qué los gatos de Nizamuddin cazaban solo para comer cuando había tal abundancia de animales en los árboles, en los jardines, en los descampados. Ni siquiera les partían el cuello a las Charlatanas que oía gorjear a lo lejos, y parecían tan fáciles de atrapar… No había más que oír cómo charlaban tontamente, sin preocuparse de posibles depredadores.

Datura arrancó las capas externas de las uñas, se las limpió y se las afiló frotándolas contra los dientes. Recordó algunas incursiones en el patio trasero de cemento, en la parte de atrás de la Casa Cerrada, un lugar repleto de hojas muertas y algarrobas secas. Recordó los tejados donde anidaban los murciélagos y las arañas tejían unas telas espesas, un lugar inhóspito donde ni siquiera los pájaros se atrevían a posarse. De nuevo alzó la cabeza y olisqueó el aire cargado de olores de animales y del aroma embriagador de la hierba fresca, los árboles, las casas de los Piesgrandes. Gruñó e hinchó su blanco pecho. Una inmensa ira empezó a acumularse en la mente de Datura, aunque no habría podido explicarla, ni siquiera a través de sus bigotes. El mundo exterior, del que había estado apartado toda su vida, era un lugar atractivo y lleno de promesas… para todos los gatos de Nizamuddin, excepto para los salvajes de la Casa Cerrada. En lugar de pensar que la culpa era suya por no haber salido antes, Datura se llenó de rabia por todo lo que le había sido injustamente negado.

Comprendió que Aconitina estaba en lo cierto cuando dijo que no había gatos en los terrenos de la Casa Cerrada. Recorrió con los bigotes las sendas olorosas y supo que había una colonia de gatos un poco más allá. Otra madeja olorosa llevaba hasta un *dargah* y los bigotes le temblaron emocionados con el aroma de las carnicerías y los restaurantes. No detectó enemistad entre los gatos de la colonia y los del mercado; al parecer, ambos clanes tenían hembras y machos y sin embargo vivían en paz.

Un pájaro que volaba bajo en el horizonte hizo que Aconitina, que estaba junto a Datura, entrechocara las mandíbulas, con el clásico acto reflejo del cazador. La expresión de su faz y su actitud, con el cuello estirado hacia lo alto, no dejaban lugar a dudas.

«Los gatos salvajes de la Casa Cerrada no tardarán en salir», se dijo Datura. La cuestión era si debían tratar a los indómitos que vivían al lado como si fueran una amenaza o no hacerles ningún caso. ¿Qué información tenía sobre los indómitos que pudiera serle útil? ¿Cómo debía acercarse a ellos?

Un escarabajo verde brillante avanzó con dificultad entre sus patas. Movía emocionado las antenas, olió algo y se detuvo dudoso, luego siguió avanzando. El gato blanco observó cómo intentaba trepar por el alféizar polvoriento; se cayó en un par de ocasiones, pero volvió a intentarlo. Al tercer intento, logró colocar sobre el alféizar su cuerpo corpulento y movió con cautela las antenas para ver qué le traía la brisa.

El mundo exterior rebosaba de animales prestos a ser cazados. Cuanto más contemplaba el terreno que se abría ante él, cuanto más exploraba los olores de las azoteas y de las viviendas de los Piesgrandes, tan pletóricas de posibilidades, más brillaban sus ojos de avaricioso deseo. No habría tenido esta oportunidad si no hubieran entrado en la Casa Cerrada. Pero, ahora que habían abierto su casa al mundo exterior, al viento y la lluvia, a los aromas de la caza, el gato blanco convertiría este mundo en su hogar.

Con el ojo azul posado en el escarabajo, que se dirigía hacia la pared iluminada por los pálidos rayos del sol, volvió a pensar en los indómitos. ¿Cómo eran en realidad? A Datura no le parecía que fueran buenos depredadores: eran demasiado blandos, demasiado amables. El tipo de clan –y al pensarlo hizo una mueca de desprecio– que pretendería «compartir» las cosas, el tipo de clan débil que intentaría conversar con los que tienen otro olor en lugar de matarlos directamente. Recordó al gatito pardo que había entrado en la Casa Cerrada y que logró escapar de sus garras y sus dientes. Aquel gatito y otros como él podían pasearse libremente por las tierras y las calles de alrededor mientras él y su familia salvaje vivían encerrados…

El escarabajo había percibido el olor del barro fresco y avanzaba con más rapidez, moviendo emocionado las antenas.

«Así pues, no son depredadores», se dijo el gato blanco. Entonces, ¿qué eran los gatos de Nizamuddin? Había un brillo de

locura en su ojo amarillo cuando miró hacia el cielo y luego al reluciente lomo del escarabajo, que había llegado al final de la pared y maniobraba pesadamente para iniciar un buen descenso. Datura estiró una garra y la volvió a esconder. Con un rápido movimiento de la pata, le aplastó el caparazón, de modo que el animal quedó medio hundido en la tierra; agitó las antenas débilmente un par de veces y se quedó inmóvil.

–Una presa –dijo Datura, con un maullido lento y decidido.

Después de esto se sintió mucho mejor. Sabía cómo comportarse con las presas.

17

Miedo en la oscuridad



Aunque era mucho más de medianoche y la aurora no tardaría en asomar entre las espesas nubes del cielo nocturno, el viejo *baoli* de piedra estaba repleto de gatos. Algunos se habían instalado en los árboles, felices de que las anchas hojas los resguardaran de la lluvia. La mayoría, sin embargo, se agrupaba en las amplias gradas de cuarcita que se disponían alrededor de las aguas verdosas del pozo.

–Tienen que venir todos –advirtió Miao a Katar, Hulo y Beraal cuando envió un mensaje urgente a través del canal.

Los gatos del *dargah* estaban allí, con las colas en alto como estandartes. Sin embargo, faltaban Abol, Tabol y muchos otros gatos del canal. Los Piesgrandes habían levantado una carpa de colores alegres justo al otro lado del puente para celebrar una fiesta religiosa y dos grupos de indómitos del canal y del mercado se habían quedado en los alrededores para aprovechar las sobras.

La gata siamesa había comunicado a la asamblea el descubrimiento de Katar y ahora esperaba tranquilamente a que cesara el alboroto causado por la noticia. Su delicada nariz oscura olfateaba el ambiente, intentando dilucidar qué decisiones se tomarían. Katar estaba en plena discusión con Qawwali y barría el aire con la cola.

–Creo que este asunto concierne solamente a los gatos de la colonia –dijo Qawwali–. Entiendo su preocupación, porque una invasión de gatos salvajes es algo muy peligroso, pero ¿qué tiene

que ver con los gatos del *dargah*? La Casa Cerrada no se encuentra en nuestro territorio.

–¿Y crees que los gatos salvajes respetarán nuestras fronteras? –preguntó Katar. Su maullido sonó más incisivo de lo normal.

No era habitual que los diversos gatos de la zona se reunieran, excepto cuando había una pelea. De los presentes, Miao era la única que recordaba otra ocasión en que se había convocado a todos los clanes a una reunión general. Solían comunicarse a través del canal. A Katar le ponía nervioso encontrarse en compañía de tantos felinos diferentes; tenía la sensación de que siempre había alguien a sus espaldas.

–Pero ¿quién dice que los gatos salvajes vayan a atacarnos? –preguntó uno de los pocos gatos del mercado presentes.

Un murmullo de asentimiento recorrió todos los bigotes. Miao percibió el cambio en la atmósfera y se puso en tensión.

Hulo, que estaba sentado bajo la lluvia sin que pareciera importarle, mostró los colmillos. Tenía el cuerpo empapado.

–Claro que no nos atacarán –dijo en tono beligerante, alzando los bigotes. Un susurro de asentimiento recorrió la asamblea. Hulo les dirigió una mirada de furia y sacudió las orejas para desprenderse de las gotas más gruesas–. Por supuesto que no. Se portarán como buenos gatos salvajes y nos preguntarán si les damos un poco de leche, por favor. ¡Usad vuestros bigotes, estúpidos! Si se han quedado sin casa, si no están acostumbrados a conseguir comida, si no tienen un sentido del territorio, ¿qué creéis que pasará? Esto es la guerra, ¿lo entendéis?

Miao percibió con las fosas nasales el ánimo inseguro de la asamblea, pero sus ojos no dejaron traslucir ninguna emoción.

–Formularé de nuevo la pregunta –dijo Qawwali en tono paciente tras acallar los murmullos de la conexión con un golpecito–. ¿Qué tiene esto que ver con los gatos del *dargah*? Katar y yo somos viejos amigos y siento un gran respeto por Miao, pero, aparte de prestaros a un par de guerreros de nuestro clan si necesitáis ayuda, ¿en qué nos afecta?

Hulo emitió un gruñido, pero, antes de que pudiera decir nada, Beraal saltó de las ramas desde donde seguía el cónclave. Al igual

que Hulo, se dejó empapar por la lluvia.

–Por lo que sabemos de los gatos salvajes, no respetan los límites territoriales ni las fronteras ni las marcas de olor. Muchos de ellos han crecido en la Casa Cerrada, no siguen nuestras reglas. Lo que nos tememos, Qawwali, es que necesitarán mucho espacio, porque son muchos. Y recuerda que la casa se encuentra en el límite de vuestro territorio. Está más cerca del *dargah* que del parque de Nizamuddin, donde vive la Emisora.

Tomó la palabra Dastan, también del *dargah*. Era un gato corpulento, con el pelaje de muchos colores.

–Entonces podríamos ofrecerles terrenos donde pudieran asentarse. Algunos podrían venir al *dargah* y otros quedarse en la colonia. Hay sitio para unos cuantos gatos callejeros.

Hulo arqueó el lomo y soltó un bufido. Dastan se lo quedó mirando con los ojos entrecerrados y gruñó a modo de respuesta. Katar se adelantó y se colocó junto a Hulo.

–No te enfades, amigo –dijo, indicando con un movimiento de los bigotes que los dos debían tranquilizarse–. Lo que quiere decir Hulo es que seguramente no será posible negociar con los gatos de la Casa Cerrada. No son como nosotros, ni siquiera son gatos normales, aunque creo que deberíamos intentar hablar con Datura.

Qawwali miró a Miao, que seguía impasible, como una estatua gatuna. La siamesa no parecía notar la lluvia y, cuando el estampido de un trueno los sobresaltó a todos, ella permaneció inmóvil, con la mirada fija en la distancia.

–Llevamos años evitando la Casa Cerrada –dijo Qawwali–. Ningún gato del *dargah* se acerca allí; el hedor es incluso más insoportable que el de los residuos que dejan los peregrinos Piesgrandes después de sus festivales y ya tenemos suficiente comida en nuestras calles. Pero mis recuerdos se remontan muy atrás en el tiempo, al igual que los tuyos, Miao. Una cosa es atacar a desconocidos que no comparten nuestro olor, pero los gatos salvajes no son desconocidos, ¿verdad? ¿No creéis que debemos mostrarles hospitalidad?

Miao se movió, pero, en lugar de responder directamente a Qawwali, se concentró en lavarse una mancha de barro en la pata.

–¿Quién de vosotros ha sido un gato doméstico? –preguntó a los indómitos.

Los gatos del clan se removieron incómodos, pero dos de entre ellos respondieron con un débil maullido. Un gato rubio se había unido al clan de Qawwali después de que sus Piesgrandes se marcharan de Nizamuddin. El segundo caso era una hembra de pelaje carey los gatos del mercado la encontraron vagando desconsolada junto a la carretera, persiguiendo a los coches que se parecían al de sus Piesgrandes, quienes se habían mudado de casa sin ella.

–Yo viví un tiempo como una gata doméstica –dijo Miao– cuando mi madre esperaba una segunda camada. Una familia de Piesgrandes nos acogió. Fueron amables con nosotros y cuando se marcharon nos dejaron junto al *dargah*. Pero llevábamos tanto tiempo comiendo lo que nos daban que habíamos olvidado cómo cazar, Qawwali. Fue tu madre, Ghazal, quien nos encontró y nos ofreció refugio. Así que tienes razón: puede que tengamos miedo de los gatos de la Casa Cerrada, pero les debemos hospitalidad de acuerdo a las leyes ámbar.

Qawwali levantó la cola, aliviado.

–Mi madre me decía que en Nizamuddin existía una tradición muy antigua de hospitalidad y que siempre se había cumplido. Por mis bigotes, me alegro de que no tengamos que romperla.

Hulo y Katar tenían el pelo del cuello erizado. Pero Katar habló con calma, tranquilizando al guerrero:

–Entonces, ¿crees que se instalarán entre nosotros, Miao? ¿Para qué convocar la asamblea?

La gata siamesa lo miró muy seria.

–Yo no creo que se instalen pacíficamente. Los dos hemos visto la casa. Hulo estaba en lo cierto cuando dijo que podía estallar una guerra.

Hulo relajó un poco el arqueado lomo.

–Mi olfato me dice que estallará una guerra –maulló en un tono que daba que pensar–. Beraal piensa lo mismo que yo y ella tiene un fino olfato para los conflictos.

La gata siamesa estiró los bigotes y miró a Qawwali.

–Amigo –dijo con suavidad–. Solemos cruzarnos en el santuario del fakir y en la carretera del canal. ¿Podrías acercarte a la Casa Cerrada y contarnos qué te dice tu olfato? Beraal te conducirá hasta allí.

La hembra y el viejo gato del *dargah* abandonaron el *baoli*. Beraal abría el camino a través del fango y las resbaladizas piedras. Pronto se convirtieron en sombras oscuras que desaparecían en la noche.

Sentado detrás de Hulo, Southpaw contemplaba fascinado a los indómitos. A excepción de las ocasionales peleas y de alguna que otra reunión de gatos cuando los Piesgrandes celebraban una fiesta, nunca había visto juntos a tantos miembros de los clanes gatunos de Nizamuddin. Al ver que los gatos movían las orejas y agitaban los bigotes percibió la tensión del ambiente. Al gatito le daba demasiado miedo salir a maullar delante de la asamblea, pero, cuando pensaba en Datura, Aconitina y Tóxico, le costaba mucho imaginar que fueran a instalarse tranquilamente en el barrio, como viejos gatos al sol.

La oscuridad parecía pesarles a todos. En medio del silencio que reinó tras la marcha de Qawwali, se oyeron los lamentos de la Casa Cerrada y las llamadas de alarma de los chotacabras y los barbudos verdes.

–Hulo. –Southpaw colocó su garra sobre la negra pata del macho para llamar su atención–. ¿Cómo será la guerra? ¿Tú o Katar tendréis que luchar contra Datura y los demás miraremos?

Los bigotes del macho negro estaban especialmente decaídos y su maullido tenía un tono de tristeza.

–No será como una pelea en el *baoli*. Si tenemos que enfrentarnos a los gatos salvajes, todos participaremos, Southpaw.

Al ver la expresión de sorpresa del gatito, intentó explicárselo:

–Cuando estabas en la Casa Cerrada, ¿te atacaron uno o dos gatos o se colocaron a tu alrededor?

El gatito se estremeció al recordar el corro de bigotes amenazadores. Su maullido sonó débil y atemorizado:

–Todos estaban dispuestos a atacar.

Casi sin querer, se tocó con la lengua el punto doloroso donde le habían arrancado los bigotes. Ya estaba curado y los bigotes nuevos empezaban a asomar, pero no había olvidado lo mucho que le dolió.

–Nosotros cazamos solos o en pareja –dijo Hulo–. Los gatos salvajes cazan en grupo, porque tienen un territorio mucho más pequeño y además llevan tanto tiempo dentro de la casa que se han vuelto raros. Así que, si se declara la guerra, tendremos que luchar juntos.

Southpaw intentó imaginarse la guerra, pero no lo logró. Salvo en aquella ocasión en que Miao y Katar habían colaborado para ahuyentar al perro que lo perseguía, nunca había visto a los indómitos luchar juntos.

Miao se incorporó con las orejas tiesas. Se oían los pasos de un gato que se acercaba rápidamente al *baoli*. Qawwali llegó con aire de preocupación. Tenía el pelo manchado de barro. Se dirigió directamente a Hulo y le tocó la nariz a modo de disculpa.

–No me había dado cuenta –dijo, volviéndose a Miao y a Hulo–. A través de la conexión solo te enteras hasta cierto punto. ¡Estos gatos salvajes hieden a sangre y a locura! Les he enviado un saludo para preguntar si podíamos acercarnos y la respuesta de Datura ha sido tan dura y amenazadora que todavía me tiemblan los bigotes.

Una lluvia mansa caía sobre los gatos y limpiaba los escalones de piedra. La última brisa de la noche los acariciaba. Pronto llegaría el alba y entonces empezarían a despertarse los Piesgrandes.

–¿Qué te ha dicho Datura? –preguntó Miao con voz suave.

Quien respondió fue Beraal, que había llegado después que Qawwali.

–«Acércate más, trozo de carne, y te mato» –dijo, imitando a la perfección los fríos maullidos de Datura.

Miao volvió la cabeza hacia Hulo y Katar.

–No atacaremos primero. Por más que nos gustaría, no podemos entrar en su territorio y atacarlos a zarpazos y mordiscos.

Hulo tuvo que admitirlo. Desde que Southpaw llegó con la carita llena de sangre, en más de una ocasión había tenido ganas de matar a Datura, de clavarle las uñas en la garganta. Pero llevaban muchos inviernos y muchos veranos dando un rodeo para no entrar en el territorio de los gatos salvajes y le resultaría difícil romper la costumbre.

–No, no podemos invadirlos –dijo, dejando la cola a un lado–, pero deberíamos prepararnos para una invasión. Qawwali, ¿qué decís tú y tus gatos?

El viejo felino todavía miraba con expresión sombría el camino que llevaba a la Casa Cerrada, aunque lo único que se veía era la oscuridad.

–Estamos con vosotros. Cuando nos necesitéis, allí acudiremos.

Miao suspiró sin ruido. Si los gatos del *dargah* prometían unir sus fuerzas a las de ellos y los milanos también se ponían de su parte, tal vez podrían ganar la batalla.

–Katar, ¿cómo tenemos que prepararnos?

Qawwali levantó la mirada al cielo, donde los dedos de la aurora empezaban a iluminar el manto oscuro de la noche.

–Dastan y yo nos quedaremos para prestar nuestros bigotes a vuestro plan de batalla, pero ¿qué os parece si los demás gatos se van? Está amaneciendo y cuando los Piesgrandes abran sus casas y sus tiendas será difícil que un grupo grande de gatos pase por allí sin llamar la atención.

Se marcharon los gatos del *dargah* y en los escalones del *baoli* quedaron unos doce indómitos, entre ellos Miao, Katar, Hulo, Beraal, Qawwali, Dastan y Southpaw. También había unos cuantos gatos del mercado, algunos de ellos buenos guerreros.

–¿De cuánto tiempo disponemos? –preguntó Miao a Beraal.

La gata titubeó. Era difícil adivinar si los gatos salvajes saldrían de uno en uno o en grupo o si solo se decidirían a abandonar la casa cuando los Piesgrandes dejaran de alimentarlos. Sin embargo, su fino olfato percibía ya las inconfundibles señales que emitían las colonias gatunas cuando tienen hambre. Así se lo dijo al grupo.

–Pero todavía hay Piesgrandes rondando por ahí –señaló Hulo–. No es probable que salgan mientras haya Piesgrandes cerca.

Un trueno rugió en el cielo, donde ya clareaba, y empezaron a caer fuertes chaparrones. Las espesas ramas que se entrecruzaban sobre el *baoli* les hacían de techado, así que los gatos se quedaron mirando cómo desaparecía el camino tras una cortina de agua. Katar recorría arriba y abajo los escalones de piedra mientras se sacudía con la cola las gotas de lluvia.

–Puede que no dispongamos de mucho tiempo –dijo. Tenía el pelo erizado de frío–. Los Piesgrandes seguirán aquí por un tiempo, pero Datura no parece el tipo de gato dispuesto a aguantarlos. Miao, tendríamos que llamar a Abol y Tabol lo antes posible. Creo que Datura y sus gatos salvajes saldrán en unos pocos días. No tardarán más.

Los ojos reumáticos de Qawwali se clavaron en la distancia. Golpeó el suelo con la cola.

–¿Deberíamos intentar hablar con Datura?

–Sí –coincidió Miao, con un movimiento de orejas–. Puede que no sirva de nada, pero tenemos que darles a los gatos salvajes la oportunidad de vivir como nosotros. Puede que algunos deseen la paz, aunque Datura no la quiera.

–Deberíamos ir en cuanto pare de llover –apuntó Katar–. Qawwali, ¿vendrás con Miao y conmigo?

–¿Y si rechazan nuestra oferta? ¿Qué haremos? –preguntó Hulo.

–Entonces lucharemos –sentenció Katar–. Tendríamos que intentar mantenerlos dentro de los límites de la Casa Cerrada… Si consiguen salir, habremos perdido.

Qawwali echó hacia atrás las orejas al oír esto. La afirmación de Katar le parecía exagerada.

–¿Y qué si algunos logran salir? Pueden unirse a nosotros si quieren, ¿no?

Hulo saltó al suelo desde el escalón donde estaba y aterrizó en un charco de agua.

–Si los salvajes empiezan a entrar en las casas de los Piesgrandes y atacan a sus mascotas, ¿crees que los Piesgrandes verán alguna diferencia entre ellos y nosotros? Katar tiene razón: debemos intentar por todos los medios que no salgan de su territorio. Para empezar, deberíamos organizar patrullas que hagan la ronda. Abol, cuando vuelva, puede ocuparse de la parte más cercana a las casas de los Piesgrandes. Dastan y el grupo del *dargah se* ocuparán de la parte del *baoli.* Así tendríamos siempre un par de bigotes enfocados en esa dirección, de modo que a la primera señal de…

El grito de un bandicut en la distancia se elevó por un momento sobre el tamborileo de la lluvia y luego se cortó en seco. Era un

sonido terrible, lleno de terror.

–Eso vino de la Casa Cerrada –señaló Miao.

–Iré a ver qué pasa –dijo Hulo, encaminándose hacia el embarrado sendero.

–Espera. No vayas solo, voy contigo –se ofreció Katar.

Los dos felinos acababan de poner las patas en el sendero cuando los *mynah* empezaron a gritar, atemorizados. «¡Peligro, peligro! ¡Kik-kik!», chillaban. Luego los barbudos verdes empezaron a martillear su alarma y los cuervos se unieron al griterío con espantosos graznidos: «¡Cuidado! ¡Todos a los cielos! ¡Escapad, pájaros!». Los indómitos se quedaron mirando cómo el cielo se llenaba de grandes nubes de pájaros, bandadas de gorriones y de bulbules que, todavía medio dormidos, aleteaban desesperados por salir de allí.

–Quédate detrás de mí, Southpaw –indicó Hulo. Se acercó a los escalones en busca del gatito, que estaba a punto de salir corriendo–. Pase lo que pase, quédate con Katar y conmigo.

La lluvia arreciaba y el viento cambió de dirección. Ahora soplaba fuerte desde la Casa Cerrada hacia el *baoli*. Todos pudieron olerlo, pero el primero que lo dijo fue Katar, con los pelos del cuello completamente erizados:

–¡Sangre! –maulló–. Es sangre fresca. Los gatos salvajes han salido, Miao.

18

En pie de guerra



Mara sentía que la estaban sofocando, ahogando, y luchaba frenéticamente en sueños. Bufaba y sacaba las uñas a través de un material que hizo un ruido como de seda que se rasga. La gatita se incorporó, toda despeinada, y comprobó que había luchado ferozmente contra una colcha hecha jirones. «Ah, era esto», se dijo, pero todavía se sentía inquieta cuando fue a desayunar su cuenco con pescado. Aquella mañana se arrimó más a sus Piesgrandes en busca de caricias. Quería que le hicieran mimos, pero, por más que la acariciaban, su pelo seguía erizado.

Se dijo que sería la lluvia. Desde la ventana junto al fregadero de la cocina podía ver la luz grisácea del día. Era algo en el aire, algo que la tormenta había levantado y las ráfagas de viento habían lanzado contra la puerta de la cocina. Por más que Mara se lavaba con su lengüecita rosada, su pelo seguía erizado. Uno de los Piesgrandes le acarició afectuosamente la cabecita y abrió la ventana. De la garganta de la Emisora brotó un sordo gruñido que fue creciendo y acabó en una llamada de advertencia.

–¿Qué ocurre? –preguntó el Piesgrandes–. ¿Qué has visto?

Pero no era que Mara viese algo raro. Los pájaros buscaban refugio, la lluvia caía sobre el flamboyán, oscureciendo sus hojas de un verde brillante, y Mara, frente a la ventana, tenía el pelo de punta, abría las fosas nasales y castañeteaba con los dientes. La

lluvia tamborileaba con fuerza y el viento cambió de dirección. Mara volvió a gruñir al notar el inconfundible olor de la sangre y el oscuro hedor del miedo.

Saltó hacia la ventana justo cuando el Piesgrandes la cerraba. «¡No!», dijo, intentando explicarle. Pero el Piesgrandes la cogió en brazos e intentó calmarla apartándola de la ventana con expresiones de ternura. «¡Déjame! ¡Peligro! ¡Muerte! ¡Desgracia!», dijo Mara, revolviéndose en manos del Piesgrandes, pero al ver su expresión confundida paró de resistirse y permitió que se la llevara. No tenía forma de explicarle al Piesgrandes que pasaba algo terrible, que los mensajes que le traían el viento y la lluvia le inspiraban un tremendo pavor.

Ni siquiera protestó cuando la sometieron a la indignidad de tragarse una píldora de aceite de bacalao y aceptó en recompensa un ratoncito relleno de hierba gatera; incluso simuló que jugaba con él, deseosa como estaba de quedarse sola. Los Piesgrandes la observaban preocupados, pero, cuando la vieron patear unas cuantas veces el ratoncito de juguete, se convencieron de que ya estaba bien.

Sin embargo, en cuanto los Piesgrandes salieron de la habitación, Mara abandonó el juego, subió de un salto al alféizar de la ventana y apoyó la cabeza en las patas delanteras. La lluvia seguía cantándole terroríficas canciones de sangre y tuvo que hacer un esfuerzo por sobreponerse.

–Beraal –llamó con timidez.

Esperó mucho rato, pero no hubo respuesta.

Entonces se lamió la gruesa patita delantera mientras pensaba en Southpaw. Vio mentalmente la faz del gatito y recordó cuando jugaban a perseguirse en el salón. Recordó que el gatito se mostraba mandón con ella, pero que también le quitaba las pelusas que se le quedaban pegadas al pelo después de explorar debajo de la cama. Y ahora sabía por instinto que el gatito y Beraal estaban en peligro, que había algo que no iba bien.

Extendió los bigotes, preguntándose si Beraal respondería. Esta había intentado que siguieran en contacto cuando acabaron las

clases, pero Mara se negó, porque no quería oír el tono de exasperación de los indómitos cada vez que hablaban de la Emisora.

La lluvia y los truenos seguían rugiendo y unas gruesas nubes oscuras tapizaban el cielo. El agua y el viento chocaban contra los cristales de las ventanas, trayendo consigo aromas de muerte y de sangre. En los ojos de Mara se había instalado el pavor. Nunca había tenido mucha curiosidad por saber cómo era la vida de Beraal en el mundo exterior, pero recordaba lo que le había contado Southpaw sobre los depredadores y los Piesgrandes. Aquel olor a sangre era una clara señal de que todos los gatos corrían serio peligro, incluso Beraal.

Mara extendió los bigotes y olisqueó el aire. Se le ocurrió que tal vez debería ir a Nizamuddin, una idea que a ella misma la sorprendió. Probó a levantar los bigotes; ahora sabía emitir mucho mejor. Parpadeó y cerró los ojos para concentrarse mientras salía al parque; cuando se elevó sobre las ramas de los árboles, empapadas de lluvia, sintió otra vez aquella sensación en el estómago. Un trueno retumbó muy cerca. Mara vio a las ardillas temblar de miedo y correr a refugiarse, pero a ella no le preocupaban la lluvia ni los truenos.

Sus bigotes irradiaron incertidumbre. A un lado estaba la ruta familiar que llevaba al zoológico, al otro se abría un claro entre los tejados que probablemente la conduciría a los indómitos. Ojalá estuviera allí Beraal para decirle lo que tenía que hacer. Mara debía tomar una decisión. La lluvia caía de forma incesante sobre los árboles del parque y el olor a sangre era cada vez más intenso. Llegaba en ráfagas, traído por el viento. Tal vez debería ir a ver si Beraal estaba bien, pensó la gatita. Pero ¿y si no pasaba nada? ¿Y si el olor a sangre que notaba en la lluvia no era más que un resto de las muchas presas que los gatos habían cazado? ¿Y si Southpaw se reía de ella al verla flotar sobre los árboles o la tomaba por una auténtica loca?

La concentración de la gatita se interrumpió. Los Piesgrandes la levantaron de su lecho y uno de ellos le ofreció otro ratoncito relleno de hierba gatera. Mara tomó una decisión: interrumpió la emisión y se acurrucó en los brazos del Piesgrandes. De tanto en tanto,

cuando el viento hacía vibrar las ventanas, husmeaba el aire con su naricilla, pero el mundo exterior era demasiado grande para ella y el clan de los indómitos la intimidaba, así que se quedó en casa.

–¡Vete! –gruñó Hulo–. Sal de aquí. Que no te vuelva a ver por los alrededores.

El corpulento gato hizo ademán de darle un zarpazo y Southpaw se encogió de miedo. Estaba tan sorprendido por el ataque que no reparó en que Hulo tenía las uñas bien escondidas para no hacerle daño.

–Pero, Hulo, me puedo quedar en el *baoli* –dijo con un maullido lastimero.

Hulo le fulminó con la mirada. Con la lluvia, su pelaje se había oscurecido y cuando lo erizaba en tono amenazador tenía un aspecto terrorífico.

–¡Por una vez en tu vida, Southpaw, haz lo que te mandan! ¡No me obligues a golpearte con la pata! Hay una carretera que rodea el jardín y está bordeada de escaramujos. Tomarás esa carretera, ¿entendido? Luego irás al mercado por las calles de atrás o a través de los tejados, si puedes. Te refugiarás allí o en el parque, pero no te quiero cerca de la Casa Cerrada. ¡Ahora, andando! –Dicho esto, le dio al gatito un fuerte golpe en el lomo para ponerlo en marcha.

El robusto gato negro salió corriendo por el camino embarrado; iba tan deprisa para alcanzar al resto de los indómitos que parecía volar y al pasar sobre los charcos se limitaba a sacudirse el agua de las patas. Miao y Katar encabezaban el grupo. Hulo y Qawwali los seguían de cerca; solo se detenían para enviar llamadas urgentes a los gatos del *dargah* y el canal para decirles que acudieran urgentemente a la Casa Cerrada. Hulo dudaba que los gatos del canal llegaran antes del anochecer, porque había un largo camino hasta la otra orilla y demasiado tráfico de Piesgrandes; los gatos de Billa no podrían cruzar durante el día.

Qawwali también estaba preocupado; sus gatos habían pasado la noche despiertos y estarían cansados. Además, si regresaban del *dargah*, donde había tantos Piesgrandes a primera hora del día,

tendrían que esquivarlos, escabullirse por las callejuelas y subir a los tejados. Sabía que tardarían en llegar y, cuando veía la mirada de preocupación de Hulo, compartía sus temores.

Los dos machos metían las patas en los charcos, sin importarles mojarse todavía más. No era que les gustara estar mojados, pero estaban acostumbrados a la vida al aire libre.

–Los pájaros no suelen ver gatos salvajes rondando por aquí –comentó Qawwali–. Tal vez ha sido una falsa alarma.

–Es otra cosa –dijo Hulo–. Nunca había visto a Katar moverse tan rápidamente y con tanta prisa. Y no me gusta nada el olor a sangre que flota en el aire.

–Habrán matado unas cuantas ratas y ratones –especuló Qawwali–. No es muy elegante cazar de madrugada, pero supongo que los salvajes no saben hacerlo de otra forma.

–Puaj –soltó Hulo, haciendo una mueca.

Se imaginaba el susto que se llevarían las presas a las que habían sorprendido durmiendo. Lo correcto era cazar desde el crepúsculo hasta pasada la medianoche, pero, en cuanto empezaba a atenuarse la negrura del cielo, la mayoría de los animales obedecían la llamada silenciosa del sueño. Pocos depredadores cazaban al alba o en las primeras horas de la mañana, salvo que estuvieran acuciados por el hambre o fueran demasiado viejos para cazar de la forma adecuada, cuando las presas estaban alerta.

–Es feo cuando lo piensas, pero supongo que los gatos salvajes no pudieron contenerse, como los gatitos maleducados cuando salen de caza por primera vez.

–Es lo que les pasaría a los gatos salvajes tras permanecer mucho tiempo encerrados –dijo Qawwali–. Pero no habrán causado demasiados daños, porque su jefe les pararía las uñas y los dientes.

Al acercarse a la Casa Cerrada, los dos machos aminoraron el paso y estiraron los bigotes prudentemente para averiguar el paradero de los demás gatos. Entre la espesa maleza, con la grisácea luz del amanecer, era preferible guiarse por el olfato.

–Apesta a sangre –espetó Hulo, un poco nervioso.

–Habrán matado un animal grande –respondió Qawwali con cautela.

Se preguntaba si los gatos habrían sido capaces de matar un perro o incluso una mangosta. Pero no habían oído ladrillos ni los característicos gritos de alarma de las mangostas. Usando las patas delanteras para apartar las ramas, los dos gatos se internaron entre los arbustos de lantana. A Hulo le parecía percibir delante el olor de Beraal y de Katar, pero se preguntó por qué no decían nada… Tal vez no querían alertar a los gatos salvajes.

–Huele como si los setos estuvieran empapados en sangre –comentó Qawwali.

El viejo macho no solía asustarse, pero le temblaban los bigotes y su maullido sonó quebrado. Al doblar un recodo, llegaron a un claro. Hulo parpadeó, ajustando los ojos a la luz. Entonces vio lo que habían hecho los gatos salvajes.

La lluvia amainó; pasó bruscamente de torrencial a mansa, como suele ocurrir en Delhi. Los Piesgrandes de Mara abrieron las ventanas para que la brisa refrescara la casa. La gatita se movió incómoda; los bigotes de encima de los ojos le producían un desagradable hormigueo cada vez que le llegaba el herrumbroso olor a sangre y oía a las ardillas y a las Charlatanas preguntándose unas a otras si sabían qué había ocurrido.

Se preguntó si debía conectarse al canal de Nizamuddin, pero si no encontraba a Beraal tendría que hablar con los otros indómitos y se estremecía solo de pensarlo. Recordó las palabras de Southpaw: «¡Eres un bicho raro!». Southpaw la conocía: habían jugado juntos, habían dormido pegados y comido del mismo cuenco. Si él la consideraba un bicho raro, ¿qué pensarían los otros indómitos?

Echaba de menos a Southpaw. Con Rudra y Tantara nunca había podido jugar a esconder la patita o a perseguir los bigotes. Y, aunque le habría gustado que Southpaw fuera un gato más aseado, lo cierto era que le encantaba hundir las narices en su tripa y morderle la punta de la cola para que chillara.

También le fascinaban las historias que le contaba de sus excursiones por los tejados en compañía de Hulo, aunque secretamente encontraba muy cómica la imitación que hacía

Southpaw de los andares fanfarrones de los gatos de más edad. En lugar de resultar amenazador, como pretendía, el andar de Southpaw resultaba más bien patoso y envarado, aunque Mara nunca se lo diría. Lo tenía tan presente que casi podía oler su pelo, imaginarse que ese sonido rasposo que se oía era él caminando por el antepecho de la ventana para entrar en la casa.

Y de repente allí estaba. Southpaw saltó del alféizar con el terror pintado en la mirada.

–¡Te he echado mucho de menos! –maulló encantada Mara, olvidando al momento sus peleas.

Corrió alegremente hacia él con la cola levantada y al frotar los bigotes contra su carita peluda notó la lluvia y el barro, pero también el estremecimiento de terror que recorría el cuerpo del gatito. Southpaw temblaba tanto que Mara lo notó antes incluso de tocarlo.

–¿Qué pasa? –preguntó–. ¿Beraal está bien? ¿Por qué huele a sangre la lluvia?

El gatito pardo se dejó acomodar en un cojín y no protestó cuando Mara empezó a lavarle, utilizando su rosada y rasposa lengua como esponja.

–Beraal está bien, creo. Aunque no sé por cuánto tiempo estarán a salvo ella y los demás… Oh, Mara. Es terrible lo que está pasando. Los gatos salvajes…

En lugar de contarle a su amiga lo ocurrido, Southpaw volvió a sus costumbres de cachorro y, temblando, envolvió con sus negros bigotes los bigotes blancos de Mara para desandar con ella su camino.

Cuando Hulo lo echó con malos modos de allí, Southpaw decidió volver al parque por el camino del mercado, pero la carretera apartada de la Casa Cerrada, que pasaba entre apretados grupos de casas, estaba inundada. Lleno de consternación, se la quedó mirando y se preguntó cómo iba a atravesarla. Entre la maleza, una familia de escarabajos escapaba como podía de las sucias aguas, que amenazaban con ahogarlos.

Era cerca del mediodía y el sol estaba alto en el cielo, escondido tras una muralla de nubes grises. Southpaw se dirigió a la izquierda; probaría a pasar entre los setos con la barriga pegada al suelo. Las gotas que caían de las hojas de lantana le empapaban el cuello y las espinas de los arbustos se le clavaban en la barriga y en el lomo. Frente a él no había nada más que un escarabajo pelotero que hacía entrechocar sus mandíbulas y le miraba indignado, pero Southpaw tenía la sensación de que el suelo bajo su tripa se transformaba en una repugnante capa de barro. Quiso ir más deprisa, pero tuvo que pararse en seco ante un desfile de hormigas que iban en dirección opuesta a él.

–No.cruces.la.línea –canturrearon las hormigas con una monótona melodía que parecía trepanar la cabeza del gatito–. No.intentes.pasar. Podemos.rociarte.con.tres.sabores: chile.jalapeño.y.guindilla.*bhujolokia*. Y.no.nos.da.miedo.usarlos.

Southpaw se detuvo en seco, pero las hormigas siguieron avanzando y, cuando se acercaron más, el gatito se vio obligado a salir del seto, con el lomo lleno de barro, para dejarles paso. Pero no podía quedarse en el *baoli*. Si más tarde Hulo lo encontraba allí, las rayas del pelaje se le caerían al suelo de la paliza que le iba a dar, como le amenazó en una ocasión. De modo que, sin alejarse del perímetro, decidió arrastrarse por la hierba y la acacia. Confiaba en que si no iba más allá del perímetro de la Casa Cerrada podría escapar de la mirada de Hulo. Cuando ya había recorrido la mitad del perímetro, abriéndose paso a través de la maraña de arbustos y trepando por encima de gruesas raíces con sus patitas, oyó los gritos. Aunque no podía ver quiénes los proferían, tuvo la espantosa certidumbre de que eran criaturas muy pequeñas: polluelos, ratoncitos… Pronto se unieron otros gritos.

Southpaw se detuvo, casi paralizado de terror. Le sudaban las patas delanteras y le parecía que las gotas de lluvia estaban mezcladas con sangre.

En esta parte del relato, Mara se enroscó alrededor de Southpaw y ronroneó para tranquilizarle. El gatito sintió de nuevo que se le helaba la sangre en las venas cuando percibió un olor conocido, intenso y penetrante como una flecha. Era un olor a pelo mojado y a

cedro, un olor cargado de amenaza. Las hojas del ébano de Bombay crujieron y Kirri, la mangosta, apareció delante de Southpaw.

–Tus garras huelen a miedo, pequeño cazador –dijo. Miles de gotitas de agua adornaban su plateado pelaje, lo que le confería un aspecto inquietante, casi fantasmal–. ¿Es tu clan el que está ensangrentando la mañana? Nunca pensé que vería a los indómitos cazar cuando los animales están a punto de irse a dormir.

Southpaw miró los ojos enrojecidos de Kirri y percibió un destello de ira que no había visto en su primer encuentro. Ojalá estuvieran Miao o Hulo con él. Oyó a lo lejos un maullido que conocía demasiado bien:

–Corre, pedazo de carne, corre mientras puedas… ¿no? Muy bien, pues. Tóxico, mátalo ahí mismo.

Entonces Southpaw comprendió.

–Son de mi misma especie, pero no de mi clan, Madame Mangosta –dijo, procurando que no se notara el miedo en su voz y deseando que no le temblaran tanto los bigotes–. El Piesgrandes que vivía en la Casa Cerrada ha muerto, las puertas se han abierto y los gatos salvajes han salido.

La mangosta alzó sus delicadas garras dotadas de uñas mortíferas y se levantó sobre los cuartos traseros para olisquear el aire.

–Así que este era el hedor que notaba detrás del baño de sangre. No sabía qué podía ser. ¿Y tu profesora, la siamesa? ¿No acude a la batalla? ¿No danzarán hoy los de tu clan con los gatos salvajes?

Por alguna razón, las palabras de Kirri tranquilizaron a Southpaw, pero luego pensó que los indómitos eran un número muy reducido.

–Creo que sí, Madame Mangosta. Pero están en franca desventaja numérica, porque muchos se encuentran al otro lado del canal. Puede que vengan unos cuantos del *dargah*, pero hoy solo hay unos pocos indómitos frente a las tropas de gatos salvajes que lidera Datura.

En los ojos de la mangosta apareció un destello rojo. Lanzó una mirada de deseo hacia la Casa Cerrada y se puso de nuevo a cuatro patas.

–Esto es entre vosotros, entre los salvajes y los indómitos. Además, ya he cazado por esta noche. A lo mejor regreso en cuanto

haya descansado.

De nuevo se oyeron gritos y Southpaw se estremeció. En la mirada de Kirri se encendió una llama de ira.

–Puede que vuelva muy pronto. ¿Y tú, pequeño cazador? –La mangosta alargó hacia él su estrecha cabeza para olisquearlo–. No –sentenció–. Que tengas edad para estrenarte en la caza no significa que la tengas para luchar. En tu lugar, yo llamaría a los demás gatos. El hedor me dice que tu clan está rodeado por los gatos salvajes, igual que un panal está rodeado de moscas. Un puñado de indómitos no podrá hacer mucho… Bueno, hay una sola cosa que pueden hacer. Pero, si yo estuviera en tu lugar, chico, buscaría ayuda.

La mangosta siguió su camino. Southpaw la siguió con la mirada, dudando entre el alivio de que no le hubiera hecho nada y el deseo de que se quedara a luchar.

–Madame –la llamó–. ¿Qué cosa podrían hacer los gatos de mi clan?

La mangosta clavó sus ojos rojos en los esperanzados ojos castaños de Southpaw.

–Podrían morir bien –dijo suavemente.

Su cuerpo plateado desapareció entre las buganvillas.

Cuando Southpaw acabó, la habitación quedó en silencio. Solo se oía el golpeteo de la lluvia contra las paredes de la casa y el suave y tranquilizador ronroneo de Mara. La gatita le lavó a su amigo el cuello y los flancos. Notaba su miedo y su angustia por el clan y quería confortarlo.

–Por eso he venido –le dijo Southpaw.

Su maullido sonó amortiguado; había contado la última parte de la historia con los bigotes apretados contra la tripa de Mara.

–Aquí estarás a salvo –prometió su amiga–. Y mis Piesgrandes te darán de comer… Si prefieres no verlos, maullaré cuando haya acabado de comer y me pondrán más comida.

Southpaw sacó la cabeza de debajo de la tripa de la gatita.

–No he venido por la comida, Mara. He venido porque todos dicen que el Emisor ayuda al clan cuando hay problemas.

Mara entrecerró los ojos con expresión de incredulidad y agitó nerviosa la cola.

–¿Ayudar al clan? Pero ¿qué podría hacer yo, Southpaw? ¡No puedo luchar como Beraal y Hulo! Nunca he estado fuera, salvo cuando estuve bajo el puente, y eso no cuenta, ¿no?

–Puedes hacer emisiones –replicó Southpaw–. Los demás gatos dicen que tienes más poderes que ellos. ¿Seguro que no puedes hacer nada? No tienes ni idea de lo horrible que es Datura, ¡y esa casa está llena de gatos como él! Había muchísimos, Mara. Eran como cucarachas que salían de todas partes: de debajo de los sofás y los armarios y de ese patio tan sucio. Miao, Beraal y los demás no podrán con todos.

Mara estaba nerviosa y se afilaba las uñas en la colcha con tanto ahínco que la dejó llena de agujeritos.

–Pero es tu clan, no el mío –receló, con un brillo mohíno en los ojos verdes–. Ni siquiera les caigo bien. Piensan que soy rara.

De nuevo cambió el viento y entró una ráfaga por la ventana. Southpaw y Mara lo olfatearon: olía a sangre fresca, a miedo.

–Mara, no es momento de discutir si es o no es tu clan –gruñó Southpaw–. Son mis amigos y podrían… Kirri tiene razón: podrían morir. Y si piensan que eres rara es porque no has querido salir a conocerlos. Además, está Beraal.

–¡Al principio, Beraal quería matarme! –Mara arrugó la naricilla al recordarlo–. Si me ha dado clases, es porque soy la Emisora.

–Beraal se peleó con Hulo para que pudieras seguir con vida. –Southpaw levantó los bigotes con furia–. ¡Y, cuando ganó, los demás gatos te dejaron en paz, tal como tú deseabas! ¡Nadie vino a atacarte! Y Beraal está mucho tiempo contigo cuando podría estar fuera zampándose jugosas ratas o descansando en el santuario del fakir. ¡Ahora Datura podría matarla y te da igual!

Mara se quedó mirando a Southpaw y pensó en lo paciente que había sido Beraal con ella, en las veces que había ido a verla por la noche, aunque no le gustaba estar dentro de una casa.

–No sabía que Beraal había peleado por mí. –Su maullido era apenas audible–. Pero ¿qué puedo hacer, Southpaw? No sé luchar y, aunque aparezca en medio de la pelea, no asustaré a Datura.

Pese a su preocupación, Southpaw no pudo evitar una leve sonrisa al pensar en lo que haría el gato blanco si de repente, en medio de una de sus sangrientas matanzas, veía aparecer a un gatito naranja flotando por ahí. Pero los bigotes se le bajaron de golpe al pensar en la suerte de los indómitos que cuidaban de él desde que era un cachorrito. Miao, Katar y Hulo eran lo más parecido que tenía a una familia, aparte de Mara. ¿Y qué podía hacer su amiga? Parecía imposible que la Emisora, esa famosa Emisora de la que tanto había oído hablar, no tuviera poderes especiales.

–Tienes razón. –Apoyó la cabeza entre las patas, sintiéndose muy triste–. No servirá de mucho emitir. Ojalá tuvieras otros poderes, ojalá pudieras aumentar hasta siete veces de tamaño, o tuvieras unas garras de uñas curvas como las de Kirri, o pudieras convertirte en algo que atemorizara a Datura.

–¿Qué asustaría a Datura? –preguntó Mara.

No le parecía que Datura se asustara fácilmente.

–¡Un Piesgrandes gigante! –exclamó Southpaw. Imaginó a un enorme Piesgrandes que se acercara a Datura y lo levantara, cogiéndolo por el pellejo del cuello–. O un gato enorme.

–Un gato enorme que rugiera. –Con un pequeño rugido, Mara se acurrucó junto a Southpaw–. Un gato seis veces más grande que se acercara rugiendo… Eso le asustaría mucho, ¿no?

–Ojalá pudiéramos encontrar un gato así –dijo Southpaw con tristeza.

Mara se incorporó de repente, con las orejas tiesas.

–¿Sabes qué, Southpaw? A lo mejor lo encontramos.

19

Lluvia de sangre



Aunque desde su lugar de observación veía perfectamente el panorama, el ratón se dio media vuelta, incapaz de soportar la visión del baño de sangre.

La noche había sido fructífera para Jethro. Descubrió un plato casi repleto de *biryani* de pollo en un sumidero cerca de una vivienda de Piesgrandes y estuvo casi dos horas transportando muy feliz la comida a su casa a través de los túneles. Por una vez, no se encontró con ninguna rata. En la hora que precede a la madrugada vio pasar al último murciélago que volaba de regreso a su casa, en los aleros de los antiguos muros de piedra que circundaban el *baoli*.

Cuando empezaron los truenos y las gotas se hicieron más gruesas, el ratón se refugió en la maraña de arbustos y ceibas que crecían cerca de la Casa Cerrada. Desde allí vio un milano de gran tamaño que se sacudía el plumaje –incluso a esa distancia se notaba que estaba empapado– al otro lado del descampado, donde una hilera de casitas marcaba el comienzo de la colonia de Nizamuddin. Jethro no pudo reprimir un estremecimiento. Se alegraba de haber encontrado refugio bajo la ceiba, porque detestaba tener el pelo mojado.

Afortunadamente, las anchas hojas verdes de la ceiba se extendían sobre Jethro como manos abiertas y lo protegían de la lluvia. El ratón se acurrucó entre las retorcidas raíces y se adormiló, dejando que los sonidos de la mañana se entremezclaran con sus sueños. Los Piesgrandes se ponían en marcha y recorrían la

carretera del canal que pasaba junto a la Casa Cerrada. Jethro hizo caso omiso, lo mismo que del parloteo de las ardillas que se perseguían unas a otras por las ramas.

Despertó con el pelo erizado, como si presintiera algo, aunque no sabía qué, y se agarró a la corteza con sus manitas. Vio un bandicut que se incorporaba de repente en los setos; arrugaba su hocico gris y abría mucho los ojos, como si algo lo hubiera asustado. Los dos roedores se miraron, pero ninguno de los dos sabía qué los había despertado. El ratón notó un desagradable hormigueo en el cuerpo y contempló con inquietud la Casa Cerrada.

El suave tintineo de los timbres de las bicicletas y los sonidos de los vendedores ambulantes que arrastraban los carros por la carretera le devolvió por un instante a la normalidad. La lluvia se había intensificado y el repiqueteo continuo de las gotas sobre las hojas calmó un poco al ratón. El milano seguía en el mismo tejado, ocupado al parecer en asearse las puntas de las alas y ahuecar las plumas, que se hinchaban y ondeaban al viento como las velas de un barco.

Los gatos salieron tan rápida y silenciosamente de la casa que Jethro ni siquiera los vio y solo volvió la mirada hacia el bandicut –un animal joven, apenas una cría– cuando lo oyó chillar y vio que un gato blanco lo levantaba entre las fauces. Jethro dio un grito de horror al ver al pobre animal patalear desesperado hasta que un gato negro se acercó y le desgarró el cuello. La sangre empezó a salir a borbotones, ahogando el grito del animal. «El gato negro debería darle el mordisco de gracia –pensó Jethro–. Es su presa, ya que está más cerca que el gato blanco». Sin embargo, para su sorpresa, ninguno de los gatos hizo ademán de darle muerte limpiamente. Mientras el animal seguía chillando y ahogándose en su sangre, los dos gatos jugaban con él.

–¡Oh, no hagáis eso! –dijo el ratón, y se quedó horrorizado cuando el gato blanco le miró.

–El trozo de carne ha hablado –espetó Datura–. Aquí toda la carne habla, Tóxico.

–Se callan cuando les arrancamos los picos o los hocicos, Datura –dijo el gato negro, que seguía jugando con el bandicut, cuyo cuerpo

yacía ya sin vida entre los dos gatos–. ¿Quieres que vaya a por el ratón?

–Más tarde –ordenó Datura–. Primero los setos, después los árboles. ¿Lo habéis entendido todos? Si os topáis con un gato, nada de charlas. Lo matáis. Ya jugaréis con los demás animales.

El ratón notó que se le erizaba el pelaje. Al alzar la vista de la trágica escena del bandicut, vio una marea de gatos que salían de la Casa Cerrada. Fluían como una oleada salvaje, irradiando maldad, y se colaban silenciosamente bajo los setos y en el jardín.

El ratón titubeó, sopesó los riesgos. Esta no era su guerra y él era demasiado pequeño para enfrentarse a los gatos salvajes. Pero tomó una decisión al ver de nuevo el cadáver del bandicut y a las crías de ardilla que sacaban asustadas la cabeza de un agujero en el tronco. Miró con cautela a su alrededor, se enrolló la larga cola alrededor del cuerpo y chilló lo más fuerte que pudo:

–¡Los gatos salvajes están fuera! ¡Huid lo más lejos que podáis! ¡Defendeos! ¡La Casa Cerrada se ha abierto y los gatos salvajes han salido!

Un cuco posado en lo alto del árbol lo oyó, miró con incredulidad a los gatos y emitió el mensaje. Los bulbules repitieron el grito de alarma del cuco y pronto los *mynah* y los gorriones hicieron lo propio. Si los gatos salvajes pretendían obtener alguna ventaja al salir en silencio de la Casa Cerrada, la perdieron totalmente con ese agudo coro de llamadas que alborotó las copas de los árboles.

Datura subió a un árbol y sacudió las ramas para hacer caer a las ardillas y que las mataran los gatos.

–No tienes idea de lo divertido que es matar a estas criaturas tan pequeñas y suaves que chillan tanto. Pronto será tu turno –Datura amenazó al ratón y se quedó mirando cómo Tóxico procedía a destrozar a los polluelos de los bulbules.

Los gatos se movían en grupitos de tres o cuatro; avanzaban de forma sistemática, matando todo lo que encontraban. Los gritos de las criaturas de los setos eran lastimosos. Datura pareció adivinar el pensamiento de Jethro.

–Esta es la entrada en calor. Luego será todavía mejor, pedazo de carne.

Y se marchó a inspeccionar sus tropas con la lengua fuera.

Los gatos salvajes estaban tan sedientos de sangre que parecían haber enloquecido. Jethro se dijo que ya había presenciado aquel fenómeno en otra ocasión, cuando un niño que corría por las abarrotadas calles de la *dargah* tiró al suelo una jaula de ratones blancos que la gente tenía como mascotas. La jaula se abrió y los ratones se escabulleron entre el dédalo de tiendas de fragancias y vendedores de *biryani*. Como no estaban acostumbrados a cazar, en cuanto empezaron no pudieron parar. Y así saquearon todo lo que encontraban hasta que uno de ellos mordió a un niño Piesgrandes en la mejilla. La reacción de los Piesgrandes fue poner trampas para ratones y matar todos los que encontraban. Al parecer, derramar sangre siempre atraía más sangre.

Tóxico y otros tres gatos habían rodeado a una ardilla adulta que no había podido escapar porque estaba atrapada en las raíces de un árbol. No podía subir porque había un gato sentado en las ramas, vigilándola, ni correr hacia adelante porque el gato negro la estaba esperando. Jethro pensó que la ardilla iba a suplicar clemencia, pero lo que hizo fue levantar la cola sobre la cabeza y clavar en los gatos una mirada desafiante.

Tóxico sufrió una decepción. Había esperado que la ardilla intentara escapar o se pusiera a temblar de miedo. Se acercó a ella con las uñas fuera.

–Pide clemencia, pedazo de carne.

–Gato –dijo la ardilla–, ¿quieres que te diga algo sorprendente? Si te das media vuelta (así, eso es) y miras hacia atrás (¡muy bien!) puedes cogerte la cola y despedirte ahora mismo de ella. Porque como que me llamo Jao voy a clavar lo dientes en ese rabo miserable que llamas cola y no los pienso soltar hasta que me muera.

Tóxico lanzó un zarpazo y clavó una uña en la corteza del árbol, muy cerca de la nariz de Jao. La ardilla no pestañeó, pero su compañero salió corriendo de su escondite y empezó a gritarle al gato. Jao juntó las manitas como si rezara.

–¡Vuelve a casa, Ao! No me importa lo que me pase, pero no podría soportar que… ¡No la toquéis!

Tóxico había saltado, pero, antes de que pudiera llegar a la ardilla, una figura blanca y negra salió como una exhalación de debajo del árbol de acacia y se lanzó contra él.

–¿Por qué no hacemos que la lucha sea más igualada? –Beraal se levantó del suelo, jadeando–. A ver si eres tan valiente con alguien de tu tamaño.

Y, antes de que Tóxico pudiera reaccionar, Beraal le atacó con fiereza; le dio un zarpazo en la nariz y le mordió en el cuello. El gato negro chilló y trató de escapar retrocediendo mientras los dos gatos que estaban con él se lanzaban contra Beraal, pero la hembra ya se había vuelto hacia ellos. Abrió las fauces y con un rugido salvaje mordió la pata de uno de los gatos. El otro no tuvo tiempo de reaccionar. De un zarpazo, Beraal le dejó la cara marcada con cinco arañazos y le metió una uña en la fosa nasal, hiriéndole por dentro. El gato gritó y se debatió para escapar.

Beraal se dirigió a las ardillas:

–¡Ao y Jao, fuera de aquí! Subid a lo más alto de los árboles ahora mismo. Llevaos a los pequeños a un sitio seguro y difundid la noticia todo lo posible.

Datura iba a ayudar a Tóxico cuando notó que se le erizaba el pelo de las patas traseras. Alguien le estaba observando. Una vieja gata siamesa le contemplaba con severidad desde la carretera junto al *baoli*. Datura echó una ojeada a la silueta de los tejados. Si los gatos de Nizamuddin presentaban batalla, sería mejor que los salvajes pasaran por encima de las casas para llegar a donde vivían los Piesgrandes. Claro que tendrían que reprimir un poco sus matanzas, pero le brillaron los ojos de glotonería al pensar en todo lo que pillarían una vez se hubieran extendido. Luego se dijo que, si iban a tener que vérselas con más gatos, aparte de la severa siamesa y la feroz luchadora, sería mejor que abandonaran el selvático jardín de la Casa Cerrada antes de lo previsto.

Al ver a Katar y a Hulo sobre el muro, Miao apenas pudo contener su alegría. Datura siguió su mirada y evaluó a los dos machos: el negro que se movía con un ostentoso balanceo sería peligroso, pero también era temerario, mientras que el otro, aunque no tenía un aspecto tan guerrero, parecía más sagaz. Se les unió otro gato, que

a juzgar por sus ojos cansados era viejo y no supondría peligro alguno. Junto a los setos, unos cuantos indómitos miraban a Hulo y a Katar, esperando instrucciones. Estaban bien alimentados y parecían fuertes, pero eran demasiado jóvenes para ser buenos luchadores, se dijo Datura. Con un movimiento de los bigotes, les indicó a los suyos que se acercaran más unos a otros. Tendrían que esperar a ver cuántos gatos tomarían parte en la batalla.

El ratón fue el primero en darse cuenta de que no llegarían más gatos y sus ojitos negros mostraban preocupación. Beraal había eliminado a tres salvajes en un momento, pero aquella pequeña banda no tenía ninguna posibilidad contra las decenas de gatos sedientos de sangre que habían salido de la Casa Cerrada.

Miao y Datura llegaron enseguida a la misma conclusión. La gata siamesa evitó cualquier movimiento de bigotes y orejas para mantener un aspecto impasible, pero la punta de su cola se agitaba inquieta. Solo le quedaba confiar en que los gatos del *dargah* consiguieran esquivar a los Piesgrandes y llegaran pronto. Desde su puesto al comienzo del camino, que permitía ver el enmarañado jardín, Miao sintió un estremecimiento que nada tenía que ver con la lluvia. Era dramático comprobar a cuántas criaturas habían matado los gatos salvajes en tan poco tiempo. Percibió que Beraal tensaba con rabia los bigotes al ver la triste montaña de pajaritos muertos bajo los setos, así como la lástima y la indignación de Katar al ver los cadáveres de ratones y ratas que había desparramados por el jardín. Entonces Miao vio lo que habían hecho con los bulbules –el nido tirado, los cuerpos sin vida de los polluelos, la sangre en el pico de la madre que había intentado defenderlos– y la invadió una pena inmensa.

Datura le recordaba a un perro que conoció tiempo atrás, una bestia que contrajo la rabia. Miao pensó entonces que el problema no era tanto la locura causada por la rabia, sino que el perro siempre había sido un asesino que disfrutaba atormentando a animales más pequeños que él. Datura no había matado para comer, algo que Miao habría comprendido, ni siquiera porque tuviera sed de sangre; había matado porque podía. Había que impedir a toda costa que

Datura y sus gatos se extendieran por Nizamuddin. El horizonte de los tejados estaba demasiado cerca.

–Haced que vuelvan a la Casa Cerrada –les comunicó tan discretamente como pudo a través de los bigotes a Katar y a Hulo.

–Entonces, ¿solo estamos nosotros? –contestó Hulo por el mismo sistema.

–Sí. –Beraal se conectó también–. Hasta que lleguen los gatos del *dargah*.

El macho contempló los pequeños cadáveres, muestra del instinto asesino de los gatos salvajes. Levantó los bigotes y en su mirada apareció un brillo vengativo.

–¡Por Nizamuddin! ¡Por Nizamuddin y los indómitos! –gritó.

Katar se unió a Hulo y así los dos machos se lanzaron a la batalla sin dudarlo.

El ratón los observaba con bigotes temblorosos. Nunca había presenciado una pelea tan desigual. No cabía duda de que aquellos cuatro gatos eran buenos luchadores. Vio a Miao castigar con un zarpazo en los bigotes a los gatos que la rodeaban; vio a Beraal darse la vuelta con un gruñido y saltar; vio a Hulo y a Katar enfrentarse a un ejército de gatos. Peleando, eran los mejores que había visto en su vida, más incluso que las mangostas y los más fieros de entre las ratas y los perros salvajes.

Pero no podían enfrentarse ellos solos a la legión de gatos que quería matarlos. Miao quedaba sepultada bajo la arremetida de unos cuantos; Datura y otros ocho gatos mordían ferozmente la cola y las patas traseras de Hulo; Beraal se revolvía para intentar sacarse de encima a los gatos que intentaban rasgarle la piel… Pero ni con toda la ferocidad, el valor y la destreza del mundo podían hacer frente a todo aquel ejército de gatos salvajes.

Al oír cómo Katar llamaba a su pequeño comando a resistir y a plantar cara, el ratón se llenó de esperanza. Entonces nuevos gatos salvajes saltaron de las ramas de la ceiba para atacar a Katar. El corpulento macho gris respondía a los ataques, pero pronto quedó sepultado bajo los gatos enemigos y el ratón lo perdió de vista.

20

La resistencia final de los indómitos



Justo antes de enzarzarse en la pelea con los gatos salvajes, Katar llegó a la conclusión de que las cosas nunca volverían a ser como antes, fuera cual fuese el resultado de la batalla. Los indómitos habían vivido muchos años en paz, habían entrado y salido de la vida de los Piesgrandes sin llamar la atención. Pero en una sola mañana sangrienta los salvajes habían dado un vuelco a la situación. Aquello tendría consecuencias, se dijo con un estremecimiento. Entonces oyó el grito de Hulo –«¡Por Nizamuddin y los indómitos!»– y dejó de lado sus reflexiones para repetir la llamada. Se dirigió directamente al salvaje que tenía más cerca, una gata gris de ojos dorados que se asustó, resbaló y se cayó del muro. Katar se agazapó en el muro; desde allí usaba sus patas delanteras contra los salvajes que querían subir.

–¡Hay que volver al suelo! –gritó Hulo.

Katar entendió sus razones. El muro estaba mojado y resbaladizo y, aunque él y Hulo sabían moverse y tenían más equilibrio que la mayoría de los salvajes, antes o después resbalarían sobre la piedra musgosa. Además, su silueta destacaba sobre el muro y los convertía en un blanco fácil para un ataque sorpresa. Su mirada se cruzó con la de un joven indómito del mercado con ganas de luchar.

–Vamos a bajar –le dijo–. Si consigues llegar hasta nosotros, lucharemos apiñados.

Katar se dijo que ojalá él y Hulo hubieran tenido tiempo para preparar su estrategia, porque no estaban acostumbrados a luchar juntos. Los dos saltaron al suelo al mismo tiempo y Katar tuvo que rodar rápidamente hacia un lado para evitar un zarpazo de la malvada gata gris. Oyó la voz de Datura:

–Son tuyos, Aconitina. Mata primero al gris; se cree que es el líder.

A Katar se le erizó el pelo del cuello. Se lanzó con todas sus fuerzas contra Aconitina y la tumbó.

–Buena jugada –gruñó Hulo.

El macho negro gritó de dolor cuando dos gatos salvajes se lanzaron sobre él; uno le mordió en la pierna hasta hacerle sangrar. Aconitina y otros dos lograron derribar a Katar, que rodó sobre sí mismo bufando salvajemente para sacárselos de encima y acabó con dos de ellos de un par de mordiscos. Retrocedió unos pasos con cautela y miró hacia el *baoli*, esperando ver a los gatos del *dargah*, pero no había ni rastro de ellos.

–Aguanta un poco más –le dijo Qawwali–. Pronto llegarán, y Dastan está intentando reunirse con Beraal.

El viejo gato se mantenía sensatamente apartado de lo más crudo de la lucha, pero ayudaba a los gatos jóvenes del mercado y los animaba en las peleas.

Katar se enfrentó a otro par de salvajes con un gruñido; en el fondo sabía que no podían ganar… ¡había muchísimos! ¿Cómo iban a contenerlos, si no eran más que una pequeña banda de gatos? La única chispa de esperanza era que los gatos salvajes parecían dispuestos a atacarlos y acabar con ellos antes que nada; no se les había ocurrido ir más allá. Pero entonces oyó a Aconitina:

–Datura, ¿y si vamos más allá del muro? Habrá más presas al otro lado y en un terreno abierto no tendremos a estos pesados atacándonos.

Cuando vio que el gato blanco miraba el muro que rodeaba el jardín silvestre, Katar casi maulló de frustración. Si Datura daba orden de salir, no podrían contenerlos.

–Los mataremos primero, Aconitina –dijo Datura–. Así invadiremos su territorio sin problemas. Podrás matar a los bulbules que quieras, tan lentamente como te apetezca. Nadie te interrumpirá.

Katar volvió a la lucha con intensidad renovada. Su objetivo era Aconitina, pero la gata gris era muy hábil escabulléndose de la pelea y enviando a otros gatos en su lugar.

–Katar, querido amigo –dijo Hulo, a su espalda–. No sé cuánto tiempo podré aguantar.

Katar echó una ojeada a Hulo y el desánimo se le notó en los bigotes. El gato negro sangraba profusamente por una herida y se estaba debilitando. Katar peleó denodadamente contra otra fila de gatos salvajes y luego le pidió al joven indómito que estaba junto a él que lo sustituyera un instante. Se inclinó hacia Hulo y le lavó la herida rápidamente con la lengua; la saliva detendría la hemorragia. Hulo aguantó con estoicismo, pero, cuando vio aparecer otros salvajes, en sus ojos amarillos asomó el primer atisbo de temor.

–Esperemos que los gatos del *dargah* no tarden en llegar –comentó Katar, volviendo a la lucha.

Hulo respondió con un gruñido.

–Sería un milagro. Son demasiados, Katar. Ratitas astutas, ¿os pensáis que no os he visto venir por mi flanco izquierdo? Os haré trizas las orejas. Eso, eso, huid chillando.

Katar siguió luchando, cada vez más consciente de que su valiente grupito de indómitos se veía empujado contra la pared, y se preguntó cómo lo llevarían Beraal y Miao. Confiaba en que no les hubiera pasado nada grave.

La presión en el pecho de unas patas delanteras le resultaba dolorosa, pero no tanto como el sol que le daba en los ojos, aunque era una luz pálida y débil. Miao parpadeó. Estaba de espaldas, hundida en el barro, y tenía encima a sus atacantes. Maldijo aquel terreno resbaladizo y su caída, porque una vez en el suelo poco podía hacer. Ni siquiera veía a sus atacantes; luchaba guiándose por el olor. Le pareció ver a un gatito anaranjado que pasó cerca de ella y le susurró: «Volveré con refuerzos», con una voz que le resultó extrañamente familiar. De todas formas, no tenía tiempo para indagaciones.

Oyó el mensaje urgente de Qawwali a los indómitos: «Los gatos del *dargah* no tardarán en llegar. ¡Aguantad un poco! Hay un festival de Piesgrandes, lo que obliga a los gatos a venir a través de los tejados. ¡Esperad un poco!».

Sirviéndose de sus patas, la gata siamesa hundió la cola y la espalda en el barro y espantó con un par de zarpazos a dos gatos que querían morderla en el cuello. «Por lo menos hemos logrado contenerlos aquí. Todavía no se han dispersado por todo Nizamuddin», se dijo. Pero sus pensamientos se vieron interrumpidos por un gato macho de faz rayada que se lanzó hacia ella con un grito salvaje. Miao esperó.

El gato salivaba con la boca abierta y la mojó de saliva. Cuando lo tuvo a su alcance, Miao utilizó la garra derecha como un gancho, le clavó una uña dentro de la boca, en las tiernas encías, y empujó hacia abajo hasta rasgarle la garganta. La herida empezó a sangrar profusamente y el gato se desplomó muerto entre gorgoteos. La siamesa movió frenéticamente las patas traseras, intentando encontrar el apoyo que le permitiera salir del barro, pero ya se acercaban otros tres gatos para atacarla. Miao entrecerró los ojos. «Son demasiados», se dijo, y la desesperación clavó en ella sus afiladas zarpas.

Por detrás del blanco resplandor del sol vio aparecer una mancha negra, luego otra y otra más. Se movían en formación y se hacían cada vez más grandes. Miao pudo bloquear fácilmente a otros dos atacantes, pero el tercero fue más astuto y le mordió en la pata. La gata chilló. No llegaba hasta su atacante y pataleó con toda la fuerza de que era capaz para desembarazarse de sus fauces. Sin embargo, sabía que otro ataque así podía dejarla inutilizada.

Mientras tanto, las manchas seguían aumentando de tamaño. A Miao le pareció que los milanos caían del cielo… ¡eran tan veloces! Colmillo era ahora una mancha borrosa en la lluvia. Sus compañeros no perdieron el tiempo con advertencias a las presas. Miao oyó que Colmillo les gritaba:

—¡A ella no! ¡Ni a la siamesa ni a la blanca y negra, ni a estos dos machos y a los que están con ellos! Matad al resto. ¡A los que tienen un olor salvaje!

El milano se había ido acercando a los gatos y los que miraron hacia arriba maullaron aterrorizados al ver lo que caía del cielo.

–¡Kik-kik-kik! ¡Matar! Matar! –chillaba el milano.

Con su poderoso pico, acabó con los dos gatos que sujetaban las patas traseras de Miao; los otros huyeron y alguno intentó atacar a los milanos, pero con poco éxito, porque estos eran maestros en el arte de elevarse rápidamente en el aire cuando había peligro. En unos instantes, cuatro gatos de la Casa Cerrada yacían muertos en el suelo.

–¡Cuidado, Colmillo! –dijo Miao–. Ahora están sobre aviso y son peligrosos. ¡Atención, detrás de ti!

Datura, que había presenciado la batalla desde una rama en lo alto, se acercó sigilosamente a Colmillo y le propinó un zarpazo en un ala. El milano cayó en picado, dando vueltas sobre sí mismo. Cuando estaba cerca del suelo y casi tocaba con las plumas los cadáveres de los ratones, consiguió enderezarse, subió de nuevo rozando las hojas del árbol y volvió a surcar el cielo, con un destello de furia en los ojos.

–¡Kik-kik! –chillaba–. ¡Maldita sea!

Tanto Miao como Datura se dieron cuenta de que el milano volaba torcido, como si no pudiera mover bien el ala derecha. Mientras tanto, los otros dos milanos esperaban instrucciones. Con un bufido, Datura ordenó a los suyos que se escondieran. En el jardín lleno de maleza de la Casa Cerrada había muchos lugares donde esconderse; de hecho, había pocos espacios donde los milanos pudieran actuar cómodamente, pero continuaron importunando a los gatos y atacándoles cada vez que salían de entre las jacarandas y buscaban protección bajo los naranjos.

El ataque de los milanos le proporcionó a Miao un respiro para buscar a sus compañeros con la mirada. Al verlos se le encogió el corazón. Desde lo alto de un árbol, Beraal bufaba furiosa contra seis salvajes que la obligaban a subir cada vez más. La rama era muy fina y podía romperse en cualquier momento y un grupo de gatos salvajes se había apostado al pie del árbol, esperando a que cayera al suelo. La gata blanca y negra sangraba abundantemente por la

boca y tenía las patas manchadas de sangre, aunque Miao ignoraba si la sangre era suya o de los gatos con los que había luchado.

En los parterres cubiertos de hierbas silvestres y perejil de prado, Katar, Hulo y los gatos jóvenes del mercado mantenían a raya a otro grupo de salvajes. Los dos indómitos y su grupito habían ido retrocediendo; ahora se encontraban demasiado cerca del muro semiderruido, única línea divisoria entre el jardín de la Casa Cerrada y Nizamuddin.

Miao entrecerró los ojos; se apartó hacia la izquierda para esquivar un asalto y utilizó la cola para volverse y rechazar de un golpe a un segundo atacante. Entonces vio con horror que aparecían más gatos salvajes que habían estado escondidos entre los macizos de gardenias y los arbustos de alheña y que ahora salían con mucha precaución, vigilando el cielo. El jardín parecía estar repleto de gatos que salían de todas partes, de cada escondite, de cada agujero.

Miao calculó que la Casa Cerrada había albergado seis camadas y contó hasta treinta nuevos gatos, como mínimo. Todos obedecían a la mínima indicación de los bigotes de Datura. La gata echó un vistazo al lugar donde luchaban Hulo y Katar, y vio horrorizada que cuatro o cinco salvajes ocultos entre la maleza se disponían a abrir un nuevo frente de batalla contra los indómitos.

–¡A tus espaldas, Hulo! –gritó, justo a tiempo.

Corrió hacia ellos para ayudar y por el rabillo del ojo vio que los bigotes de Datura se alzaban en un gesto de complacencia. No comprendió la razón hasta que salió del macizo de lantana y tuvo que detenerse en seco, azotando el aire con la cola. Le habían tendido una emboscada: ahora estaba en una parte del jardín donde el terreno hacía bajada y rodeada de salvajes. Rápidamente dio media vuelta, pero Tóxico le obstaculizaba la única salida.

Los ojos azules de Miao se velaron. Como en sueños, se preguntó si llegarían a tiempo los gatos del *dargah* y oyó un grito de dolor de Beraal, que seguía en el árbol. Estaba rodeada de espesos arbustos que impedirían a los milanos llegar hasta ella. Colmillo sobrevolaba la escena chillando de frustración. Rozaba las copas de los arbustos, pero no podía bajar más; no había ningún hueco entre las ramas y de haberlo habido sería demasiado peligroso.

Tóxico tenía una mirada febril y la mandíbula manchada de sangre.

–Datura me ha dado permiso para que me ocupe de ti –maulló con rabia–. Siempre quise matar a un gato siamés.

Miao lo miraba impasible. Sacó las uñas, echó la cabeza hacia atrás y, por primera vez desde que empezó la batalla, dejó oír un grito de guerra, una llamada desafiante. Los gatos salvajes estrecharon el círculo a su alrededor.

Katar oyó gritar a Miao y temió por ella. Haciendo un esfuerzo tremendo, se lanzó contra los gatos que tenía delante y les hizo un profundo rasguño sobre los ojos para que la sangre los cegara. A continuación, aprovechó la confusión para saltar sobre un tocón.

–¡Datura! –gritó–. ¡Detén a tus tropas! Todavía no hemos hablado.

–Esto es la guerra, pedazo de carne –dijo el gato blanco, moviendo apenas los bigotes en dirección a Katar–. Yo nunca hablo con mis presas.

Colmillo se precipitó contra el gato blanco, pero tuvo que elevarse de nuevo a causa de su ala herida. Se dirigió entonces hacia Katar y planeó sobre él para protegerlo de ataques mientras hablaba desde el tocón.

–¡Este es mi territorio, Datura! –gritó Katar–. Tal vez encontremos una forma de aceptarte en nuestras tierras y olvidar esta pelea. Si la Casa Cerrada ya no es tuya, ¿qué territorio quieres? ¿Esto y el *baoli*? ¿Queréis tú y tus gatos compartir la vida con nosotros? Habla, Datura. Haz lo que sea mejor para tu clan.

Los ojos del gato blanco se ensombrecieron.

–¿De modo que me ofreces compartir tu territorio? ¿Te atreves a hacerme esta propuesta, pedazo de carne? Mira a tu alrededor: sois muchos menos que nosotros.

Todo el jardín rebosaba de gatos que escuchaban con ojos brillantes y se cuidaban mucho de ponerse a tiro de los milanos.

–¿Qué puedes ofrecerme, pedazo de carne, que no pueda tomar por mí mismo?

La voz de Hulo sonó ronca y exhausta, pero todavía desafiante:

–¿Qué clase de gato eres? –preguntó–. Atacas a los más pequeños, a los más débiles, invades nuestro territorio y, cuando te

ofrecemos compartir nuestro espacio bajo los cielos, nos escupes en los bigotes. ¿Qué te has creído? Atacas de día, cuando el clan duerme, como los perros y los Piesgrandes. Eres despreciable. Tú y los tuyos me dais asco.

Los bigotes de Datura temblaban de ira.

–Matadlo –siseó–. ¡Matad a este trozo de carne! –Luego se dirigió a Katar–: No lo entiendes, ¿verdad? Estos años lo hemos tenido todo, comida, presas y un cobijo. Todo excepto el mundo exterior, y ahora también tenemos eso. En cuanto a los gatos de tu clan, pronto estarán muertos, lo mismo que tú.

Katar oyó la voz de Beraal:

–¡Los gatos de Nizamuddin están a punto de llegar! Están en el camino que viene del *baoli*… ¡Aparta, maldita sea! Pronto llegarán.

Se oyó un chillido de dolor, el crujido de una rama que se rompía y los maullidos de muchos gatos. A Miao no se la veía por ninguna parte, pero de entre un revoltillo de gatos de distintos pelajes sobresalió la cabeza de Hulo, que profirió un aullido de desafío y volvió a sumergirse en la pelea. Colmillo y los milanos volvieron al ataque, pero los setos les impedían bajar; solo pudieron asustar a los gatos y cargarse a un par de ellos que habían cometido la imprudencia de colocarse en un terreno abierto. Qawwali llamaba con voz ronca a los indómitos del *dargah*, que a medida que llegaban se lanzaban a la batalla llenos de entusiasmo. La mayoría de ellos –tanto machos como hembras– estaban acostumbrados a pelear con las ratas grandes y agresivas que vivían en los callejones del *dargah*.

Katar enseñó los dientes y se lanzó con un gruñido sobre los gatos salvajes que intentaban acorralarle. Su feroz ataque los disuadió por el momento y alguno se retiró chillando. Sin embargo, Katar estaba cansado y sabía que Hulo y Beraal se encontraban al borde de sus fuerzas. Le preocupaba no ver a Miao; la siamesa era una buena luchadora, pero le habían tendido una emboscada y eran muchos contra ella.

–¡Miao!

Un salvaje estaba a punto de morderle la cola y Katar la apartó rápidamente. Entonces oyó gritar a Tóxico: «¡No pongas la pata

sobre esta gata!», seguido de un grito de Miao, y la sangre se le heló en las venas. Miao gritó dos veces más y se calló bruscamente.

–¡No! –El maullido de Katar sonó casi como el de un cachorro y Datura se lo quedó mirando fijamente, como si disfrutara de su miedo y su pena–. ¡Beraal! ¡Hulo! ¡Hay que ayudar a Miao!

–No podemos –gruñó Hulo–. Si vamos, pasarán al otro lado del muro.

Aprovechando la distracción de Katar, dos salvajes se lanzaron sobre él y lo tiraron al suelo. Hulo quedó sepultado bajo una montaña de gatos y esta vez no volvió a salir. Beraal maullaba con desespero. Varios metros por encima de la Casa Cerrada, Colmillo volaba en círculo. De vez en cuando soltaba un grito de guerra para que los gatos salvajes se apartaran y poder así acercarse en lugar de perseguir sombras entre la maleza.

Datura saltó al suelo desde una rama.

–Espero que los demás trozos de carne sean también así –le dijo a Tóxico–. Es mucho más divertido cuando se resisten y pelean. ¿Los matamos ya?

Tóxico dejó caer los bigotes, lleno de consternación.

–¿Ya has matado al tuyo? –Datura se acercó a Miao, que yacía inmóvil en el suelo–. Qué lástima. Ocupémonos del resto, ¿no?

De repente, algo oscuro y pequeño se lanzó contra una garra del gato blanco, que notó un doloroso pinchazo y dio un salto.

–¿Qué ha sido eso…? ¡Marramiau!

El ratoncito que le había clavado los dientes en la garra había desaparecido, pero una hilera de hormigas atravesaba el camino y el gato volvió a saltar para esquivarlas.

–No.paséis.fuera –dijeron con su voz monótona.

Datura las observó con disgusto. Le habría gustado apartarlas de un manotazo, pero algo le decía que sería una pésima idea.

–Los últimos guerreros de Nizamuddin –comentó al ver los ojos llenos de furia del ratón.

Alzando los bigotes, soltó una carcajada y Tóxico lo imitó.

–Sus mejores guerreros no tienen ni ocho centímetros de altura –dijo Tóxico–. ¡Ooh! ¡Miaauu!

Un *mynah* le clavó las garras en la cabeza y se fue volando, lanzando furiosos graznidos.

Datura encontró la escena muy graciosa.

–¡Guerrero! –le dijo a Katar–. Aquí tienes tu ejército: hormigas, ratones y *mynahs*. ¡Qué honor ser su líder!

A los indómitos del *dargah* les prestó poca atención. Eran buenos guerreros, pero tan pocos que no valía la pena preocuparse. Con un leve movimiento de orejas, envió a otro batallón de salvajes contra ellos y se quedó contemplando a Miao: su hocico lleno de sangre, los bigotes que había perdido en la desigual batalla contra Tóxico y sus amigos. A Datura le habría gustado saber algo más sobre la siamesa; por alguna extraña razón, le había impresionado. Apoyó una pata sobre el cadáver, todavía caliente, y se marchó. Había llegado el momento de invadir el resto de Nizamuddin.

–Tóxico –llamó, y justo entonces oyó algo extraño y levantó las orejas.

Era algo parecido a un trueno, pero no lo era; algo que hacía vibrar el aire alrededor. Se le erizó el pelo de las patas y luego el del lomo, como si le hubiera dado una descarga eléctrica. Datura miró instintivamente hacia arriba, pero sintió vértigo al ver el cielo abierto y tuvo que volver la vista al suelo. Se oía un retumbar a lo lejos. Los gatos salvajes se movían inquietos.

–¡Basta! –dijo Datura, intentando hacer caso omiso del cosquilleo que notaba en los bigotes.

Miró hacia los tejados de Nizamuddin y vio que algunos Piesgrandes habían salido a los balcones y señalaban la Casa Cerrada. No cabía duda de que hablaban de los gatos.

–Es hora de que pasemos a la colonia. Tóxico, tú tienes que…

Pero no pudo seguir, porque un ruido sordo hizo temblar la tierra y se convirtió en un profundo rugido. Era como si viniera hacia ellos el gato más grande del mundo. Muchos gatos salvajes se tumbaron en el suelo con las orejas hacia atrás.

–No hagáis caso –ordenó Datura–. No es más que un trueno. ¿Sois gatos salvajes o mininos acobardados? ¡Arriba!

De repente, el aire destelló y se abrió como una pesada cortina. Datura abrió los ojos como platos y maulló aterrorizado; empezó a

echar espumarajos por la boca mientras intentaba huir.

Un enorme tigre se dirigía hacia él lanzando tremendos rugidos. Las rayas blancas y naranjas de Ozzy destellaban bajo la lluvia y destacaban tanto en aquella luz grisácea que deslumbraron a todos los gatos de Nizamuddin, sin excepción. Qawwali se quedó helado; no podía creer lo que veían sus ojos. Pero, cuando Ozzy rugió de nuevo, todos los gatos notaron el rugido en lo más profundo de su cuerpo y los bigotes se les pusieron rígidos, como si se hubieran quedado sin sangre en las venas.

Beraal fue la primera que reconoció a Mara en la mota anaranjada que flotaba junto a la enorme cabeza del tigre. Casi ningún gato había reparado en la graciosa figurita, porque estaba bastante alta, pero Beraal no tardó en localizar a su alumna. Utilizando la conexión para que los gatos salvajes no pudieran oírla, se dirigió a los suyos:

–¡Aguantad un poco más! Esto es obra de la Emisora. El tigre no es real, es una emisión. No hay nada que temer. Podéis estirar los bigotes. ¡Buen trabajo, Mara!

Los salvajes estaban aterrorizados. Cuando Ozzy –que se lo estaba pasando en grande con su paseo virtual– echó la cabeza hacia atrás y rugió, mostrando sus largos colmillos, los gatos empezaron a chillar y a gemir. Tenían tanto miedo que salieron corriendo de sus escondites y los milanos vieron la oportunidad de atacar.

–¡Formación de ataque!

Colmillo apareció entre las nubes, aprovechando las corrientes cálidas, seguido de cerca por Uña y Garra. Los tres milanos atacaron ferozmente a los gatos salvajes. Esto permitió a Hulo librarse de los gatos que tenía encima; en cuanto a Katar, se alejó cojeando de sus atacantes y se quedó atónito al ver al tigre. Beraal se mojó las patas con saliva para evitar que siguieran sangrando y se incorporó con dificultad. Los gatos de la Casa Cerrada se apartaron del árbol y corrieron al campo abierto, donde los milanos continuaban con su ataque.

El tigre echó hacia atrás la enorme cabeza y rugió. Qawwali lo contempló con inquietud y se conectó al canal para saludar a la

Emisora. Luego movió las orejas y levantó la gruesa cola a modo de un estandarte de batalla.

–¡Por la gloria de Nizamuddin! –dijo, como si comandara a las tropas resistir contra los gatos que huían.

–¡Por el clan! ¡Por el clan! –maullaron los gatos de Nizamuddin, ya reunidos en tierra con Hulo y Katar.

Hulo persiguió a Tóxico entre los arbustos y lo acorraló contra un árbol.

–Quédate y pelea –le dijo.

Cuando Tóxico se tiró al suelo embarrado pidiendo clemencia, Hulo estaba dispuesto a perdonarlo, pese a lo que le había hecho a Miao. Pero, en cuanto se dio media vuelta, el gato salvaje se le lanzó encima, intentando morderle en el espinazo. Hulo se lo sacudió con un aullido de furia y le desgarró la garganta con las uñas. Las raíces del árbol se empaparon de sangre.

Aconitina, la gata gris de ojos dorados, se escabullía por el prado intentando que nadie la viera. No le gustaba correr riesgos. Aunque disfrutaba derramando la sangre de criaturas más pequeñas, la visión de su propia sangre la repugnaba. Vigilaba sobre todo que no estuviera Katar cerca, porque, aunque su aspecto no era tan impresionante como el de Hulo o Datura, lo había visto acabar con una docena de gatos salvajes, por lo menos. Al llegar al pie del muro, empezó a salivar pensando en las presas que encontraría al otro lado: los gruesos ratones, los pájaros despistados. «Es una tontería que no vigilen el muro», se dijo al ver a los indómitos reunidos entre la Casa Cerrada y el *baoli* para evaluar la batalla.

No había sombras. La luz era demasiado débil y caía una lluvia incesante. Aconitina oyó demasiado tarde el batir de alas de un milano. Dio un gran salto con la intención de arañar al pájaro bajo las alas, pero no lo logró. Las garras de Colmillo se cerraron en torno a su cuello. Aconitina se debatió en vano.

–Te estaba vigilando –dijo Colmillo, y dejó caer el cadáver de la gata.

Matarla no le había proporcionado placer: era un acto necesario.

El resto fue fácil. Una patrulla de gatos del *dargah* se apostó frente a las primeras viviendas de los Piesgrandes y expulsó a los

salvajes que quedaban. Algunos se atrevieron a desafiar el tráfico y cruzaron al otro lado, pero otros muchos temblaron al ver los coches y corrieron a refugiarse en el sucio canal. Les daban menos miedo los cerdos que los feroces guerreros del *dargah*.

Ozzy seguía rondando la Casa Cerrada, emitiendo terribles rugidos. Al parecer, los únicos que no lo oían eran los Piesgrandes.

–Es el mejor paseo de toda mi vida –dijo muy satisfecho–. ¡No me divertía tanto desde que de cachorro, en Ranthambore, perseguía los *jeeps* de los Piesgrandes y los mandaba a la porra! Pero pareces cansada, Mara. ¿Es demasiado esfuerzo para ti?

El tigre se había dado cuenta de que la emisión requería toda la energía de Mara. La batalla había acabado, porque casi todos los gatos salvajes habían muerto o intentaban huir. Ozzy volvió a rugir. La imagen de la Emisora titiló en el aire.

–¡Beraal! –gritó Mara–. No aguanto más. Voy a llevar a Ozzy a su casa.

Al ver partir a su alumna, Beraal recordó a la gatita que los había despertado con sus maullidos. Se había convertido en la Emisora de Nizamuddin, capaz de convocar a un tigre en el centro mismo de la batalla más cruenta y sanguinaria que habían librado jamás. Detrás de la gatita, el tigre parecía un transatlántico siguiendo a un remolcador. Beraal lo vio rugir una vez más, simplemente por gusto, y luego sus imágenes titilaron y desaparecieron.

Katar se acercó cojeando a Beraal, y Hulo se reunió con ellos. La tierra olía a sangre y a tristeza y el miedo pendía todavía de las ramas. Beraal veía a los Piesgrandes asomándose desde las azoteas. No habían visto a Ozzy ni a Mara –al parecer no percibían las emisiones–, pero desde luego habían visto y oído la batalla entre los salvajes y los indómitos y no les gustó. Beraal esperaba que empezaran los problemas para los gatos de Nizamuddin y los callejeros. Los Piesgrandes sufrían extraños ataques de pánico.

En una época en que vivía en otro barrio, Beraal fue testigo de un incidente mientras descansaba en un balcón. Al principio no parecía nada importante. El corpulento Piesgrandes que vivía abajo salió a dar su paseo matinal y amenazó con el bastón a un perro del barrio, un simpático animal llamado Prince. Y tal vez Prince se sobresaltó o

tenía un mal día; por la razón que fuera, le gruñó al Piesgrandes y le mordió en el tobillo. No le mordió fuerte; solo quiso darle una lección.

Sin embargo, el hombre se puso a gritar en su torpe lengua Piesgrandes y se pasó el día murmurando contra el perro y dando patadas a los pobres animales con los que se cruzaba en la calle. A la mañana siguiente llegó la camioneta del Piesgrandes que se llevaba a los perros, un individuo que los trataba con mucha dureza. Todos los animales sufrieron al ver que el hombre cogía a su viejo amigo del parque y lo metía en la camioneta, que despedía un inconfundible olor a miedo. «¡Socorro!», gritó Prince. «¡Socorro, van a matarnos!», gritaban los demás perros, entre los que se encontraba un can de pelaje dorado que era amigo de Beraal. Y la gata supo por el olor de la camioneta y del Piesgrandes que los llevaban al matadero. Todavía temblaba al recordarlo.

Ahora, al ver a los Piesgrandes mirando inquietos desde las azoteas, se preguntó qué consecuencias tendría la batalla. Sus compañeros no decían nada. Después de la lucha, el jardín estaba en silencio. Se oía el repiqueteo de la lluvia, el zumbido del tráfico en la carretera y el piar de un pájaro malherido. Había cadáveres de animales por todas partes: ratoncitos, montañas de pajaritos, gatos salvajes, algunos infortunados indómitos.

De repente, a los tres se les ocurrió lo mismo. Beraal sintió un escalofrío en el espinazo, pero Katar fue el primero en decirlo:

–¿Dónde está Miao? –Apartó la mirada del jardín ensangrentado–. Tenemos que encontrarla. No la veo por ninguna parte.

Había olisqueado a fondo el lugar donde Tóxico y los suyos tendieron una emboscada a Miao; vio en el suelo un hueco lleno de sangre, mechones del pelo negro y crema de la siamesa sobre el barro, pero ni rastro de la gata que tan bravamente había luchado.

Los bigotes de Beraal temblaban de puro cansancio.

–Aquí hay un rastro de sangre.

Katar y los demás la siguieron. Había oscuras manchas de sangre que se alejaban del lugar de la emboscada y por un momento Katar tuvo la esperanza de que Miao hubiera podido salir a rastras de allí. Pero, al llegar al muro, el olor terminaba bruscamente; había un

mechón de pelo blanco y manchado de sangre sobre una piedra. Nada más. Beraal olisqueó el muro y subió con agilidad por las resbaladizas piedras, sin reparar en sus propias heridas, pero no encontró ningún rastro. Katar dejó caer la cola con desánimo.

Hulo, que tenía heridas abiertas en las patas delanteras, alzó los bigotes.

–¿Y dónde está Datura? He encontrado el cadáver de Tóxico, pero ese cobarde blanco se ha esfumado, ¿no?

No quería pensar en Miao porque se entristecía. Prefería enfadarse.

A pesar de que estaban heridos y a pesar de que Beraal temía que los Piesgrandes se acercaran a ver lo ocurrido, buscaron por todo el jardín. Pero no encontraron ni rastro de Miao ni de Datura. Los dos gatos, el jefe de los salvajes y la siamesa, habían desaparecido.

21

La danza de Kirri



La mangosta se despertó con un olor a sangre en el puntiagudo hocico. Olisqueó el aire, ya totalmente despierta y con sus bonitos ojos abiertos de par en par. Kirri podía pasar del sueño al estado de alerta sin detenerse en un sector intermedio.

En menos de un segundo, apuntó con el hocico a la Casa Cerrada. Tenía la cola tiesa y las zarpas desplegadas. El mundo olía a carnicería y a matanza, tal como ella le vaticinó a Southpaw esa misma mañana. Kirri conocía bien esos olores, pero solo recordaba una ocasión, muchos años atrás, en que Nizamuddin hubiera olido así: cuando los Piesgrandes lo sembraron todo de matarratas.

Salió sigilosamente del hueco en el montón de ladrillos donde había pasado la noche y, sin prestar atención a los Piesgrandes que recorrían los senderos del *dargah*, se encaminó a la Casa Cerrada por el laberinto de callejuelas. Muy pocos la vieron pasar; Kirri se movía de una sombra a otra, como un fantasma plateado.

La mangosta se enteró de la historia mucho antes de llegar al campo de batalla. Los vientos le hablaron de la masacre de pájaros y ratones; la lluvia le murmuró sobre la sangre que habían derramado indómitos y salvajes; el rastro dejado por Dastan y los demás gatos del *dargah* decía muy a las claras que habían corrido en ayuda de los gatos de Nizamuddin. La mangosta sabía lo ocurrido antes de introducirse a través de los setos en el jardín de la Casa Cerrada y a pesar de todo no estaba preparada para aquel panorama de muerte y desolación.

Aunque se había despertado con hambre, Kirri no se sintió en absoluto tentada por los animales muertos: musarañas, bulbules, ratones. Prefería matar sus propias presas y solo comería un animal matado por otro en caso de estar muriéndose de hambre. Al contemplar los cadáveres amontonados, sin embargo, la mangosta sintió algo parecido a la compasión, un sentimiento pasajero que no tardó en convertirse en indignación en cuanto empezó a olfatear los ratones, los bulbules, los gorriones muertos. Kirri llevaba una vida frugal; su gusto por la carne fresca hacía que pasara largo tiempo sin comer entre una y otra presa, más del que tolerarían otros animales. Además, no soportaba el despilfarro.

Y esta era una matanza descuidada, extravagante. La mangosta se sentó sobre las patas traseras, con la cola hacia un lado, y contempló a los muertos. El olor que le llegaba a las narices era amargo y rancio. Lo mismo que Beraal, Kirri dirigió la mirada hacia los Piesgrandes que se asomaban desde los terrados. Por lo que ella había visto, los Piesgrandes trataban igual a todos los animales; probablemente no distinguirían entre los combatientes y los inocentes. Mientras la mangosta parloteaba exasperada, una cabecita parda salió de un agujero junto a sus pies.

–Ya se ha ido, ¿verdad?

Era un ratoncito.

–¿Me hablas a mí?

La mangosta estaba sorprendida. Pensó por un momento en atacar al ratoncito, pero consideró que no valía la pena. Pocas veces mataba animales tan pequeños, salvo que tuviera mucha hambre.

Jethro se mantenía fuera de su alcance, calculando que podría esconderse rápidamente tras las raíces de los espinosos arbustos de ébano de Bombay.

–No quisiera molestarla, pero me ha parecido que estaba usted buscando a Datura, Madame Mangosta. ¿Qué otra razón podría tener para estar aquí olisqueando cadáveres en esta mañana sangrienta?

–Datura –murmuró Kirri pensativa–. El gatito también mencionó su nombre. ¿Es el líder de los gatos salvajes?

–Sí –dijo el ratón–. Y el autor de todo esto.

Kirri contuvo el aliento mientras miraba a su alrededor.

–¿Todo esto lo ha hecho él?

–Todo esto –repitió con amargura el ratón–. Y al final han muerto también gatos. Sus simpáticos amigos de la Casa Cerrada han muerto. La gata siamesa (usted no la conoce) se vio arrastrada a una emboscada por los acólitos de Datura. Luchó bravamente, pero eran demasiados. Sin embargo, él ha sobrevivido, ¿verdad? En cuanto los suyos empezaron a perder, Datura se escabulló y se escondió en el *baoli*.

La mangosta miraba al ratón con ojos ardientes como brasas.

El ratón arrugó la nariz, un poco nervioso, y se preparó para meterse de nuevo en su agujero.

–Claro que esto no tiene por qué importarle.

–Tú me interesas –dijo Kirri–. ¿Has hablado de una siamesa, una gata mayor pero excelente cazadora? ¿Con ojos de un vivo color azul, pelaje color crema, cola negra y una mancha negra en la cara?

–Sí –respondió Jethro, sorprendido–. Se lanzaron sobre ella de una forma terrible, sin darle opción a defenderse. Atacaron como los perros, en grupo. Atacaron como atacan las ratas más repugnantes.

La mangosta se dio media vuelta. Su plateado pelaje vibraba y en sus ojos rojos había un brillo especial que el ratón no supo interpretar.

–¿Qué va a hacer ahora?

–Bailar –espetó la mangosta mientras se encaminaba decidida al *baoli*.

Datura yacía con las garras extendidas sobre la misma piedra alta y resbaladiza en la que había estado Miao el día anterior. Le gustaba el contacto con la cuarcita mojada. No pensaba en Tóxico ni en Aconitina ni en los demás salvajes fallecidos o que habían logrado escapar, sino que recordaba con amargura los años vividos en la Casa Cerrada, que en su momento le parecieron tan satisfactorios.

Ahora comprendía que aquello no era nada comparado con este mundo repleto de presas y de pequeños placeres, como notar el cosquilleo de la hierba en las almohadillas plantares. Ahora conocía

el placer de poder matar a un animal tras otro en lugar de sufrir un racionamiento de una presa en muchos meses, hasta que otra infortunada criatura entrara por error en la Casa Cerrada.

Datura era apenas un gatito cuando decidió que en el mundo había dos clases de animales: los fuertes y los débiles. Y él sabía a qué grupo pertenecía. Pensaba que Tóxico era fuerte, pero ahora Tóxico estaba muerto y los muertos son, por definición, débiles. Cuando vio que los salvajes empezaban a huir, Datura se marchó sigilosamente, antes de que a los indómitos se les ocurriera buscarlo. Encontró el *baoli* desierto y le pareció un buen lugar para retirarse. Datura se sentó sobre los viejos escalones, pensando en los indómitos.

Solo le dio un poco de miedo la gata siamesa por su finísima percepción; cuando clavó en él sus ojos azules, a Datura le pareció que escrutaba el fondo de su alma. Pero ahora estaba muerta. La habían matado Tóxico y los otros y su sangre manchó las caléndulas silvestres. Datura no tenía nada que temer.

Se preguntó si no sería preferible matar a los otros gatos que había visto. Ya había marcado a Katar como objetivo. Seguramente presentaría batalla, pero sería una pelea limpia. En el ojo amarillo de Datura apareció un brillo desdeñoso; para el gato blanco, solo valía la pena luchar si tenías la seguridad de salir vencedor.

Si en el pequeño espacio de los jardines de la Casa Cerrada había tanta caza, ¿cuánta habría en Nizamuddin? Al imaginar la consternación de los indómitos cuando comprobaran que un enemigo invisible los estaba matando uno a uno, Datura relajó los músculos. Se introduciría entre ellos y volvería a salir sin ser visto… Sería su pesadilla. Tras bostezar y estirarse, pensó en volver para zamparse uno de los ratones muertos, pero sería más divertido matar unos cuantos animales mientras Nizamuddin seguía sumido en el terror. Iba a echar una cabezadita antes de tomar una decisión cuando un cosquilleo en los bigotes le avisó de que había alguien.

Volvió la cabeza hacia la derecha. Un animal que tenía la mitad de su tamaño le miraba tranquilamente desde la grada de piedra inferior. Tenía un aspecto pulcro, con el pelo plateado de la cabeza peinado hacia atrás, y no mostraba las zarpas.

En el ojo amarillo de Datura se encendió un destello de codicia. Le cosquillearon los bigotes ante la perspectiva de una nueva presa.

–Saludos, trozo de carne –dijo Datura, poniéndose en pie y moviendo garbosamente la cola.

El animal no respondió ni se movió. En sus ojos apareció un fulgor rojizo.

–¿Quieres correr o prefieres luchar? –preguntó Datura.

En lugar de responder, la mangosta empezó a bailar, pasando el peso de una pata a otra.

–No me has preguntado mi nombre –observó.

Ahora se movía hacia adelante y hacia atrás, cada vez más rápidamente.

Los bigotes del gato expresaban su desdén.

–Nunca pregunto el nombre de mis presas.

Bajó a la grada donde estaba la mangosta bailando; pretendía acabar cuanto antes y dormir la siesta. Kirri se movió tan rápidamente que Datura no pudo hacer nada para evitar los mordiscos en la pata derecha y en el cuello.

–Kirri. Me llaman Kirri. Siempre deberías saber el nombre de quien va a matarte, Datura.

El gato rugió con furia, pero era un rugido teñido de miedo. Las heridas le sangraban. Intentó contraatacar, pero Kirri se apartó rápidamente. Datura se apresuró a lamerse el cuello para detener la hemorragia.

–Puedes bailar, trozo de carne, pero ¿sabes luchar?

Se lanzó contra la mangosta, pero en el último momento Kirri se aplastó contra el suelo y le clavó los afilados dientes en la garganta. Datura chilló. Giró sobre sí mismo, arañó a la mangosta con las patas traseras y vio con satisfacción que le caían unas gotitas de sangre de la cola. Pero Kirri no pareció notarlo. Salió de debajo de Datura y se quedó mirando cómo le sangraba el cuello y se formaba un charco sobre la piedra. Datura gruñó y arremetió de nuevo contra la mangosta.

–Sabes luchar, Datura –dijo la mangosta–, pero no sabes bailar.

Y desapareció del campo de visión del gato.

Datura volvió la cabeza, buscando a Kirri, pero se le nublaba la vista. Se tambaleó un poco y sacudió la cabeza. El instinto le decía que la mangosta tenía que estar a sus espaldas. Se giró rápidamente, pero no estaba ahí.

Kirri le mordió la garra izquierda y le hizo muchísimo daño. Datura gritó y se lanzó contra ella, intentando aplastarla contra la piedra, pero resbaló en el suelo cubierto de liquen y por poco se cayó por el borde. La mangosta le dio un nuevo mordisco en la pata.

–Intenta pronunciar mi nombre. Kirri. No es tan difícil.

Datura soltó un aullido.

Los ojos de la mangosta estaban llenos de ira. Se irguió sobre las patas traseras y se dirigió bailando hacia la derecha del gato, que intentaba subir al siguiente escalón.

–La pata derecha fue por los ratones. La izquierda por los pájaros.

Datura temblaba de dolor.

–Basta. Para ya, trozo de carne. Espera a que te hinque los dientes, bicho apestoso.

El ojo amarillo de Datura estaba lleno de rabia, pero el ojo azul lloraba de dolor. Apenas distinguía lo que tenía delante. Sin saberlo, se estaba desangrando a causa de las profundas heridas en el cuello que le había causado la mangosta. Gruñó y, una vez más, intentó atacar al pequeño depredador. Si pudiera acercarse más, le arrancaría la cabeza. La partiría en dos, si pudiera ver dónde estaba. ¿A dónde había ido?

Kirri le clavó los dientes en la garganta y Datura cayó al suelo entre aullidos de dolor.

–Esto es por la siamesa –informó la mangosta–. Era mejor luchadora que tú, Datura. Luchó por los pequeños que tú mataste con tanta ferocidad. Y me concedió el honor de llamarme por mi nombre.

Datura pataleó para levantarse de nuevo, pero ya no podía mover las patas delanteras y la mangosta le estaba destrozando despiadadamente las patas traseras. Una corriente de dolor le recorrió el espinazo. Datura maulló con terror. Había apartado la mirada del *baoli*, de los escalones de piedra, y había mirado al cielo, que se cernía sobre él inmenso y amenazador.

–Por favor –le rogó a la mangosta–. El cielo me da miedo. Llévatelo, Kirri, por favor.

Los ojos de la mangosta perdieron su destello rojizo y parecieron entristecerse. Sin apartar la mirada de Datura, subió un escalón y vio que el miedo era genuino. Casi con ternura, se inclinó sobre el gato y le arrancó la garganta. El pelaje plateado de la mangosta se mezcló por un momento con el pelo blanco y ensangrentado de Datura.

–Esto es tener más compasión que la que tú tuviste con tus víctimas –le dijo Kirri al gato muerto.

Luego se puso a cuatro patas y salió del *baoli* como una sombra parda y plateada. No miró atrás ni se lavó la sangre del hocico. La lluvia se encargaría de lavarla a su debido tiempo.

22

El milano y el gato



En una ocasión, Miao se cayó al río y cuando se hundió en el agua los sonidos del mundo exterior se convirtieron en un débil murmullo lejano; lo único que oía era el retumbar de la sangre en los oídos. Era tal como se sentía ahora mientras se arrastraba penosamente hacia la pared. Los gritos y los ruidos de la batalla entre los salvajes y los indómitos le parecían más lejanos que la sangre que le retumbaba en los oídos.

Tóxico y sus amigos alargaron el tormento todo lo posible. A la gata siamesa, que yacía indefensa frente a ellos, le parecieron un grupo de perros acosando a un ratón o a un minino. Aisló mentalmente el dolor y volvió la mirada hacia otra parte, se puso a pensar en otras cosas. Notaba lo que le estaban haciendo, pero había colocado el dolor en un rincón de su mente, tal como le enseñó Ala Planeadora, la madre de Colmillo, muchos años atrás. Entonces Colmillo era un milano joven y orgulloso y Miao una preciosa hembra.

En una ocasión, Ala Planeadora calculó mal una espectacular caída en picado y se hizo daño. «Hay que plegar el dolor varias veces, hasta que tenga el tamaño de un polluelo, y más aún, hasta que no abulte más que la garra de un polluelo». Era un buen consejo. Pero, cuando el dolor superó un cierto punto, Miao perdió el conocimiento y se quedó tan inmóvil que Tóxico concluyó que había muerto.

Le costó mucho arrastrarse sobre las hojas y las ramitas secas que tapizaban el suelo, pero ni siquiera los espinosos arbustos de acacia la detuvieron. Miao siguió avanzando y solo se detenía cuando le parecía que podía llamar la atención de los salvajes. Como Tóxico le había tendido la emboscada en un lugar un poco apartado de la batalla, la siamesa tuvo suerte y no encontró a nadie en su camino. Se fue acercando al muro poco a poco, pasando por momentos de intenso dolor y de debilidad. Tenía las patas traseras destrozadas: una estaba rota y la otra aplastada. Y el dolor de la espalda le decía que también tenía dañada la columna vertebral. Pero siguió adelante.

Al llegar al muro vio la imagen del tigre y la Emisora en el aire y, a pesar de que estaba exhausta, Miao reaccionó con alegría. De haber tenido bigotes, los habría levantado a modo de saludo. Le pareció que la gatita anaranjada la había visto y acertó. Mara se le acercó.

–No –dijo Miao, confiando en que la Emisora la oyera–. Quédate con el tigre. Los indómitos te necesitan más que yo, Mara… Sí, sé cómo te llamas; todos sabemos quién eres, aunque nunca nos hayamos visto. Quédate y haz lo que tienes que hacer.

La Emisora titubeó, pero cuando Ozzy rugió de nuevo se quedó junto a él. Al momento, volvió su seria carita hacia Miao.

–Beraal me habló mucho de ti –le dijo directamente a la siamesa, cortando el acceso de otros gatos a la conversación–. No puedo hablar mucho, porque traer al tigre hasta aquí me deja sin energías, pero dime si puedo ayudarte. ¿Les digo a los demás que vengan?

–No –contestó Miao–. Me estoy muriendo, Mara, mis heridas son muy profundas. –Al ver que la gatita vacilaba, comprendió que tenía que darle más explicaciones–. Cuando estamos cerca del otro lado, preferimos morir solos. Es… Así somos los gatos, amantes del silencio y la tranquilidad. Los míos ya tienen bastante con la batalla. Aquí estaré a salvo. Tú haz lo que tengas que hacer. Pero antes quiero decirte algo…

Un acceso de dolor le impidió continuar. Sus ojos se velaron. Mara hizo ademán de acercarse a ella, pero Miao abrió los ojos y le ordenó con la mirada que se quedara donde estaba.

–La Emisora que había en mi tiempo acabó su vida como gato doméstico, igual que tú –le contó Miao–. Y sufrió mucho por ello, Mara. Sus poderes eran grandes, pero como dejó de salir al exterior se le fueron secando dentro y murieron. Lo que estás haciendo es muy valiente… –Un intenso dolor en las costillas la hizo callar de nuevo. Cuando abrió los ojos, la Emisora y el tigre contemplaban la huida de los gatos salvajes–. Mara –susurró, y la gatita volvió de inmediato la cabeza hacia ella. Sus miradas se encontraron a través del campo de batalla–. El valor, la fuerza y las facultades que has mostrado son muy superiores a los de cualquier Emisor anterior a ti, incluso a los de Tigris, que fue Emisora en mi época. Pero no estás aquí; solo eres una emisión.

Tuvo que detenerse porque se le había llenado la boca de sangre. Levantó los labios y dejó que la sangre cayera al suelo, formando una mancha oscura. Sacando fuerzas de flaqueza, la siamesa siguió hablando:

–Nizamuddin va a cambiar, Mara Yo lo presiento y también Beraal. Es la batalla y mucho más… No puedo verlo todo. –Se estaba quedando sin fuerzas–. Prométeme que saldrás de casa, por lo menos unas cuantas veces.

La gatita abrió de par en par sus brillantes ojos verdes.

–Pero detesto estar al aire libre. Tú no lo entiendes, Miao.

Los ojos azules de la siamesa se estaban apagando, pero Mara percibió en ellos la sombra de una sonrisa.

–Sí que lo entiendo. Cuando era una gatita tenía terror a las alturas. Sé perfectamente lo que se siente cuando algo que a los demás les parece normal a ti te hace temblar de miedo. Pero debes hacerlo, Mara. El mundo es real, es mucho más que las cuatro paredes de tu casa. Si te encierras en casa, apartada de los gatos de Nizamuddin, algo se marchitará en tu interior. No me queda tiempo, Mara. Prométeme que intentarás salir. Prométemelo por las garras y los bigotes. Dame tu palabra de cola y de uña.

Sus palabras dieron en el blanco.

–Te prometo que lo intentaré, Miao –dijo Mara. Las orejas le temblaban. Parecía a punto de derrumbarse de cansancio–. Tengo que irme, Miao. Ojalá nos hubiéramos conocido antes.

–Nos habríamos conocido si hubieras salido antes de casa –Los ojos azules de Miao sostuvieron imperturbables la mirada entristecida de Mara–. Cumple con tu promesa, hazlo por mí.

Cuando la imagen de la gatita se desvaneció, Miao dejó caer agradecida la cabeza sobre la tierra, como si fuera una suave almohada. Oía un batiburrillo de sonidos distantes: los aullidos de los salvajes, los gritos de guerra de Qawwali y los gatos del *dargah*, las conversaciones en voz baja entre Hulo y Katar, la voz clara de Beraal. Sin embargo, estaba demasiado exhausta para escuchar. Tendida al pie del muro, se dejó invadir por un oscuro cansancio, consciente de que estaba muy malherida.

Ver el muro la tranquilizaba. Era un recordatorio de que los salvajes se habían quedado a ese lado de la frontera entre la Casa Cerrada y la colonia de Nizamuddin que los indómitos tan libremente recorrían. Al otro lado del muro, las Charlatanas podían continuar con su vida sin preocuparse de Datura y sus amigos; las ratas eran libres de corretear por los túneles; Alanegra, Picopardo y su banda de cuervos podían llamarse unos a otros a través del parque sin temor a sufrir una muerte horrible.

Miao pasaba del dolor al bálsamo de sus recuerdos. Pensó en los Emisores de Nizamuddin y en la noche en que enseñaba a Southpaw a cazar, cuando apareció aquella mangosta de repente. Aunque yacía mortalmente herida en el suelo, sus recuerdos eran agradables.

Había enseñado a cazar a Beraal, que entonces no era más que una gatita y no tenía miedo de nada ni de nadie, como se suele decir, y la vio enfrentarse a ratas tres veces más grandes que ella. El recuerdo de todos los gatitos a los que había enseñado suavizó el dolor de su mirada azul. Recordaba el primer día de caza, las reacciones cuando veían a su primera presa. Algunos se echaban atrás, asustados. Otros, como Katar, abrían bien los ojos, decididos a no dejar a su maestra en mal lugar. Y unos pocos, como Hulo, habían sido bravucones ya desde que sus ojos perdieron el color azul.

Al oír un poderoso batir de alas, hizo una mueca de disgusto. Si se acercaba un depredador, no podría escapar, y era posible que vinieran algunos, atraídos por el olor de la sangre. Tal vez era mejor

una muerte rápida a este final lento o a la ignominia de que la encontraran los Piesgrandes.

Cuando las alas le rozaron las orejas, la siamesa se forzó a abrir los ojos. Quería ver a su depredador, igual que había mirado a Tóxico a la cara.

Colmillo plegó las alas. No parecía sentirse a gusto sobre la hierba, pero se acercó a Miao tambaleándose, como hacen los milanos cuando están en tierra. Se oían los trinos de gorriones y bulbules llamándose unos a otros después de la batalla.

–Te he visto desde arriba –dijo Colmillo–. ¿Quieres que llame a Beraal y a los otros para que te laven las heridas?

Los ojos del milano, de un dorado oscuro, se posaron sobre las costillas aplastadas, la cara destrozada, las patas rotas de Miao. Colmillo levantó apenado la cabeza.

–Lo siento, Miao. ¿Te duele mucho?

La gata parpadeó a modo de asentimiento.

–No necesito a los demás –dijo con esfuerzo–. Ha llegado mi hora.

–Pero no aquí. –Colmillo volvió la mirada a los campos sembrados de cadáveres. Había demasiados animales, muertos o vivos, para que Miao pudiera descansar en paz–. ¿Quieres que te transporte a un lugar más tranquilo?

Era un gesto de generosidad que a Miao le llegó al corazón. Asintió con una mirada de sus ojos azules. El milano ahuecó las plumas del pecho, se elevó hacia el cielo y voló en círculo dos veces sobre Miao. Luego descendió y agarró a la gata por el pellejo del cuello, como si fuera un cachorro. Le sorprendió comprobar lo poco que pesaba; Miao tenía tal presencia que siempre parecía más fornida de lo que era en realidad.

Fue un vuelo corto: la trasladó a una zona del jardín donde el muro se había derrumbado y la depositó sobre un sendero muy tranquilo entre el jardín y otra antigua casa.

–Gracias, Colmillo –dijo Miao.

Esperaba que el milano se marchara, pero Colmillo la miró y, en lugar de elevarse por los aires, plegó las alas.

–He pagado mi deuda –sentenció el milano. Sus ojos se ensombrecieron cuando vio cómo le costaba respirar a Miao, el hilillo

de sangre que le salía de la boca–. Pero solo en parte. Al final no hemos podido salvar a todas las criaturas. No imaginé que los gatos salvajes fueran a matar tan rápida y ferozmente.

–Tampoco yo –consiguió decir Miao.

El milano la contemplaba. La gata tenía un aspecto plácido. Su cola negra seguía siendo preciosa, sus ojos azules miraban con tranquilidad la cercanía de la muerte, su pelaje color crema seguía siendo suave, aunque no hubiera podido desprenderse del polvo y las hierbas.

–Algunos se defendieron, ¿sabes? Y las ardillas Ao y Jao hicieron un buen trabajo. En cuanto al ratón (Jethro, ¿no?) le pegó un mordisco a Datura. Los pequeños han sido muy valientes. Siempre me pregunto por qué tú y yo nos preocupamos por ellos. Muchas veces los cazamos.

–A lo mejor los conocemos porque los cazamos, Colmillo –dijo Miao con una voz que era un susurro–. Tu madre conocía bien a los pequeños. Una cosa es cazarlos y otra es cuidar de ellos.

El milano batió las alas sin querer.

–¿Quién nos enseñará estas cosas cuando te hayas ido, Miao? –gritó.

–La nueva Emisora –dijo Miao–. Síguele la pista, Colmillo. Es una gata doméstica, pero un día saldrá al exterior y necesitará amigos. Prométeme que cuidarás de ella.

Colmillo estaba a punto de negarse… ¡al fin y al cabo, él no era un cuidador de gatos! Pero, al ver que la luz se apagaba en los ojos de Miao, cambió de opinión.

–Cuidaré de ella, Miao. Te lo prometo.

Miao movió la punta de la cola, satisfecha, y cerró los ojos.

–Cuéntame una historia, Colmillo. Cuéntame qué se siente al volar por el cielo.

Hacía muchos años que Miao no pedía que le contaran una historia. Ella las contaba a menudo. Hasta el más fiero cazador de entre los indómitos disfrutaba de una buena historia y la siamesa era una excelente narradora.

Ahora Miao escuchaba al milano describir el espacio vacío de los cielos, donde solo hablan los vientos, si sabes escucharlos. Le habló

de otros milanos, de los buitres, de lo que era volar junto a los planeadores de los Piesgrandes, de cómo danzaban los milanos junto a las cometas de papel de los Piesgrandes, aun a riesgo de hacerse daño. La voz de Colmillo sonaba ronca y seria, pero Miao escuchaba feliz.

Mientras el milano hablaba, la siamesa notó que se aliviaba el dolor que sentía en las costillas, las duras piedras del sendero parecieron ablandarse. El día oscureció a su alrededor, la lluvia y el viento eran cada vez más fríos.

–¿Es ya de noche? –preguntó.

–No –dijo el milano–. El sol está alto en el cielo.

–Entonces está oscuro a causa de la tormenta –insistió Miao.

Colmillo ahuecó las plumas y miró hacia el sol. Ya no llovía, el cielo se había despejado y era de un color azul brillante, recién lavado.

–Eso es, Miao –dijo amablemente–. Está muy oscuro.

Continuó con sus historias y le contó la del milano que voló demasiado cerca del sol.

–¿Hace mucho frío? –preguntó Miao cuando Colmillo terminó su historia.

–Sí, ha refrescado –dijo Colmillo con voz trémula–. Será por la lluvia de esta mañana.

Miao le miraba con expresión feliz.

–Me acordaba de todos los gatitos que he conocido, todos los que se han convertido en estupendos gatos adultos. Y tú debes de haber sido un pollo muy especial, Colmillo. Tu madre debía de estar muy orgullosa de ti.

El milano no podía ni hablar. Tocó suavemente a la gata con el pico.

–¿Quieres que te cuente otra historia?

–Sí, por favor. Cuéntame la del milano que voló hasta el borde del mundo.

Era una bonita historia y Colmillo la narró muy bien mientras el sol se ponía y el cielo se cubría de nubes. Cuando terminó de contarla, empezó a caer una fina llovizna.

–… y así, dijo el viejo milano, lo que tienes que hacer cuando llegues al borde del mundo es muy sencillo: mantén las alas

desplegadas y sigue volando.

Paró de hablar y miró a Miao. La gata tenía los ojos cerrados y una expresión de paz. Pero el bloque de cemento donde la había dejado estaba empapado de sangre.

–¿Miao? –la llamó el milano.

Una lluvia torrencial lavó la sangre de la cara de Miao y la siamesa no hizo el menor movimiento. Colmillo comprendió entonces que la guerrera más buena y valiente que había conocido en toda su vida se había marchado para comprobar por sí misma cómo era el borde del mundo.

Epílogo



Beraal se detuvo al pie de las escaleras que llevaban a la casa del Emisor; quería escuchar el parloteo de las ardillas. Ao y Jao ya no querían estar cerca de la Casa Cerrada y se habían mudado a un árbol del parque. Tenían muy mal recuerdo de la batalla y además ahora el jardín silvestre estaba lleno de Piesgrandes.

Sin embargo, la matanza ya empezaba a formar parte del pasado y las ardillas habían vuelto a sus discusiones. Ao insistía en que el viento olía a invierno.

–Por supuesto que no es invierno todavía. Ni siquiera hemos acabado con el monzón –dijo Jao, malhumorado.

–Entonces, ¿por qué te tiembla la cola? –preguntó Ao.

–Vibra. No tiembla, sino que vibra.

–¡Tonterías! –exclamó Ao–. Ya sé cómo vibra tu cola. Y esto es un temblor.

Y se marcharon corriendo por las ramas del árbol de ashoka sin dejar de discutir. Las Charlatanas, en un gesto de generosidad, habían compuesto para ellos un poema de bienvenida, aunque estuvieron a punto de estropearlo todo cuando Ga se marchó tras un tentador gusano y dejó que Re y Ma se las compusieran con el verso que faltaba.

Beraal subió cojeando las escaleras, un poco más animada tras oír a las ardillas. Cuando Colmillo informó a Katar de la muerte de Miao, los gatos se apenaron mucho. Se reunieron en el santuario del fakir y estuvieron toda la noche contándose anécdotas, pero luego

atendieron a cosas que no podían esperar, como acomodar a los pequeños y a los mayores en los cuarteles de invierno. El final del monzón había traído consigo un frío helador y tanto Katar como Hulo podían sentir en los bigotes que sería un invierno duro.

No hacía falta que lo comentaran, pero ellos dos y Beraal echaban de menos a Miao a cada momento. Cuando cazaba, Beraal imaginaba a menudo la figura delgada de Miao; veía sus ojos azules cuando mordía a la presa y notaba su cola negra enrollándosele en las patas.

Mara había dormido todo un día y toda una noche después de la batalla. El esfuerzo de llevar al tigre hasta Nizamuddin la había dejado exhausta. Solo pudo llevar a cabo la doble emisión gracias a su estrecha amistad con el tigre; sin el consentimiento y la confianza de Ozzy, no habría podido proyectar su imagen en Nizamuddin. Incluso con la cooperación del tigre, el esfuerzo necesario para visualizarlo y proyectar su imagen en el campo de batalla había puesto a prueba los poderes de Mara. Cuando acabó la batalla, la gatita se dio cuenta de lo cerca que había estado del colapso. Era mucho más difícil proyectar una visión que incluyera a otro animal que proyectarse a sí misma en el mundo. Cuando por fin se despertó, le explicó a Beraal que había sido como cazar en dos direcciones al mismo tiempo o imitar los andares de Hulo y el vuelo de Colmillo a la vez.

Beraal se preguntó cuánto tiempo seguiría dando clase a Mara. Estaba claro que iba a ser una gata pequeña en tamaño –Southpaw ya era más grande que ella–, pero sus poderes eran extraordinarios y Beraal no sabía si podría estar a su altura. Ya le había enseñado a Mara casi todo lo que sabía y lamentaba no haber aprendido más de Miao. Ni ella ni Hulo ni Katar le habían hecho a Miao las preguntas adecuadas; todos pensaban que la siamesa seguiría con ellos mucho tiempo más. En el típico estilo gatuno, Beraal solo le hizo algunas preguntas esenciales cuando Mara era muy pequeña. Pero no solo ella echaba de menos los sabios consejos de Miao; Katar también los notaba a faltar a la hora de atender los asuntos del clan.

Cuando Beraal iba a comprobar que no hubiera Piesgrandes para entrar en la vivienda, Southpaw saltó por la ventana y casi aterrizó

sobre ella.

–¡Uf! Lo siento, Beraal, estaba un poco distraído.

Beraal se inclinó hacia él para darle un cariñoso cabezazo. El cachorro no paraba de meterse en líos y de darse batacazos. Pero Mara le contó que, cuando ella intentaba proyectar la imagen del tigre, Southpaw no se movió de su lado. Había sido difícil. Los primeros intentos fracasaron y Mara lloraba de frustración.

–Southpaw me animaba a seguir –le dijo la gatita a Beraal–. No se daba por vencido ni dejó que me rindiera.

A pesar del deseo que tenía de volver a la batalla y de lo poderosa que era su curiosidad de ver cómo les iba a los indómitos, Southpaw se acurrucó junto a Mara y la estuvo animando. Cada vez que la gatita estaba a punto de desfallecer, Southpaw le lavaba las patas y los flancos. Beraal y los demás estaban muy orgullosos de él. «Será un gato estupendo cuando sea adulto», comentó Katar.

–Date prisa, Southpaw –le dijo Beraal al cachorro–. Hulo te estaba buscando por allí, al otro lado del parque.

Justo entonces vieron a Hulo subir cojeando a un tejado de zinc para aprovechar los últimos rayos del sol. Se movía lentamente, porque todavía no se había recuperado de sus heridas. El cachorro bajó alegremente las escaleras.

–¿Ha habido suerte? –le preguntó Beraal con los bigotes.

–Nada –dijo Southpaw con un maullido de resignación.

Los dos llevaban un tiempo intentando convencer a Mara de que saliera y conociera a los indómitos, pero desde el día de la batalla la gatita tenía incluso más miedo.

Beraal suspiró. Si Mara saliera de la casa de los Piesgrandes, podría enseñarle muchas cosas. Entró en la casa cautelosamente y encontró a Mara sentada muy tiesa sobre su cama. Movía la cola de un lado a otro y sus ojos verdes habían adquirido un tono oscuro.

–Southpaw se ha marchado sin que hubiéramos acabado de jugar –le explicó malhumorada a Beraal–. Me ha dicho que quería ir de caza con Hulo, pero yo quería que se quedara conmigo.

–No puede quedarse siempre contigo. –Beraal se sentó sobre el costado que tenía más sano–. Ya sabes que está acostumbrado al

aire libre. Igual que viene a verte, le gustaría que tú lo acompañaras fuera de vez en cuando.

Mara bizqueó un poco –siempre le pasaba cuando se enfadaba– y su cola empezó a moverse como un látigo de un lado a otro, mostrando su irritación.

–No tengo por qué salir. Recuerda que convoqué a Ozzy sin poner un pie fuera de esta casa.

–Pero no todo puede arreglarse con la proyección de una imagen, pequeña –dijo con paciencia Beraal–. ¿No tienes curiosidad por conocer a los demás indómitos? Recuerda lo que te dijo Miao; ella esperaba que un día salieras y conocieras a los demás gatos.

La gatita se estiró para frotar los bigotes contra la cara de Beraal.

–Es demasiado pronto –dijo bajito–. Todavía me da miedo el mundo exterior, Beraal. Me parece grande y peligroso. Dame un poco de tiempo, por favor.

Al ver la mirada solemne que brillaba en los ojos verdes de Mara, Beraal recordó a la gatita anaranjada que cayó dando tumbos por las escaleras y se quedó mirando el mundo con temerosa fascinación. Le respondió con un maullido comprensivo y, en lugar de empezar con las lecciones, le pidió a la Emisora que le explicara cómo se había sentido cuando iba dirigiendo a un tigre. La carita peluda de Mara se iluminó al recordarlo.

–No creí que fuera capaz de hacerlo, ni Ozzy tampoco, pero al final encontramos la manera.

Beraal se instaló cómodamente para escuchar el relato de Mara, con el oído atento a la posible llegada de los Piesgrandes.

Mientras tanto, un gato gris recorría cojeando el muro cubierto de musgo que rodeaba la Casa Cerrada y observaba atentamente lo que ocurría en el jardín. Tal como él y Beraal se temían, el día después de la batalla unos cuantos Piesgrandes curiosos entraron en el jardín y se escandalizaron al ver los restos de la matanza.

Al día siguiente llegaron más Piesgrandes para llevarse los animales muertos del jardín. Katar, que estaba sentado sobre el muro, oyó con cierta alarma sus voces estruendosas mientras señalaban con el dedo a los pobres ratones y pajaritos muertos. Cuando vio que los Piesgrandes lo señalaban, se sintió incómodo.

Saltó del muro y se marchó silenciosamente. Una idea desagradable ocupaba su mente: los Piesgrandes no olían la diferencia entre los indómitos y los salvajes; para ellos, todos los gatos eran iguales. A Katar no le hizo gracia que los Piesgrandes pensaran que los indómitos habían matado a todas estas criaturas, pero intentó no pensar en ello.

Desde entonces, volvía cada día al muro. Tenía curiosidad por ver qué hacían los Piesgrandes. Había varios camiones grandes en la entrada al jardín y se oía un tremendo estruendo de máquinas, pero, aunque ya habían limpiado la apestosa Casa Cerrada, Katar percibía que los Piesgrandes estaban tensos, si bien ya no había tantos como antes. Se aproximó curioso a la Casa Cerrada para averiguar si los salvajes habían dejado su sombra de maldad. Al comprobar que solo olía a pintura y a jabón, se marchó sin hacer ruido, aliviado de que no quedara ningún recuerdo de Datura.

Cuando estaba a punto de llegar al muro, oyó gritar a un Piesgrandes y volvió la cabeza. Vio a un grupo de Piesgrandes que se acercaba y al olisquear el aire con los bigotes supo que se mostraban hostiles. Se quedó mirándolos, preguntándos e qué les había llamado la atención; los Piesgrandes de Nizamuddin solían hacer caso omiso de los gatos; se limitaban a soltar un gruñido o una maldición cuando tropezaban con ellos.

Uno de los Piesgrandes se inclinó para coger una piedra del suelo. Katar se puso en tensión; notaba pinchazos en las orejas y su instinto le decía que saliera corriendo. Cuando ya daba media vuelta, notó un doloroso impacto en el costado. Salió corriendo con la cola entre las piernas y las orejas hacia atrás. El Piesgrandes le había arrojado una piedra. Katar se subió al muro, lejos de su alcance, y miró desde lo alto a los Piesgrandes, incapaz de entender por qué querían hacerle daño. Le inquietaba que lo miraran con tanta hostilidad.

Aquella tarde le comentó a Hulo lo ocurrido. El gato negro le escuchó atentamente.

–A mí me ha pasado lo mismo –dijo cuando oyó la historia–. Un Piesgrandes me persiguió gritando y dando palmadas, como si fuera un milano. Creen que formamos parte del grupo de Datura.

Katar ya se lo imaginaba, pero oírselo decir a Hulo corroboró su idea. Estaban los dos echados sobre un tejado de zinc, mirando cómo jugaban y gritaban los Piesgrandes en el parque. Katar pensó que Miao sabría qué hacer en estas circunstancias y sintió una punzada de dolor por su ausencia.

–¿No tendríamos que decírselo a los otros? –preguntó.

Hulo meditó la pregunta. Los indómitos estaban cansados y un poco nerviosos después de la batalla. Alarmarlos sin una justificación de peso tal vez no fuera lo más adecuado.

–No, todavía no. Pero diles que se mantengan un tiempo apartados de la Casa Cerrada. Yo mismo se lo diré a Southpaw y me aseguraré de que esta vez me obedezca, el muy granuja. ¿Sabes que ayer quiso atravesar por su cuenta el puente del canal? Le estuve dando azotes hasta que se puso a chillar como un ratón, pero tendremos que encontrar la manera de que no se meta en líos, porque pronto será demasiado mayor para los azotes.

–En mi opinión, Southpaw nunca será demasiado mayor para recibir unos azotes –dijo Katar.

Los dos gatos levantaron los bigotes y rieron al mismo tiempo, lo que contribuyó a disipar sus preocupaciones. Mientras ellos tomaban el sol, las ardillas parloteaban y los pájaros, posados en el tejado de la casa dela Emisora, cantaban las *ragas* de la tarde. Katar se dijo que todo iría bien, que este nuevo invierno los indómitos serían capaces de hacer frente a cualquier cosa que sucediera.

Agradecimientos



A los gatos: Mara, Tiglath, Pantha, Batsheba; Torty, Rival, Patience, Waddle, Tweeter, Woofer, Phash, Phoosh, los Sillies y todos los gatos callejeros que han quedado retratados en este libro.

A los veterinarios: Dr. Ramandeep Chaggar, Dra. Chaggar y Dr. Rupali, que devolvieron a nuestros gatos alguna de sus nueve vidas; el equipo del refugio de animales en Friendicoes, Delhi.

A los humanos: mis padres, Tarun and Sunanda Roy, Tara, J. T., Neel, Mia y familia, en especial Rudra, Antara y Arun; Tini, Baba, Peter Griffin, siempre; Kamini, Malavika y Hironmay Karlekar por su cariño y por Mara; Yusuf Merchant, Raj Mathur, Kriti, Keshav, Arjun Nath y la banda.

A Samit y Sayoni Basu, Ruchir Joshi, Jeet Thayil, Mitali Saran, Anita Roy, Namita Devidayal, Rajni George y Manjula Padmanabhan, que me animaron a seguir con este proyecto. A Arshia Sattar y D. W. Gibson por hacerme el impagable regalo de un espacio tranquilo en la Sangam Residency de Tranquebar; a T. N. Ninan, A. K. Bhattacharya, Kanika Datta y el *Business Standard* por su gran amabilidad. Kartikha, Thomas, Chiki, Meru, Gautam, gracias por vuestra amistad y vuestra benevolencia.

Todos los autores noveles deberían tener la suerte de contar con un agente sabio y generoso como David Godwin y con un editor con la sagacidad y entusiasmo de David Davidar. Entre los dos cogieron lo que era apenas un borrador, un esbozo sin pulir, y lo convirtieron

en una novela real (los errores son míos, no suyos). Prabha Mallya, gracias por dar vida a los indómitos y su mundo con tu arte.

Agradezco a Amanda Betts por el cuidado y la alimentación de la edición internacional, a Louise Dennys y Anne Collins por su apoyo, a Kelly Hill por el exquisito diseño de portada del libro, y al equipo de Random House Canadá.

Mi agradecimiento a Simar Puneet por todo su entusiasmo y perfeccionismo; a Aienla, Bena, Aruna, Varun, Ankit, Shekhar, Hina, Hohoi y al resto del excelente equipo de Aleph por hacer que el trabajo editorial sea un auténtico placer; a Anna Watkins y al equipo de DGA; a Kavi Bhansali por las fotos de autora; a mi cuenta de X por darle a Kirri su nombre.

Índice

Capítulo 1
Una nueva llegada
Capítulo 2
El juego del escondite
Capítulo 3
A la vista de la presa
Capítulo 4
Duelo en el *baoli*
Capítulo 5
El primer paseo de la Emisora
Capítulo 6
La Casa Cerrada
Capítulo 7
El reino de Datura
Capítulo 8
La primera amiga de Southpaw
Capítulo 9
El reino de Mara

Capítulo 10
Primera sangre
Capítulo 11
El relato del tigre
Capítulo 12
El viento cambia de dirección
Capítulo 13
Fuera del encierro
Capítulo 14
Miao y los milanos
Capítulo 15
El verano de los cuervos
Capítulo 16
Un hambre salvaje
Capítulo 17
Miedo en la oscuridad
Capítulo 18
En pie de guerra
Capítulo 19
Lluvia de sangre
Capítulo 20
La resistencia final de los indómitos
Capítulo 21
La danza de Kirri

Capítulo 22
El milano y el gato
Epílogo

Agradecimientos